

OMER BARTOV

EL EJÉRCITO DE HITLER

SOLDADOS, NAZIS Y GUERRA EN EL TERCER REICH



Omer Bartov

EL EJÉRCITO DE HITLER

Soldados, nazis y guerra en el Tercer Reich

Traducción del inglés Carlo Caranci

Para Raz.

PREFACIO

Este libro no es una historia general del ejército alemán y de su relación con el régimen y la sociedad en el Tercer Reich. Es un ensayo que trata cuatro tesis diferentes pero relacionadas entre sí que, consideradas en conjunto, pueden ampliar nuestras perspectivas sobre la nazificación de los soldados de Alemania. Este proceso comenzó mucho antes de la guerra, y algunas de sus raíces son anteriores al régimen nacionalsocialista. Con todo, fue durante la guerra, y sobre todo en el Frente del Este, cuando la Wehrmacht se convirtió finalmente en el ejército de Hitler. Además, dado que la gran mayoría de las tropas alemanas combatieron la mayor parte de la guerra contra el Ejército Rojo, podemos decir que, para el soldado medio, la lucha en la URSS^[1] representó el componente crucial de su experiencia de guerra. Por consiguiente, aunque me refiera al impacto de los años de preguerra sobre la percepción de la realidad por parte de los soldados, y tome nota de la experiencia más bien diferente de los otros frentes, me concentraré deliberadamente en la gigantesca confrontación entre Alemania y la Unión Soviética, donde la Wehrmacht obtuvo sus mayores victorias, donde finalmente fue destruida y donde la progresiva penetración ideológica en el ejército alcanzó su punto culminante, motivando que las tropas combatesen con extraordinaria solidez por un lado y, por el otro, cometiesen crímenes nunca vistos.

Este trabajo se centra sobre todo en las fuerzas de tierra, es decir, en el Heer. La implicación de las SS en la política nazi ya ha sido tratada ampliamente, mientras que la experiencia de la Marina y de la Luftwaffe, que reclutaron un porcentaje mucho menor de hombres, fue en muchos aspectos diferente, en especial la de los pilotos que volaron sobre la URSS y que se vieron expuestos, igualmente, a las ideas nazis sobre la guerra que los soldados que combatían en tierra. Como base de mis argumentos he utilizado algunos documentos ya publicados en mi anterior libro, *The Eastern Front, 1941-1945, German Troops and the Barbarisation of Warfare*, añadiendo otro material documental sin publicar y utilizando los importantes trabajos secundarios que fueron apareciendo en años posteriores. Asimismo debemos tener en cuenta que,

mientras mi monografía anterior proporcionaba un análisis detallado de tres divisiones que combatían el Frente Oriental, el presente trabajo, básicamente, amplía el alcance de mi argumento, afirmando que la experiencia de ese frente fue crucial para el ejército alemán en conjunto y para la sociedad alemana durante y después de la guerra.

Al escribir este libro he aprovechado muchos largos períodos de investigación y se lo debo en gran medida a las interminables discusiones con especialistas, estudiantes, y amigos. El *Historikerstreit*[\[2\]](#) me ha obligado a pensar de nuevo y reformular la mayoría de mis ideas, y los importantes cambios políticos en Alemania, Europa oriental, y en la Unión Soviética han puesto aun más de relieve la relevancia contemporánea de lo que muchos de nosotros hemos llegado a considerar «mera» historia. Debo admitir que mis experiencias personales como soldado y ciudadano israelí han tenido un impacto sustancial aunque indirecto sobre mis puntos de vista como historiador. Si en los debates políticos israelíes trato de citar el ejemplo alemán, cuando escribo sobre la Wehrmacht me veo describiendo mis propias experiencias. De todos modos, aunque he tratado de comprender la mentalidad de los soldados de Hitler no he sentido la necesidad de identificarme con ellos. Lo que he escrito debe entenderse como una contribución a la comprensión de cómo hombres normales pueden ser convertidos en soldados altamente profesionales y determinados, y a la vez elementos embrutecidos de una política bárbara, devotos creyentes de una ideología asesina. Cómo se les pudo enseñar a vivir en un mundo al revés de imágenes ficticias y por qué su visión distorsionada de la realidad se perpetuó mucho tiempo después de que las condiciones objetivas que la habían tolerado hubieron desaparecido en una oleada de horrible destrucción.

Debo dar las gracias a un gran número de personas e instituciones por las orientaciones, ideas, y ayuda. En la Universidad de Stanford, como posgraduado, fui empujado hacia mis primeros intentos de comprender la historia por Gordon Craig, Peter Paret, Gordon Wright, y Chimen Abramsky. Durante mis años en Oxford, y en mis sucesivas estancias, recibí valiosos consejos de Tony Nicholls, Tim Mason y Michael Howard. Desearía dar las gracias también a Pogge von Strandmann, Richard Bessel, y Volker Berghahn. Otros colegas que, en Gran Bretaña, amablemente me invitaron a leer trabajos en varias universidades de ese país y me hicieron críticas constructivas fueron Jeremy Noaks, Eve Rosenhaft,

Jill Stephenson y Dick Geary. Tengo una deuda especial con Ian Kershaw por los años de amistad e inestimable ayuda. En Alemania estoy agradecido a personal de la Militärgeschichtliches Forschungsamt de Friburgo (Oficina de Investigación de Historia Militar), y en especial a Wilhelm Deist, Bernd Kroener, Hans Umbreit, Jürgen Förster, Wolfram Wette y Manfred Messerschmidt. Bernd Wegner, su esposa Anneli y sus tres hijos me proporcionaron una casa en Alemania a la que espero poder volver siempre. El personal del Bundesarchiv-Militärarchiv (Archivo Federal-Archivo Militar) me guió con gran profesionalidad a través del laberinto de documentos. Doy las gracias asimismo a Reinhard Rürup por invitarme a pasar un constructivo verano como invitado de la Technische Hochschule de Berlín (Escuela Superior Técnica) y a la Biblioteca Friedrich Meinecke por su rica colección de trabajos secundarios. La amistad y hospitalidad de Cornelia Essner permitió que mi estancia en Berlín fuese mucho más agradable de lo podría haber sido. El interés de Hans Ulrich-Wehler por mi trabajo me animó mucho. En la Universidad de Tel Aviv deseo dar las gracias a mis colegas del Departamento de Historia. Soy deudor en particular hacia Zvi Yavetz, Shulamit Volkov y Dan Diner. En el Seminario de la Biblioteca Wiener tuve la suerte de haberme relacionado con colegas extranjeros, entre los cuales deseo mencionar en especial a Lutz Niethammer, Andy Markowitz, Ulrich Herbert, Peter Fritzche y Gordon Horwitz. Guli Arad y Frank Stern me ofrecieron su amistad y consejo, mientras que mis estudiantes me permitieron tantear con ellos mis más extravagantes ideas y con frecuencia las objetaron con merecidas críticas.

Como Becario Visitante de la Universidad de Princeton aprendí mucho de Lawrence Stone, Arno Mayer, Natalie Davis, David Abraham, Martha Petrusiewicz, y Sheldon Garon. Mark Mazower ha compartido conmigo amablemente parte de su reciente y magnífico trabajo sobre el tema. Quiero dar las gracias a todos ellos. Desde mi llegada a Harvard he tenido la oportunidad de intercambiar opiniones con mucho más colegas. Doy las gracias a Charles Maier, Stanley Hoffmann, David Landes, Jürgen Kocka y Allan Silver, y también a Jeffrey Herf y a Daniel Goldhagen, por haberme concedido parte de su tiempo. Paula Fredriksen y Richard Landes me han mostrado hasta qué punto se complementan entre sí la erudición rigurosa, la búsqueda intelectual y las amistades duraderas. Deseo dar las gracias asimismo a los lectores de este

manuscrito por las numerosas y útiles sugerencias y comentarios, aun cuando no siempre he aceptado sus críticas. No hace falta decirlo, solo yo soy responsable de la versión final de este trabajo.

Mis investigaciones en Alemania fueron financiadas por el German Historical Institute de Londres, el German Academic Exchange Service y la Fundación Alexander von Humboldt. Debo agradecer sobre todo a esta última su generosidad y la concesión de las becas internacionales. El Davis Center for Historical Studies de la Universidad de Princeton me permitió no solo completar mi anterior libro, sino también esbozar un primer bosquejo del presente trabajo. La versión final, sin embargo, fue escrita en la Society of Fellows de la Universidad de Harvard. Nunca agradeceré lo suficiente a esta institución el haberme permitido finalizar un proyecto que me había obsesionado durante años y también, el haberme proporcionado un perfecto equilibrio entre la soledad y las relaciones intelectuales que tan difícil resulta de alcanzar en estos días. Expreso con placer mi gratitud a la secretaria de la Sociedad, Diana Morse, que ha hecho más que nadie para ayudarme a alcanzar esta paz mental, y también a los demás antiguos o nuevos colegas, en especial Seth Schwarz, Leslie Kurke, Juliet Fleming, Robin Fleming, Chris Wood, y Moshe Halbertal. Rogers Brubaker ha sido un colega particularmente exigente, pues aunque sus incisivas críticas me han llevado a reescribir el libro en varias ocasiones, también ha evitado que pudiera abandonarlo. Solo puedo concluir estos agradecimientos expresando la esperanza de que todos los que me han ayudado a lo largo del camino no se vean demasiado decepcionados con el resultado de mis esfuerzos.

Cambridge, Massachusetts,
octubre de 1990

[1] El autor utiliza con frecuencia «Rusia» para referirse a la Unión Soviética (que es la denominación correcta), y esta última es la que emplearemos en la mayoría de los casos, salvo cuando sea pertinente dejar «Rusia», o si es parte de una cita. (*N. del t.*).

[2]*Historikerstreit*, o «Disputa de historiadores». Se refiere al debate surgido en la República Federal de Alemania en los años 80 sobre el nazismo, sus responsabilidades y las responsabilidades de Alemania en la Primera Guerra mundial y sobre todo en la Segunda, en la que se enfrentaron historiadores e intelectuales de derechas y de izquierdas, los primeros (A. Hillgruber, M. Stürmer, E. Nolte y otros) reducían las responsabilidades y las atribuían a factores incluso no alemanes; los segundos (como J. Habermas, F. Fischer y H. Rosenberg, y otros) atribuían la mayor parte de la responsabilidad a una Alemania que desde el s. XIX venía practicando una política agresiva, anexionista y racista que desembocaría en el nacionalsocialismo. (*N. del t.*).

INTRODUCCIÓN

Más de setenta años después de su destrucción total en la Segunda Guerra mundial, la Wehrmacht sigue siendo una importante manzana de la discordia entre los estudiosos del Tercer Reich. ¿Se trató simplemente de una organización militar que cumplió las órdenes con notable competencia profesional o un ejército altamente politizado? ¿Se trató de un refugio para zafarse del régimen o una escuela excepcionalmente eficaz del nacionalsocialismo? ¿Significó una amenaza para el dominio de Hitler o fue, más bien, su más formidable instrumento? ¿Se vieron obstaculizados los generales en su esfuerzo por hacer caer al régimen, por la lealtad de las tropas al Führer, o fueron los oficiales superiores del ejército quienes insistieron en motivar a los soldados rasos con grandes dosis de ideología nacionalsocialista? Resumiendo, ¿fue la Wehrmacht el ejército de Hitler?

Las páginas que siguen tratarán de demostrar que la única manera de aproximarnos a esta cuestión es por medio de una cuidadosa anatomía del ejército alemán. Esto se puede llevar a cabo proponiendo cuatro tesis sobre la experiencia de guerra, la organización social, la motivación y la percepción de la realidad de los soldados alemanes. Examinando las actitudes de los escalones más altos y más bajos del ejército, este libro intentará comprobar hasta qué punto la Wehrmacht constituyó una parte integrante del estado y de la sociedad en el Tercer Reich. Naturalmente, para los individuos involucrados las cosas nunca fueron tan netas. Con todo, muchos de los temas tratados más adelante ocuparon en gran medida a sus contemporáneos y no fueron superpuestas al período solo como hipótesis. Además, las diferentes interpretaciones de la posición de la Wehrmacht en el estado nazi han tenido un importante impacto en la historiografía posbélica sobre el Tercer Reich.^[1] Por consiguiente, nuestro análisis tratará sobre los acontecimientos históricos «reales» y sobre su percepción por parte de las anteriores generaciones.

El primer capítulo examina las contradicciones entre la imagen de la Wehrmacht como el ejército más moderno de su tiempo y el profundo proceso de desmodernización experimentado particularmente en el Frente del Este. Por

medio de una detallada reconstrucción de la vida en el frente, este capítulo demuestra los efectos del inmenso desgaste material y de la condición física y mental de las tropas. Pone el acento en cómo en el invierno de 1941-1942 la mayoría de los soldados alemanes se vieron forzados a una guerra de trincheras, lo que recordaba mucho al Frente Occidental en 1914-1918, al tiempo que debía combatir, con todo, a un enemigo cada vez más modernizado. Incapaz de seguir basándose en las hasta ahora exitosas tácticas de la *Blitzkrieg*, la Wehrmacht aceptó el punto de vista de Hitler respecto a que se trataba de una lucha a todo o nada por la supervivencia, una «guerra de ideologías» que exigía un compromiso espiritual total tratando así de compensar la pérdida de su superioridad tecnológica e intensificando el adoctrinamiento político. Esto, a su vez, abrió el camino para un embrutecimiento aun mayor de los soldados.

La compleja relación entre tradición, modernidad e ideología nazi se hizo más intensa a causa de la progresiva inferioridad material de Alemania. Es un problema de interpretación fundamental en la historia del Tercer Reich. Mientras, varios altos oficiales apoyaron los valores sociales, políticos y militares, sintiéndose atraídos por Hitler, aunque la única razón fuese que hacía posible la rápida modernización del ejército.^[2] Por el contrario, mientras Hitler manifestaba gran fascinación por la tecnología moderna, la retórica y la propaganda nazi expresaron a veces un poderoso aborrecimiento respecto de la modernidad e hicieron amplio uso de imágenes pseudorreligiosas y míticas.^[3] En un primer momento se intentó oponer al *Soldat* (soldado) profesional del ejército al ideológicamente motivado *SS Kämpfer* (combatiente SS). De todos modos, estas categorías simplificadas tendieron, en la práctica, a solaparse a medida que la primera se basó cada vez más en compromisos ideológicos y la segunda acabó siendo un cuerpo profesional altamente adiestrado. Una paradoja semejante se observa a nivel estratégico. Mientras que las campañas de la *Blitzkrieg*, que se basaban en una evaluación racional de la relación entre los medios económicos y las tácticas militares, acabaron siendo consideradas tan típicamente nazis, la estrategia bélica total, con una Alemania eficazmente movilizada para el tipo de guerra que no tenía ninguna esperanza de ganar, fue vista como representativa de tecnócratas de mente clara como Albert Speer.^[4] Así, en vez de ser la distinción convencional entre modernidad y tradicionalismo, podría afirmarse que era precisamente la tensión entre

tecnología y mitología, organización e ideología, cálculo y fanatismo, lo que constituyó uno de los nexos básicos entre la Wehrmacht, el régimen y la sociedad en el Tercer Reich, y proporcionó al ejército gran parte de sus tremendas aunque destructivas energías.

El segundo capítulo examina la destrucción del «grupo primario», la unidad social que tradicionalmente constituía la columna vertebral del ejército alemán. Debido a las terribles bajas en combate, la falta de reemplazos y la rápida reposición del personal entre las unidades del frente, la Wehrmacht no pudo basarse en el «grupo primario» como clave de su cohesión. La muy aceptada teoría sociológica de Shils y Janowitz, que mantiene que la Wehrmacht evitó la desintegración gracias a su organización social se muestra así que es en gran medida irrelevante, particularmente para las condiciones del Frente del Este, donde una parte sustancial del ejército combatió la mayor parte de la guerra.^[5] Esto hace necesario buscar otra explicación para la notable cohesión y las prestaciones en combate de la Wehrmacht, especialmente teniendo en cuenta su antes mencionada debilidad material.

La tesis propuesta en un primer momento por Shils y Janowitz ha influido y se ha reflejado en las interpretaciones de los estudiosos que han colaborado con, o no han estado de acuerdo con el régimen nazi también en el sector civil. Ciertamente podemos decir que existe un nexo todavía no reconocido entre la teoría del «grupo primario» y la *Alltagsgeschichte*, es decir, entre la noción de que el soldado está motivado sobre todo por el deseo de sobrevivir unido a la lealtad hacia sus camaradas, y el argumento, cada vez más popular, según el cual en el Tercer Reich la mayoría de las personas estaban más absorbidas por las preocupaciones de la vida diaria como para prestar demasiada atención a la retórica o a la política del régimen. De ahí que, mientras la teoría del «grupo primario» «despolitizaba» a la Wehrmacht, una consecuencia de escribir la historia del Tercer Reich «desde abajo» era crear la impresión de que existía una sociedad civil «despolitizada», cuyos miembros, mayoritariamente, al perecer la «normalidad» de la vida diaria mucho más importante que la «anormalidad» ideológica y de las medidas de los nazis.^[6] Con todo, cuando se habla de un vasto ejército como la Wehrmacht, no solo es importante darse cuenta de que tanto la moral como la motivación de los soldados —y la actitud hacia el régimen entre los civiles— eran asuntos que estaban muy estrechamente

relacionados, sino que también son temas muy complejos como para ser explicados por medio de una teoría única, mecanicista e independiente. De hecho, algunas ideas sobre las relaciones entre el pueblo y el régimen pueden derivarse de la noción de que mientras los grupos primarios «reales» no explican del todo la motivación para el combate debido a su desafortunada tendencia a desintegrarse precisamente cuando más se los necesita, la «idea» de apego a un «grupo primario» «ideal», compuesta por una cierta «categoría» de seres humanos, posee claramente un poderoso potencial integrador. Pero este tipo de «grupo primario» es en ciertos aspectos lo opuesto exacto del presentado en la teoría original, ya que es en gran medida producto no solo de los lazos sociales, sino de la interiorización ideológica por la cual la humanidad está dividida en grupos opuestos de «nosotros» y «ellos». Así, el sentido de identificación con un grupo y el aborrecimiento del otro dependen, en ambos casos, de una abstracción; la familiaridad personal solo puede debilitar el compromiso de los individuos, revelando el aspecto menos que ideal de su propio lado y el rostro humano de sus oponentes (esta es la razón de por qué a los ejércitos no les gusta la confraternización). Naturalmente, este tipo de categorización puede aplicarse a los civiles y en ambos casos no necesita ninguna comprensión profunda de cualquier visión del mundo en la que una persona crea y por la que puede combatir o trabajar. En cambio, exigen la interiorización solo de esos aspectos de la ideología del régimen basada en prejuicios que ya eran predominantes con anterioridad,[\[7\]](#) y la mayoría necesitaba legitimar sus sufrimientos, elevar su propio estatus, y denigrar el del enemigo, fuese real o imaginario.

El tercer capítulo propone que fue la muy dura disciplina de la Wehrmacht —sin precedentes— la que mantuvo juntas a las unidades en el frente. De todos modos, el sometimiento de los soldados a un sistema disciplinario que condujo a la ejecución de unos 15.000 soldados[\[8\]](#) estaba estrechamente ligado a la conducta de las tropas hacia los soldados y civiles enemigos. Mientras que muchas de las actividades criminales del ejército estuvieron dirigidas desde arriba, las tropas quedaron sin castigo incluso cuando incumplieron totalmente las órdenes que prohibían el saqueo y las muertes indiscriminadas. Al permitir acciones no autorizadas contra individuos considerados meros «subhombres», el ejército creó una conveniente válvula de seguridad que hizo posible exigir una estricta disciplina de combate. La cohesión acabó dependiendo de una

perversión de las bases morales y legales de la justicia militar. Aun así, cuando el terror hacia el enemigo superaba al temor a sus superiores, se producían las rupturas. La desintegración completa se evitaba no solo con la disciplina, sino también creando una visión de la guerra compartida en común que hacía que la perspectiva de una derrota fuese equivalente a un apocalipsis universal.

La «disciplina» interna en el Tercer Reich, percibida por muchos como una vuelta a la «normalidad» después del caos de la república [de Weimar, *N. del t.*], se alcanzó por unos medios no diferentes a los empleados por la Wehrmacht; es decir, explotando la popularidad del régimen y el conformismo del público, aunque simultáneamente, acabando con toda oposición con la mayor brutalidad. [9] Así, dejando a un lado manifestaciones aisladas de desobediencia real y revuelta social o militar, nuestra comprensión de la obediencia de la vasta mayoría a los mandatos del régimen dependerá en gran medida del peso relativo atribuido a la voluntad y posiblemente al apoyo motivado ideológicamente por un lado, y miedo al castigo por el otro. La severidad de la disciplina de la Wehrmacht no era solamente parte de una vieja tradición prusiana, sino más bien el resultado de los profundos cambios introducidos en el derecho militar durante el Tercer Reich, como eran de hecho las instrucciones impartidas a las tropas sobre la manera de cómo debían ser tratados los soldados y civiles enemigos. La cuestión de la disciplina *per se* no puede separarse de los nuevos determinantes ideológicos de la justicia militar, y toda discusión sobre la naturaleza de los delitos y su castigo ha de tener en cuenta este factor si no se quiere interpretar los hechos de manera totalmente errónea. Este, naturalmente, fue también el caso en gran medida de la sociedad civil del Tercer Reich, pues, si bien estamos hablando de dos sistemas legales separados, hemos de tener en cuenta que ambos fueron alterados sustancialmente para encajar en las exigencias ideológicas del régimen. [10] Así, el hecho de que las actitudes diferenciadas hacia varias categorías de seres humanos no quedaban limitadas a la Wehrmacht ni reservadas a las poblaciones de los territorios ocupados puede verse claramente por las campañas de eutanasia y raciales dentro de las fronteras del Reich. [11] Además, la participación obediente y acrítica de millones de soldados en el crimen «legalizado» fue significativa también por el hecho de que reflejó probablemente los valores morales interiorizados por estos jóvenes ya antes de su reclutamiento y, asimismo, su estado de ánimo y su conducta al retornar a la

sociedad tras el derrumbamiento del Tercer Reich. Un aspecto de este impacto puede constatarse en el contenido y en la recepción pública acrítica de las numerosas memorias personales y crónicas de formación publicadas en Alemania en los años 50 y 60 que revelaron una alarmante simpatía hacia las distorsionadas normas de disciplina y obediencia, de derecho y de criminalidad que caracterizaron a la Wehrmacht.

En el capítulo cuarto se discute hasta qué punto los años de adoctrinamiento premilitar y militar deformaron la percepción de la realidad de los soldados. La propaganda de la Wehrmacht descansaba en una demonización radical del enemigo y en una igualmente extrema deificación del Führer. La sorprendente eficacia de tales imágenes queda evidenciada por una amplia serie de pruebas que van del análisis de las opiniones de los soldados por parte de los dirigentes y de las propias instituciones del régimen hasta los puntos de vista de sus oponentes, las memorias de los exgenerales y soldados, los testimonios orales de trabajadores y jóvenes, y la correspondencia privada de los soldados desde el frente. Es en particular en este último caso donde encontramos cómo los soldados preferían ver la realidad que conocían mejor a través de los filtros ideológicos del régimen. Tales imágenes jugaron también un papel importante en la distorsionada reconstrucción de la memoria y de la historia de la guerra, como puede verse por la manera en que algunos intentos recientes de «historicizar» la invasión de la Unión Soviética han empleado argumentos sacados directamente de la propaganda de los tiempos de guerra del régimen nazi.[\[12\]](#)

El argumento más poderoso y más exitosamente difundido relativo a los fines y naturaleza de la guerra de la Wehrmacht en el Este se basa en relegar el tema de la implicación criminal del ejército a una posición de importancia secundaria mientras que, al mismo tiempo, se sitúa con determinación a la Wehrmacht en el campo ideológico del anticomunismo. Ciertamente, este punto de vista se esfuerza por «equilibrar» las atrocidades de la Wehrmacht con las atrocidades soviéticas e incluso, de manera más significativa, poner el acento sobre la vasta labor realizada por las tropas del Tercer Reich en pro de la civilización occidental en conjunto al establecer un dique a la «inundación asiático-bolchevique». El origen de esta imagen de la Wehrmacht como baluarte de la *Kultur* (cultura, civilización, *N. del t.*) se remonta a la invasión de la URSS

por la Alemania nazi en el verano de 1941, presentada en su época como una cruzada contra el bolchevismo y que alcanzó cierta popularidad en la Europa occidental ocupada.[\[13\]](#) Pero su mayor desarrollo se dio cuando el Tercer Reich estaba ya con los dolores de la agonía, en una época en que la propaganda nazi hacía todo lo que podía para convencer a sus tropas de que estaban defendiendo a la humanidad de una invasión demoníaca, al tiempo que trataba de unir a los disidentes de la Unión Soviética y de los aliados occidentales. Aunque no tuvieron éxito en evitar el colapso total del Reich, tales intentos dieron sus frutos en otro sentido importante, pues prepararon el terreno para lo que acabó siendo la alianza de la República Federal alemana con Occidente, y proporcionó a los apologistas de la Wehrmacht un argumento poderoso y políticamente más aplicable, aunque convenientemente confundido entre causa y efecto.

La asombrosa persistencia de esta imagen nueva/vieja de la Wehrmacht ha gozado de una poderosa voz en la reciente *Historikerstreit*.[\[14\]](#) Podría ser que no se le haya concedido suficiente atención a la extraña inversión del papel de la Wehrmacht propuesta por los tres mayores exponentes del nuevo revisionismo, según la cual de forma abierta o por implicación, el ejército se transformó de culpable en salvadora, de objeto de odio y temor a objeto de empatía y piedad, de agresor a víctima. Así, el determinismo geopolítico de Michael Stürmer añade una porción de inevitabilidad (y continuidad) científica de la misión histórica de Alemania de servir de baluarte contra las invasiones bárbaras provenientes del Este; la tesis de Ernst Nolte sobre los horrores de los gulags y el temor al bolchevismo como «origen» de Auschwitz hace posible manipular la cronología e implica que la invasión de la URSS por la Wehrmacht fue, esencialmente, un ataque preventivo, exactamente como si las atrocidades que aquella cometió deben entenderse como mera anticipación de las aún peores brutalidades cometidas por las «hordas asiáticas»; y Andreas Hillgruber atribuye al sacrificio de la Wehrmacht el haber detenido la «orgía de venganza» que estaba a punto de ser desencadenada por los bolcheviques, lo que le permite insistir en la necesidad de «empatizar» con las tropas de Prusia Oriental separándolas conscientemente de sus compañeros de los campos de la muerte cuyo exterminio continuado pudo garantizar, así, el Ostheer (Ejército del Este). La muy debatida «petición» de Martin Broszat respecto a una historización del Tercer Reich, aunque busca un tipo de revisionismo mucho más sutil[\[15\]](#), recibe por ello la

respuesta de los intentos de Stürmer y de Nolte para situar a la Alemania nazi en un contexto histórico más amplio, y de la insistencia de Hillgruber a favor de una empatía con el Landsers (soldado raso) individual. El libro concluye afirmando que en Alemania la memoria popular de «Barbarossa» se basa en la misma inversión de la realidad común durante el Tercer Reich, de ahí que los acontecimientos militares y los sufrimientos físicos de la guerra suelen ser enormemente enfatizados, mientras que su único aspecto verdadero, es decir, su inherente criminalidad, queda reprimido y «normalizado».[16]

Con todo, este es el argumento central del presente estudio que, aunque no podemos hablar de la Wehrmacht como una «institución» aislada respecto al estado, resulta imposible comprender la conducta, motivación, y autopercepción de los «oficiales y soldados individuales» que formaron el ejército, sin considerar a la sociedad y al régimen de los que provenían. Y dado que la relación entre la sociedad militar y la civil era mutua y no exclusiva, sería necesario asimismo tener en cuenta el impacto no solo de la Wehrmacht como institución sino también de los millones de soldados que pasaron por filas sobre otros ámbitos de la vida en el Tercer Reich.

Solo aceptando esta premisa queda claro que el ejército no fue, sin más, forzado a obedecer al régimen por el terror y la intimidación, ni fue manipulado para que colaborase por medio de las maquinaciones de una minoría de oficiales nazis y oportunistas, ni, finalmente, apoyó al régimen debido a un malentendido sobre lo que el nacionalsocialismo significaba realmente y por lo que luchaba. Ya que todas estas explicaciones son insuficientes cuando nos damos cuenta de que, en particular y de manera creciente en el Tercer Reich, el ejército como institución formaba parte integral del régimen más que ser una entidad separada de él, y mientras que como organización social estaba formado por un número creciente de exciviles y, por consiguiente, reflejó a la sociedad civil en un grado mayor que en el pasado. La Wehrmacht era el ejército del pueblo y el instrumento complaciente del régimen, más que cualquiera de sus antecesores militares.

Es de esta manera cómo debería entenderse la conexión que acabamos de resaltar entre la conducta criminal de la Wehrmacht en el Este y el exterminio de los judíos, tanto si hablamos de generales como de soldados.[17] Así, aunque las diferencias de edad, de origen social y de educación, de tradición política y de

religión jugaron un papel definido en cada acción individual, era más probable que los soldados, más que los civiles, pudiesen pertenecer a las categorías que apoyaban al régimen, a su ideología y a su política,^[18] mientras que los escalones superiores del ejército, siendo su *raison d'être* (razón de ser) la dirección y aplicación de la violencia,^[19] hallaron relativamente fácil legitimar la ejecución de la política nazi con lo que parecía argumentos puramente militares. Esto es, en gran medida, una tendencia a pasar por alto o subestimar la importancia de los nexos íntimos entre el ejército, el régimen y la sociedad más que cualquier carencia «objetiva» de pruebas documentales que hasta ahora ha contribuido a plantear la pregunta equivocada y a ofrecer una interpretación insatisfactoria en lo referente a las funciones, influencias e importancia histórica de la Wehrmacht en el Tercer Reich.

[1] Véase una panorámica sobre el tema en T. Schulte, *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia*, Oxford/Nueva York/Múnich, 1989, pp. 1-27.

[2] K.J. Müller, *The army, politics and society in Germany, 1933-1945*, Nueva York, 1987; W. Deist, *The Wehrmacht and German Rearmament*, Londres/Basingstoke, 1981.

[3] Sobre Hitler, *Nazism, and modernization*, véase por ejemplo: R. Zitelmann, *Hitler: Selbstverständnis eines Revolutionärs*, Stuttgart, 1987; H. A. Turner, Jr., «Fascism and Modernization», in *Reappraisals of Fascism*, coord. H. A. Turner, Jr. Nueva York, 1975, pp. 117-139; R. Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany*, Londres, 1968; D. Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, Nueva York/Londres, 1966.

[4] Véase por ejemplo: B. A. Carroll, *Design for Total War*, La Haya, 1968.

[5] E. A. Shils y M. Janowitz, «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», *POQ* 12 (1948): 280-315.

[6] Véase, por ejemplo: I. Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich*, Oxford, 1983.

[7] I. Kershaw, «How Effective Was Nazi Propaganda?», en *Nazi Propaganda*, coord. D. Welch, Londres, 1983, p. 192.

[8] M. Messerschmidt, «German Military Law in the Second World War», en *The German Military in the Age of Total War*, ed. W. Deist, Leamington Spa/New Hampshire, 1985, pp. 323-335.

[9] D. J. K. Peukert, «Alltag und Barbarei», en *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, ed. D. Diner, Francfort/M., 1987, pp. 51-61.

[10] M. Hirsch et al. (coords.), *Recht, Verwaltung und Justiz im Nationalsozialismus*, Colonia, 1984.

[11] E. Klee, «Euthanasie» im NS Staat. Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens», Francfort/M., 1983; idem., *Dokumente zur «Euthanasie»*, Francfort/ M., 1985; e idem., *Was sie taten—was sie wurden. Ärzte, Juristen und andere Beteiligte am Kranken—oder Judenmord* Francfort/M., 1986; L. Dawidowicz, *The War against the Jews 1933-1945*, 3ª ed. Harmondsworth, 1979, espec. pp. 78-101, 122-143; U. D. Adam, *Judenpolitik im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1972; K. A. Schleunes, *The Twisted Road to Auschwitz. Nazi Policy toward German Jews, 1933-1939*, Urbana/Chicago/Londres, 1970; L. Gruchmann, «Blutschutzgesetz» und Justiz. Zur Entstehung und Auswirkung des Nürnberger Gesetzes vom 15. September 1935», *VfZ* 31 (1983): 418-442; O.D. Kulka, «Die Nürnberger Rassengesetze und die deutsche Bevölkerung im Lichte geheimer NS-Lage- und Stimmungsberichte», *VfZ* 32 (1984): 582-624.

[12] A. Hillgruber, *Zweierlei Untergang*, Berlín, 1986; y análisis textual en O. Bartov, «Historians on the Eastern Front: Andreas Hillgruber and Germany's Tragedy», *TAJB* 16 (1987): 325-345.

[13] J. Forster y G. R. Ueberschar, «Freiwillige für den `Kreuzzug Europas gegen den Bolschewismus» en *Der Angriff auf die Sowjetunion*, Stuttgart, 1983, vol. 4 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 908-935; B. Wegner, «Auf dem Wege zur Pangermanischen Armee», *MGM* 2 (1980): 101-136.

[14] La mayor parte de los trabajos importantes están recopilados en «*Historikerstreit*». *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, ed. Serie Piper, 3.^a ed. (Múnich, 1987).

[15] M. Broszat, «Plädoyer für eine Historisierung des Nationalsozialismus», *Merkur* 435 (1985): 373-85.

[16] Para una exposición más detallada de esta tesis, véase asimismo O. Bartov, «Extremfälle der Normalität und die Normalität des Aussergewöhnlichen: Deutsche Soldaten an der Ostfront», en *Über Leben im Krieg*, ed. U. Borsdorf y M. Jamin, Reinbeck bei Hamburg, 1989, pp. 148-161.

[17] G. Hirschfeld (coord.), *The Policies of Genocide. Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany* (Londres/Boston/Sydney, 1986).

[18] O. Bartov, *The Eastern Front 1941-45, German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Londres/Nueva York, 1985-1986, pp. 40-67; Schulte, *German Army*, p. 288, y fuentes citadas en él.

[19] Véase M. Geyer, «The Militarization of Europe, 1914-1945», en *The Militarization of the Western World*, coord. J. R. Gillis, New Brunswick/Londres, 1989, pp. 65-102.

1. LA DESMODERNIZACIÓN DEL FRENTE

Una de las grandes paradojas de la Segunda Guerra Mundial fue que entre 1941 y 1942 las unidades de combate de la Wehrmacht se vieron sometidas a un proceso radical de desmodernización, precisamente cuando la economía del Tercer Reich estaba siendo movilizada para una guerra industrial total.^[1] Los éxitos del ejército alemán en los dos primeros años de lucha se basaron en un empleo innovador y altamente eficaz de sus limitados recursos naturales. Las campañas de la Blitzkrieg (guerra relámpago) en Polonia, Escandinavia y Europa occidental fueron breves y causaron relativamente pocas bajas. Sin embargo, una vez que la Wehrmacht invadió la Unión Soviética, y en particular en el curso del invierno de 1941-1942, las realidades del frente se transformaron profundamente. Aunque el Reich produjo realmente un número cada vez mayor de maquinaria de guerra, la gran mayoría de las tropas en el frente vivieron y lucharon en unas condiciones del más extremo primitivismo. Como veremos, este proceso tuvo un fuerte impacto sobre el carácter, la autopercepción, y la conducta de la Wehrmacht.^[2]

Cuando Alemania lanzó su ataque en Occidente sus fuerzas acorazadas eran, de hecho, numérica y en varios aspectos cualitativamente inferiores a las de sus oponentes. El 10 de mayo de 1940 la Wehrmacht puso en acción a 2.445 de sus 3.505 carros de combate^[3] disponibles. Haciéndoles frente no había menos de 3.383 carros franceses, británicos, belgas y holandeses. Además, solo 725 tanques alemanes eran de los avanzados modelos Panzer III y Panzer IV, y aun así tendrían grandes dificultades al enfrentarse a algunos de los carros pesados franceses. Con todo, los alemanes hicieron un uso mucho mejor de su arma acorazada, pues a diferencia de los Aliados occidentales —que distribuyeron sus tanques de forma dispersa a lo largo de todo el frente— los organizaron en divisiones panzer agrupándolas posteriormente en poderosos puños capaces de penetrar profundamente en la retaguardia enemiga. Esta innovación organizativa hizo posible alcanzar una aplastante superioridad local con el empleo de tácticas completamente nuevas de concentración, ruptura, y penetración, creando la impresión de una total preponderancia numérica y tecnológica. Este efecto de

shock de las incursiones de fuerzas acorazadas se vio ampliado por una organización y concentración semejantes de la fuerza aérea. A diferencia de los cuerpos acorazados, la Luftwaffe poseía más y mejores aviones que sus oponentes. En vísperas del ataque los alemanes disponían de 4.020 aviones operativos, por 3.099 de los Aliados, incluidos los aviones estacionados en Gran Bretaña. Y lo que es más importante, la Luftwaffe desplegó en Occidente 1.559 bombarderos, mientras que los Aliados tenían solo 708, la mayoría de los cuales eran relativamente obsoletos. La combinación de penetraciones con una concentración acorazada apoyada de cerca por esta «artillería volante» desquició rápidamente el frente enemigo, desorientó a su mando, hizo estragos en su sistema logístico y desmoralizó en gran medida a las líneas de vanguardia y a la retaguardia. En tales circunstancias la gran superioridad de los Aliados en armamento careció de sentido. La campaña fue exitosa tan rápida y decisivamente que en perspectiva, ambos bandos acabaron considerando que su resultado era inevitable.[\[4\]](#)

En realidad, la victoria fue cualquier cosa menos una conclusión cantada. El elemento acorazado de la Wehrmacht era simplemente una exigua fracción de su fuerza total. Los alemanes atacaron en Occidente con 141 divisiones, de las que solo 10 eran acorazadas. Con el fin de llevar el máximo peso para incidir en el *Schwerpunkt*[\[5\]](#) de la batalla, en el escenario crucial de la campaña no menos de nueve divisiones acorazadas compitieron en alcanzar, una junto a otra, el Canal de la Mancha, partiendo así en dos a las fuerzas aliadas. Esta concentración de casi todos los elementos modernos de la Wehrmacht en un punto del frente alcanzó su meta. Pero podía haber sido fatal. Con que los Aliados hubiesen comprendido el escenario de la batalla y hubiesen manifestado un grado ligeramente mayor de capacidad organizativa y coordinación, habrían podido separar el puño acorazado de las formaciones de infantería que seguían detrás — lo mismo que de su apoyo logístico— y por tanto convertirlo en algo más bien inútil una vez que hubiesen agotado el aprovisionamiento de combustible y de municiones. Hitler y sus generales eran plenamente conscientes del tremendo riesgo al que se enfrentaban; en efecto, estaban obsesionados por el espectro de otro «milagro del Marne». Pero en los espacios relativamente limitados del Occidente, enfrentándose a un oponente dubitativo, mal preparado y numéricamente más o menos igual, era un riesgo que merecía la pena correr.[\[6\]](#)

En el Este las cosas resultarán bastante diferentes.

La Wehrmacht consiguió una victoria táctica, pero como Alemania no había ganado la guerra, su inherente debilidad se iba haciendo cada vez más evidente. Esta es la segunda y más profunda lección que se extrae de la campaña del frente occidental. El Tercer Reich había intentado combatir una guerra europea sin movilizar completamente su economía. Al no haber conseguido una victoria total en Occidente debido a la insistencia británica en continuar la lucha, Hitler se volvió hacia el Este, esperando destruir a la URSS con las mismas tácticas que habían sido tan eficaces en Occidente. Pero entre 1940 y 1941 la producción de guerra de Alemania, calculada según el gasto financiero, había crecido poco, mientras que la de Gran Bretaña, la URSS y los Estados Unidos juntas se había casi duplicado, y era ya unas tres veces mayor que la del Reich.^[7] En el invierno de 1941-1942 Alemania se vio involucrada en una guerra mundial y hubo de adoptar, reticentemente, una movilización económica total. Pero no solo entró en la carrera relativamente tarde, sino que sus recursos eran mucho más limitados que los del enemigo. El Tercer Reich era capaz de ser vencedor en una Blitzkrieg europea, pero no podría ganar una guerra mundial total.

Los riesgos de las tácticas y de la estrategia de la Blitzkrieg, y las fundamentales limitaciones de la capacidad de producción de Alemania, se hicieron meridianamente visibles durante los seis primeros meses de la campaña de la URSS. La industria de guerra del Reich consiguieron aumentar la producción de tanques de 2.235 en 1940 a 5.290 en 1942; y la Wehrmacht duplicó el número de sus divisiones acorazadas hasta 21 (aunque a costa de reducir en un tercio el número de tanques por división). Sin embargo, esta expansión de elementos de combate modernos resultó no ser apenas suficiente ante las tremendas pérdidas en el frente y la envergadura de las fuerzas acorazadas del enemigo. Pero es muy revelador que si juzgamos por la proporción entre el número de soldados y las máquinas de guerra, las fuerzas soviéticas que se enfrentaban directamente al Ostheer eran más modernas, aunque al igual que los aliados del oeste, ninguno de los dos había aprendido a hacer un uso eficaz de su fuerza material. En junio de 1941, los 3.600.000 soldados del Ostheer atacaron con 3.648 tanques de un número total de 5.694; de nuevo, solo 444 de estos eran del modelo Panzer IV, relativamente avanzado. Frente a estos, en la URSS occidental había 2.900.000 soldados soviéticos

apoyados por no menos de 15.000 carros de combate de un total de fuerzas acorazadas de 24.000, más que todos los tanques del resto del mundo reunidos. Sin duda, la gran mayoría de las máquinas soviéticas eran bastante obsoletas, pero 1.861 eran tanques T-34 y los pesados KV, significativamente superiores a los mejores de Alemania. Y mientras que en 1940 únicamente 358 de esos tanques se construían en la URSS, solo en la primera mitad de 1941 su número aumentó a 1.503 e incluso en la segunda mitad del año, a pesar de la ocupación de las regiones industriales principales de la URSS, se produjeron 4.740 de modelos avanzados. Del mismo modo, el Ostheer estaba apoyado por 2.510 aviones, considerablemente menos de los desplegados en el Oeste, mientras que los soviéticos tenían más de 9.000, aunque en este caso eran, por lo general, inferiores a los aviones alemanes. Y peor aun, una vez que la Blitzkrieg comenzó a vacilar, la mayor mano de obra soviética y grandes recursos industriales entraron en juego y rápidamente ampliaron el margen tecnológico entre el Ejército Rojo y el Ostheer.[\[8\]](#)

Y deberíamos insistir en que, tras la debacle del invierno 1941-1942, el Tercer Reich expandió enormemente la producción de guerra general y dio pasos considerables hacia el desarrollo de algunas armas y máquinas altamente evolucionadas. De todos modos, la experiencia de combate del soldado medio en el frente no reflejaba el giro de Alemania hacia una producción de guerra total. Esto fue porque proporcionalmente el enemigo se hizo más fuerte y estuvo mejor equipado, y porque debido a la gran superficie de los territorios ocupados por la Wehrmacht las crecientes cifras de producción del Reich iban pareciendo, al final, menos impresionantes. En los espacios relativamente limitados del Oeste, la política de la Wehrmacht de mantener unas cuantas divisiones bien equipadas a expensas del gran grueso de las formaciones de infantería había resultado eficaz. En el Este, una de las claves del fracaso de la Blitzkrieg fue la incapacidad de la infantería para seguir el paso de las puntas de lanza acorazadas en grandes distancias. Por consiguiente, la naturaleza de la guerra cambió drásticamente para convertirse en un frente más o menos estable que solo pudo ser mantenido por las formaciones de infantería mal equipadas de la Wehrmacht, junto a un creciente número de divisiones acorazadas que habían perdido la mayoría de sus tanques. Solo unas cuantas unidades de élite continuaron bien dotadas con máquinas de guerra modernas, pero ya no pudieron cambiar

básicamente la situación general. Esta fue la razón por la que, vista en cifras de la producción total, pareciera que la Wehrmacht experimentase un proceso de modernización, aunque la realidad era que la experiencia de la mayoría de los soldados en el campo de batalla era de profunda desmodernización, de una vuelta a la guerra de trincheras de la Gran Guerra, todo ello empeorado por la creciente capacidad tecnológica del enemigo.

Tiene algún interés que examinemos estos procesos con más detalle. Por lo que se refiere a la producción anual de guerra, Alemania pudo aumentarla de tanques ligeros y medios hasta 22.110 en 1944, época en que producía también 5.235 tanques superpesados. Con todo, la URSS mantuvo una tasa de producción anual de unos 30.000 tanques a partir de 1943; Gran Bretaña produjo 36.720 tanques entre fines de 1941 y finales de 1943; los Estados Unidos produjeron un total de 88.410 tanques. Asimismo, el Tercer Reich aumentó la producción de aviones de 12.401 en 1941 a 40.593 en 1944. Pero la URSS alcanzó una producción mensual de entre 2.000 y 3.000 aviones en los últimos años de la guerra, y los Estados Unidos produjeron casi 100.000 aviones de caza y más de 90.000 bombarderos, de los cuales más de un tercio fueron aparatos cuatrimotores de gran autonomía. Todo esto, además de la enorme capacidad de producción de la industria de motores estadounidense, fabricó más de cuatro millones de vehículos acorazados, de combate y de aprovisionamiento de todo tipo, de los cuales una gran proporción fueron decisivos en la motorización del Ejército Rojo.[\[9\]](#)

Desde la perspectiva del frente, la longitud de la frontera soviética significaba que la Ostheer podía repetir sus tácticas de la Blitzkrieg solo dividiendo sus fuerzas acorazadas en tres grupos de ejércitos, debilitando así cada una de las puntas de lanza en vez de disponer de una única y decisiva concentración de fuerzas acorazadas como en la campaña del Oeste. En el sector central del frente, donde debía encontrarse el grupo más poderoso de fuerzas alemanas, fue necesario subdividir una vez más las formaciones acorazadas en dos grupos panzer, con el fin de cercar a las numerosas fuerzas soviéticas de Bielorrusia. A medida que los alemanes penetraban más profundamente en la URSS, la longitud del frente casi se duplicó, de 1.300 a 2.400 km, y las líneas de suministros se extendieron unos 1.600 por la retaguardia. Esto aumentó ulteriormente la dispersión de las unidades de carros de combate y causó

tremendas dificultades a la hora de mantener sus nexos logísticos fundamentales con los depósitos. Las cosas empeoraron debido al hecho de que mientras el aparato de suministros del Ostheer no estaba motorizado de forma adecuada, a diferencia de la Europa occidental, en la URSS las carreteras eran escasas y la mayoría sin pavimentar, y el ferrocarril utilizaba un ancho de vía diferente. Es indicativo de la parcial modernización de la Wehrmacht que si bien las divisiones panzer disponían de sus propias columnas de suministros de motores, 77 divisiones de infantería completas o lo que es lo mismo, la mitad de todas las fuerzas invasoras, se basaban estrictamente en carros hipomóviles para ser aprovisionadas desde las cabeceras de líneas. Además, la carencia de piezas de recambio significaba que los vehículos averiados no podían ser reparados, mientras que el agotamiento y la falta de pienso disminuyeron mucho el número de caballos. Debido a que los grupos de ejércitos Norte y Sur no pudieron alcanzar sus metas operativas con sus limitadas fuerzas de tanques, las unidades acorazadas del Centro tuvieron que acudir en su ayuda, por lo que se debilitó en gran medida el impulso del Ostheer hacia Moscú. Cuando los alemanes se decidieron a atacar finalmente la capital soviética, su fuerza material se había reducido significativamente e iba en ascenso el desorden de su sistema logístico. Retrospectivamente podemos decir que el intento de repetir las arriesgadas tácticas de la Blitzkrieg empleadas en el Oeste con una proporción aun menos favorable entre espacio y máquinas estaban abocadas al fracaso.[\[10\]](#)

El material y la mentalidad eran cosas estrechamente relacionadas en el Ostheer. A medida que los tanques disminuyeron en número, los soldados hubieron de cavar y volver a la guerra de trincheras; a medida que los camiones se averiaban y los trenes no eran capaces de llegar, el suministro de municiones, alimentos, y ropa disminuyó. La desmodernización del frente fue, así, un proceso por el que la desaparición de las máquinas sometió al soldado individual a unas condiciones de vida de lo más primitivo. La naturaleza de este proceso puede constatarse a través de los siguientes ejemplos. El Panzergruppe 4, el componente acorazado del Grupo de Ejércitos Norte, penetró más de 300 km en territorio soviético en los primeros cinco días de la campaña, pero luego tuvo que esperar toda una semana a que su columna de suministros avanzara antes de poder reanudar el avance. Incluso entonces se hizo necesario desviar todos los recursos de suministros y de transportes a las unidades de tanques, con el

resultado de que la infantería fue dejada muy atrás. Así, cuando las divisiones acorazadas llegaron a las puertas de Leningrado tuvieron que esperar mucho tiempo a la infantería para unirse a ellas mientras que las defensas de la ciudad se reforzaban hasta el punto de que no fue posible capturarla. A partir de este momento el frente se solidificó y los tanques que quedaban fueron desviados al centro.^[11] Del mismo modo, más hacia el sur, los soldados de infantería del XVI Ejército marcharon a pie a lo largo de más de 900 km durante las cinco primeras semanas de la campaña, y cuando se encontraron en una zona pantanosa al este del río Lóvat tuvieron que permanecer durante los siguientes catorce meses en las míseras condiciones imaginables.^[12] Los esfuerzos de las tropas de infantería en los estadios iniciales de «Barbarroja» no fueron inusuales, aunque especialmente grandes, para un ejército que había llevado adelante todas sus campañas de la Blitzkrieg con exiguos elementos motorizados apoyados por una vasta masa de infantería a pie. Pero cuando los tanques se atascaron y todo el ejército quedó encallado profundamente en la URSS, la infantería se convirtió en la columna vertebral del frente, aferrándose a ella con la misma desesperación que los hombres de 1914-1918, y con muy pocas esperanzas de poder ser salvado de su mala situación. A lo largo de todo el frente la falta de maquinaria de combate se combinó con las peculiaridades climáticas y geográficas de la URSS para privar a este ejército previamente capaz de la Blitzkrieg de todo asomo de modernidad. El comandante del II Cuerpo del XVI Ejército informaba ya el 28 de octubre de 1941 que:

El reciente tiempo lluvioso ha convertido las carreteras y el terreno... tan intransitable, que solo los tractores, los carromatos panje (de origen ruso e hipomóviles) y la caballería pueden mantener todavía un grado limitado de movilidad... Por mi propia experiencia sé que mientras andamos por las carreteras uno puede hundirse hasta las rodillas en el barro y que el agua entre en las botas por arriba. Los pozos de tirador se desploman... Algunos de los soldados han comido solo comida fría durante muchos días, ya que las cocinas de campaña y los carros panje no podían cruzar por el terreno y el número de carros de comida no bastaba.

No es extraño que tales condiciones tuviesen un impacto directo sobre la salud física y el estado mental de los soldados. Como añadió el comandante del Cuerpo:

La salud de los hombres y de los caballos se deteriora debido a las tremendas condiciones de alojamiento... Los hombres han estado yaciendo durante semanas en la lluvia y metidos en el barro hasta la rodilla. Es imposible cambiarse la ropa mojada. He visto a los soldados y he hablado con ellos. Tienen los ojos hundidos, están pálidos, muchos están enfermos. La proporción de congelados es alta.[\[13\]](#)

La situación de las formaciones de infantería alemana al sur de Leningrado se hizo mucho peor cuando seis divisiones fueron rodeadas por el Ejército Rojo en la zona de Demiánsk. Entre febrero y abril de 1942 estos 96.000 hombres se encontraron en una mala situación operativa y logística. De nuevo aquí el fracaso de la tecnología acabó en una terrible miseria. Ya que las promesas de la Luftwaffe de transportar suministros a los asediados se realizó solo en un grado muy limitado, los hombres se vieron empujados en cierta medida a arreglárselas por sí mismos con provisiones de alimentos que iban reduciéndose, con uniformes de verano hechos jirones, con pocos refugios para combatir el intenso frío y teniendo que combatir a un enemigo cada vez mejor equipado con armas ineficaces y siempre con escasez de municiones.[\[14\]](#) La desmodernización del Frente del Este fue más evidente en la «bolsa» de Demiánsk que en cualquier otro lugar: los soldados, para aislarse del frío, se cubrían con periódicos hasta que estos se deshacían y el suministro de botas, guantes, gorras, jerséis y capotes era muy reducido y poco apropiado para las condiciones invernales de la URSS. Las pobres raciones de comida llegaban al frente heladas y por lo tanto difícilmente comestibles.[\[15\]](#) El médico de la 12.^a División de Infantería informó que las tropas vivían en bunkers oscuros y húmedos, mal ventilados y estrechos, casi imposibles de calentar y ofreciendo así pocas oportunidades para descansar tras una acción en campo abierto. El aire cargado causaba numerosas molestias respiratorias mientras que debido a la carencia de cualquier medio para lavarse y limpiar la ropa, todos los hombres estaban infestados por piojos y sufrían infinitas infecciones de piel. El frío extremo y las insignificantes posibilidades higiénicas provocaban inflamaciones frecuentes de la vejiga y numerosas incidencias por congelamiento. La escasez de personal significaba largas horas de guardia, y la consiguiente falta de sueño junto a la incesante tensión tenían un efecto debilitante sobre las tropas, haciéndolas, en palabras del médico, cada vez más apáticas (*geistig immer Stumpfer*).[\[16\]](#) Existían informes de soldados que se desmayaban de agotamiento cuando estaban de guardia y también casos de

desórdenes nerviosos. Un médico regimental resumía la situación de la siguiente manera:

Los hombres están muy nerviosos. Esto se hace más evidente cada día, en la pérdida de fuerza, en la pérdida de peso y en el creciente nerviosismo, y tiene un efecto progresivamente negativo en el rendimiento en combate con el surgimiento paralelo de fricciones, depresiones y fracasos por parte de los mandos y de los hombres a causa del agotamiento y de la tensión nerviosa.[\[17\]](#)

Mientras, el único medio que poseía la tropa para defenderse de los ataques de los carros de combate soviéticos eran cañones antitanques de pequeño calibre. Los comandantes trataban de convencer a los soldados de que «el hecho de que los proyectiles rebotasen en la coraza de los tanques no era una prueba de que nuestros cañones no puedan penetrar en los tanques soviéticos», y que «manejando nuestros cañones antitanques ligeros con valentía se obtenían buenos resultados»,[\[18\]](#) pero esto, obviamente, no servía de mucho consuelo para los hombres que pocos meses antes marchaban tras sus panzers aparentemente invencibles.

La situación en otros sectores del Ostfront era básicamente la misma. Menos de un mes después de lanzar la operación «Barbarroja», el Grupo de Ejércitos Sur tuvo que sustituir la mitad de sus camiones por carromatos panje rusos hipomóviles debido a los fallos mecánicos y a la falta de piezas de recambio y en noviembre, sus elementos acorazados, rebautizados absurdamente como 1. Ejército Panzer, había perdido tantos tanques y camiones que se declaró «incapaz de llevar adelante la guerra móvil». De hecho, ya en septiembre casi los dos tercios de los tanques del Ostheer estaban fuera de combate. A mediados de diciembre el Panzergruppe 2 que había comenzado como una de las dos concentraciones acorazadas del Grupo de Ejércitos Centro con 1.000 tanques, y que había recibido otros 150 como refuerzo, había quedado reducido a solo 150 carros mientras que solo el 15 por ciento de sus vehículos de suministros seguía funcionando.[\[19\]](#) Un vistazo a una de estas formaciones de panzers puede ilustrar cómo este tremendo desgaste fue experimentado por las unidades de tanques del frente. La 18.^a división Panzer comenzó la campaña con más de 200 efectivos pero debido a los combates con los T-34 soviéticos, que eran superiores, solo les quedaban 83 vehículos tras dos semanas, o lo que es lo

mismo, menos del 40 por ciento de su fuerza inicial.[20] Incluso en esta etapa inicial, el mando divisional creyó necesario avisar: «Esta situación y sus consecuencias serán insoportables en el futuro si no queremos ser destruidos aun ganando (*wenn wir uns nicht totsiegen wollen*)».[21] Pero el 24 de julio, tras un mes de combates, la 18.^a Panzer se quedó con solo doce tanques,[22] lo que significó que ya no se la pudo considerar una formación acorazada. Y no fue mucho mejor la situación logística de la división, en especial una vez que la columna de suministros del regimiento panzer fuese barrida en una rápida incursión de tanques soviéticos.[23] Esta destrucción material estuvo acompañada por manifestaciones de fatiga de combate extremas, causada por una combinación de terreno inhóspito, tenaz resistencia enemiga y la preponderancia del Ejército Rojo en tanques y artillería. Ya a mediados de julio, cuando la Blitzkrieg estaba todavía en su plenitud, el batallón de motocicletas de la 18.^a Panzer experimentó diez días de guerra de trincheras defensiva bajo constantes barreras de artillería y asaltos de infantería que recordaban mucho a la Gran Guerra. Este fue uno de los primeros ejemplos de lo que pocos meses más tarde se convertiría en la norma en el Frente del Este, en particular, ese desgaste material del lado de los alemanes y ese creciente poder material del lado soviético, obligaron incluso a muchas de las unidades acorazadas del Ostheer a cavar trincheras para luchar por sus vidas. En este caso el resultado fue fatiga de combate, gráficamente descrita por el médico del batallón:

Hay que destacar un estado de absoluto agotamiento... en todos los hombres del batallón. La razón es ... una tensión mental y nerviosa demasiado fuerte. Las tropas estaban sometidas a una formidable barrera de artillería pesada.

El enemigo los atacó... penetró en sus posiciones y fue rechazado en una lucha cuerpo a cuerpo... los hombres no podían cerrar los ojos ni de día ni de noche. Los alimentos solo podían ser suministrados en las pocas horas de oscuridad. Un gran número de hombres, que todavía están de servicio con las tropas actualmente, fueron sepultados vivos por el fuego de artillería. Que a los hombres se les hubiese prometido unos días de descanso... y en cambio se hallaran en una situación aun peor tuvo un efecto particularmente grave. Los hombres se muestran indiferentes y apáticos, en parte sufren de ataques de llanto, y no se los puede animar con esta o aquella frase. Los alimentos solo pueden tomarse en unas cantidades desproporcionadamente pequeñas.[24]

Un elemento importante en la campaña del Ostheer es que la 18.^a Panzer fue

reforzada pero, como era habitual, siguió bastante más debilitada de lo que había estado el 22 de junio, y a mediados de agosto disponía de menos de 50 carros de combate operativos o, lo que es lo mismo, la cuarta parte de su potencial inicial.[\[25\]](#) Además, debido a la falta de transporte motorizado ahora la división hubo de apoyarse en una columna de carromatos panje de reciente creación, que, ciertamente, no era el medio más apropiado para aprovisionar a una unidad acorazada que dependía mucho de la velocidad y de la maniobrabilidad.[\[26\]](#) A medida que la lucha se prolongó, y que no se veía su final, cada vez más soldados tomaron conciencia de que la guerra estaba adquiriendo un nuevo carácter. Un soldado diagnosticó la causa de futuro fracaso de la Wehrmacht en la URSS con notable precisión y previsión:

Un día como hoy hace tres meses que comenzó la campaña contra Rusia. Todo el mundo supuso, en su momento, que los bolcheviques estarían maduros para la capitulación en no más de ocho o diez semanas... Esta suposición, de todos modos, se basaba en una difusa ignorancia sobre el material de guerra ruso... Estábamos mal acostumbrados por la anterior Blitzkrieg.[\[27\]](#)

En efecto, cuando la última fase de la campaña comenzaba con el ataque a Moscú los restantes elementos modernos del Ostheer fueron destruidos rápidamente. La 18.^a Panzer quedó reducida a solo catorce tanques para el 9 de noviembre, y diez días más tarde todo lo que había quedado de sus vehículos acorazados estaban inservibles a causa de la falta de combustible.[\[28\]](#) En vísperas de la contraofensiva soviética de comienzos de diciembre la división disponía solo de la cuarta parte de su movilidad originaria.[\[29\]](#) A su vez, esto significaba escasez seria de suministros de víveres y ropa. Las duras condiciones de vida tuvieron mucho que ver en el gran aumento de las incidencias de congelamientos, enfermedades y agotamiento.[\[30\]](#) La retirada ante los ataques del Ejército Rojo complicaron aun más las cosas, ya que mucho de lo que había quedado del material de la división tuvo que ser dejado atrás.[\[31\]](#) También empezaron a prevalecer cada vez más síntomas de desgaste mental causado por la fatiga, el hambre, la exposición al combate y la ansiedad. El 22 de diciembre la Sección de Operaciones de la división constataba:

Las condiciones físicas y mentales de los soldados y de algunos mandos exige emanar órdenes muy

detalladas y examinarlas minuciosamente, con el fin de evitar desplomes.[32]

Así, en vísperas de Navidad, murieron dos jóvenes soldados de agotamiento. [33] La apatía se había generalizado. Un soldado de la 57.^a División de Infantería escribía por estas fechas que debido a «las tormentas de nieve, a la ventisca y al gran frío que llegaba a alcanzar los 45 grados bajo cero... hay muchos hombres que no reúnen suficiente energía como para aguantar la severidad del viento y escapar a una muerte que de otro modo sería segura».[34] La desmodernización de las formaciones acorazadas no consistía solo en perder sus tanques y camiones, sino en gran medida en los numerosos casos de colapso físico y psicológico causado por las míseras condiciones de vida. Como anotaba el intendente de la división:

La ya inhumana tensión del combate era aun peor al no haber locales de alojamiento. Pese al gran frío, que alcanza los 40 grados bajo cero, la tropa debía pasar el día y la noche a la intemperie y estaban apenas comenzando a cavar pozos de tirador y a preparar instalaciones de alojamiento... [cuando] la división recibió la orden de ponerse en marcha hacia nuevas tareas.[35]

A lo largo del resto del primer invierno en la URSS, las tropas de la 18.^a Panzer permanecieron básicamente en las mismas condiciones que las de la 12.^a de Infantería. Esto era característico de la mayoría de las divisiones acorazadas que, desprovistas en gran medida de su material y obligadas a una guerra de trincheras se vieron abocadas a un proceso de desmodernización relativamente mucho más radical que el de la infantería. Más adelante, la 18.^a Panzer pudo arañar y reunir unos pocos tanques, pero su número nunca superó los veinte y por lo general se situó bastante más por debajo. De hecho, las condiciones materiales de la división era aun peor que la de la mayoría de las formaciones de la Gran Guerra, pues en la segunda parte del invierno de 1941-1942 nunca dispuso de más de treinta y dos cañones —y frecuentemente solo cinco—, mientras que debido a la gran escasez de vehículos de aprovisionamiento motorizados y a la elevada mortalidad de los caballos, permaneció prácticamente inmóvil durante la mayor parte del tiempo debiendo utilizar los primitivos carromatos panje rusos y los trineos para transportar sus provisiones. Otro indicador de la desintegración del frente era la calidad del equipamiento.

Mientras que incluso los mejores tanques alemanes eran inferiores a sus equivalente soviéticos, en este momento las unidades de panzers se veían obligadas a recuperar sus modelos más superados, casi inservibles ante las corazas soviéticas; del mismo modo, las pocas piezas de artillería que quedaban estaban tan gastadas que sus cañones se hallaban en inminente peligro de explosión, mientras que los cañones antitanque, como era el caso en la 12.^a de infantería, eran en su mayoría ineficaces debido a su pequeño calibre.[\[36\]](#) La sensación entre los soldados de que habían sido constreñidos a un estado de atraso extremo se vio aumentada por el hecho de que a pesar de que esta división disponía excepcionalmente de un stock de ropa de invierno relativamente grande —aunque insuficiente— estaba lejos de ser adecuado para las condiciones del invierno soviético.[\[37\]](#) Y aunque las unidades de primera línea del frente continuaban informando de esto a la retaguardia, la calidad de los uniformes invernales de la Wehrmacht solo mejoró levemente entrado el año 1943.[\[38\]](#) Tampoco fue así en el caso de los encargados de la producción de tanques, pues equiparlos con sistemas de calefacción podía ser esencial en los combates del Este.[\[39\]](#)

Todos estos factores se combinaron para producir el desgaste físico y mental de los soldados de la 18.^a Panzer que hemos constatado en la 12.^a de Infantería. Mal alimentada y equipada, inmundada e infestada de piojos, carente de alojamientos y luchando contra una creciente presión del enemigo, con las reservas de personal en disminución, los soldados sufrían el azote de una serie de enfermedades que iban desde la gripe, infecciones de piel y congelamientos hasta inflamaciones intestinales, tifus y epidemias de fiebre maculosa.[\[40\]](#) A mediados de febrero de 1942 el comandante de la 18.^a Panzer señalaba que:

Debido a la constante demanda de servicios de guardia y de patrulla, y más aun debido a las espantosas condiciones de alojamiento, puede observarse un significativo deterioro de la resistencia física y mental [de la tropa]... una compañía fue sacada del frente y puesta en cuarentena debido a frecuentes brotes de fiebre maculosa... La reducción de las raciones alimenticias es insoportable a la larga, vistas las condiciones de la tropa. Es aconsejable un descanso total para reponerse, restaurar la salud y la moral.[\[41\]](#)

Como el descanso no era una opción no es sorprendente que durante los

primeros tres meses de 1942 unos 5.000 soldados —o cerca de un tercio de los componentes de la división— se estimaran enfermos.[\[42\]](#) Naturalmente, esto no era excepcional en absoluto. En 1942 la fiebre maculosa alcanzó proporciones epidémicas en el seno del Ostheer, alcanzando no menos de 36.434 víctimas. Solo en diciembre de 1941 el número de enfermos aumentó abruptamente a 90.000, junto con una elevada incidencia de congelamientos. En enero de 1942 casi dos tercios de los 214.000 soldados perdidos por el Ostheer fueron víctimas de enfermedades y congelamientos más que de la acción enemiga, y estas cifras aumentaron hasta medio millón en la primavera de 1942.[\[43\]](#) Las míseras condiciones de vida y el deterioro en la salud de las tropas tuvieron también un grave efecto psicológico. El comandante de la 18.^a Panzer no fue el único que presionó a sus oficiales para que tomaran «vigorosas medidas contra la fatiga e indiferencia claramente generalizadas entre nuestros hombres».[\[44\]](#) El primer invierno en la URSS desmodernizó materialmente el lado alemán del frente y produjo una mentalidad diferente entre las tropas de la Wehrmacht. Síntoma de esta metamorfosis fueron las quejas del comandante del Grupo de Ejércitos Centro, mariscal de campo von Bock, respecto a «que nuestras tropas echan a correr en cuanto aparece un tanque ruso», un fenómeno sin precedentes en un ejército que acababa de introducir recientemente en Europa la moderna guerra acorazada.

El hombre que había encabezado esta revolución militar, el general Heinz Guderian, describía a su otrora invencible Panzertruppen como un «montón de cantineras armadas que anda torpemente hacia atrás», lastrada por «una seria crisis de confianza» que prevalecía «tanto entre los soldados como entre los mandos jóvenes».[\[45\]](#)

Con todo, el carácter cambiante de la guerra en el Frente del Este no solo producía fatiga y apatía, sino también una nueva imagen de la guerra. Entre 1918 y 1939 los soldados habían acabado aceptando la idea de que la combinación ametralladoras-alambre de espino que había sido la causa del punto muerto al que se había llegado a lo largo del Frente Occidental en la Gran Guerra, seguiría siendo una característica permanente de la guerra moderna.[\[46\]](#) Pero durante los dos primeros años de la Segunda Guerra mundial los tanques y aviones de la Wehrmacht aceleraron el desarrollo de los combates hasta tal punto que la noción de «frente» parecía haberse desvanecido del todo. La imagen de la guerra

se convirtió en un asunto de profesionales altamente preparados que manejaban máquinas muy complejas y conducían rápidas y espectaculares campañas. De todos modos, una vez lanzada la operación «Barbarroja» el notable desequilibrio entre los elementos modernos y anticuados del Ostheer, ya evidente en la campaña del Oeste, no pudo ser superado debido a los espacios mucho más vastos de la URSS y a la fuerza y determinación del Ejército Rojo. Como consecuencia, el Ostheer quedó varada a lo largo de un frente excesivamente extendido y profundo en la Unión Soviética, asumiendo una vez más el carácter asociado a la Gran Guerra y convirtiéndose para el Ostkämpfer en una guerra de trincheras más que un avance rápido con batallas decisivas como habría cabido esperar. «Decir: “Ni siquiera un perro podría vivir así”, dice poco, pues difícilmente un animal vive en condiciones peores y más primitivas que nosotros», escribía un soldado ya el 18 de agosto de 1941.^[47] Pero la suya era una situación mucho más frustrante y desmoralizadora que la de sus predecesores de la Gran Guerra ya que, a diferencia de estos, era muy consciente del potencial que se había perdido para proseguir la guerra rápidamente y con un coste relativamente bajo. Y lo que es peor; sus enemigos habían comenzado a infligirle cada vez más el daño que solo un año antes él había hecho, utilizando la tecnología y las tácticas que ya no estaban a su alcance. Como escribía un soldado a su casa: «Yo no sabía cómo era la guerra de trincheras pero ahora lo he sabido. Nuestras bajas son numerosas, más que en Francia». Pero, como continuaba diciendo, esto no era simplemente una repetición de 1914-1918, ya que ahora le habían hecho sentir lo que los franceses y polacos habían padecido en su día: «Nunca he visto gente tan dura como los rusos, es imposible predecir sus tácticas de antemano y sobre todo su material infinito, tanques y demás».^[48] Esto podría haberlo escrito un francés en mayo de 1940. Así, para el Landsers, la tecnología se había transformado de aliada a enemiga, y su animadversión hacia todo lo que se les había venido encima en el frente solo se vio aumentada por la creciente intensidad y ferocidad de los bombardeos estratégicos de los aliados occidentales sobre blancos civiles e industriales en la retaguardia. La vieja visión romántica de la guerra fue quebrantada de mala manera. Un soldado se quejaba: «De todos modos, ¿por qué este sufrimiento, por si mismo no grande, pero indeciblemente corriente y sucio?».^[49] Ahora, en cambio, las tropas en el frente comenzaban a racionalizar tales hechos empleando un tipo de argumentos

nihilistas, del darwinismo social, no diferentes de las de un Ernst Jünger, según los cuales la guerra no solo era un infierno, sino que uno debía convertirse en una bestia si quería sobrevivir a ella. El cronista de la división de élite Grossdeutschland (GD), que había servido en sus filas como oficial, describía sucintamente esta actitud:

El hombre se convierte en un animal. Debe destruir con el fin de vivir. No hay nada heroico en este campo de batalla... La batalla vuelve aquí a su forma más primitiva y animal; aquel que no ve bien, quien dispara demasiado lentamente, quien no es capaz de oír el ruido sobre el suelo ante él mientras el enemigo se acerca, será enviado bajo... La batalla, aquí, no es el asalto con gritos de “hurra” «en un campo de flores».[50]

Otro soldado escribía ya en fecha tan temprana como el 11 de julio: «Aquí se desarrolla la guerra en su «forma pura» (*Reinkultur*), toda señal de humanidad parece haber desaparecido de las acciones, de los corazones, y de las mentes. Las escenas que se observan bordean las alucinaciones y las pesadillas más dementes».[51] Y Ansgar Bollweg, un exestudiante de teología de treinta años, menciona a Küngar aprobatoriamente cuando resumía su propia visión de la guerra en una carta escrita en noviembre de 1943: «Esta guerra nos ha hecho, a nosotros, los soldados, diferentes... Con los sentidos de un predador reconocemos cómo el resto del mundo será estar entre las piedras de molino de esta guerra. La Edad Media está llegando finalmente a su fin. Caballeros, reyes, ciudadanos, campesinos todos ellos han sido destruidos».[52] Paradójicamente, los soldados se habían aferrado unos a otros y habían seguido luchando, precisamente por ese terrible sentimiento de aislamiento y abandono que los oprimía tan gravemente, pues no había ningún sitio dónde huir en las profundidades de Rusia:

Es el valor de la desesperación [escribe el cronista de la GD], intentando defender lo que ya ha sido conquistado, el temor a caer vivo en manos del enemigo y el instinto de la autosalvación, son las razones de la voluntad de lucha de los hombres en el Este para hacer este sacrificio. No ceden.[53]

Este era un nuevo concepto de heroísmo, una nueva autopercepción del soldado en combate que sustituía una visión de la guerra brutal, fanática y

amoral por una fuerza material y una planificación racional. Había un elemento anárquico en esta celebración de la muerte y del retorno al salvajismo entre las tropas de primera línea, combinado con un creciente desprecio por la autoridad y los valores tradicionales y una poderosa presión para aniquilar tanto a nuestro enemigo como a uno mismo. El origen de esta visión, sin relación con la imaginería romántica de la guerra, precedió a la campaña de la URSS. Incluso en 1939 el barón von Guttenberg, que tenía veinte años, escribía desde Polonia: «La guerra es una sangría que la humanidad debe soportar. Es el deber de todo hombre conducirse en armonía en el seno del caótico enfrentamiento de espíritus atormentados». Y el joven Oskar, príncipe de Prusia, se alegraba en su día: «Estamos ante las ardientes puertas de Europa... y solo un estremecimiento de fe ilumina nuestras acciones, de las que uno dice que desearía seguirnos hasta el fin del mundo».[54] Otro soldado escribía desde Francia en junio de 1940 que «la guerra es y seguirá siendo una condición de la existencia. Un estado, una comunidad nacional parece necesitar períodos de lucha con el fin de preservar sus valores y llevar a cabo sus tareas; en caso contrario debe rendirse convirtiéndose en algo sin poder y débil».[55] Aun así, el desorden sin precedentes en el Frente del Este radicalizó en gran medida este concepto creando la imagen de un guerrero nuevo, ideal e instintivo. «Ya no se dan más órdenes», escribía un miembro de la división GD: «El liderazgo ha revertido a su forma original». Es, afirmaba, «una batalla por la supervivencia», donde todo se permite con tal de que evite la extinción del soldado individual y, por extensión, la de sus camaradas, su unidad, su raza y su patria».[56] Pero acabó siendo mucho más que eso pues en el intento de superar la desmodernización material del frente, la terrible tensión mental de los soldados, la situación sin esperanza y la cada vez mayor superioridad del enemigo, la batalla se convirtió en algo con fin en sí misma, una condición que debía glorificarse como la real y suprema esencia de la existencia. De hecho, incluso aquellos que percibían la locura de la guerra no vieron otra manera de hacer frente a su realidad más que idealizándola. Harald Henry, un estudiante de filosofía de veintidós años mantenía, en octubre de 1941:

Sí, lo que yo vivo aquí es Idealismo. El Idealismo de «a pesar de todo eso», [vivir] justo en el filo. Cuando hago frente a «concepciones idealistas», se debe a mi amargura contra todas las

afirmaciones falsas, contra un entusiasmo que no reconoce ni sabe nada de lo que sufrimos y de lo que se está destruyendo aquí... Pero lo que tenemos obligación de hacer aquí, sufrir hasta la locura, aguantando, tratar de salir del aprieto apretando los dientes, participando y preparado. Y luego, en el medio de la atroz miseria, en los abismos y en los aspectos más oscuros de la vida, conservando todavía la fe en su luz y en sus lugares más hermosos, en el significado de la vida, en los valores externos, en todo el rico y bello mundo del Idealismo, ¿cómo llamaríamos a eso? Esto es ese «a pesar de todo» esa indestructibilidad, esa voluntad inamovible para conceptualizar incluso lo más horrible como parte del todo, verlo en el seno del «bien» de la corriente general de la vida.^[57]

La desmodernización del frente tuvo varias consecuencias importantes. La primera, condujo a unas bajas tan graves en las unidades de combate que la columna vertebral tradicional del ejército alemán, los «grupos primarios» que hasta ahora habían garantizado su cohesión, se vieron ampliamente barridos. En segundo lugar, para evitar la desintegración del ejército en conjunto, que podía derivarse del colapso de los «grupos primarios», la Wehrmacht introdujo y aplicó brutalmente un sistema disciplinario extremadamente duro al que se le dio no solo una legitimación militar sino también ideológica. Con todo, los castigos draconianos no eran suficientes en los casos en que el temor al enemigo era mayor que el temor a los superiores. Así, como compensación por su obediencia y como conclusión lógica de la politización de la disciplina, a los soldados se les permitía que calmasen su rabia y su frustración a costa de los soldados y civiles enemigos. Por consiguiente, la desmodernización del frente aumentó notablemente el embrutecimiento de las tropas e hizo a los soldados más receptivos al adoctrinamiento ideológico y también más dispuestos a cumplir las políticas que esta defendía. De todos modos, este proceso fue posible solo porque una amplia proporción de los oficiales y soldados de la Wehrmacht ya compartían todavía algunos elementos clave de la visión del mundo nacionalsocialista. Enfrentados a la realidad del campo de batalla, que ya no se correspondía con su imagen previa de la guerra, y con un enemigo que no podía ser derrotado utilizando métodos militares conocidos, los soldados alemanes aceptaban ahora la visión nazi de la guerra como la única aplicable a su situación. Fue en este preciso momento cuando la Wehrmacht se convirtió finalmente en el ejército de Hitler.

[1] Sobre el debate referente a la preparación económica de Alemania para la guerra y su conducta, véase A. S. Milward, *The German Economy at War*, Londres, 1965; T. W. Mason, «Innere Krise und Angriffskrieg», en *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, ed. F. Forstmeier y H.-E.

Volkman, Düsseldorf, 1975; H.-E. Volkman, «Die NS-Wirtschaft in Vorbereitung des Krieges», en *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*, Stuttgart, 1979, vol. 1 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 177-368; D. Kaiser, *Economic Diplomacy and the Origins of the Second World War*, Princeton, 1980; R. J. Overy, «Hitler's War and the German Economy: A Reinterpretation», *EHR* 35 (1982): 272-291; idem., «Germany, 'Domestic Crisis' and War in 1939», *P&P* 116 (1987): 138-68; «Debate: Germany, "Domestic Crisis" and War in 1939», comentarios de D. Kaiser y T. W. Mason, respuesta de R. J. Overy, *P&P* 122 (1989): 200-40. Véase también A. Speer, *Inside the Third Reich*, 5ª ed. Londres, 1979, esp. pp. 269-440.

[2] Sobre la tensión entre irracionalidad y fascinación por la tecnología que caracterizó a la ideología nazi y a algunos de sus antecesores, véase J. Herf, *Reactionary Modernism*, 2ª ed. Cambridge, 1986.

[3] Aunque la forma correcta es «carro de combate», a veces simplemente emplearemos el término «tanque», por ser muy utilizado. (N.del t.).

[4] H. Umbreit, «Der Kampf um die Vormachtstellung in Westeuropa», en *Die Errichtung der Hegemonie auf dem Europäischen Kontinent* (Stuttgart, 1979), vol. 2 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 268, 282 (para las cifras), 284-307 (para un texto sobre la campaña desde el punto de vista alemán).

[5] En alemán, punto crítico. (N. del t.).

[6] Para las cifras, véase *ibid.*, pp. 254, 282. Para un informe alemán de un comandante de panzer en la campaña, véase H. Guderian, *Panzer Leader*, 3ª ed. Londres, 1977, pp. 89-139. Desde el ángulo aliado, véase L. F. Ellis, *The War in France and Flanders, 1939-1940*, Londres, 1953; A. Goutard, *The Battle of France, 1940*, Londres, 1958; J. Benoist-Méchin, *Sixty Days that Shook the West*, Nueva York, 1963; G. Chapman, *Why France Collapsed*, Londres, 1968; A. Home, *To Lose a Battle*, Harmondsworth, 1979. Dos memorias personales fascinantes, véase M. Bloch, *Strange Defeat. A Statement of Evidence Written in 1940*, Nueva York y Londres, 1968; H. Habe, *A Thousand Shall Fall*, Londres, 1942. Notables son también las cartas reunidas por J.P. Sartre en *Les carnets de la drôle de guerre*, París, 1983; un tratamiento de ficción, en M. Tournier, *The Ogre*, Nueva York, 1972.

[7] R. D. Müller, «Von der Wirtschaftsallianz zum kolonialen Ausbeutungskrieg», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 4:183. Véase asimismo, H. Schustereit, *Vabanque: Hitlers Angriff auf die Sowjetunion 1941 als Versuch, durch den Sieg im Osten den Westen zu bezwingen*, Herford, F.R.G., 1988.

[8] Müller, *Wirtschaftsallianz*, pp. 183-185; J. Hoffmann, «Die Sowjetunion bis zum Vorabend des deutsche» Angriffs», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 4:62-75; J. Hoffmann, «Die Kriegführung aus der Sicht der Sowjetunion», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 4:734; J. Erickson, *The Road to Stalingrad*, 2ª ed. (Londres, 1985), vol. 1 de *Stalin's War with Germany*, pp. 93, 322; Ploetz, *Geschichte des Zweiten Weltkrieges*, 2ª ed. Würzburg, 1960, pp. 122-127.

[9] Ploetz, *Geschichte*, pp. 448-453, 471, 499, 593-594, 613; Hoffmann, *Die Sowjetunion*, p. 734.

[10] Véanse las siguientes aportaciones en vol. 4 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*: J. J. Förster, «Hitlers Entscheidung für den Krieg gegen die Sowjetunion», pp. 3-37; E. Klink, «Die militärische Konzeption des Krieges gegen die Sowjetunion: Die Landkriegführung», pp. 190-277; idem., «Die Operationsführung: Heer und Kriegsmarine», pp. 451-652; R.-D. Midler, «Das Scheitern der wirtschaftlichen Blitzkriegstrategie», pp. 936-1029. Véase también M. Van Creveld, *Supplying War. Logistics from Wallenstein to Patton*, 3ª ed. Nueva York, 1980, pp. 142-180; H. Rohde, *Das Deutsche Wehrmachtstransportwesen im Zweiten Weltkrieg* (Stuttgart, 1971); W. Zieger, *Das deutsche Heeresveterinärwesen im Zweiten Weltkrieg*, Friburgo, 1973.

[11] Müller, *Das Scheitern*, pp. 965-967.

[12] Bundesarchiv-Militärarchiv, Friburgo i.Br. (a partir de ahora, BA-MA), RH26- 12/30, 22.6.-21.7.41; BA-MA, RH26-12/27, 22.6.-6.7.41; BA-MA, RH37/943, *Kriegstagebuch*, 13.6.-13.8.41.

[13] BA-MA, RH26-12/38, 28.10.41.

[14] Klink, *Die Operationsführung*, pp. 632-34; A. Seaton, *The Russo-German War 1941-1945* (Londres, 1971), pp. 230-248; D. Irving, *The Rise and Fall of the Luftwaffe*, Londres, 1976, pp.183-197.

[15] BA-MA, RH26-12/212, 21.1.42; BA-MA, RH26-12/6I, 18.2.42; BA-MA, RH26-12/62, 4.3.42 and 7.3.42; BA-MA, RH26-12/142, 24.1.42, 9.5.42; BA-MA, RH26-12/52, 1.4.-15.5.42.

[16] BA-MA, RH26-12/142, 24.1.42.

[17] BA-MA, RH26-12/63, 22.4.42.

[18] BA-MA, RH26-12/53, 25.6.42.

[19] Müller, *Das Scheitern*, pp. 967-989.

[20] W. Paul, *Geschichte der 18. Panzer Division 1940-1943*, Friburgo, pp. 10, 30-31, 35. Véase también Guderian, *Panzer Leader*, pp. 159-67.

[21] BA-MA, RH27-18/17, 11.7.41.

[22] Paul, *18.Pz.Div.*, p. 46.

[23] *Ibid.*, pp. 36-38.

[24] BA-MA, RH27-18/26, 27.7.41. General sobre los usos y abusos de la psicología en el Tercer Reich, incluyendo a la Wehrmacht, véase U. Geuter, *Die Professionalisierung der deutschen Psychologie im Nationalsozialismus*, 2ª ed.Francfort/M., 1988.

[25] Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 51-52.

[26] *Ibid.*, pp. 64-67; BA-MA, RH27-18/27, 14.9.41.

[27] O. Buchbender y R. Stertz (coords.), *Das andere Gesicht des Krieges*, Múnich, 1982, pp. 81-82, carta 127.

[28] Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 110, 125.

[29] BA-MA, RH27-18/63, 10.12.41 para el 5.12.41.

[30] BA-MA, RH27-18/73, 9.11.41; BA-MA, RH27-18/177, 23.-30.11.41; 7.12.41; BA-MA, RH27-18/74, 2.12.41; Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 131-34. Para una viva narración personal de las miserias de un soldado durante la marcha hacia Moscú, véase la carta citada en W. Bahr y H. W. Bahr (coords.), *Kriegsbriefe gefallener Studenten 1939-1945*, Tubinga/Stuttgart, 1952, pp. 13-14.

[31] BA-MA, RH27-18/69, 6.1.42 para el 1.1.42; BA-MA, RH27-18/75, 6.2.42; BA-MA, RH27-18/63, 22.2.42 para el 15.2.42.

[32] Paul, *18.Pz.Div.*, p. 149.

[33] *Ibid.*, p. 152.

[34] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, pp. 92-93, carta 156.

[35] BA-MA, RH27-18/184, 7.1.-31.3.42.

[36] Véanse documentos citados, nota 28. Asimismo, BA-MA, RH27-18/69, 28.2.42; BA-MA, RH27-18/113, 19.3.42 para el 18.3.42; BA-MA, RH27-18/69, 28.3.42. Incluso en abril de 1943 de 31 tanques disponibles, 8 eran anticuados Panzer II, 3 eran tanques de mando, desarmados, y 8 estaban en reparaciones; de 29 cañones antitanque, 10 eran los inútiles modelos de 37 mm, y 10 eran soviéticos, botín de guerra, sin munición ni piezas de recambio. Véase BA-MA, RH27-18/130, 7.4.43.

[37] BA-MA, RH27-18/184, 8.3.42.

[38] Véase, p.ej., BA-MA, RH26-12/58, 1.1.43.

[39] BA-MA, RH27-18/74, 4.1.42.

[40] BA-MA, RH27-18/74, 15.1.42.

[41] BA-MA, RH27-18/63, 22.2.42 para el 15.2.42.

[42] BA-MA, RH27-18/174, 1.1.-31.3.42.

[43] B. R. Kroener, «Die Personellen Ressourcen des Dritten Reiches im Spannungsfeld zwischen Wehrmacht, Bürokratie und Kriegswirtschaft 1939-1942», en *Organisation und Mobilisierung des deutschen Machtbereichs*, vol. 5/1 de *Das deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* (Stuttgart, 1988), 872-85. Véase también idem, «Squaring the Circle. Blitzkrieg Strategy and the Manpower Shortage, 1939-42»,

en *The German Military in the Age of Total War*, ed. W. Deist, Leamington Spa, New Hampshire, 1985, pp. 282-303; y F. Seidler, *Prostitution, Homosexualität, Selbstverstümmelung. Probleme der deutsche Sanitätsführung 1939-1945*, Neckargemund, 1977, p.33. Pero ver G. Cocks, «The Professionalization of Psycho-therapy in Germany, 1928-1949», en *German Professions, 1800-1950*, ed. G. Cocks y K. Jarausch, Nueva York, 1990, esp. p. 327, n. 68.

[44] BA-MA, RH27-18/115, 9.4.42.

[45] K. Reinhardt, *Die Wende vor Moskau*, Stuttgart, 1972, pp. 212-15; Kroener, *Die Personellen Ressourcen*, pp. 923-924.

[46] Sobre la ametralladora, véase, e.g., J. Ellis, *The Social History of the Machine Gun*, 2.ed. Londres, 1987; sobre la imagen de la guerra en 1914-1918 véase E. J. Leed, *No Man's Land* (Cambridge, 1979); más en general sobre la imagen de la guerra véase O. Bartov, «Man and the Mass: Reality and the Heroic Image in War», *H&M* 1 (1989): 99-122.

[47] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 74.

[48] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 78, letter 114.

[49] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 76.

[50] H. Spaeter y W. Ritter von Schramm, *Die Geschichte des Panzerkorps Grossdeutschland*, Bielefeld, 1958.

[51] Bahr, *Kriegsbriefe*, pp. 159-160.

[52] *Ibid.*, pp. 302-303.

[53] Spaeter/Schramm, *GD*, 1:365-66. La autopreservación es también el leitmotif de una carta enviada por Karl Fuchs del Frente del Este el 4 de agosto de 1941. Citado en H. F. Richardson (ed), *Sieg Heil! War Letters of Tank Gunner Karl Fuchs 1937-1941*, Hamden: Conn., 1987, p. 124.

[54] *Ibid.*, pp. 13-14.

[55] *Ibid.*, p. 157. Sobre el papel jugado por el mito de la experiencia de guerra de la I Guerra Mundial en la Alemania de entreguerras y su movilización por los nazis, véase G. L. Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, 1990, esp. pp. 159-200.

[56] Spaeter/Schramm, *GD*, 1:366-68.

[57] Bahr, *Kriegsbriefe*, pp. 83-84.

2. LA DESTRUCCIÓN DEL GRUPO PRIMARIO

La más obvia, y para el soldado alemán de la época también la más dolorosa, consecuencia del fracaso de la Blitzkrieg en la URSS y la desmodernización del frente fue las terribles bajas sufridas por las unidades de combate. No se trataba de reveses locales o temporales, pues ya desde los primeros momentos de «Barbarroja» hasta las fases finales de la guerra la Wehrmacht invirtió la parte más importante de su potencial humano y material en el Este, y para el invierno 1941-1942 ya no volvió a ser capaz de conservar la iniciativa salvo en porciones cada vez más limitadas del frente. La mayoría de los soldados del Ostheer pasó los siguientes tres años de la guerra en posiciones defensivas y, como era previsible, sufrió el tipo de bajas asociadas a la guerra de trincheras que las campañas anteriores habían conseguido evitar. En efecto, fue en la Unión Soviética donde la espina dorsal de la Wehrmacht acabó partida, mucho antes de que los aliados occidentales desembarcasen en Francia, e incluso, después de este hecho, seguiría siendo con mucho el frente donde los alemanes emplearían y perderían más efectivos. De ahí que la experiencia de guerra de la mayoría de los soldados alemanes en el frente se forjase en el del Este, y solo examinando estos acontecimientos podemos tener una idea adecuada del funcionamiento de la Wehrmacht, de la mentalidad y autopercepción de sus tropas y de los que cambios a los que se vieron sometidas durante la guerra. Dicho de otro modo, podríamos decir que solo durante la guerra en la Unión Soviética la Wehrmacht alcanzó plena «madurez» y finalmente se convirtió en el ejército de Hitler. Es importante reconocer esto, no solamente por el peso numérico del Ostheer, sino también porque reveló la dinámica inherente a servir como instrumento militar del régimen nazi. Para terminar, ni siquiera el más remoto y aislado elemento de las fuerzas armas alemanas pudo salir completamente inmune de este proceso.

La cohesión en el ejército alemán se mantenía en gran medida gracias a la implementación consciente y sistemática de lo que se ha acordado llamar «grupos primarios». Las raíces de esta organización social se remontan a una tradición militar que esperaba que los soldados sintiesen un tipo especial de nexos y lealtad con y hacia sus unidades. Esta especie de *esprit de corps* (espíritu de

cuerpo) era particularmente eficaz en los casos en los que los batallones, regimientos y luego también divisiones se reclutasen sobre bases regionales, contribuyendo varios tipos de afinidades entre los hombres, lingüísticas, religiosas, normativas y de muchos otros tipos. A medida que los ejércitos se expandían, este tipo de lealtad en las unidades se hizo cada vez más difícil de mantener. Mientras que el tamaño de las formaciones militares hizo imposible la familiaridad entre sus miembros, el crecimiento del estado-nación fue acompañado por un intento de fortalecer el patriotismo más que la lealtad regional, como principal factor de cohesión y motivación de los soldados. El intento de alimentar los lazos personales entre los soldados pareció asimismo imposibilitar la plena explotación de los recursos humanos de la nación. Algunos países, como Estados Unidos, optaron por una política de personal más eficiente que trataba a los soldados como individuos para ser enviados allí donde se los necesitase, en vez de a una unidad específica en la que podían haber formado — o al menos se esperaba— relaciones personales. En cualquier caso, el ejército alemán optó de manera más sistemática por organizar y mantener unidos a los soldados pertenecientes a una unidad específica y reclutada originariamente en el mismo *Wehrkreise*, o zonas de reclutamiento. Esta política significó que no solo se adiestraba y agrupaba a la tropa junta en una unidad, sino que también los heridos podían esperar reunirse con sus antiguos camaradas una vez recuperados. Esta práctica acabaría siendo administrativamente incómoda pero fue muy positiva para la moral, ya que así los soldados alemanes podían considerar su unidad como una especie de hogar al que siempre podían volver, un grupo social compuesto por hombres que conocían y en los que confiaban. Mientras no era posible mantener la lealtad grupal en una división reclutada regionalmente por completo, en el seno de esa formación los hombres forjaban nexos de «grupo primario» a niveles de compañía o sección; en gran medida desarrollaron los mismos lazos con sus oficiales subalternos y de rango medio, a nivel de sección, compañía, batallón y con frecuencia también de regimiento. El ejército alemán, tradicionalmente, esperaba de sus oficiales que no solo condujesen a sus hombres al combate, sino que cuidasen también de sus necesidades, creando así un sentido de pertenencia a una familia jerarquizada y disciplinada, que se refleja en la manera de dirigirse a sus hombres de los oficiales subalternos, con la palabra *Kinder* (niños).[\[1\]](#)

Esta organización social tradicional en los escalones inferiores causó una profunda impresión en algunos investigadores occidentales que estudiaron el ejército alemán durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, llegándose a afirmar que esta era la razón real de la notable cohesión de la Wehrmacht más que cualquier motivación ideológica. La esencia del argumento era que:

La unidad del ejército alemán se basaba solo en un exiguo grado de convicciones políticas nacionalsocialistas de sus miembros, y que más importante en cuanto a las motivaciones de una resistencia decidida del soldado alemán era la firme satisfacción de ciertas exigencias primarias de la personalidad proporcionadas por la organización social del ejército.[\[2\]](#)

Se dijo, pues, que la cohesión de la Wehrmacht había sido producto no de ideas abstractas, sino de un sistema social concreto y claramente identificable que contribuía a la formación y conservación de estrechos lazos personales entre los soldados en el seno de una red de «grupos primarios». Ya que estos constituían la columna vertebral del ejército, se sostuvo ulteriormente que:

Una vez que se producía la ruptura de la vida del grupo primario a través de la separación, interrupciones en la comunicación, pérdida de liderazgo, agotamiento del personal, o cortes importantes o prolongados en el suministro de alimentos y de atención médica, se desarrolló de tal modo la preocupación por la supervivencia física que se dieron pocas resistencias «hasta el último hombre».[\[3\]](#)

Desde que esta teoría fue formulada en 1948 ha tenido un impacto notable en los siguientes escritos sobre la Wehrmacht y sobre los soldados en general.[\[4\]](#) La idea de que los soldados alemanes estaban motivados por la organización y no por el adoctrinamiento acabó siendo tan predominante que se hicieron muy pocos esfuerzos para reexaminar las pruebas sobre las que se había basado la tesis original. En cambio, cuarenta años después de que Shils y Janowitz sugirieran su teoría del «grupo primario», otro estudioso afirmaba, de manera semejante, que lo que él llamaba una destacada «capacidad de combate» del ejército alemán descansaba casi totalmente en la excelencia de su propia organización en sí».[\[5\]](#) Comparando desfavorablemente al ejército

estadounidense con la Wehrmacht, afirmaba también que:

El soldado medio alemán no luchó, como regla, por creer en la ideología nazi...Por el contrario, luchó por las mismas razones por las que los hombres han luchado siempre: porque se consideraba miembro de un equipo bien integrado y bien dirigido cuya estructura, administración y funcionamiento se percibía, en conjunto, como equitativo y justo.[\[6\]](#)

Tendremos oportunidad de preguntarnos qué implica afirmar que los soldados alemanes se creyeran miembros de una institución basada en la justicia y en la igualdad y qué impacto pudo haber tenido esta autopercepción sobre la conducta de las tropas. En este contexto la reflexión principal que hay que hacer es que la prueba presentada en apoyo de estas afirmaciones es, como mínimo, altamente problemática. Shils y Janowitz habían recopilado las opiniones por medio de entrevistas y cuestionarios de los prisioneros de guerra alemanes capturados por los Aliados occidentales en la última fase de la guerra e inmediatamente después del cese de las hostilidades. Ciertos factores hacen que se planteen dudas sobre la validez de los testimonios de estos soldados y sobre hasta qué punto fueron representativos del soldado alemán «medio». Primero, estos hombres fueron capturados mientras luchaban contra los Aliados occidentales, mientras que la gran mayoría de las tropas de la Wehrmacht estaban desplegadas en el Este; incluso si algunos de los soldados en cuestión habían estado probablemente en el Frente del Este con anterioridad, su autopercepción y sus actitudes ante el enemigo y el régimen pudieron haberse visto moldeadas por sus recientes experiencias en Occidente. Segundo, considerando su condición de prisioneros, no podía esperarse que estos hombres contestasen sinceramente a las preguntas planteadas por sus interrogadores teniendo en cuenta su compromiso con el régimen y la ideología calificada de criminal por el enemigo; además, los prisioneros de guerra tenderían en general a ser más críticos con sus mandos militares y políticos que el soldado medio por el simple hecho de haber caído en manos del enemigo, lo que podía minar su confianza en sus líderes o reflejar un estado anterior de desmoralización que los había empujado a entregarse en primer lugar. Tercero, estos hombres fueron entrevistados cuando el Tercer Reich estaba a punto del colapso o ya había capitulado tras el suicidio de Hitler, y por consiguiente su estado psicológico

debía de ser muy diferente al de los prisioneros de guerra capturados incluso unos cuantos meses antes, aunque solo fuese porque se trataba de hombres que seguían combatiendo junto a sus unidades. Finalmente, y este es ya un punto de encuentro común entre los historiadores, es que los testimonios orales, incluso cuando son recogidos en circunstancias menos problemáticas, han de ser examinados en comparación con tipos de pruebas más objetivas antes de que pueda determinarse su valor histórico, tal y como ha sido demostrado por los investigadores del Tercer Reich y otras sociedades.[\[7\]](#)

Más perturbador es el hecho de que la teoría de los «grupos primarios», en realidad, da la vuelta a la cronología de los acontecimientos. La Wehrmacht comenzó a manifestar su más notable «capacidad de lucha» precisamente en un periodo en que la red de «grupos primarios» que había garantizado su cohesión en las campañas anteriores de la Blitzkrieg comenzó a desintegrarse, y sus tropas continuaron combatiendo con sorprendente determinación en los tres últimos años de la guerra a pesar del hecho de que el supuesto elemento crucial del *esprit de corps* se había debilitado notablemente. La motivación ideológica no fue indispensable, si bien estaba lejos de no existir en las rápidas campañas de Polonia y Francia; en estas las tácticas comentadas en el capítulo anterior y el apretado tejido de la organización social de las unidades fueron suficientes para mantener la cohesión y la moral de las tropas. Pero durante los seis primeros meses de combates en la Unión Soviética la mayoría de las precondiciones presentadas por Shils y Janowitz, que habrían llevado no solo a la desintegración del «grupo primario» sino, por extensión, también al colapso del ejército en su conjunto, ya existían. Con todo, mientras los «grupos primarios» desaparecían más o menos, el ejército luchó con una determinación mucho mayor y contra fuerzas superiores que en cualquier otro momento. Ya hemos visto la desmodernización material del Frente del Este donde la mayor parte de la lucha principal se llevó a cabo en estos años, y el desgaste mental consiguiente de las tropas, y ambos fenómenos alcanzaron tal extensión como para justificar una completa desintegración del ejército según la teoría del «grupo primario». En las siguientes páginas veremos con más detalles el grado en que el «grupo primario» dejó de existir en el seno de las tropas combatientes debido a las enormes bajas y a la rápida rotación del personal en el frente.[\[8\]](#)

La teoría del «grupo primario» mantiene que la organización social hizo

innecesaria la ideología. Esta una perspectiva demasiado dicotómica incluso bajo las circunstancias más favorables. Efectivamente, los soldados alemanes no tenían problemas al constatar la importancia de ambas. Karl Fuchs escribía desde la URSS el 26 de octubre de 1941, incluso antes de las bajas masivas que en el primer invierno diezmaron a su unidad, que «el secreto de nuestros increíbles éxitos y victorias» debe atribuirse a «nuestra camaradería [que] nos mantiene juntos a nosotros, soldados alemanes» y en su «devoción a la causa».[9] Egon Freytag, un exestudiante de ingeniería de veintitrés años, insistía, el 28 de agosto de 1941: «Nunca fuimos mercenarios, sino —por utilizar una frase trillada— defensores de la Madre Patria. En nuestras filas, sin duda, los hay que combaten por las ideas del nacionalsocialismo y otros que lo hacen por la Patria, ese punto en el mapa por el que resulta evidente por sí mismo arriesgar nuestras vidas. Estamos tendidos juntos en la tienda».[10] Para él, la camaradería y la ideología (sea nazi o nacionalista) eran algo tan claramente inseparable como que la invasión alemana de la URSS era una operación defensiva. Sin duda, las motivaciones individuales tenían muchos orígenes complejos. Helmut von Harnack, un bachiller graduado de veintitrés años que había vuelto al frente tras ser herido dos veces, se preguntaba en una carta del 23 de septiembre de 1941 si estaba motivado por «el orgullo y la impaciencia», por el «sentido del deber por el que uno debe ayudar a sus camaradas caídos en el barro, que uno simplemente pertenece a esto, que uno no puede salir corriendo, porque uno se siente ahí casi como en casa», o quizá, citando a Rilke, seguía adelante simplemente «*um wiederzukehren!*».[11] Sin embargo, a medida que las bajas aumentaban en el Frente del Este, el debilitamiento de los lazos del anteriormente eficaz «grupo primario» inclinó la balanza a favor de las motivaciones ideológicas. Así, el hecho de que en Occidente hubo relativamente pocas resistencias «hasta el final» prueba precisamente lo opuesto de lo que han tratado de demostrar Shils y Janowitz. En Occidente, debido a los combates relativamente menos costosos, los «grupos primarios» sobrevivieron en mayor proporción que en el Este. La razón de que el Westheer presente en general pocas resistencias «hasta el último hombre» pese a la existencia de «grupos primarios», mientras que la lucha del Ostheer se produjo esencialmente por causas ideológicas. Las tropas de la Wehrmacht habían aprendido que tanto a nivel personal como nacional rendirse al Ejército Rojo equivalía a entregarse al demonio; individualmente, porque se

las había convencido de que los soviéticos los habrían matado sin más, colectivamente, porque una victoria soviética habría significado el fin de la civilización, lo que podía ser interpretado en términos de un apocalipsis universal. Por lo que respecta a Occidente, la ideología nazi era mucho menos extrema, y en todo caso descansaba en menor medida en el tipo de prejuicios populares contra los eslavos, los judíos (en especial los llamados *Ostjuden*), y el bolchevismo, que hizo que la aceptación de la propaganda antisoviética estuviese muy extendida. Por consiguiente, el soldado individual consideraba más seguro rendirse a los aliados occidentales que a los soviéticos ya que además de considerar mejores sus posibilidades de supervivencia, no se sentía culpable de causar activamente la extinción de su país. Esto quedó ilustrado claramente cuando en los últimos meses de la guerra decenas de miles de soldados alemanes trataron de liberarse de los combates del Este y rendirse en Occidente, mientras que los que, a pesar de todo, tuvieron que quedarse en él, combatieron con una ferocidad suicida y sin sentido. De hecho, esta manera de pensar se vio legitimada por la propaganda nazi, que en la última fase de la guerra insistió de forma creciente en la necesidad para los Aliados occidentales de unirse al Reich contra las hordas «judeo-asiáticas» que amenazaban con sumergir las tierras de la cultura y de la civilización.^[12] Como los propios Shils y Janowitz conceden, aunque esto contradiga su teoría:

La cuestión de los rusos tenía una carga emocional tal y era tal fuente de ansiedad, que es muy posible que el temor a los rusos jugara un papel en el endurecimiento de la resistencia. La propaganda nacionalsocialista había trabajado durante mucho tiempo sobre las repugnancias y temores tradicionales de los alemanes hacia Rusia. La experiencia de los soldados alemanes en Rusia en 1941 y 1942 aumentó su repugnancia al percibir directamente la primitiva vida del aldeano ruso. Pero más importante, probablemente, fue la proyección sobre los rusos del sentimiento de culpabilidad generado por la despiadada brutalidad de los alemanes en Rusia durante el período de ocupación. El estremecimiento de horror que solía acompañar las observaciones de los soldados alemanes sobre Rusia era resultado de estos factores.^[13]

Volveremos más adelante sobre algunas otras implicaciones de este penetrante pasaje. Pero antes echemos una mirada más próxima a la destrucción real del «grupo primario» en el Frente del Este. Este proceso puede comprenderse mejor, primero, revisando las terribles bajas totales sufridas por el

Ostheer y la insoluble crisis de efectivos en la que se vio implicada la Wehrmacht, para posteriormente examinar el impacto que tuvo esta situación en algunas unidades combatientes específicos del Frente del Este.

Para la preparación del ataque contra la URSS la Wehrmacht formó 52 nuevas divisiones, pero esta considerable expansión no fue equilibrada debido al vasto territorio a controlar. De hecho, se tuvo que emplear nada menos que 49 divisiones en tareas de ocupación a lo largo de 1941 mientras que el año anterior solo fueron necesarias 14. Este hecho significó que cuando el Ostheer penetró en la URSS con 3.050.000 hombres organizados en 136 divisiones (sin incluir sus aliados), dejando una reserva de solo 26 divisiones, de las que 14 no eran completas o bien se hallaban destacadas en otros lugares. Y lo que es peor, la rápida creación de nuevas formaciones se realizó a costa de un deterioro considerable de los niveles, con el resultado de que en junio de 1941 no menos de 66 divisiones no tenían capacidad de combate. Tales dificultades podrían haber sido superadas si la Wehrmacht hubiese repetido sus anteriores éxitos. En cambio, tras apenas un mes de combates, el Ostheer ya había perdido más hombres que en todas las campañas del oeste, y aun así, estaba muy lejos de sus metas operativas iniciales. En septiembre, las 142 divisiones que combatían en el este sufrieron un declive medio de cerca del 50 por ciento de sus fuerzas de combate iniciales (calculado en términos de efectivos y equipo) y en noviembre la mayoría de las formaciones de infantería habían perdido la mitad de sus soldados. El OKW (Mando Supremo de la Wehrmacht) admitía que había agotado completamente sus reservas de efectivos inmediatamente disponibles.

[\[14\]](#)

El sistema de reemplazos de la Wehrmacht se basaba en una Ersatzheer (Ejército de Reemplazo) encargada de organizar y entrenar a los nuevos reclutas que a continuación eran enviados a la Feldheer (Ejército de campaña). Estos reclutas solían ser destinados normalmente a las formaciones reclutadas en sus propias regiones de origen y se las introducía gradualmente en sus unidades con la intención de permitirles encajar en los «grupos primarios» existentes de veteranos, o bien formar tales grupos por su cuenta. En junio de 1941 el Ersatzheer disponía de 400.000 hombres y para facilitar la rápida entrega de refuerzos para las formaciones de combate del frente, 90.000 de estos soldados fueron organizados en los llamados «batallones de reemplazo de campaña», que

iban inmediatamente detrás de las divisiones atacantes. Pero estas reservas se consumieron rápidamente y en agosto el frente necesitó otros 132.000 soldados de reemplazo. Ahora entraban en juego las dificultades logísticas habituales, pues en la lucha por el transporte las reservas de efectivos estaban en la parte baja de la lista de prioridades. En cambio, el Ersatzheer organizó otros 100 «batallones de reemplazo de campaña» y los envió a pie al frente, un procedimiento más bien largo considerando que la zona de combate se movía constantemente hacia el este. Se trataba de unidades heterogéneas, pues con la prisa de los refuerzos, las formaciones de un frente que menguaba rápidamente no tenían tiempo para tener en cuenta los lazos de «grupo primario». Para cuando llegaban finalmente al frente la situación era tan mala que estos batallones se consumían incluso más rápidamente que sus predecesores. Mientras tanto, se hicieron necesarias medidas de emergencia más radicales para expandir los cada vez más reducidas reservas de efectivos de la Wehrmacht. En octubre se crearon cinco divisiones con personal que hasta ese momento había quedado exento de servicio militar debido a su importancia para la industria (*UK-Stellen*); y los hombres de las unidades de los servicios de la retaguardia y las divisiones de ocupación en el Oeste estaban marcadas para convertirse en ulteriores refuerzos del Ostheer. La abigarrada colección de 250.000 reemplazos que se creó así se organizaron como formaciones de combate en torno a un núcleo de regimientos experimentados sacados del frente con esta finalidad. Esta medida, una vez más, estaba en contradicción con cualquier práctica anterior del «grupo primario» ya que mientras que por un lado privaba a las antiguas divisiones de un tercio de sus veteranos, por el otro creaba formaciones de un carácter extremadamente heterogéneo.

Pero tampoco esta medida fue suficiente para cubrir los huecos cada vez mayores en los efectivos en el Frente del Este. A mediados de diciembre fue necesario enviar al este a otras ocho divisiones del Westheer con efectivos reducidos, acompañadas por cuatro de las llamadas divisiones Walküre destinadas en origen a hacer frente a disturbios internos y sin preparación para tareas de combate. Otra medida desesperada fue que a las restantes 23 divisiones estacionadas en Occidente se les ordenó que cediesen cada una de ellas un batallón, para que sirviese de armazón para la creación de cuatro a seis nuevas divisiones compuestas principalmente por personal que había pertenecido a *UK-*

Stellen —pobremente adiestradas— despiezando una vez más a las formaciones existentes y creando nuevas unidades muy heterogéneas.^[15]

La crisis de efectivos de 1941-1942 se resolvió solo parcialmente por una serie de medidas dispersas que hizo estragos en el anterior sistema de reemplazos.^[16] Por consiguiente, los «grupos primarios» no pudieron ser conservados con la misma amplitud que en el pasado, aunque la Wehrmacht hizo lo imposible para preservar la tradición. Y, dado que esto no fue más que el comienzo de una crisis a largo plazo y más profunda, el papel del «grupo primario» como unidad social básica de la formación de combate disminuyó de manera significativa. La incapacidad para resolver el problema de la escasez de efectivos se ilustra por el hecho de que en julio de 1942 el número de soldados del Ostheer había disminuido en 750.000 hombres de 2.700.000. Paradójicamente, el número de divisiones desplegadas en el Frente del Este aumentó en realidad de 43 a 179.^[17] Este desarrollo poco aconsejable fue el resultado del intento de mantener unidas a formaciones anteriormente homogéneas sin ser capaces de cubrir plenamente las bajas, mientras se utilizaba grandes porcentajes de nuevas reservas para crear aun más divisiones. En teoría, esta política, al final, puede haber tenido el mérito de mantener los antiguos «grupos primarios», pero en la práctica, mientras los «grupos primarios» quedaban destruidos por las bajas, los reemplazos que llegaban eran demasiado heterogéneos como para hacer posible la formación de nuevos «grupos primarios», y demasiado pocos como para hacer que estas veteranas divisiones fueran una vez más militarmente efectivas. Mientras que las reticencias a disolver las divisiones agotadas tenían que ver principalmente con el temor de Hitler a provocar ansiedad en la retaguardia, acabó provocando un efecto desmoralizador entre los hombres del frente, pues aun cuando se habían visto muy reducidas numéricamente, estas habían conservado sus antiguas designaciones y se le habían asignado tareas que superaban su capacidad actual. Tras ver a sus antiguos camaradas —los miembros de sus «grupos primarios»— muertos o heridos, los pocos supervivientes del primer invierno ruso no podían formar nuevos grupos debido a la constante y rápida rotación de efectivos ni tampoco gozar brevemente de una sensación de fuerza y poder al verse suficientemente reforzados. Por el contrario, las nuevas formaciones, aunque fueran capaces de tender vínculos con el «grupo primario», llegaron a la guerra

en un momento en el que no podían ser mantenidas en ella durante un periodo de tiempo razonable.

Mientras que la falta crónica de reemplazos significó que la crisis de efectivos no podría ser superada y que, eventualmente, podría conducir a la derrota de Alemania, se achacó a las enormes bajas del frente la responsabilidad directa de la destrucción del «grupo primario», y de la misma manera, las que causaron el deterioro general de la profesionalidad de las tropas. Durante los primeros seis meses de campaña, el Ostheer sufrió casi 750.000 bajas llegando a más de un millón —o un tercio de todo el ejército en el Este— para fines de marzo de 1942, del que más de un cuarto fueron muertos o desaparecidos.[\[18\]](#) Para el Mando Supremo del Ejército (OKH) no solo fue imposible maquillar tal número de bajas sino también el estado anímico de las mismas: «todos los rangos describen el nivel de adiestramiento y moral de sus (reemplazos) *innere Haltung* como enormemente malo». Particularmente escasos eran los soldados con entrenamiento especializado. De esta forma, en marzo de 1942, solo ocho divisiones, es decir, el cinco por ciento de toda el Ostheer, se consideraban plenamente preparadas para acciones ofensivas.[\[19\]](#)

En el cuerpo de oficiales la situación era aun peor. No solo las bajas entre estos eran desproporcionadamente más elevadas que entre los soldados, sino que la Wehrmacht ya había sufrido por la falta de oficiales incluso antes de que comenzara la guerra. La situación se complicó posteriormente por la edad relativamente avanzada de los mandos superiores y medios a causa del estancamiento de los ascensos en la Reichswehr de Weimar y a la necesidad de reactivar a oficiales retirados durante la rápida expansión del cuerpo de oficiales en los años 30. Las duras condiciones de vida y de combate en el Este alcanzó se vio reflejada en estos hombres de edad más avanzada. En la primavera de 1942, la mitad de los mandos divisionarios del Ostheer habían sido reemplazos. Por otro lado, los intentos de subsanar la pérdida de oficiales estableciendo cursos intensivos entre los rangos inferiores para promocionar provocaron que en muchas ocasiones estos nuevos oficiales carecieran de la cualificación necesaria para desempeñar tales puestos. La gravedad de las circunstancias empujó a que a menudo, las secciones o compañías estuvieran dirigidas por oficiales subalternos e incluso soldados rasos. No en vano, los cambios radicales en el patrón de bajas de oficiales pueden calibrarse por el hecho de que mientras durante los dos

primeros años de guerra solo 1.253 oficiales murieron en acción, entre junio de 1941 y marzo de 1942 murieron no menos de 15.000 oficiales. Naturalmente, las bajas fueron mayores entre los oficiales subalternos, que no pudieron ser reemplazados al mismo ritmo. Mientras en julio de 1941 había todavía 12.055 tenientes en el ejército, en marzo de 1942 su número había disminuido hasta los 7.276.[\[20\]](#)

Las cifras referentes a la Wehrmacht y al Ostheer en conjunto bastan para demostrar que los «grupos primarios» no tenían posibilidad de sobrevivir al terrible vapuleo del Frente del Este. Pero como veremos más adelante, en las unidades del frente las bajas eran proporcionalmente más altas y la rotación de los efectivos mucho más rápida de lo que estos totales podrían sugerir. Observando a algunas de las formaciones en el frente se verá claramente que el «grupo primario» debe ser dejado a un lado como un factor importante de conservación de la cohesión de la Wehrmacht en la campaña de la URSS. Examinemos los siguientes ejemplos. La 18.^a Panzer, que atravesó la Unión Soviética con 17.174 soldados y 401 oficiales, comenzó a sufrir bajas considerables ya desde el primer día de lucha.[\[21\]](#) En menos de tres semanas la división perdió 2.300 soldados y 123 oficiales, es decir, cerca de un tercio de los efectivos iniciales.[\[22\]](#) Las bajas entre los oficiales fueron tan elevadas que, para mediados de julio, seis comandantes de batallón habían muerto o habían sido heridos. No es de extrañar que incluso en este estadio inicial de la campaña uno de los batallones informaba que «tenemos demasiadas bajas. Falta el viejo espíritu». Hacia finales de mes, la brigada de fusileros que había comenzado con cinco batallones completos acabó con solo 600 hombres mientras que el batallón motociclista perdió bastante más de la mitad de sus hombres y a casi todos los mandos de las escuadras y secciones.[\[23\]](#) Por estas fechas, la división había perdido en total 3.200 soldados y 153 oficiales o lo que es lo mismo, la mitad de los disponibles cinco semanas antes. Los pocos reemplazos de oficiales que llegaban ahora estaban compuestos principalmente por hombres jóvenes e inexpertos. Con el fin de cubrir los puestos de mando subalternos, la división se vio empujada a nombrar a muchos de sus suboficiales, procedimiento que a su vez hizo necesario dar puestos de suboficiales a soldados rasos. Está claro que en muchas de las unidades combatientes de la división existía ya un sentimiento de que sus «grupos primarios» habían sido diezmados. Un comandante de un

regimiento de fusileros lamentaba la pérdida de 61 oficiales con experiencia y de más 1.000 de los 2.100 hombres de los que disponía en origen, y continuaba diciendo que los escasos reemplazos que había recibido eran no solo profesionalmente inferiores, sino que ni siquiera fueron capaces de resucitar el *esprit de corps* tan perjudicado de su unidad.[\[24\]](#)

El Regimiento Grossdeutschland (GD), unidad de élite independiente y motorizada que estaba formada por unos 6.000 hombres, se encontró en una situación semejante ya desde el comienzo de la campaña. En un incidente típico, el 5 de julio, una de sus compañías sufrió una emboscada en un bosque y fue aniquilada totalmente.[\[25\]](#) Esto no era más que el aperitivo de las pérdidas que soportó en duras batallas en los bosques alrededor de la «bolsa» de Briánsk en octubre, donde los mandos de la unidad sufrieron de manera particular.[\[26\]](#) La 18.^a División Panzer, que combatía junto al GD, quedó reducida a finales de ese mes a solo 9.323 hombres de tropa y 239 oficiales, aun cuando ya había utilizado su batallón de reemplazo.[\[27\]](#) Como era normal, uno de sus regimientos de fusileros estaba compuesto tan solo por apenas 814 hombres de tropa y 12 oficiales, lo que significaba que había quedado reducido al tamaño de un batallón.[\[28\]](#) A medida que las bajas fueron aumentando implacablemente en noviembre fue creciendo un sentimiento respecto a que los veteranos estaban desapareciendo. El pastor de la división escribía sobre este período en su diario:

Ya no es la antigua división. Alrededor de nosotros no hay más que nuevos rostros. Cuando se pregunta dónde está este o aquel hombre nos dan siempre la misma respuesta: muerto o herido. En su mayor parte los comandantes de la compañía de infantería son nuevos, muchos de los viejos se han ido.[\[29\]](#)

También la GD fue diezmada rápidamente en una serie de batallas en torno a la ciudad de Tula. A comienzos de noviembre uno de sus batallones quedó reducido a solo ocho oficiales y 359 soldados y precisamente, un mes más tarde, los restos de la unidad fueron barridos totalmente por un ataque soviético.[\[30\]](#) La 12.^a División de infantería, que había penetrado en la URSS con unos elementos de combate consistentes en 14.073 hombres de tropa y 336 oficiales, sufrió la misma suerte. A comienzos de noviembre, uno de sus regimientos se vio obligado a disolver todo un batallón por carecer de efectivos y la división

tubo que recurrir a establecer una compañía de convalecientes y tropas que estaban siendo tratadas en el hospital de sangre.[31] En la segunda semana de diciembre la 12.^a de Infantería había perdido 4.200 hombres —casi un tercio de sus efectivos iniciales— y había quedado reducida a 11.351 soldados y 287 oficiales.[32]

Fue sin embargo la contraofensiva del Ejército Rojo de diciembre la que finalmente destruyó cualquier «grupo primario» que hubiese quedado intacto. A fines de mes la 18.^a Panzer informaba que el número de soldados «que entraban en acción realmente con un arma en las manos» se había reducido a solo 1.963 hombres de tropa y 43 oficiales, y toda la formación fue reconstituida con solo cuatro batallones, todos ellos como infantería.[33] Pero esto no fue lo peor. A mediados de diciembre, la divisiones Panzer 6.^a y 7.^a, que combatían en el mismo sector que la 18.^a, acabaron con solo 180 y 200 hombres respectivamente. El LVI Cuerpo Panzer estaba compuesto por no más de 1.821 «combatientes» (*Kämpfer*).[34] La 18.^a Panzer recibió reemplazos relativamente completos en los siguientes meses de invierno aunque quedaron diezmados rápidamente tras duros combates y las atroces condiciones de vida del frente. En los tres primeros meses de 1942 solo esta división perdió un total de 6.667 soldados y 120 oficiales, y de estos, un alto porcentaje fue víctima de enfermedades y congelamientos.[35] Con todo, incluso excluyendo a los enfermos, a finales de marzo el total de bajas en combate desde el comienzo de la campaña ascendió a 9.148 soldados, o más de la mitad de los efectivos iniciales de la división, y 323 oficiales.[36]

A la 12.^a de Infantería le fue un poco mejor tras ser cercada por el Ejército Rojo en febrero de 1942. En los siguientes cuatro meses los 96.000 soldados alemanes atrapados en la «bolsa» de Demyansk perdieron un total de 41.212 hombres —el 43 por ciento de sus fuerzas— mientras que las tropas enviadas a romper el cerco sufrieron otras 12.373 bajas, comprendiendo un cuarto de sus efectivos, en apenas cuatro semanas de combates.[37] Era un alto precio a pagar por la negativa de Hitler a permitir toda retirada de posiciones tácticamente insostenibles. Como informó el ayudante divisionario de la 12.^a de Infantería, las elevadas bajas hicieron necesario recomponer constantemente las unidades con los muy maltrechos restos de compañías y batallones destruidos. Al enviar todas las tropas disponibles a combatir —convalecientes o de servicios de retaguardia

— estas unidades de reciente formación pudieron conservar el frente de alguna manera. Pero ya no quedaban «grupos primarios» y, como resaltaba el ayudante, las designaciones oficiales de las unidades «ya no reflejaban de ningún modo la realidad entre febrero y mayo». La gestión de los efectivos en tales circunstancias era tan caótica que en abril los seis batallones restantes de la división estaban compuestos por tal mezcolanza de soldados que, se decía, una compañía estaba compuesta de tropas provenientes de no menos de 17 unidades diferentes. Las bajas en la oficialidad eran aun más preocupantes. En un intento de aliviar la situación la 12.^a de Infantería se envió a cadetes de la academia de oficiales al frente, pero debido a una combinación letal de inexperiencia y excesivo celo, más de la mitad de estos se había perdido en apenas unos días de combates. El resultado fue que 17 compañías tuvieron que ser comandadas por suboficiales. La estructura de mando de la división quedó tan desorganizada que, según un ayudante:

Debido a la fusión de unidades y a la necesidad de retirar estados mayores regimentales completos que se habían quedado sin tropas, los comandantes de regimiento y de batallón no estaban, en su mayor parte, en posición de ejercer influencia alguna sobre la colocación de los oficiales o para someter alguna propuesta en este sentido.[38]

El regimiento GD sufrió de manera especial, pues en la ofensiva soviética fue destruido totalmente. Reducido a compañías de entre diez y quince hombres durante la retirada de Tula, el GD había sufrido a finales de 1941 4.070 bajas de tropa —tres cuartos de su fuerza inicial— junto con 125 oficiales, probablemente más que su número originario.[39] Para mediados de febrero todo lo que quedaba del regimiento eran dos batallones con unos 60 hombres cada uno y formados por compañías mandadas por suboficiales. Poco después el regimiento fue reorganizado en un solo batallón de fusileros que el 20 de febrero volvía de su última operación invernal con no más de tres oficiales y unos 30 soldados y suboficiales, los únicos supervivientes de lo que había sido una unidad de 6.000 hombres.[40] Así podemos concluir que con respecto a las formaciones examinadas hasta aquí, pocos «grupos primarios» tuvieron la posibilidad de sobrevivir al primer invierno en la URSS, y tampoco pudieron jugar un papel significativo en cuanto al sostenimiento de la moral y la cohesión

de las unidades combatientes en el frente. Además, como puede verse por la correspondencia de los soldados, se dio la misma situación en muchas otras unidades. Por ejemplo, Harald Henry escribía desde el frente el 21 de diciembre de 1941 que esperaba todavía «salir incluso de esta porquería, aunque fuese el último superviviente de toda la compañía».[41] Cayó muerto al día siguiente. El 24 de diciembre Hans Pietzker escribía: «Querida madre, fue triste, duro y difícil; de mis 36 hombres solo seis están todavía conmigo», y luego se dio prisa en añadir que «aguantamos, fieles a nuestro deber y responsabilidad... no nos derrotaron, conocíamos nuestra tarea y nuestras órdenes».[42] Will Thomas escribía el 19 de enero de 1942: «Soy el último oficial que queda de los que sirvieron en el regimiento y también el único comandante de compañía que queda de los que existían en otoño». También este murió la semana siguiente. [43]

A lo largo de los siguientes tres años las cada vez más numerosas bajas supusieron la repetida destrucción de las unidades combatientes mientras que la cada vez mayor escasez generalizada de efectivos entorpeció crecientemente el refuerzo de las formaciones disminuidas y el establecimiento de otras nuevas. Y, a medida que la tasa de rotación de efectivos en el frente crecía constantemente, la creación y preservación de lazos viables y efectivos de los «grupos primarios» se hizo más y más difícil. En vísperas de la ofensiva del verano de 1942 la situación de los efectivos del Ostheer siguió siendo crítica. Incluso las formaciones que se suponía que iban a tomar parte en el ataque en el sector sur del Frente Oriental habían conservado tan solo el 50 por ciento de su fuerza de combate con sus divisiones de infantería con una media de 2.400 hombres y las acorazadas de entre 1.000 y 2.000. Este estado precario de preparación para la acción pudo alcanzarse solamente por medio de la reducción de las formaciones estacionadas a lo largo de la mejor porción del frente de cualquier refuerzo significativo. Por consiguiente, las divisiones del sector norte carecían, de media, de 4.800 hombres y las divisiones del centro de 6.900, mientras que su fuerza de combate quedaba reducida a un pobre 35 por ciento. Cifras tan preocupantes eran consecuencia directa de las elevadas bajas sufridas el primer año de la campaña de la URSS, que alcanzaba casi 1.300.000 hombres (excluyendo a los enfermos), o el 40 por ciento de los efectivos generales del Ostheer de 3.200.000 soldados, así como la escasez general de efectivos del Reich que hizo imposible

reemplazar completamente las pérdidas a esa escala. Aun cuando la Wehrmacht había llamado a filas a reclutas antes de la fecha establecida, y había reclutado a un número aun mayor de trabajadores anteriormente exentos, la carencia de hombres en el Frente del Este no podría reducirse a menos de 318.000. Y mientras se esperaba a que otros 960.000 soldados estuviesen disponibles para septiembre de 1942, se insistió en que si fracasaba la ofensiva del verano no habría más refuerzos a los que recurrir durante bastante tiempo.^[44] La Wehrmacht optó por correr el riesgo y, por segunda vez, enfrentarse al desastre.

La Operación *Blau* se lanzó el 28 de junio de 1942 y para mediados de septiembre —incluso antes de que la batalla de Stalingrado llegase a su punto culminante— ya se había perdido más de un tercio de millón de hombres.^[45] Tras la destrucción del 6.º Ejército de Paulus en el *kessel* de Stalingrado, la contraofensiva soviética del invierno y otoño de 1943 y la abortada ofensiva alemana «Zitadelle» (Ciudadela), las bajas aumentaron a niveles desconocidos. Entre noviembre de 1942 y octubre de 1943 el Ostheer sufrió más de un millón y medio de bajas (incluyendo a los enfermos), de los cuales casi 700.000 se perdieron de forma permanente. Como los reemplazos no eran capaces de compensar la tasa de bajas, no menos de 40 divisiones tuvieron que ser disueltas o reagrupadas en las llamadas «divisiones pequeñas» y las cifras de fuerzas de las restantes formaciones fueron reducidas a casi la mitad, con 10.700 soldados. Para diciembre de 1943 el conjunto de fuerzas del Ostheer se había reducido en más de un millón de hombres, hasta poco más de 2.000.000 de soldados. En un intento de suplir esta ingente escasez el ejército intensificó en gran medida el reclutamiento de prisioneros de guerra soviéticos y de civiles, llamados eufemísticamente voluntarios o *Hiwis*, cuyo número acabó ascendiendo a 320.000 hombres.^[46] Mientras los *Hiwis* eran distribuidos entre las formaciones alemanas sobre todo como reemplazos de tropas de servicio para tareas de combate, otros 150.000 hombres pertenecientes a minorías nacionales soviéticas fueron organizados en *Ostlegionen* (Legiones del Este) semiindependientes aunque la mayoría de los mandos recaían en alemanes.^[47] Con todo, ninguna de estas medidas, incluida el traslado al frente en la segunda mitad de 1943 de otro medio millón de tropas de servicios de la retaguardia, reclutas jóvenes, mujeres, extranjeros y alemanes étnicos, pudieron compensar las crecientes bajas.^[48]

En el verano de 1944 la gran ofensiva soviética contra el Grupo de Ejércitos

del Centro exigió una media mensual de 200.000 soldados y al menos 4.000 *Hiwis* entre el 1 de julio y el 31 de diciembre, mientras que en el oeste, incluso tras el desembarco aliado en Europa, la media mensual de bajas alemanas en el mismo período fue exactamente de 8.000 hombres.[\[49\]](#) Esto ofrece una visión muy clara de este aspecto. En noviembre de 1944 las fuerzas totales del Ostheer habían disminuido ulteriormente a 1.840.000 hombres, y que pese al reclutamiento de más personal de las *UK-Stellen* y el reclutamiento de muchachos de dieciséis años.[\[50\]](#) Para finales de marzo de 1945 las bajas totales del Ostheer alcanzaban los 6.172.373 hombres, es decir, el doble de sus efectivos originarios cuando comenzó «Barbarroja», cifra que constituye netamente cuatro quintos del total de bajas sufridas por la Feldheer en todos los frentes desde la invasión de la URSS.[\[51\]](#) Aun así, en las unidades de combate del frente las bajas fueron proporcionalmente aun más elevadas, con un impacto correspondiente sobre la formación y esperanza de vida de los «grupos primarios».

A lo largo de la primavera y comienzos del verano de 1942 la 18.ª División Panzer se quejó constantemente de que «la asignación de reemplazos era insuficiente», que la «falta de oficiales y de suboficiales era muy notable» y que, tras la llegada de algunos refuerzos, destacó la «muy considerable falta de suboficiales y en particular de oficiales con experiencia del frente». Todo ese tiempo la división estuvo operando con tan solo un batallón de motocicletas y tres batallones de infantería, apoyados por unas cuantas compañías especialistas pero debilitadas.[\[52\]](#) Con todo, incluso los restos de lo que había sido no hacía mucho tiempo una división acorazada bien equipada y al completo de efectivos, fue destruida de nuevo durante un fuerte ataque soviético a comienzos de julio. Solo en los primeros cuatro días de combate se registraron al menos 1.363 bajas de soldados y 43 de oficiales, y como dato ilustrativo, un regimiento de fusileros llegó a perder a todos sus oficiales menos uno.[\[53\]](#) El efecto de esta sangría puede calibrarse por las entradas de esos días del diario del capellán de la división:

El número de muertos aumenta, el número de heridos es terrible. En mi libro negro hay ya una cruz negra tras otra, toda mi congregación prácticamente ya ha muerto o está herida... Anoche transportamos a los muertos fuera de las trincheras y fuera de la tierra de nadie... Nuestro

cementerio de Bukán ha crecido enormemente. Al principio había solo una cuantas tumbas, ahora son ya 400, todo en pocos días. Y ¿cuántos más morirán después en los puestos de primeros auxilios de la retaguardia, o descansan en otro cementerio? Un regimiento se ha sacrificado. El rostro del coronel se ha hecho terriblemente delgado en estos últimos días —noches sin dormir, horas turbulentas...—. Permanece en silencio ante la larga fila de tumbas: «Aquí yace mi vieja guardia. De hecho también nosotros deberíamos estar ahí. Luego todo habría acabado».[54]

En las batallas del siguiente invierno en la zona de Orel, la 18.^a División Panzer fue una vez más destrozada. Cuando comenzó esta fase de los combates las fuerzas de la división ascendían a algo menos de 2.834 hombres, y para la segunda semana de marzo de 1943 le quedaban tan solo 1.994 elementos de combate.[55] La escasez crónica de comandantes de unidad, y su ya elevado y característico ritmo de rotación por estas fechas en todas las formaciones del Ostheer, quedó bien ilustrada en una valoración divisional de comienzos de abril:

Durante los últimos días 8 de 16 comandantes (entre los cuales están todos los mandos de la Panzergrenadier [es decir, infantería]) han cambiado; aparte de esto, el comandante divisionario y el primer oficial de operaciones son nuevos... Ninguno de los mandos ha tenido experiencia de mando en su puesto actual en ataque, y solo uno la ha tenido en defensa... El cuerpo de oficiales a mano es numéricamente insuficiente para el ataque o la defensa. ... [Hay una] escasez del 28 por ciento [en suboficiales]... [que] son buenos como combatientes individuales, pero la mayoría de ellos, y en particular los jóvenes, no producen todavía gran impresión por su capacidad como comandantes.

En tales circunstancias, era difícil, obviamente, establecer lazos de lealtad con los oficiales, especialmente si consideramos paralelamente que la tropa eran diezmada de forma constante y rápida. A medida que la estimación anterior continuó, a la división le quedaban ahora cuatro batallones de infantería que contaban con unos 290 hombres cada uno, y sus efectivos totales habían sido reducidos a apenas 2.440 hombres, muy por debajo del sexto de las fuerzas iniciales de la anterior formación panzer.[56]

La 12.^a División de infantería estaba en una situación igualmente mala. Once meses después de penetrar en la URSS, esta formación acumulaba un número de bajas de 9.272 soldados y 341 oficiales, es decir, los dos tercios de su fuerza originaria y más que todo el cuerpo de oficiales divisionario.[57] Por estas

fechas, la división disponía también de unos 6.000 hombres de tropa y más de 70 oficiales por debajo de sus cifras de personal.[\[58\]](#) Los reemplazos, numéricamente insuficientes y poco entrenados, tendieron a llegar de manera dispersa, lo que significó que tenían que ser enviados directamente al combate sin la más mínima oportunidad de recibir un ulterior entrenamiento o de familiarizarse con sus camaradas. Como decía la división el 5 de junio:

Tras las duras batallas defensivas del mes de mayo, los huecos ocasionados en el frente se cubrieron con reemplazos sin experiencia... La aclimatación preferida, hasta ahora, de los jóvenes reemplazos en un sector que no estaba siendo atacado ya no fue posible debido al hecho de que ya no había reservas divisionarias.

Mientras, el número de oficiales disminuía sin cesar y pronto la división se vio enfrentada a una escasez de estos —menos de 90—, y eso sin tener en cuenta que de por sí, sus cifras de personal se habían visto significativamente reducidas.[\[59\]](#) La situación tuvo un efecto especialmente negativo sobre la estructura de mando de la 12.^a de Infantería. En julio de 1942 quedó con solo cinco de sus nueve comandantes de batallón; por consiguiente, ocho comandantes de compañía hubieron de hacerse cargo de sectores que normalmente estaban bajo el mando de oficiales de mayor graduación, mientras que un noveno fue asignado a otra división. Esto significó a su vez que ahora estaban mandadas por oficiales jóvenes e inexpertos mientras que las secciones, casi invariablemente, eran comandadas por suboficiales cuyo número había disminuido mucho porque gran parte de los que habían sobrevivido a los combates habían sido ascendidos a oficiales provisionales. En cuanto a la tropa, en esta etapa solo una cuarta parte eran infantería adiestradas y el resto provenía de unidades no combatientes.[\[60\]](#) Esta escasez de soldados expertos, que a su vez era producto de las numerosas bajas de las tropas combatientes, fue también la causa de aun mayores bajas entre los hombres mal entrenados para la batalla. Como informaba uno de los regimientos de infantería, las incursiones enemigas contra sus posiciones habían tenido éxitos significativos debido a «al exiguo número de hombres... y el bajo nivel de adiestramiento [que] solo puede ser compensado enviando algunos mandos cualificados», que sin embargo, eran muy difíciles de obtener como ya hemos visto.[\[61\]](#) En agosto, las bajas de la división alcanzaron los 10.897

hombres, o casi los cuatro quintos de su fuerza inicial, y aun así, parece que las cosas iban a peor progresivamente. El mando divisionario anotaba de nuevo que:

Como ha demostrado la experiencia, las unidades que han sido reellenadas con reemplazos han sufrido en especial elevadas bajas durante los primeros días de combates en una nueva operación; las bajas eran mucho más elevadas cuanto más grandes eran las unidades de infantería enviadas al ataque, y cuanto más grande era la falta de suboficiales cualificados.[62]

Los intentos hechos por la división para adiestrar a los reemplazos recién llegados e irlos introduciendo gradualmente en el campo de batalla[63] fracasaron de nuevo debido a las constantes emergencias del frente, que pronto hizo necesario, una vez más, establecer *Alarmeinheiten* de tropas de los servicios sin adiestramiento, cuyas bajas fueron probablemente incluso más altas que la de los reclutas bisoños.[64] Con la llegada del invierno los ataques soviéticos se intensificaron y se repetirían las sangrías a gran escala del año anterior. A comienzos de diciembre uno de los regimientos de la división fue destruido en el espacio de diez días de combates perdiendo 614 hombres de un total de 793, y unas pocas semanas después el poderoso «batallón de asalto» volvía del frente con 36 hombres de tropa y un solo oficial; para esa fecha el número de batallones de la división se habían reducido de ocho a cuatro.[65] Estas terribles bajas fueron cubiertas parcialmente por reemplazos muchos de los cuales serían bajas a medida que iban llegando del Reich. El mando divisionario se quejó repetidamente del lamentable «valor combativo de los jóvenes reemplazos... que han recibido poco entrenamiento con tropas de combate, tanto en batallas [ofensivas] como en combates defensivos contra los ataques de los tanques».[66] Con todo, no tenía otra elección que hacer un uso inmediato de ellos, informando a comienzos de diciembre:

Los reemplazos no han conseguido tener confianza en sí mismos y fallan en el avance. Eludiendo a los tanques evitan que los oficiales lleven a cabo sus tareas de combate... Prevengo sobre una falsa estimación debido al gran número de reemplazos, en especial en compañías que han tenido que ser organizadas de nuevo en el frente.

Evidentemente conmovido por esta matanza de jóvenes sin

adiestramiento, el comandante telegrafió al cuerpo dos días más tarde resaltando que:

Los reemplazos de reclutas desde comienzos de 1942... no se habían aclimatado a sus nuevas unidades por medio del adiestramiento y no podían ser llevadas al frente gradualmente hasta que no diesen pruebas suficientes de dominar el sentimiento de aislamiento en la confusión del campo de batalla o ante el terror a los tanques.[67]

Pero no pudo hacerse mucho más en esta situación. Las tropas de la 12.^a de infantería tuvieron pocas posibilidades de establecer «grupos primarios» ya que muchos de ellos solo permanecían unos pocos días en el frente antes de morir o caer heridos y ser enviados a la retaguardia en trenes-hospitales. Tampoco fue posible fomentar la complicidad y familiaridad con los comandantes de unidad. En el invierno de 1942-1943 los reemplazos de oficiales se estaban utilizando de la misma manera que los soldados rasos. Los oficiales recién llegados carecían de experiencia y no se les podía dar ya la oportunidad de poder conocer sus unidades sino que se los situaba al frente de ellas y se los enviaba al combate directamente, tan poco acostumbrados al terreno como al enemigo y a sus hombres. Este hecho condujo obviamente a numerosas bajas y sin duda no fue el mejor sistema para reforzar la confianza de los hombres en sus comandantes.[68]

La «bolsa» de Demiánsk acabó siendo abandonada por los alemanes ante la aproximación de la ofensiva soviética de febrero de 1943. Cuando la 12.^a de infantería se estableció en una nueva posición a lo largo del río Lovat a comienzos de marzo, sus elementos combatientes sumaban tan solo 171 oficiales y 4.822 soldados, la mitad de los oficiales y un tercio de los soldados de los que había dispuesto al comienzo de la campaña.[69] El nuevo frente demostró no ser mucho más seguro que el antiguo y los duros combates trajeron nuevas y numerosas bajas. A fines de marzo, por ejemplo, un batallón volvía de un breve pero duro combate con solo 46 hombres de sus iniciales 475, y otro se quedó con 64 de 360.[70] De acuerdo con el último recuento divisionario de bajas disponible, entre el 22 de junio de 1941 y mediados de octubre de 1943 la 12.^a de infantería perdió un total de 16.112 hombres y 527 oficiales, lo que representaba el 157 por ciento sobre su número originario.[71] Muy poca documentación ha sobrevivido sobre los últimos días de la unidad, pero se sabe que encajó serias

bajas en las batallas defensivas en torno a Vitebsk en el invierno 1943-1944,[\[72\]](#) y que luego fue completamente destruida durante la ofensiva de verano soviética de junio de 1944.[\[73\]](#) Esto significaba que en los tres años en el Frente del Este la 12.^a de Infantería perdió el doble de hombres de los que tenía inicialmente y al menos el triple de oficiales. Este nivel de bajas y la consiguiente y rápida sucesión de unidades destruidas y de rotación de efectivos, todo ello obstaculizó la formación de «grupos primarios» y limitó en gran medida el impacto de los lazos personales entre los miembros de la unidad en cuanto a motivación y cohesión en combate.

A diferencia de la formación descrita anteriormente, la nuevamente reorganizada Division Grossdeutschland (GD) sobrevivió hasta el último día de la guerra gracias a un flujo constante de reemplazos. Se trata de un excelente ejemplo de una división muy motivada cuyas increíbles pérdidas impidieron la preservación de los lazos del «grupo primario». La GD comenzó la ofensiva de verano de 1942 con unos 18.000 hombres de tropa y 300 oficiales y en el primer mes de lucha ya había perdido más de 2.000 hombres y 114 oficiales, es decir, cerca del 40 por ciento de sus fuerzas de origen.[\[74\]](#) Sin embargo, cuando la división fue trasladada a posiciones defensivas en el sector central del frente fue cuando las bajas alcanzaron proporciones realmente alarmantes. En septiembre uno de sus regimientos de infantería perdió casi 1.400 hombres, incluyendo uno de sus batallones que fue barrido completamente con muchas compañías reducidas de 140 a menos de 50 hombres. Las bajas de la oficialidad fueron especialmente graves e incluían al comandante del regimiento y a dos comandantes de batallón, con la mayor parte de sus estados mayores muertos por alcance directo de la artillería sobre los cuarteles generales de campaña, hecho que ocurriría frecuentemente en los siguientes tres años.[\[75\]](#) En noviembre las cosas fueron aun peor. Un batallón fue destruido en veinte minutos al cargar contra una barrera de artillería de los soviéticos, perdiendo prácticamente a todos sus oficiales desde los jefes de sección al comandante de batallón. La suerte de una unidad vecina fue descrita por uno de sus miembros:

Completamente aislada [la segunda sección] luchó... hasta el último hombre... Como nuestro comandante de compañía, el teniente Rupp, y su sargento mayor Sonnenberg no se encontraban después de estos combates, y los soldados de la primera y segunda sección han resultado heridos o

mueritos en su mayoría, nuestra vieja «sexta» [compañía] fue aniquilada completamente, exceptuados cinco hombres. Durante los siguientes días... el batallón combatió como un pequeño grupo de combate.

Tres días después de redactar esta entrada del diario, el batallón en cuestión quedó reducido al tamaño de una sección completa.[\[76\]](#) Tales pérdidas empujaron a la GD a establecer *Alarmeinheiten* con el resultado conocido de unas bajas aun mayores en las filas de estas tropas auxiliares no adiestradas.

A fines de mes al menos otros dos comandantes de batallón cayeron y en diciembre un regimiento de infantería completo fue cercado por carros de combate soviéticos y totalmente destruido, hecho descrito por el oficial de operaciones divisionario en una carta a su mujer:

El incidente más espantoso ocurrió cuando el comandante de un regimiento se despidió de mí por radio. Este describió cómo habían sido rodeados, la dura lucha, y aun así los rusos habían llegado más cerca y la retirada, naturalmente, nos estuvo prohibida. «Aquí nos quedamos», dijo, «mis hombres están luchando como leones, pero pronto todo esto habrá acabado; estamos dispuestos, por favor quédate un poco más en conexión, me gustaría seguir hablando contigo —los tanques ya están llegando—». Luego la conexión se cortó. El coronel ha muerto, su estado mayor ha caído, solo un oficial y un soldado han sido capaces de huir.[\[77\]](#)

Mientras la lucha continuaba, otro batallón más era reducido a cuatro oficiales y 35 soldados. La manera cómo una unidad tras otra fue destruida en inútiles contraataques puede comprenderse por la descripción de una de estas operaciones por parte de una compañía de infantería:

Se habían tomado las alturas, pese al denso fuego defensivo. Pero en la lucha por el búnker más alto fueron muertos un hombre tras otro. El teniente Weiss y los cinco hombres que le quedaban ya no podían tomar la última posición. Y así dejaron las alturas en manos de los rusos con el único logro de ver a toda la compañía hecha pedazos.[\[78\]](#)

La compañía a la que pertenecía el soldado que escribió este pasaje acabó también diezmada después de haber perdido, desde julio, seis comandantes y contando para finales de diciembre exactamente solo con un oficial, dos suboficiales y ocho soldados. Pero esto no fue excepcional; una compañía

próxima había quedado reducida a un oficial, un suboficial y 16 hombres de tropa.^[79] Así, en los cuatro meses anteriores, el regimiento de infantería que quedaba había perdido 2.674 hombres, lo que constituía dos tercios de sus efectivos.^[80] Y ya que los reemplazos no compensaban las pérdidas, a muchas compañías les quedaba solo un oficial, mientras que las secciones estaban mandadas por suboficiales e incluso por soldados rasos.^[81] Como la división siguió combatiendo casi sin pausa hasta la primavera de 1943, en abril el número total de sus bajas llegó a los 10.365 hombres, poco menos de dos tercios de su fuerza inicial apenas diez meses antes, mientras que 375 oficiales, es decir, el 125 por ciento de su número en junio de 1942, habían muerto o habían sido heridos.^[82] Que esta destrucción de las unidades combatientes no era algo excepcional en ese período podemos verlo a través de las numerosas cartas de los soldados. Así, por citar solo un ejemplo, el 15 de septiembre de 1942 Martin Linder escribía desde el frente Oriental:

Desde el 28 de junio de 1942 solamente nuestra compañía ha sufrido 190 bajas entre heridos y muertos. Como los heridos son aquellos a los que se considera que han de ser enviados al hospital, muchos de los heridos leves permanecen junto a las tropas de primera línea o van a recuperarse a las unidades auxiliares. De las 190 [bajas], 34 fueron muertos y podemos calcular que otros 10 o 15 han muerto en el hospital o es seguro que van a morir de sus heridas en el futuro.^[83]

De vuelta de un breve permiso a casa, Linder escribía el 28 de noviembre de 1942 que, mientras había estado fuera, «dos tercios de mi sección han acabado siendo bajas».^[84]

En los meses anteriores a la última ofensiva alemana a gran escala en el Este —la operación *Zitadelle*— se realizaron intentos desesperados para reforzar a las formaciones del Ostheer. Pero tanto lo inadecuado de los preparativos como el paroxismo de la destrucción que se apoderó del frente una vez se lanzó el ataque, demostró sin más que la terrible sangría de efectivos no solo impidió una resurrección significativa de los «grupos primarios» de la Wehrmacht, sino que sacrificó al Reich hasta el punto de que pronto no tendría más hombres aptos para enviar a primera línea. En efecto, en el verano de 1943 las unidades en el frente sufrieron tal tasa de bajas que acabaron prácticamente destruidas una tras otra pese a que se combatió hasta el último hombre, con reemplazos menguantes

recogidos de todas las unidades imaginables. En este contexto la 18.^a Panzer nos sirve como ejemplo especialmente adecuado: en la primavera de 1943 los elementos de combate de esta formación sumaban 124 oficiales y 3.782 soldados, menos de la mitad de su fuerza inicial. Tales cifras se alcanzaron ordenando que todas las tropas de los servicios pertenecientes a los reemplazos de 1906 y 1907 se destinasen al combate, lo que significó que una gran proporción de las unidades combatientes de la división estaban compuestas ahora por hombres mal adiestrados y de una edad superior a los treinta y seis años.[\[85\]](#) Con el fin de completar la fuerza de la división con vistas a la próxima ofensiva en mayo de 1943, recibió 89 oficiales, 130 suboficiales y 2.571 soldados de reemplazo.[\[86\]](#) Pero una vez más, estos refuerzos de una generosidad poco habitual reflejaron en gran medida el deterioro general de la situación de la Wehrmacht. En seguida se comprobó que la mitad de los nuevos oficiales eran, en realidad, meros cadetes, y que la otra mitad eran de avanzada edad, sin experiencia y pobremente adiestrados. Del mismo modo, los suboficiales, además de ser numéricamente insuficientes, eran también profesionalmente decepcionantes.[\[87\]](#) Con todo, cuando la división entró en combate en la batalla de Kursk, con cuatro batallones de infantería y tres batallones de apoyo, era relativamente más potente que la mayoría de las demás divisiones alemanas de la época.[\[88\]](#) Sin embargo, a lo largo de los siguientes cuatro meses, la 18.^a Panzer sufrió bajas tan graves que se vio empujada a la disolución. El 11 de julio, menos de una semana después de lanzar la operación *Zitadelle*, los elementos de combate de la 18.^a Panzer sumaban 5.266 soldados y 157 oficiales; doce días después quedaban tan solo 890 soldados y menos de 30 oficiales.[\[89\]](#) Esta tremenda sangría llevó al comandante de la división a ordenar la presencia en el frente de todas las tropas auxiliares aptas para el combate, sobre todo porque sabía que «el mejor liderazgo establecerá las tareas de la división que no pueden ser llevadas a cabo con las fuerzas combatientes reseñadas hasta ahora». Con todo, considerando los anteriores cribados de unidades de los servicios, está claro que estos hombres eran totalmente inadecuados para el combate.[\[90\]](#) Una semana más tarde, uno de los dos regimientos de fusileros quedó reducido a apenas 127 soldados y para el 27 de julio no tenía más que un comandante de compañía.[\[91\]](#) En conjunto, la división perdió a 3.198 hombres de tropa y a 145 oficiales solo en julio,

aproximadamente la mitad de sus hombres y a casi todos los oficiales en un solo mes de combates. En esta etapa, ambos regimientos de fusileros juntos disponían ya solo de 482 hombres, y todas las compañías menos cuatro tenían al mando a suboficiales. Cualquier «grupo primario» que se hubiese formado en los meses anteriores a *Zitadelle* fueron, así, destruidos en pocas semanas de combate.[92]

A comienzos de agosto, la división fue reforzada y su fuerza de combate aumentada a 113 oficiales y 3.643 soldados. Pero, invariablemente, las descripciones de los reemplazos los mostraban como soldados de edad y mal adiestrados. A finales de este mes la 18.^a Panzer informaba sobre una tasa de bajas de 1.249 hombres, a los que se añadían otros 825 heridos y 685 desaparecidos, perdidos durante los dos meses anteriores y que no habían sido incluidos en los informes debido a la caótica situación del frente. La única manera de que la división continuase operando fue unir a sus unidades a los hombres de las formaciones disueltas o derrotadas que deambulaban por la zona de operaciones. Ahora, los oficiales se nombraban ascendiendo rápidamente a los suboficiales, cuyo número menguante se suplía ascendiendo a los soldados rasos.[93] Con todo, al continuar los combates, hacia mediados de septiembre la división tenían solo ya dos batallones de infantería, que sumaban juntos 308 hombres, apoyados por 91 zapadores y 118 reemplazos, y para finales de mes la división enumeraba otras 1.181 bajas, es decir, la mitad de su fuerza cuatro semanas antes.[94] La intensidad de los combates puede calibrarse constatando que entre el 4 de julio y el 30 de septiembre se perdieron 218 oficiales, muy por encima de su número al comenzar *Zitadelle*. Estos oficiales incluían a 19 oficiales comandantes de batallón, a 83 de compañía y a 85 de sección. Considerándolo todo, desde el 22 de junio de 1941, la 18.^a Panzer tuvo 695 bajas de oficiales —el 173 por ciento de su número inicial— un tercio de los cuales se perdieron en los últimos tres meses de servicio. Cuando la división fue finalmente disuelta el 10 de octubre de 1943, contó 17.001 bajas de soldados, que era precisamente el número de hombres que había tenido al comienzo de «Barbarroja».[95] Podemos concluir diciendo que, pese a entablar feroces batallas hasta el fin, las tropas de la 18.^a Panzer no pudieron haber mantenido sino los más efímeros lazos como «grupo primario», ni tener demasiada lealtad personal hacia los mandos de su unidad durante la mayor parte de su servicio en la Unión Soviética.

La supervivencia de la división GD hasta abril de 1945 nos permite examinar la relación entre unas bajas extremadamente elevadas de esos dos últimos años y la no menos extraordinaria determinación de las tropas alemanas ante una derrota segura.[\[96\]](#) Para esta formación, además, la batalla de Kursk supuso terribles bajas en un lapso de pocas semanas, pero también significó la aceleración del ciclo de destrucción y reconstrucción que continuó hasta los últimos meses de la guerra. Incluso durante los primeros días de *Zitadelle* los comandantes y los oficiales de estado mayor de ambos regimientos de infantería, y de otros tres batallones, fueron, casi todos, muertos o heridos.[\[97\]](#) Para mediados de agosto la fuerza media de las compañías de infantería había disminuido hasta los 25 hombres y muchas de las cuales estaban mandadas por suboficiales a causa de la falta de oficiales. También aquí, la práctica de enviar inmediatamente al combate a los reemplazos se demostró muy costosa; en uno de estos casos, un grupo de jóvenes reclutas que acababan de llegar a una de las compañías fue enviado directamente al frente y en pocas horas causaron diez bajas, seis muertos y cuatro heridos.[\[98\]](#) A comienzos de septiembre la mayoría de las compañías apenas eran un poco mayores que escuadras. La sexta compañía de granaderos estaba formada por cinco hombres mandados por un cabo provisional, la séptima lo estaba por cinco a cuya cabeza estaba un cabo, el batallón de granaderos disponía de tres oficiales y 29 hombres de tropa y el segundo batallón tenía tres oficiales y 22 soldados.[\[99\]](#) Cuando la GD se retiraba a la orilla oeste del río Dniéper a finales de septiembre, informó sobre las bajas totales consistentes en 7.347 hombres en los seis meses anteriores, siendo sus bajas totales desde junio de 1942 de 17.712 soldados y 590 oficiales, el mismo número de hombres con el que había comenzado la campaña y casi el doble de oficiales.[\[100\]](#) Pero los combates continuaron sin pausa. En noviembre el batallón de zapadores perdió a todos sus oficiales excepto uno, mientras que a los dos regimientos de infantería juntos les quedaban tan solo 250 hombres, con un batallón reducido a 27 soldados.[\[101\]](#) A pesar de que llegaron algunos reemplazos a comienzos de 1944, se informó de que los batallones «todavía tienen 100 hombres, una fuerza considerable para ese período. Había dos compañías con 40 hombres cada una y una reserva de unos 20».[\[102\]](#)

Podemos hacernos una idea de la rápida rotación de los comandantes de las unidades de combate a través de la siguiente sucesión de acontecimientos: el 26

de julio de 1943 el alférez Heinz, comandante de la sexta compañía de granaderos murió y fue sustituido por un suboficial; el 7 de agosto el alférez Ahlfeld se hizo cargo de la compañía, pero murió cuatro días más tarde. El alférez Pfau asumió el mando el 13 de agosto y fue herido ocho días más tarde. Su sustituto, el alférez Fritz fue herido el 2 de septiembre y un suboficial tomó el mando de la unidad. El 17 de septiembre el teniente Wiebe asumió el mando pero el 6 de octubre Pfau volvía, recuperado de su herida, solo para ser herido de nuevo dos semanas más tarde. El alférez Hegemann, que asumió el mando el 3 de noviembre, fue dado por desaparecido tres días más tarde, y su sustituto, el alférez Michaelis, fue herido a su vez diez días después, dejando el mando de la compañía al teniente Saalfrank. Este fue el ritmo medio en la sucesión de los nuevos comandantes de compañía casi cada semana. A los comandantes de batallón no les fue mucho mejor. El 14 de octubre, el capitán Knebel, comandante del segundo batallón de granaderos (al que pertenecía la sexta compañía), fue sustituido por el capitán Kraussold, quien, tras un par de semanas, acabó también sustituido por el teniente Konopka. El 17 de noviembre Konopka fue herido, pero el capitán Kraussold, que se hizo cargo de nuevo del mando del batallón, fue herido gravemente solo unas horas después. Ahora asumía el mando el capitán Weizenbeck, pero menos de dos semanas después también él fue herido. El sustituto, capitán Krambeck, fue herido también unos días más tarde y tuvo que dejar el mando al capitán Mickley.^[103] En tales circunstancias era difícil creer que los soldados fuesen a desarrollar algún tipo de confianza personal o lealtad hacia sus comandantes ya que cambiaban continuamente. En una carta enviada el 12 de julio de 1942 desde Sebastopol, Friedrich Reinhold Haag, comandante de compañía en otra formación, describía la repercusión de estas rápidas rotaciones de efectivos:

He experimentado de nuevo lo difícil que es mandar una compañía en combate y sacrificar hombres conociendo tan poco de ellos. Entonces caen justo a tu lado y uno de ellos grita: «Mi teniente, prométame que escribiré a mi casa —y tú no sabes ni siquiera cuál es su nombre—».^[104]

Lo que podía quedar de la GD después de estos combates de invierno quedó diezmado durante la larga retirada hacia Rumanía tras iniciarse la gran ofensiva del Ejército Rojo en Ucrania en marzo de 1944. Fue en esta caótica retirada

cuando la sexta compañía de granaderos, al igual que muchas otras unidades combatientes, perdió a tres comandantes —uno de los cuales era un suboficial— en el lapso de solo tres días.[\[105\]](#) Sin embargo, una vez alcanzada la frontera rumana, la división fue reforzada rápidamente y a comienzos de abril podía jactarse de disponer de cuatro batallones de infantería, cada uno con 400 hombres, junto a otras unidades de apoyo. Pero una vez más, no hubo tiempo para desarrollar lazos entre los nuevos miembros y los escasos veteranos supervivientes, pues tras un nuevo ataque soviético el 10 de mayo, los batallones fueron reducidos a una media de 65 hombres cada uno, habiendo perdido cerca de cuatro quintos de sus tropas en menos de un mes.[\[106\]](#) Otra partida de reemplazos acabó vapuleada del mismo modo en combates defensivos en junio, y cuando por tercera vez en tres meses la GD restableció sus unidades, los nuevos reemplazos estaban compuestos básicamente por muchachos de quince y dieciséis años sacados directamente de la *Hitlerjugend* (Juventud Hitleriana), junto con algunos veteranos mayores de la Gran Guerra.[\[107\]](#) Esta extraordinaria tasa de destrucción y reemplazos continuó después de que la división fuese trasladada a Prusia Oriental a finales de ese mes. En los duros combates durante la primera mitad de agosto de 1944 las compañías quedaron reducidas de nuevo a una media de 20 hombres.[\[108\]](#) Los oficiales, como siempre, se vieron particularmente afectados: las cuatro compañías del primer batallón de granaderos registró doce cambios de mandos en apenas nueve días. Por la fecha en que este batallón se retiró a Memel en la primera parte de octubre, estaba formado por 18 hombres y mandado por un sargento, que a su vez cayó herido pocos días después.[\[109\]](#)

En ese momento, y por última vez, se recomponía la GD. Evacuada por mar de la sitiada Memel en noviembre de 1944, los restos de la división llegaban a Rastenburg, en Prusia Oriental, donde numerosos refuerzos aumentaron sus fuerzas hasta unos 10.000 hombres.[\[110\]](#) La mayoría de estos soldados no habían tenido experiencia previa en la GD, y no tenían ninguna oportunidad de conseguirla ya que cuando la división volvió al combate a comienzos de 1945 fue hecha pedazos rápidamente en la gigantesca ofensiva soviética final. En seguida había sido separada del grueso principal de las formaciones del Ostheer en retirada. Entre el 15 de enero y el 22 de abril la GD sufrió un asombroso número de bajas de 16.988, lo que constituyó el 170 por ciento de sus efectivos a

comienzos de 1945. Los 4.000 supervivientes de la GD luchaban desesperadamente en la península de Samland, cubriendo los huecos de sus filas con los restos de otras formaciones alemanas dispersas en la zona.^[111] Incluso en esta última fase de la guerra se hicieron planes para sacar a la división de Prusia Oriental y recomponerla en algún lugar de un Reich cada vez más reducido aunque al final les faltó tiempo para ello.^[112] A mediados de abril el Ejército Rojo atacaba una vez más, y tras unos cuantos días de duros combates, los últimos 800 soldados de la GD cruzaron a nado la bahía hasta la franja de tierra de la Frische Nehrung,^[113] donde fueron recogidos por un barco que los llevó a Dinamarca. Muchos de estos hombres, que acabaron como prisioneros de los británicos inmediatamente después, habían permanecido en la GD solo unas pocas semanas o meses.^[114] Desde que entró en combate por primera vez en junio de 1942 hasta el final de la guerra, la GD perdió unos 50.000 hombres de tropa y 1.500 oficiales, o lo que es lo mismo, el triple de hombres y cinco veces el número de oficiales que tenía cuando fue formada.

Por todo lo que hemos visto anteriormente, no podemos evitar concluir diciendo que a lo largo de la guerra en la URSS los «grupos primarios» de las unidades combatientes del Ostheer no pudieron sobrevivir más que unas cuantas semanas en condiciones óptimas y plenas, por lo que no han jugado un papel significativo en la cohesión y motivación del grueso principal de las fuerzas de tierra de la Wehrmacht. Del mismo modo, la lealtad personal hacia los oficiales puede no haber sido un factor de motivación suficiente debido a las inmensas bajas y a la extremadamente rápida rotación de los comandantes de unidad que se derivó. La pregunta que debemos hacernos ahora es ¿qué hizo que se diera la notable cohesión del ejército alemán? En el próximo capítulo sugerimos que la disciplina militar contribuyó ampliamente a mantener a los hombres en el frente, pero que esta se logró solo pervirtiendo profundamente la naturaleza y significado de la disciplina, proceso que tuvo un impacto importante sobre la conducta y estado mental de las tropas que acabó llevando a un embrutecimiento generalizado de las unidades combatientes.

[1] Sobre el ejército de EEUU contra la Wehrmacht, véase M. Van Creveld, *Fighting Power*, Westport: Conn., 1982; además, sobre la tradición alemana véase, por ejemplo: D. Bald, *Der deutsche Offizier*, Múnich, 1984; F. L. Carsten, «Germany. From Scharnhorst to Schleicher: the Prussian Officer Corps in Politics, 1806-1933», en *Soldiers and Governments*, ed. M. Howard, Londres, 1957; G. A. Craig, *The Politics of the Prussian Army, 1640-1945*, 3ª ed., Londres, 1978; K. Demeter, *The German Officer Corps in Society and State, 1650-1945*, Londres, 1965; M. Kitchen, *The German Officer Corps, 1890-1914*, Londres,

1968; H. Kurze, «Das Bild des Offiziers in der deutschen Literatur», en *Das deutsche Offizierkorps, 1860-1960*, ed. H. H. Hofmann, Boppard am Rhein, 1980, pp. 413-35; M. Messerschmidt, «Werden und Prägung des preussischen Offizierkorps—Ein Überblick», en *Offiziere im Bild vom Dokumente aus drei Jahrhunderten*, Stuttgart, 1964, pp. 11-104. Un buen equivalente británico es los «Pals» Battalions. Véase, por ejemplo: J. Keegan, *The Face of Battle*, 2ª ed. Londres, 1976, pp. 215-225; J. M. Winter, *The Great War and the British People*, Cambridge: Mass., 1986, pp. 25-39; J. Stevenson, *British Society 1914-1945*, Harmondsworth, 1984, pp. 46-57. Sobre el debate francés respecto a el sistema de reclutamiento adecuado, véase, por ejemplo: R. D. Challener, *The French Theory of the Nation in Arms, 1866-1939*, Nueva York, 1955; P. C. F. Bankwitz, «Maxime Weygand and the Army-Nation Concept in the Modern French Army», *FHS* 2 (1961): 157-188; y los orígenes del concepto francés moderno: I. Woloch, «Napoleonic Conscription: State Power and Civil Society», *P&P* 111 (1986): 101-129; J.P. Bertaud, «Napoleon's Officers», *P&P* 112 (1986): 91-111; D. D. Bien, «The Army in the French Enlightenment: Reform, Reaction and Revolution», *P&P* 85 (1979): 68-98.

[2] Shils/Janowitz, *Cohesion and Disintegration*, p. 281; en el mismo sentido, véase asimismo M. I. Gurfein y M. Janowitz, «Trends in Wehrmacht Morale», en *Propaganda in War and Crisis*, ed. D. Lerner, Nueva York, 1951, pp. 200-208.

[3] *Ibid.*

[4] Véase E. P. Chodoff, «Ideology and Primary Groups», *AFS* 9 (1983): 569-93. Más en general sobre la motivación para el combate, véase R. Holmes, *Firing Line*, 2ª ed. Harmondsworth, 1987; A. Kellet, *Combat Motivation* (Boston, 1982); S. L. A. Marshall, *Men against Fire* (Nueva York, 1947); Lord Moran, *The Anatomy of Courage*, 2ª ed. Londres, 1966; F. M. Richardson, *Fighting Spirit*, Londres, 1978.

[5] Van Creveld, *Fighting Power*, p. 166.

[6] *Ibid.*, pp. 163-64. Véanse también los debates referentes a este asunto en la revista de las Fuerzas de Defensa Israelíes: General A. Tamir, «Quality Versus Quantity», *Ma'arakhot* 250 (1976): 8-12, 38; Teniente coronel (res.) Y. Gelber, «Military Education and Ideology», *Ma'arakhot* 267 (1979): 8-12 (ambos en hebreo).

[7] Para una discusión sobre historia oral, véase P. Thompson, *The Voice of the Past: Oral History*, Oxford, 1978; más específicamente sobre la historia oral del Tercer Reich, véase L. Niethammer (ed.), «Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll». *Faschismuserfahrungen im Ruhrgebiet*, Berlín, Bonn, 1983; sobre el asunto relacionado de la llamada *Alltagsgeschichte* véase, por ejemplo: M. Broszat y E. Fröhlich, *Alltag und Widerstand*, Múnich, 1987; Kershaw, *Popular Opinion*; L. Niethammer, «Anmerkungen zur Alltagsgeschichte», en *Geschichte im Alltag-Alltag in der Geschichte*, ed. K. Bergmann y R. Schörken, Düsseldorf, 1982, pp. 11-29; K. Tenfelde, «Schwierigkeiten mit dem Alltag», *GuG* 10 (1984): 376-394; W. Wippermann, «Fascism and the History of Everyday Life», artículo entregado en la Wiener Library Seminar, Tel-Aviv University, 1987.

[8] Para una breve discusión sobre este asunto, véase O. Bartov, «Daily Life and Motivation in War: The Wehrmacht in the Soviet Union», *JSS* 12 (1989): 200-214.

[9] Richardson, *Sieg Heil!*, p. 147. Véase también M. Messerschmidt, «The Wehrmacht and the Volksgemeinschaft», *JCH* 18 (1983): 719-740.

[10] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 150.

[11] *Ibid.*, pp. 90-91.

[12] Para una reciente legitimación de este punto de vista véase Hillgruber, *Zweierlei Untergang*.

[13] Shils/Janowitz, *Cohesion and Disintegration*, p. 301.

[14] Kroener, *Die Personellen Ressourcen*, pp. 871-78. En general sobre la expansión de la Wehrmacht durante los años 1930 y en vísperas de «Barbarroja», véase G. Tessin, *Formationsgeschichte der Wehrmacht, 1933-1939*, Boppard am Rhein, 1959, pp. 21-22, 28-29, 114-115, 118-119, 150-151, 174-175, 190-191; B. Mueller-Hillebrand, *Das Heer*, 3 vols, Darmstadt, 1954; Francfort., 1956 y 1969, 1:15, 55-59,

68-73, 130-135, 151; W. Deist, «Die Aufrüstung der Wehrmacht», en *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*, Stuttgart, 1979, vol. 1 of *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 415-449, esp. 447-448; H. Rohde, «Hitlers erster “Blitzkrieg” und seine Auswirkungen auf Nordosteuropa», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 2:99-104; H. G. Dahms, *Die Geschichte des Zweiten Weltkrieges*, Múnich, Berlín, 1983, p. 88; B. R. Kroener, «Auf dem Weg zu einer “nationalsozialistischen Volksarmee”. Die soziale Öffnung des Heeresoffizierkorps im Zweiten Weltkrieg», en *Von Stalingrad zur Währungsreform. Zur Sozialgeschichte des Umbruchs in Deutschland*, ed. M. Broszat et al. Múnich, 1988, pp. 651-682.

[15] Kroener, *Die Personellen Ressourcen*, pp. 884-894, 913-916, 920-922.

[16] Sobre las grandes limitaciones económicas y políticas de la movilización total véase infra, Capítulo 1, nota 1. Véase también sobre la movilización económica de las mujeres: T. W. Mason, «Women in Germany, 1925-1940: Family, Welfare and Work», Partes 1-2, *HWJ* 1 (1976): 74-113; 2 (1976): 5-32; S. Dammer, «Kinder, Küche, Kriegsarbeit: Die Schulung der Frauen durch die NS-Frauenschaft», en *Mutterkreuz und Arbeitsbuch*, ed. Frauengruppe Faschismusforschung, Frankfurt, 1981, pp. 215-245; R. Bridenthal, *Mothers in the Fatherland*, Nueva York, 1987; idem. et al. *When Biology Became Destiny*, Nueva York, 1984; S. J. McIntyre, «Women and the Professions in Germany 1930-1940». En *German Democracy and the Triumph of Hitler*, ed. A. Nicholls y E. Matthias, Londres, 1971, pp. 175-213; J. Stephenson, *Women in Nazi Society*, Londres, 1975, e idem., «Emancipation” and its Problems: War and Society in Württemberg 1939-1945», *EHQ* 17 (1987): 345-65; D. Winkler, *Frauenarbeit im «Dritten Reich»* (Hamburgo, 1977). Sobre los obreros, véase T. W. Mason (ed.), *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, Opladen, 1975; idem., *Sozialpolitik im Dritten Reich*, Opladen, 1977; D. Petzina, «Die Mobilisierung Deutscher Arbeitskräfte vor und während des Zweiten Weltkrieges», *VfZ* 4 (1970): 443-455. Sobre la planificación, R. J. Overly, *Goering: The «Iron Man»*, Londres, 1984. Sobre los trabajadores extranjeros, U. Herbert, *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Berlín and Bonn, 1985.

[17] Kroener, *Die Personellen Ressourcen*, pp. 922-923, 926-928.

[18] F. Haider, *Kriegstagebuch 1939-42*, ed. H.-A. Jacobsen, 3 vols. Stuttgart, 1962-1964, 3:345, 418; *Kriegstagebuch des Oberkommando der Wehrmacht 1940-45*, ed. P. E. Schramm, 4 vols. Frankfurt, 1961, 1:1120-21.

[19] Kroener, *Die Personellen Ressourcen*, pp. 878-81, 924-925.

[20] *Ibid.*, pp. 894-906. Sobre los criterios cambiantes de los ascensos, véase G. Papke, «Offizierkorps und Anciennität», en *Untersuchungen zur Geschichte des Offizierkorps*, ed. H. Meier-Welcker, Stuttgart, 1962, pp. 177-206. Ulteriores cifras sobre bajas entre los oficiales en Haider, *Kriegstagebuch*, 3:345; KTB-OKW, 1:1120-21. Informes más detallados en J. Flottmann y H. Möller-Witten, *Opfergang der Generale. Die Verluste der Generale und Admirale und der im gleichen Dienstrang stehenden sonstigen Offiziere und Beamten im Zweiten Weltkrieg*, Berlín, 1952; R. Stumpf, *Die Wehrmacht-Elite. Rang- und Herkunftsstruktur der deutschen Generale und Admirale 1933-1945*, Boppard am Rhein, 1982.

[21] Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 1-4, 10, 14-15; BA-MA, RH27-18/2a, 26.9.40; BA-MA, RH27-18/1, 27.5.41; BA-MA, RH27-18/3, 15.3.41.

[22] BA-MA, RH27-18/26, 22.6.-10.7.41.

[23] Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 39-43; BA-MA, RH27-18/26, 27.7.41.

[24] Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 43-48, 50-53.

[25] Spaeter/Schramm, *GD*, 1:266-70.

[26] *Ibid.*, pp. 276-79, 280-302, 304-308.

[27] BA-MA, RH27-18/69, 1.10.41.

[28] BA-MA, RH27-18/63, 5.11.41 para el 31.10.41; BA-MA, RH27-18/69, 10.11.41 para 1.11.41.

[29] Paul, *18.Pz.Div.*, p. 134.

- [30] Spaeter/Schramm, *GD*, 1:347, 355-59.
- [31] BA-MA, RH26-12/46, 6.11.41.
- [32] BA-MA, RH26-12/22, 1.6.-10.12.41; BA-MA, RH26-12/130, 10.12.41.
- [33] BA-MA, RH27-18/74, 22.12.41, 27.12.41.
- [34] Reinhardt, *Die Wende*, pp. 206-11.
- [35] BA-MA, RH27-18/174, 1.1.-31.3.42.
- [36] Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 19-21, 202; BA-MA, RH27-18/174, 1.1.-31.3.42, 21.6.-31.12.41; BA-MA, RH27-18/60, 15.12.41-22.1.42.
- [37] BA-MA, RH26-12/63, 22.4.42; BA-MA, RH26-12/64, 23.4.42.
- [38] BA-MA, RH26-12/92, 16.12.41-28.2.43; BA-MA, RH26-12/52, 4.4.42, 25.4.42.
- [39] Spaeter/Schramm, *GD*, 1:385.
- [40] *Ibid.*, pp. 386-400.
- [41] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 90.
- [42] *Ibid.*, pp. 212-13.
- [43] *Ibid.*, p. 100.
- [44] Mueller-Hillebrand, *Das Heer*, 3:51-3; Dahms, *Geschichte*, p. 362; Haider, *Kriegstagebuch*, 3:426-427, 430-432, 465.
- [45] Haider, *Kriegstagebuch*, p. 522.
- [46] * Proviene de *Hilfswillige* («voluntario auxiliar»). Fueron reclutados en el Gobierno General creado por Alemania en la Polonia ocupada y sobre todo en las zonas ocupadas de la URSS. Se los utilizó en servicios auxiliares, aunque, en ocasiones, también como combatientes. Fueron considerados traidores por la URSS y sus aliados occidentales. (*N. del t.*).
- [47] KTB OKW, 3 (parte 2):1481-44; Mueller-Hillebrand, *Das Heer*, 2:109ff; 3:111-14, 132-35; E. Klink, *Das Gesetz des Handelns*, Stuttgart, 1966, p. 34; Dahms, *Geschichte*, pp. 439-40; J. Hoffmann, *Die Ostlegionen 1941-43*, Friburgo i. Br., 1977; idem., *Deutsche und Kalmyken 1942 bis 1945*, Friburgo, 1977; P. H. Buss, «The Non-Germans in the German Armed Forces 1939-45» (Univ. de Canterbury Univ., tesis doctoral, 1974). Sobre una evolución semejante en las Waffen-SS véase Wegner, *Pangermanische Armee*; e idem., «Das Führerkorps der Waffen-SS im Kriege», en *Das deutsche Offizierkorps, 1860-1960*, ed. H. H. Hofmann, Boppard am Rhein, 1980, pp. 327-50.
- [48] Dahms, *Geschichte*, p. 478; Mueller-Hillebrand, *Das Heer*, 3:136-37.
- [49] KTB OKW, 4 (parte 2):1509-11.
- [50] H. Magenheimer, *Abwehrschlachten an der Weichsel 1945*, Friburgo, 1976, pp. 45-47, según el cual la media mensual de bajas durante la segunda mitad de 1944 fue de 198.986 hombres, de los cuales 20.567 fueron muertos; Dahms, *Geschichte*, p. 548.
- [51] KTB OKW, 4 (parte 2):1508-11, 1514-16.
- [52] BA-MA, RH27-18/117, 25.4.42 para 19.4.42; 20.4.42; 25.4.42; 20.6.42 para 15. 6.42.
- [53] Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 209-24.
- [54] *Ibid.*, p. 222.
- [55] BA-MA, RH27-18/131, 12.3.42.
- [56] BA-MA, RH27-18/130, 7.4.43.
- [57] BA-MA, RH26-12/265, 22.5.42.
- [58] BA-MA, RH26-12/53, 10.5.42.
- [59] BA-MA, RH26-12/53, 5.6.42; BA-MA, RH26-12/92, 16.12.41-28.2.43.
- [60] BA-MA, RH26-12/266, 20.7.42.
- [61] BA-MA, RH26-12/66, 12.7.42, 17.7.42, 30.7.42.
- [62] BA-MA, RH26-12/55, 18.8.42.
- [63] BA-MA, RH26-12/55, 19.8.42.

- [64] BA-MA, RH26-12/56, 26.10.42.
- [65] BA-MA, RH26-12/57, 16.11.42; BA-MA, RH26-12/69, 21.11.42, 26.11.42, 6.12.42; BA-MA, RH26-12/49, *Kriegstagebuch*, 16.12.41-18.2.43, entradas para el 25.11.42 y el 29.12.42; BA-MA, RH26-12/58, 14.12.42.
- [66] BA-MA, RH26-12/57, 25.11.42, 8.12.42; BA-MA, RH26-12/69, 26.11.42, 6.12.42.
- [67] BA-MA, RH26-12/57, 8.12.42, 10.12.42.
- [68] BA-MA, RH26-12/58, 1.1.43; BA-MA, RH26-12/92, 16.12.41-28.2.43.
- [69] BA-MA, RH26-12/75, 1.3.-21.6.43.
- [70] BA-MA, RH26-12/76, 23.3.43.
- [71] BA-MA, RH26—12/49, *Kriegstagebuch*, 16.12.41-28.2.43; *Verlustliste*: 16.12.41-30.4.43; BA-MA, RH26-12/265, 16.10.43.
- [72] BA-MA, RH26-12/167, accounts of the Vitebsk battles.
- [73] BA-MA, Heft 523, pp. 12-13.
- [74] Spaeter/Schramm, *GD*, 1:414, 429, 548-52; BA-MA, RH26-1005/5, 27.6.-31.7.42, 27.6.-18.8.42, e informes posteriores en la misma caja; BA-MA, RH26-1005/ 7, 1. 7. -31. 7.42, 1.8.42; BA-MA, RH26— I 005/60, 15.5. -31. 7.42.
- [75] Spaeter/Schramm, *GD*, 1:552-606; RH37/6337, *Tagesbericht C. Benes*, p. 13.
- [76] Benes, pp. 13-14.
- [77] BA-MA, RH26-1005/78, *Tagebuch von Hobe*, pp. 14-21.
- [78] BA-MA, RH37/6351, *Bericht F. Mebes*, entrada para el 9.12.42, y más en general pp. 22-26. Informe detallado del combate en Spaeter/Schramm, *GD*, 1: 606-55.
- [79] Mebes, entrada para 31.12.42; Spaeter/Schramm, *GD*, 1:655-67.
- [80] Spaeter/Schramm, *GD*, 1:667-69.
- [81] BA-MA, RH37/6394, 9.1.43.
- [82] BA-MA, RH26-1005/50, 26.4.43, 1.8.42-25.4.43 (bajas de tropa), y 1.8.42-25.4.43 (bajas de oficiales).
- [83] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 170.
- [84] *Ibid.*, p. 172.
- [85] BA-MA, RH27-18/196, 30.4.43.
- [86] BA-MA, RH27-18/169, 1.4.-30.6.43; BA-MA, RH27-18/131, 7.5.43.
- [87] BA-MA, RH27-18/164i 30.6.43.
- [88] BA-MA, RH27-18/144, 10.7.43 y 11.7.43; Paul, *18.Pz.Div.*, p. 248.
- [89] BA-MA, RH27-18/144, 20.7.43 para 11.7.43, 21.7.43, 26.7.43 para 21.7.43; Paul, *18.Pz.Div.*, p. 268.
- [90] BA-MA, RH27-18/144, 23.7.43; BA-MA, RH27-18/142, 24.7.43.
- [91] BA-MA, RH27-18/144, 19.7.43, 27.7.43; Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 268-70.
- [92] BA-MA, RH27-18/144, 1.8.43, 11.8.43.
- [93] BA-MA, RH27-18/170, 3.8.43; BA-MA, RH27-18/144, 20.8.43 para 11.8.43, 25.8.43, 1.9.43; Paul, *18.Pz.Div.*, pp. 273-74.
- [94] BA-MA, RH27-18/144, 17.9.43, 1.10.43.
- [95] BA-MA, RH27-18/170, 1.10.43. Estas cifras no incluyen a los enfermos, que solo en el invierno 1941-1942 llegaban casi a los 5.000, ni a los miles de hombres que sufrían varios grados de congelación.
- [96] Para una discusión de otros factores que contribuyeron a la ferocidad de los soldados en combate y a la ausencia de amotinamientos, tales como el aislamiento físico, determinantes y diferencias culturales, el bombardeo de las ciudades alemanas, y otros aspectos, véase O. Bartov, «The Conduct of War: Soldiers and the Barbarization of Warfare», *JMH*, Número especial: *Resistance Against the National Socialist Regime*.
- [97] Spaeter/Schramm, *GD*, 2:167-214; Benes, p. 17.

- [98] Spaeter/Schramm, *GD*, 2:251-70; Benes, pp. 18-21.
- [99] Spaeter/Schramm, *GD*, 2:270-94; Benes, pp. 21-22.
- [100] BA-MA, RH26-1005/51, 8.11.43, 1.4.-30.9.43 (bajas entre las tropas), y 1.4.-30.9.43 (bajas de oficiales).
- [101] Spaeter/Schramm, *GD*, 2:329-99.
- [102] *Ibid.*, 409-17.
- [103] Benes, pp. 23-28. Véase también BA-MA, RH26-1005/82, «Tapferkeitsdaten», 15.-17.10.43; BA-MA, RH26-1005/82, «Kriegsberichterzug der Pz.Gren.Div. GD.», 2.11.43.
- [104] Bähr, *Kriegsbriefe*, p. 211.
- [105] Spaeter/Schramm, *GD*, 2:450-87; Benes, pp. 31-33.
- [106] Spaeter/Schramm, *GD*, 2:487-527.
- [107] BA-MA, RH26-1005/81, «Sturmgeschütz Blatt»; Spaeter/Schramm, *GD*, 2:527-44.
- [108] *Ibid.*, 590-626.
- [109] BA-MA, RH37/6394, «*Stellenbesetzung I/Pz.Gren.Rgt. GD 6.10. bis 15.10.44.*». Asimismo véase *ibid.*, «*Notizen über Pz.Gren.Rgt. GD 13.6.-13.8.44, Stellen-besetzung III/Pz.Gren.Rgt.GD*»; BA-MA, RH26-1005/84, número del *Front-zeitung* «*Die Feuerwehr*»; BA-MA, RH26-1005/79, informes sobre actos de heroísmo de los oficiales divisionarios como motivación de condecoraciones con la *Ritterkreuz*; Spaeter/Schramm, *GD*, 2:626-714.
- [110] Spaeter/Schramm, *GD*, 3:11-24.
- [111] *Ibid.*, pp. 182-261, 381-404; BA-MA, RH26-1005/81, «*Major Helmut Kraussold*», para una breve biografía de uno de los oficiales con un servicio más prolongado.
- [112] BA-MA, RH26-1005/82, «*Neu-Aufstellung der Pz.Gren.Div. Gross-deutschland*». Spaeter/Schramm, *GD*, 3:656-65.
- [113] Frische Nehrung: franja de tierra —el Cordón del Vístula— que cierra la llamada laguna del Vístula repartida hoy entre Rusia y Polonia. En ruso es Baltiiskaia Kosa; en polaco, Mierzeja Wislana. (*N. del t.*).
- [114] Benes, pp. 42-53; BA-MA, RH26-1005/82, «*Bericht zu dem Ereignissen vom 1.3.-18.4.45*», escrito después de la guerra; Spaeter/Schramm, *GD*, 3:665-81.

3. LA PERVERSIÓN DE LA DISCIPLINA

Alemania tiene una larga tradición de férrea disciplinaria que se extiende desde los días de los castigos corporales del antiguo ejército prusiano.^[1] Lo mismo que la organización y planificación, la disciplina y la obediencia eran la marca de los militares alemanes desde mucho antes de que Hitler llegara al poder. Las tácticas del frente y el ataque oblicuo de Federico el Grande, las concentraciones masivas de fuerzas por medio de un preciso e innovador uso del tren del viejo Moltke, la realización según un mecanismo de relojería de la gran estrategia de la «puerta giratoria» de Schlieffen... —todo esto parece probar la eficacia de estas virtudes alemanas en el campo de batalla—.^[2] De este modo, se consideró algo natural que también la Wehrmacht conservara el rígido sistema de disciplina de sus predecesores. Mientras su hábil combinación de la vieja tradición militar con las modernas técnicas de combate deben considerarse una de las claves de los sonados éxitos militares de la Wehrmacht, la estricta obediencia exigida a las tropas y los draconianos castigos a los transgresores resultaron determinantes en el mantenimiento de la cohesión bajo las condiciones de combate más adversas. No obstante, debemos resaltar que en el Tercer Reich, y en especial durante la guerra, la teoría y la práctica del consejo de guerra en la Wehrmacht sufrió cambios fundamentales y cruciales que reflejaron e impulsaron la transformación total del carácter del ejército, siendo responsables no solo de la firmeza de las tropas en el campo de batalla, sino también de su profundo embrutecimiento.

La extendida aunque temporal quiebra de la disciplina en el Kaiserheer durante las etapas finales de la Gran Guerra dejó una impresión duradera en los hombres que iban a servir como arquitectos de la nueva Wehrmacht. Precisamente como Hitler temía que las exigencias de otra guerra total pudiese desestabilizar a su régimen y derribarlo tan rápidamente como el del Kaiser, también los generales temieron la repetición de las humillantes escenas de los consejos de soldados que se negaban a obedecer a sus oficiales.^[3] Se suponía que la nueva Wehrmacht iba a suprimir las barreras sociales entre oficiales y soldados por un lado y, por otro, exigir obediencia «ciega» y lealtad

incuestionable por parte de las tropas. Esta misma obediencia «ciega» —esta vez directamente al Führer— sería exigida también a los generales y oficiales de estado mayor que habían alimentado durante largo tiempo una tradición de pensamiento independiente y crítico, más bien contrario a las visiones estereotipadas del estamento militar alemán. Ideológicamente basada en el mito de la llamada *Frontgemeinschaft* (comunidad del frente) de 1914-1918, y en la creencia relacionada de que solo un compromiso espiritual le permite resistir, si no celebrar realmente los horrores de la guerra moderna, la nueva Wehrmacht compartía numerosas raíces con el nacionalsocialismo. Además, gran parte de su vocabulario e imaginaria había sido extraído directamente de las realidades y ficciones de la Gran Guerra.[4]

Así, ya desde el primer momento, la disciplina militar en el ejército del Tercer Reich estaba estrechamente ligado a los determinantes ideológicos del régimen, no solo por coerción, sino en gran medida por opción y afinidad. Las normas tradicionales de disciplina y obediencia fueron adaptadas consciente y voluntariamente para que encajasen en los conceptos considerados necesarios para mejorar la eficacia de la máquina militar y la cohesión y moral de sus tropas.

La politización de la disciplina vino de la mano de la politización del ejército en conjunto.[5] Los intentos de mantener algo de las antiguas tradiciones permitiendo al mismo tiempo la penetración en la estructura militar estaban abocados al fracaso. La principal prioridad del ejército era el rendimiento en combate, una de cuyas precondiciones, se asumía, era un nuevo y más exigente sistema disciplinario basado en y legitimado por la introducción en el derecho militar de los conceptos legales y morales y las normas de comportamiento nazis. Esta voluntaria *Gleichschaltung* (coordinación, unificación) legal condujo inevitablemente a una perversión de la disciplina de la Wehrmacht.[6] Sin duda, los castigos draconianos instilaron en la tropa el temor hacia sus comandantes y los indujo a cumplir sus órdenes incluso en condiciones extremadamente difíciles; y esto también embrutecía a los hombres. El temor a sus mandos y la incapacidad de derrotar al enemigo hicieron que las tropas se volviesen contra los civiles y prisioneros de las zonas ocupadas. Fue un proceso gradual, dependiente a un tiempo de la postura ideológica del régimen hacia cada uno de sus enemigos y del grado de resistencia que encontró la Wehrmacht. En cuanto a

los soldados, los prejuicios, el miedo y la brutalidad acabaron estrechamente entrelazados. Durante los rápidos éxitos de la Wehrmacht en los primeros dos años de guerra, por lo general, bastó la disciplina tradicional. Mientras las tropas no eran castigadas con excesiva crueldad, los civiles y prisioneros del enemigo fueron tratados también decentemente y los soldados que sobrepasaban el límite en su conducta hacia la población ocupada eran castigados severamente. De todos modos, como fue el caso de Polonia en particular, no se aplicaron categorías políticas y «raciales» consideradas por el régimen —y por lo tanto por la Wehrmacht— poco importantes respecto a las reglas de guerra aceptadas. El potencial de la brutalidad determinada ideológicamente que se reveló en el otoño de 1939 se convirtió en la regla con la invasión de la Unión Soviética. Aquí, la perversión de la disciplina pudo constatarse en tres niveles estrechamente relacionados: en las filas del ejército, la ruptura de la disciplina de combate se castigaba con una dureza y un desprecio por la vida sin precedentes; por el contrario, a los soldados se les ordenó que cometiesen actos de asesinato y destrucción «oficial» y «organizada» contra los civiles enemigos, los prisioneros de guerra y la propiedad; y como consecuencia de la legalización de la criminalidad, las tropas recurrieron pronto a requisas «salvajes» y fusilamientos indiscriminados explícitamente prohibidos por sus mandos. Sin embargo, en clara contradicción respecto a la dura disciplina de combate, las tropas eran castigadas muy pocas veces por crímenes no autorizados contra el enemigo, bien por la simpatía subyacente de los mandos por tales acciones, bien porque constituían una conveniente válvula de escape para paliar la rabia y la frustración causadas por la rígida disciplina exigida a los hombres y por el creciente y grave coste y desesperanza de la guerra. De este modo se creó un círculo vicioso por el que la perversión de la disciplina nutrió una creciente barbarie, que, a su vez, embruteció ulteriormente la disciplina. Que la política criminal del ejército en la URSS solo engrosó las filas de los partisanos, justificando incluso una mayor aniquilación y destrucción, apenas refleja la penetración de la perversidad legal nazi en la Wehrmacht, lógicamente acompañada por el tipo de comportamiento irracional y nihilista típico del régimen en conjunto.^[7] Desde el punto de vista del ejército, aparte de llevar a cabo la política de Hitler, las únicas leyes vinculantes en su «cruzada» antibolchevique eran las que garantizaban la preservación de su propia cohesión y eficacia.^[8] Todo aquello que podía servir

a esta finalidad debía llevarse a cabo obligatoriamente y con brutalidad, y todo lo que se encontrase en su camino debía ser suprimido con la misma brutalidad. Con todo, el temor al propio mando bastaba normalmente para mantener al más cobarde en su sitio, cuando el terror al enemigo se hacía incluso mayor, se producía la ruptura. La cada vez mayor incidencia de la desintegración local demostraba que la disciplina no era suficiente; pero el hecho de que tal incidencia pudiese ser aislada y no influir sustancialmente en la cohesión del ejército en conjunto mostraba que había incluso causas más profundas para hacer que las tropas continuasen combatiendo voluntariamente.

La finalidad de la disciplina militar es, obviamente, garantizar que los soldados sigan un cierto número de reglas y normas que permitan la cohesión del ejército y la eficacia en el combate; es también un reflejo de la imagen de sí mismo. En este sentido, tanto el contenido como los medios para hacer cumplir tales reglas y normas indican los conceptos ideológicos subyacentes del ejército. Al mismo tiempo, la agravación de la brutalidad por parte de las tropas era también un reflejo de la influencia social del nazismo y, de manera más específica, de las metas declaradas de la guerra, especialmente contra los «subhumanos» del Este. La transformación de la autopercepción de la Wehrmacht puede observarse claramente a través de los cambios judiciales y prácticos en el sistema disciplinario. Este proceso puede ilustrarse con algunos ejemplos. El 25 de octubre de 1939, menos de dos meses después de la invasión de Polonia, el comandante en jefe del ejército se quejaba en una circular para todas las unidades:

Los logros y éxitos de la campaña de Polonia no debe hacernos pasar por alto el hecho de que una parte de nuestros oficiales carecen de una conducta interior firme (*feste innere Haltung*).

Von Brauchitsch se mostraba particularmente preocupado sobre casos de exacciones y requisas ilegales, desfalcos y robos, malos tratos a los subordinados, ebriedad, insubordinación y violación. Insistía en que la conducta de los oficiales podía tener un efecto inmediato sobre los soldados y, en un suplemento especial, subrayaba las áreas que eran especialmente significativas para la «conducta interior» y apariencia de los oficiales. El comandante, sostenía, debe ser un ejemplo para sus hombres por su disposición para cumplir

con su deber y por su sentido de la responsabilidad, pero debe cuidar asimismo de sus subordinados en sus asuntos diarios; debe hacer cumplir una estricta pero justa disciplina; no debe emborracharse nunca, y debe procurar que su «conducta exterior», su uniforme, esté en perfecto orden, incluso en las más difíciles situaciones de combate. Además, también la mujer del oficial no solo debe ser una buena esposa para él y una madre devota para sus hijos, sino que debe apoyarlo también en su capacidad profesional sirviendo de ejemplo para los soldados.[\[9\]](#)

Las órdenes de este tipo, que insistían en cómo debía ser la conducta, apariencia y el cuidado de sus hombres para un oficial, poseía un aire y unos términos tradicionales distintivos. Los comandantes de las formaciones trataban de instruir a sus oficiales en el antiguo espíritu de la caballería y del paternalismo. En noviembre de 1939 el comandante de la 12.^a División de infantería advirtió a sus oficiales de que no entrasen de uniforme en los bares o cabarés públicos, de que no se los viese con «señoras» que no fuesen absolutamente «sin reproche» y que cuidasen más de los uniformes y de los saludos.[\[10\]](#) Finalmente, en diciembre, von Brauchitsch aclaraba a su cuerpo de oficiales el estrecho nexo entre «la conducta exterior e interior». Mezclando el tradicional ascetismo del cuerpo de oficiales con la nueva terminología antimaterialista de los nazis, el comandante en jefe del ejército escribía:

Es este legado histórico cuya conservación debería ser el más alto deber de cada uno de los que han tenido el honor de llevar el capote de oficial. La bravura ante el enemigo por sí sola no basta. Es igualmente importante evitar todas las tentaciones de la vida diaria. A pesar de todo idealismo, las cosas materiales tienen un gran peso en el pensamiento de cada uno; el oficial, por ello, debe servir de ejemplo de abstención precisamente en esta esfera.

En cualquier caso había razones para preocuparse por la visión moral de los oficiales, tal y como reveló claramente el suplemento a la orden de Brauchitsch. En él había una larga lista de oficiales juzgados y castigados severamente por delitos como robo, ebriedad, mala conducta y comportamiento sexual reprensible.[\[11\]](#) Y, como cabía esperar, la disciplina de la tropa durante la campaña de Polonia y la posterior ocupación de este país estuvo lejos de ser satisfactoria. Ya el 29 de septiembre de 1939 la 12.^a División de Infantería hizo

un llamamiento a sus tropas para que cuidasen mejor su aspecto y su conducta como soldados[12], y dos días más tarde, el Grupo de Ejércitos Sur anotaba que «la disciplina... en todas las “unidades de retaguardia”, y también en muchas unidades de reciente formación... ha alcanzado un punto tan bajo que debe ser tratado empleando todas las medidas posibles».[13] El rápido aumento de infracciones de la disciplina durante la ocupación de Polonia era evidente según los registros de los consejos de guerra de la 12.^a de Infantería. Entre tanto, en septiembre, esta formación procesó tan solo a 17 hombres mientras que en octubre su número casi se duplicó hasta los 32, alcanzando el punto culminante de 63 en noviembre. Para entonces la división había vuelto al Reich, pero las repercusiones de la ocupación se prolongaron tanto que en diciembre de 1939 y enero de 1940 se mantuvo una tasa media de 50 procesos.[14] El creciente nerviosismo entre los oficiales superiores respecto a los efectos perjudiciales que el deterioro de la disciplina podía tener sobre el rendimiento y cohesión en combate condujo a un aumento de la severidad en los castigos. El 8 de noviembre de 1939, por ejemplo, el IV Ejército anunciaba que castigaría duramente a aquellos hombres culpables de delitos tales como ausentarse sin permiso, desertión, saqueo, y desobediencia, y siguió insistiendo en que para los casos particularmente graves no se dudaría en hacer uso de la pena de muerte. [15]

La ocupación de un país extranjero es siempre una amenaza para la disciplina militar. Pero en el caso de la Wehrmacht la situación se complicaba por los determinantes ideológicos subyacentes en su propio sistema disciplinario, así como por las actividades criminales de las SS en las zonas directamente bajo el control del ejército que, de todos modos, carecía de la autoridad para detenerlas, sino que además, se esperaba de él que las apoyase práctica y moralmente. El propio Brauchitsch, a pesar de su respeto por los valores tradicionales del cuerpo de oficiales, tuvo dificultades para convencer a sus oficiales y soldados sobre la necesidad de actuar y sentirse los verdaderos representantes del nuevo Reich de Hitler. Ya el 19 de septiembre de 1939 el comandante en jefe del ejército advertía, en un así llamado «Folleto sobre la Conducta de los Soldados Alemanes en el territorio ocupado de Polonia», que las tropas debían esperar verse enfrentadas con la «enemistad íntima» por parte de los civiles que no son «miembros de la raza alemana». Además, siguió diciendo que «el

comportamiento con los judíos no necesita especial mención para los soldados del Reich Nacionalsocialista».[16] En Polonia el estatus de la población ocupada no tiene nada que ver con el derecho internacional y la práctica militar convencional, sino que queda determinada estrictamente según criterios biológicos y políticos. Con el fin de disipar toda sensación de que tales instrucciones pueden entrar en conflicto con los valores tradicionales del ejército, el 25 de octubre, en la misma orden que hacía un llamamiento a los oficiales para que cuidasen su «conducta interior y exterior», Brauchitsch prohibió explícitamente «toda crítica de las medidas del liderazgo del estado» que se llevaban a cabo en la época por las SS en las zonas ocupadas, y pidió un «estricto silencio» y «evitar toda murmuración y la difusión de rumores». De hecho, se esperaba que también las esposas de los oficiales fuesen un ejemplo de conformidad ideológica. Un incidente en el que quedaron involucradas las esposas de dos oficiales superiores, una de las cuales había hecho «observaciones despectivas sobre los líderes políticos y otros comentarios derrotistas de todo tipo», y a la otra la había denunciado a la Gestapo, ofreció al comandante en jefe del ejército la oportunidad de airear sus puntos de vista sobre el asunto. «He puntualizado ya en numerosas ocasiones», escribió en una orden circular a todas las unidades:

Que el cuerpo de oficiales y por tanto las esposas de los oficiales deben ser un ejemplo de fe (*Bekennen*) en el nacionalsocialismo y en un comportamiento constante según las indicaciones de esta concepción (*Anschauung*). Toda ofensa contra ella es un daño grave para el aspecto del cuerpo de oficiales.[17]

Así, la disciplina se fue convirtiendo cada vez más en un asunto político. Sin duda, mucho antes del estallido de la guerra las expresiones de crítica política eran ofensas punibles en el ejército; pero las tropas habían sido mantenidas apartadas de las implicaciones prácticas de la política nazi. En Polonia las cosas tomaron un rumbo radical, y aunque la Wehrmacht no se vio involucrada oficialmente en los asesinatos cometidos por las SS, estos se cometieron con frecuencia delante de las tropas, y en realidad bajo su protección. El código disciplinario y el sistema de valores tradicionales no permitían tales crímenes y se esperaba que el cuerpo de oficiales se considerase escandalizado moralmente

por ellos —si no físicamente— como para evitar su continua perpetración. Con todo, desde el punto de vista del régimen la realización práctica de su ideología no era sino la razón de ser de la guerra. Así, el ejército podía rebelarse contra el régimen o adaptarse a un nuevo cuerpo de normas y valores. Significativamente, la elección de la segunda alternativa significó también que la conducta de la tropa cambiara básicamente.^[18] Esto fue comprendido claramente por el general Blaskowitz, comandante de las fuerzas de ocupación en Polonia, tal y como queda ilustrado en su memorándum del 6 de febrero de 1940. Advirtiendo sobre el comienzo de la actividad partisana contra la Wehrmacht, Blaskowitz comentó al respecto:

Es incorrecto matar a unas decenas de miles de judíos y polacos como está ocurriendo en este momento, pues esto no destruirá la idea de un estado polaco para la masa de la población ni acabará con los judíos. Por el contrario, el modo en que se está realizando la matanza causa un gran dolor, complica los problemas y los hace mucho más peligrosos de lo que habrían sido si hubiesen llevado a cabo la acción con premeditación y deliberadamente.

Era una declaración ambigua, pues podía ser interpretada también como una recomendación para matar a mayor número de personas de manera más ordenada y disciplinada. Esta es la razón por la que tales pogroms como la *Kristallnacht*, o incluso la campaña de asesinatos de los *Einsatzgruppen*, fueron rechazados a favor de matanzas organizadas, sistemáticas y disciplinadas en las cámaras de gas. Sin embargo, preocupado más por las consecuencias militares de las matanzas, Blaskowitz sostuvo que estas solo ayudarían a la propaganda enemiga al tiempo que empujaba a los polacos a unir sus fuerzas a las de los judíos contra los alemanes. Además, insistió en que:

No hace falta mencionar el efecto sobre la Wehrmacht que se ve obligada a observar pasivamente tales crímenes, y cuya consideración, particularmente en la población polaca, se verá irremediabilmente perjudicada.

Con mayor perspicacia aun, Blaskowitz ya se había dado cuenta, en estas primeras etapas de la guerra, que incluso el papel relativamente pasivo jugado por la Wehrmacht en tales crímenes estaba destinado a tener los más graves

efectos a largo plazo, no solo sobre los soldados, sino sobre la sociedad alemana en su conjunto:

Sin embargo, el peor daño que puede causarse al conjunto de la nación alemana por las presentes condiciones es el embrutecimiento sin frenos y la depravación moral que se extenderá en un tiempo muy corto como una epidemia entre el mejor material humano de Alemania.

Esto, entendía Blaskowitz, sería la consecuencia de «legalizar» la criminalidad y, de ahí, convertir en virtualmente ilegal actuar contra lo que para cualquier estándar aceptado de decencia y moralidad humana era claramente criminal:

Cuando los altos oficiales de las SS y de la policía exigen las atrocidades y brutalidades y las alaban en público, luego, en el menor lapso de tiempo, solo la brutalidad dominará. Con sorprendente rapidez, hombres con las mismas inclinaciones y caracteres enfermos acabarán juntándose con el fin de dar rienda suelta a sus instintos bestiales y patológicos, como es el caso en Polonia. Hay pocos modos de contenerlos, pues ellos deben considerarse, con razón, autorizados oficialmente y con derecho a cometer cualquier atrocidad.

La única forma de protegernos de esta epidemia es conducir al culpable y a sus seguidores con la mayor rapidez ante el mando y la jurisdicción militar.[\[19\]](#)

De todos modos, en vez de conducir a los SS bajo jurisdicción militar, el derecho militar fue amoldado al concepto nazi de justicia «racial» y política. Como Blaskowitz había predicho, la ocupación de Polonia no era más que el comienzo de un proceso de embrutecimiento que en seguida se extendió a todos los niveles del ejército. Con todo, no se trataba de un fenómeno totalmente irreversible como demostró menos de un año después el radical cambio de curso de los acontecimientos en el Oeste. Aquí, a las SS no se les dio la misma libertad que en Polonia debido tanto a consideraciones políticas como al hecho de que las naciones de Europa occidental ocupaban un puesto mucho más elevado en la escala «racial» nazi que los eslavos del Este.[\[20\]](#) Sin duda, el embrutecimiento de las tropas en Polonia tuvo efectos sobre su comportamiento en el Oeste; pero no solo estaban estas menos infectadas de prejuicios sobre los habitantes de estos países más «civilizados», sino que esta vez sus oficiales intervinieron con

medidas disciplinarias violentas, e incluso, ocasionalmente, brutales.[\[21\]](#)

Así, antes de interesarnos por el Frente Oriental —el principal teatro de operaciones de la guerra— es interesante que examinemos brevemente la manera en la que los comandantes de las formaciones del frente en el Oeste reaccionaron ante los actos de pillaje y violencia de sus tropas contra la población civil. Se combatía desde hacía solo dos semanas cuando el comandante de la 12.^a División de infantería advirtió a sus tropas que debían evitar saqueos innecesarios, aunque, significativamente, autorizaba al mismo tiempo a los comandantes de las unidades tomasen de los habitantes lo que considerasen necesario:

«Vivir del país» debe estar bajo la supervisión del comandante de la unidad. La línea divisoria entre el saqueo y la satisfacción de las necesidades esenciales debe ser observada estrictamente. Las tropas no deben vivir mal, pero tampoco deben derrochar ni gozar demasiado de sus provisiones, en particular en lo referente al alcohol.[\[22\]](#)

Incluso en estas primeras etapas de la campaña se produjo claramente un gran número de saqueos y borracheras continuados lo que provocó que los mandos superiores se mostraran cada vez más decididos a endurecer el control sobre la conducta de las tropas. Sin embargo, hay que resaltar que fue la autorización oficial conferida a las unidades del frente de «vivir del país» lo que incrementó el potencial del saqueo de forma rotunda; solo la contundente intervención de oficiales de alta graduación, sustentada por las normas y regulaciones del ejército, evitó que esta campaña degenerase en saqueos y asesinatos. Las tropas de la Wehrmacht mostraron que eran capaces de un alto grado de brutalidad incluso cuando tenían órdenes estrictas de acatar las leyes de la guerra; pero, en el Oeste, los comandantes podían todavía escandalizarse y afligirse por tales crímenes, como resultaba obvio por una orden emanada por el comandante del IV Ejército, von Kluge, dos días después del fin de las hostilidades:

Las actas de los procesos muestran un tremendo aumento de las violaciones. Las circunstancias detalladas son con frecuencia totalmente nefandas. La disciplina y la presencia de la Wehrmacht en los territorios ocupados se enfrentarán a graves peligros ante tales crímenes.[\[23\]](#)

El efecto corruptor de la ocupación, el ejemplo dado por las SS en Polonia, y el contexto excesivamente ideológico en el que se estaba combatiendo la guerra, todo ello hizo extremadamente difícil controlar a las tropas. Y no fueron siempre los oficiales a los que había que responsabilizar. A comienzos de octubre de 1940 la 12ª de Infantería constataba que la policía alemana había encontrado bienes polacos y franceses saqueados en los alojamientos de los soldados; estos bienes, se dijo, habían sido «repartidos entre los oficiales, suboficiales y soldados en presencia de oficiales superiores».[24]

Con el fin de evitar la ramificación de estas conductas, el ejército recurrió a duros castigos. A finales de octubre de 1940 la 12.ª de Infantería condenó a muerte a cinco soldados hallados culpables de violación y de robo a mano armada, y condenó a otros 42 a más de un año de prisión.[25] Pero, a medida que la ocupación se extendía, la disciplina continuó deteriorándose. Mientras en los tres primeros trimestres de 1940 una media mensual de 18 hombres fueron sometidos a consejo de guerra, en el último del año la media aumento a más de 30, alcanzando los 45 procesos al mes en el primer trimestre de 1941.[26]

El tribunal militar divisionario criticó el que «el largo periodo de descanso en una tierra rica» había llevado por mal camino a «muchos soldados cuyo carácter no es suficientemente fuerte como para resistir a las tentaciones».[27] Con todo, a juzgar por la naturaleza de los delitos, parece que eran en gran medida producto de los efectos embrutecedores de la guerra, de la ocupación, y de una ideología que empujaba a maltratar gravemente al enemigo y aun así conservar una inherente superioridad moral. A parte de las más corrientes rupturas de la disciplina, tales como ausentarse sin permiso, robo, e insubordinación, la división constató un aumento de los casos de saqueo, ebriedad, reyertas con oficiales y civiles, y asaltos sexuales contra mujeres, niños, e incluso relaciones con animales.[28] Aun así, hay que destacar que por muy problemática que fuese esta situación, permaneció cuantitativa y legalmente dentro de los límites de lo que podía esperarse en las condiciones de una ocupación militar. Mientras el número de procesos se estabilizaba en torno a la relativamente baja media de 30 parece ser que, en general, los soldados que cometían delitos contra miembros de la población civil eran llevados ante la justicia y castigados severamente.[29] Había solo dos excepciones, aunque significativas: aquellos a los que se consideraba enemigos políticos del Reich, ya fuesen exciudadanos alemanes,

opositores políticos extranjeros, o combatientes de la resistencia, y aquellos calificados como enemigos biológicos del *Volk* alemán —especialmente los judíos— eran tratados, no solo por las SS sino también por la Wehrmacht, de un modo completamente diferente y no podían esperar ninguna protección legal. Aquí, la disciplina militar mostró su capacidad no solo a la hora de evitar los crímenes, sino también de legalizarlos. Ya el 21 de junio de 1940, a la 12.^a de Infantería se le impartió la siguiente orden:

Los prisioneros que sean alemanes pertenecientes al Reich [*Reichsdeutsche*] (incluyendo las zonas anexionadas al Reich) y los ciudadanos checos, ya que estos cuentan también como miembros del Reich alemán, mientras sean llamados emigrantes, deben ser fusilados una vez establecida su identidad. La ejecución tendrá lugar en los campamentos de prisioneros de guerra.[\[30\]](#)

Las personas pertenecientes a esta categoría eran, obviamente, refugiados políticos o judíos que habían podido escapar de la Alemania nazi y a los que se había denegado la ciudadanía en sus países de acogida. Pero mientras en el Oeste esto fue, al menos inicialmente, un fenómeno limitado que además tuvo un impacto menor en general sobre la población local, en el Este se convirtió en la base de la política de ocupación de la Wehrmacht.

El ejército alemán invadió la URSS dotado de un cuerpo de órdenes que definía claramente a «Barbarroja» como una guerra esencialmente diferente de cualquier campaña anterior, una «guerra de ideologías» en la que «no debía haber camaradas en armas». Esta la fundamental contradicción en términos encapsulada en lo que acabó siendo conocido como «órdenes criminales»[\[31\]](#) que es tan esencial para nuestra comprensión de la perversión del derecho y de la disciplina en la campaña de la URSS. Al legalizar los asesinatos, el robo, la tortura y la destrucción, estas instrucciones establecieron las bases morales del derecho militar y, de ahí, de la disciplina militar, bajo su responsabilidad. El ejército no pretendió simplemente no darse cuenta de las acciones criminales del régimen, sino que, positivamente, ordenó a sus propias tropas que las llevaran a cabo, y se sintió preocupado cuando las violaciones de la disciplina evitaban una ejecución más eficaz. Al mismo tiempo, al llamar a sus tropas al orden, el general les recordó la imagen y el honor de las armas alemanas que sus propias órdenes habían hecho tanto para mancillar. Además, la aplicación de estas

órdenes tuvieron un efecto profundamente perverso sobre el lenguaje militar, camuflando las brutalidades tras series de eufemismos y términos pseudolegales. Finalmente, el ejército volvió al código moral de guerra, según el cual se permitía cualquier cosa que garantizase la supervivencia individual (y por tanto considerada moral), y todo aquello que, aun remotamente, fuese sospechoso de amenazarla, debía ser destruida (y, por definición, era inmoral).^[32] Dicho de otra manera, el sistema legal de la Wehrmacht se adaptó a la llamada nazi *Weltanschauung*, con todos sus atributos de darwinismo social, nihilistas, expansionistas, antibolcheviques, y racistas. Y esto se aplicó a los enemigos reales o imaginarios, y a sus propios hombres.

La estrecha conexión entre la disciplina militar y el trato a los soldados y civiles enemigos en la Unión Soviética puede derivarse de la metamorfosis de algunos conceptos clave relevantes para ambas esferas. Hemos visto que en el Oeste las sentencias más severas se aplicaban a los soldados hallados culpables de violación, robos y saqueos. Los casos más publicitados, aquellos que causaron la mayor cólera en los mandos y que ocasionalmente culminaron con la ejecución de los culpables, tuvieron que ver con ataques a las personas y a la propiedad de los civiles enemigos. Muy pocos soldados fueron acusados de violaciones serias de la disciplina referentes a su conducta en sus unidades y en el campo de batalla, pues los combates duraron tan solo pocas semanas y la victoria se consiguió rápida y decisivamente. De todos modos, en la URSS, no volvió a oír nada sobre soldados procesados, y menos aun ejecutados, por actos de violencia y saqueo contra los ciudadanos soviéticos. En efecto, según el decreto «Barbarroja», esta acción legal era posible solo si se demostraba que cometiendo tales delitos un soldado había violado al mismo tiempo la disciplina militar. Pero pocas veces los oficiales hicieron uso de tales argumentos y preferían abstenerse de tomar cualquier medida punitiva. Mientras las frecuentes quejas por parte de los comandantes respecto a las acciones «salvajes» de sus hombres son testimonio de su generalización, la casi total ausencia de consejos de guerra contra tales infractores muestra también claramente que, prácticamente, tanto *de iure* como *de facto*, habían dejado de caracterizar como punibles las infracciones de la disciplina. Por el contrario, en comparación con las campañas anteriores, los soldados del Frente del Este se convirtieron en blanco de una política punitiva aun más dura respecto a las infracciones de la

disciplina relacionadas con la actividad real de combate, como demuestra el notable aumento de los largos periodos de prisión y de las ejecuciones. Esto se debe a una combinación entre las condiciones del frente y de la percepción ideológica de la guerra. Las duras exigencias de la lucha provocó una creciente incidencia de intentos de evadirse del campo de batalla, mientras que la visión del frente como punta de lanza de la cruzada cuasi religiosa, antibolchevique y «racial» hizo que tales infractores acabaron siendo considerados enemigos personales del Führer y traidores al *Volk*, merecedores, por ello, de ser castigados con la muerte.^[33] Ya que luchaban contra *Untermenschen* (subhumanos), a las tropas se les permitió tratarlos con gran brutalidad dado que estos mismos *Untermenschen* amenazaban a Alemania, de hecho a toda la cultura y civilización occidental con una diabólica invasión, negándose a enfrentarse a ellos situándolos a su mismo nivel. Estas dos esferas de conducta de las tropas en el Este estaban conectadas también física y psicológicamente. Bajo la amenaza permanente de castigos draconianos por parte de sus superiores en caso de que se echase atrás respecto a las letales realidades del frente, la compensación del soldado individual era su capacidad para desarrollar el mismo poder destructivo contra los civiles y prisioneros de guerra enemigos. Para sus oficiales, el soldado era prescindible en el momento en que cesaba de cumplir su función; para la población, era la personificación de la *Herrenrasse* (raza de señores), que estaba por encima de la ley, que decidía sobre la vida y la muerte de acuerdo con los dictados de su capricho.^[34]

La angustia expresada por bastantes generales en vísperas de «Barbarroja» respecto al efecto deprimente que estas instrucciones homicidas tales como la «orden de los comisarios», podía tener sobre la disciplina de las tropas (no tuvo efecto sustancial sobre la formulación o la aplicación de las órdenes) se basaba en la experiencia de que una vez que el comandante aflojaba las riendas de la disciplina se hacía extremadamente difícil retomar el control sobre hombres progresivamente embrutecidos por el combate.^[35] Con todo, las atrocidades poseían también, con frecuencia, un efecto unificador sobre los perpetradores. Consideremos la antigua costumbre de saquear las ciudades como culminación de una prolongada operación de asedio. De este modo los mandos compensaban a sus tropas material y psicológicamente por su sometimiento a la disciplina que había hecho posible la victoria, mostrándoles el beneficio que podía extraerse de

la obediencia, y les permitía desahogar su rabia y frustración reprimidas contra el enemigo en vez de contra sus superiores. La opción de permitir por un lapso de tiempo determinado este caos localizado y controlado, y de dirigirlo contra miembros indefensos del enemigo en vez de provocar la desintegración del ejército, en realidad aumentó su cohesión. Algo de este mecanismo operó en la URSS aunque a una escala mucho mayor.^[36] Sin lugar a dudas, una vez que se recibía la orden de participar en las requisas «organizadas», era extremadamente difícil impedir que las tropas se abandonaran a saqueos «salvajes» por iniciativa propia; del mismo modo, habiendo sido instruidos para matar a ciertas categorías de prisioneros de guerra y civiles, no solo las tropas continuaron con las muertes incluso después de que las órdenes fuesen modificadas, sino que se dieron a fusilamientos indiscriminados sin tener en cuenta las categorías concretas destinadas por sus superiores a ser asesinadas. De todos modos, en contra de las expectativas de algunos generales, fue precisamente porque, a pesar de lo que llamaban la «*Verwilderung*» (volverse salvaje) de las tropas, fue posible imponerles esta brutal disciplina de combate sin provocar ningún espíritu visible de rebelión, y menos aun verdaderos amotinamientos. A cierto nivel era más fácil soportar la brutalidad de los oficiales si se permitía actuar brutalmente contra otros; a otro nivel, la brutal coacción acabará siendo vista como la norma; y, en el nivel más profundo, este círculo vicioso de brutalidad simplemente parecía confirmar la visión nazi de la guerra —una guerra cuyo carácter había sido legitimado con argumentos ideológicos para empezar— y esto sirvió para infundir en las tropas una creencia aun más firme en la absoluta necesidad de luchar y vencer en la *Weltanschauungskrieg* (guerra de la visión del mundo) de Hitler. Por consiguiente, el Ostheer se mantuvo unido por una combinación de una dura disciplina de combate y un consentimiento general para la barbarie con el enemigo. Aunque probablemente no haya sido preparado conscientemente, este mecanismo produjo extraordinarios rendimientos en combate y destrucciones sin precedentes. Lo que es más importante, estos dos aspectos más conspicuos de la guerra de la Wehrmacht en la URSS estaban estrechamente relacionados y gestionados por un entramado ideológico que dictó la política del ejército y moldeó la percepción de la realidad de las tropas.

La invasión alemana de la URSS, cuya intención era crear un nuevo y vasto *Lebensraum* (espacio vital) para la «raza» aria, se lanzó no solo como una guerra

de exterminio, sino también como una campaña sin precedentes de esclavización y saqueo. Por consiguiente, las autoridades civiles y militares planearon despiadadamente la explotación de los recursos económicos de los territorios ocupados con miras a satisfacer la mayor parte de las necesidades del ejército invasor y a preservar a la población alemana del Reich de cualquier carestía derivada de la guerra. La realización de esta política llevaría a la muerte por inanición a millones de soviéticos y esto era sabido y considerado plenamente por muchos como todo lo más, un indeseado efecto colateral. Plenamente integrada en estos planes, las formaciones de combate del Ostheer recibieron órdenes de «vivir a costa de la tierra» con escasos miramientos hacia el bienestar de los habitantes. Tales instrucciones, emanadas al comienzo de una campaña feroz, estaban destinadas a tener consecuencias desastrosas para la población ocupada soviética. Además, como algunos mandos constataron rápidamente, la política de la Wehrmacht dejó a la población civil soviética con poco donde elegir excepto resistir con cada vez mayor tenacidad al invasor que les prometía solo sufrimientos y muerte. Esto tuvo el efecto de una profecía que se cumplía ya que la guerra en el Este en seguida se convirtió, precisamente, en una forma de lucha salvaje por la supervivencia como Hitler había dicho que sería. La dureza de los combates exigió una brutal coerción en cuanto a la disciplina y la intensificación de la actividad partisana llevó a un aumento de represalias cada vez más bárbaras e indiscriminadas. Este acelerado proceso de radicalización, visible en todos los niveles del Ostheer, reflejó la verdadera esencia no solo de la guerra en el Este sino también del ejército en conjunto, pues en la Unión Soviética la Wehrmacht acabó siendo el ejército de Hitler en el pleno sentido de la palabra.[\[37\]](#)

Los planes del ministro de Alimentos del Reich y la Oficina de la Wehrmacht de Economía Militar y Armamento (*Wehrwirtschafts-und Rüstungsamt*) para convertir a la Unión Soviética en el *hinterland* agrícola y, en menor medida industrial de Alemania, también tenían una finalidad propagandística altamente útil. Ahora, el régimen podía presentar la campaña del Este no solo en términos negativos como un combate defensivo contra la amenaza de un enemigo racial e ideológicamente demoníaco, sino también como medio para resolver todos los problemas internos de Alemania. Era una guerra:

Por el trigo y el pan... una guerra para crear las precondiciones para resolver la cuestión social... Por una vez queremos también... que nos paguen... En los interminables campos del Este se dan oleadas de trigo, suficiente y más que suficiente para alimentar a nuestro pueblo y a toda Europa... Esta es nuestra meta de guerra.

Y estas ideas no apelaban solamente a la élite económica del Reich.[\[38\]](#) Martin Linder, joven estudiante de química de veinticinco años de edad, de Viena, escribía desde el Frente del Este el 22 de julio de 1942 que esperaba que la Wehrmacht se apoderase de toda la Rusia occidental, todo el territorio hasta Astrakán incluyendo al Cáucaso, y tras esto, se destruiría a los «anglosajones» con ayuda de Japón para obtener el control pleno del Mediterráneo:

Europa tendrá entonces más paz, materias primas y tiempo para prepararse para la limpieza del Este. El Este debe garantizar para nosotros la libertad de alimentos a parte del aceite, hierro y carbón que vendrá de allí en grandes cantidades.[\[39\]](#)

De todos modos, cuando comenzó la invasión quedó en evidencia que tales esperanzas se habían basado en una gran ignorancia respecto a la capacidad económica de la Unión Soviética, mientras que la falta de coordinación entre los distintos agentes de la ocupación, junto a la característica tendencia de los soldados y administradores civiles de optar por una explotación y una destrucción sin restricciones antes que por una reconstrucción, limitó gravemente los beneficios económicos que de otro modo podían haber sido recogido por el invasor. La némesis de «Barbarroja» fue que precisamente la brutalidad de la campaña de explotación obstaculizó el único tipo de política económica que habría posibilitado la victoria.[\[40\]](#) A esto debería añadirse la evacuación de largo alcance del Ejército Rojo, en particular de la maquinaria y plantas industriales y la devastación deliberada o accidental causada por los propios combates. Mientras, las necesidades del Ostheer resultaron ser mucho más grandes de lo esperado, en especial cuando la campaña se alargó hasta el invierno y, con frecuencia, las extraordinarias dificultades logísticas hicieron imposible el transporte de mercancías desde las regiones ricas de la Rusia ocupada a las zonas más empobrecidas. En un principio, las unidades sobre el terreno se mostraron bastante indiferentes ante la perspectiva de que «en Rusia,

sin duda, a unos cuantos millones se los iba a dejar morir de hambre» si se quería continuar adelante con «la brutal explotación de la tierra». Pero para el otoño muchos soldados comenzaron a constatar que esta política económica estaba volviendo a la población contra ellos. Del mismo modo, algunos funcionarios comenzaron a preguntarse si los alemanes no estaban, en realidad, trabajando en contra de sus propias metas. Como escribía uno de ellos:

Si matamos a los judíos, dejamos que los prisioneros de guerra mueran, somos la causa de que una porción significativa de la población urbana muera de inanición, y si en los años venideros también pierden una parte de la población agrícola a causa del hambre, una pregunta queda sin respuesta: ¿quién, pues, se supone que va a producir los bienes económicos?

De hecho, por estas fechas, centenares de miles de prisioneros de guerra y civiles estaban muriendo de hambre mientras que otros huían del campo en busca de comida o se unían a los partisanos. Solo a comienzos de 1942 se decidió definitivamente poner fin a la explotación brutal y sin sentido de la tierra y reconstruir sistemáticamente su economía cuyo colapso significaría no solo que no quedaría nada que explotar, sino también volver a los habitantes contra los alemanes. Con todo, las bases ideológicas de la ocupación impidieron, incluso entonces, cambios prácticos a largo plazo en la política económica. Esto quedó de manifiesto claramente, por ejemplo, por la reacción de Göring a los informes sobre la escasez en el Reich que inmediatamente lo llevó a exigir a los *Reichskommissare* y a los mandos militares en el Este que procediesen a la máxima explotación del territorio:

Yo... no me preocupo si dices que tu población (los soviéticos) se están muriendo de hambre. Y que sigan así con tal de que ni un solo alemán muera de hambre.

Simultáneamente, en un intento de liberar a un mayor número de sus trabajadores con destino a las fuerzas armadas, el Reich comenzó a importar centenares de miles de trabajadores forzados de la URSS bloqueando, una vez más, la posibilidad de toda reconstrucción sustancial de las zonas ocupadas y convenciendo a cada vez mayor número de habitantes de que no tenían más

elección que unirse a los partisanos, que era una causa importante para el aumento de la resistencia a los alemanes también en Europa occidental.[41] El resultado de todo esto fue que en 1943 los alemanes producían solo el 10 por ciento de la producción industrial prebélica de la Rusia occidental ocupada y la mitad de su producción agrícola; en la época en que incluso se alcanzaron estos niveles, el Ostheer ya estaba retirándose, dejando yermo todo lo que había intentado reconstruir con una serie de brutales operaciones de «tierra quemada».

[42]

La parte más importante de esta explotación y devastación económica fue llevada a cabo mediante órdenes y de manera disciplinada. Con todo, la crueldad y la brutalidad que tales acciones implicaban llevó a muchos soldados a asumir que no había razón alguna para esperar órdenes de sus mandos antes de actuar en el mismo sentido por propia iniciativa. Por razones de control y disciplina, los oficiales trataron de establecer una clara distinción entre lo que llamaban requisiciones «organizadas» y «desordenadas», pero con una particular falta de éxito. Y, en la medida en que los soviéticos se vieron involucrados, la única diferencia fue, en todo caso, que el saqueo organizado fue generalmente más eficaz, extendido y ruinoso. Esto fue evidente, desde los primeros días de campaña. Cuando estaba a punto de comenzar «Barbarroja», la 18.^a División Panzer ordenó a sus unidades que se basasen para aprovisionarse en una «total explotación del territorio». Se establecieron especiales «unidades de registro del botín» y la división esperaba necesitar solo provisiones de harina de la retaguardia.[43] Con todo, para fines de julio se constataba que los combates y la evacuación soviética había llevado el trabajo de los campos a una situación de casi total estancamiento, y que si no se reanudaba inmediatamente, el ejército se enfrentaría pronto a unas terribles dificultades logísticas mientras que la población se habría visto abocada a una hambruna generalizada. Por consiguiente, la 18.^a Panzer nombró a un «Oficial de Agricultura» para supervisar la reconstrucción de las granjas colectivas ocupadas por sus unidades y su primer informe de principios de agosto, como era de esperar, constató que la situación era realmente grave.[44] Aun así, a pesar de ser ya plenamente consciente de los efectos desastrosos a largo plazo de su política, la división persistió en vivir a costa del territorio sin preocupación alguna por el futuro. Las requisas oficiales solo en agosto y septiembre de 1941 alcanzaron las 25

toneladas de carne, llegando a las 40 en noviembre, y que, pese a los numerosos informes que indicaban que debido a la pobreza de la tierra toda explotación ulterior estaba fuera de lugar.[\[45\]](#) De la misma manera, la 12.^a División de infantería requisó oficialmente 112 toneladas de avena, 760 de heno, 32 cabezas de ganado vacuno, 65 ovejas, 94 cerdos, dos toneladas de patatas, 350 kilos de mantequilla, 2.350 huevos y 2.200 litros de leche solo entre el 24 de julio y el 31 de agosto de 1941. Esta explotación «organizada» se aceleró en gran medida gracias al sistema centralizado del koljóz soviético. Aunque el Ostheer había hecho de la abolición de estas odiadas granjas colectivas un importante elemento de su propaganda entre la población campesina de la Unión Soviética, no se dio de hecho ninguna prisa en cumplir la promesa ante el potencial de requisas y control de la producción a gran escala que representaba el koljóz. Por el contrario, el ejército simplemente sustituyó a los gestores sospechosos de lealtades «bolcheviques» por ser, con frecuencia, incompetentes colaboradores. No es de extrañar que para mediados de agosto la 12.^a de infantería informaba que los campesinos estaban completamente perdidos (*völlig ratlos*) respecto a qué era lo que se esperaba de ellos por parte de los ocupantes alemanes. Para empeorar las cosas, ahora el ejército decidió que solo los hombres y mujeres trabajadores tenían derecho a una parte de las cosechas, dejando a los niños, a las mujeres embarazadas, a los enfermos y a los viejos que tuviesen que depender de la buena voluntad y de los recursos cada vez más escasos de los sanos.[\[46\]](#) Para comienzos de noviembre la 12.^a de Infantería señaló que los suministros de alimentos existentes en las zonas bajo su control «apenas serían suficientes para mantener con vida a la población»,[\[47\]](#) y el 7 de diciembre el intendente divisionario de la 18.^a Panzer constataba que las órdenes de requisas habían asumido un «significado teórico creciente», pues los habitantes han sido privados de todo.[\[48\]](#) Esta división acorazada había confiscado también gran número de trineos, caballos y calzado de nieve, todo ello vital para la supervivencia en estas comunidades aldeanas.[\[49\]](#) Pero la pobreza de la población apenas condujo a estas formaciones, oficialmente, a sancionar las requisas «desordenadas» con instrucciones a sus soldados para que recurriesen a «ayudarse por sí mismos».[\[50\]](#)

En efecto, las tropas habían convertido en un hábito saquear a la población mucho antes de que hubieran recibido permiso oficial para hacerlo. Ya el 11 de

julio de 1941, en un momento en que no había ninguna necesidad existencial concebible para tales acciones, el XLVII Cuerpo Panzer constataba que:

Las brutales requisas de ganado y pollos... a los empobrecidos habitantes causa una extraordinaria amargura entre los aldeanos... las requisas son asunto para los oficiales de aprovisionamiento.[\[51\]](#)

Una semana más tarde la 18.^a Panzer constató la alta incidencia de las matanzas «sin sentido» de ganado y para fines de mes observaba que sus tropas arrebatában frecuentemente a los habitantes lo último que les quedaba en reservas de alimentos y ganado.[\[52\]](#) Con todo, pese a que el comandante de la división advirtió justamente que estos saqueos inconsiderados llevarían a la población «de nuevo hacia el campo bolchevique»[\[53\]](#) no parece que nadie haya sido juzgado por este pillaje no autorizado. En septiembre, el comandante divisionario explicaba de nuevo que mientras:

Que las tropas podrían vivir extensivamente del territorio... [esto no significa] que las unidades individuales y los miembros individuales de la Wehrmacht deban intentar apropiarse de provisiones por su propia iniciativa [*auf eigene Faust*].[\[54\]](#)

En octubre, el II Cuerpo también hacía un llamamiento a las tropas para que no confundieran las requisas «necesarias y justas» con «el robo y el saqueo sin más».[\[55\]](#) Las consecuencias de la política de explotación del ejército y su incapacidad para controlar, así como la reticencia a castigar a sus soldados por actos de pillaje fueron tales que en noviembre se informó a todas las formaciones del frente que:

El número de cabezas de ganado en las partes ocupadas de Rusia se ha visto reducido de forma tan terrible que si esta inacabable captura de ganado en el territorio por parte de las tropas continúa... dará lugar a una hambruna entre los habitantes y causará graves problemas al ejército alemán debido al aproximarse del invierno.[\[56\]](#)

Pero las tropas eran plenamente conscientes de que la política oficial era tan brutal como sus acciones más terribles y, lo que era aun más importante, que

había pocas posibilidades de ser castigadas. La distinción oficial entre requisas organizadas y «desordenadas» mostró ser una farsa constante cuando los comandantes ordenaban a sus tropas que saqueasen a los habitantes a voluntad. De ahora en adelante la disciplina significaba que todo estaba permitido siempre que permitiese la supervivencia del ejército sin amenazar su cohesión. La 12.^a de infantería decretó que a «la población civil debe permitírsele conservar lo que los comandantes consideren absolutamente necesario para sus necesidades», dejando la interpretación de lo que los soviéticos necesitan para sobrevivir en invierno a los oficiales subalternos, claramente más interesados en la suerte de sus propios hombres.[\[57\]](#) Pronto esta reserva desapareció también y las unidades recibieron instrucciones respecto a que tomaran todo lo que necesitaran de los habitantes. Por ejemplo, en enero de 1942 se dictó una orden según la cual «las botas de fieltro debían confiscarse sin miramientos a la población civil».[\[58\]](#) Un regimiento informó sobre la confiscación de 48 caballos en las aldeas bajo su control, dejando a los habitantes con apenas dos animales, de los cuales solo uno era capaz de tirar de un carro.[\[59\]](#) En la 18.^a Panzer los soldados ya practicaban abiertamente atracos a mano armada haciendo uso inmediato de las armas de fuego si hallaban alguna resistencia al saqueo, otra costumbre que, una vez adquirida, iba a perdurar tal y como se comprobó el invierno siguiente.[\[60\]](#) Todavía en el verano de 1943, el comandante del II Cuerpo se quejaba de que:

Pese a las numerosas órdenes que prohíben las requisas y exacciones violentas, se ha informado al cuerpo de tales incidentes una y otra vez... [Por consiguiente, los rusos] verán al soldado alemán, lo que es comprensible, como un ladrón y un atracador.[\[61\]](#)

Es bastante sorprendente que incluso en esta tardía etapa de la guerra el comandante del cuerpo no pudiese captar que el comportamiento «brutal» de sus tropas era simplemente el producto de la explotación organizada del territorio; lo que había convertido al soldado alemán en «un ladrón y un atracador» era el hecho de que sus comandantes en el nivel más alto del escalafón de la jerarquía militar lo había enviado a la URSS a una campaña de depredación, destrucción y asesinatos.

Las consecuencias de esta política sobre los habitantes locales era previsiblemente desastrosa. Como informaba la propia 12.^a de infantería respecto

al invierno 1941-1942:

El territorio es explotado al máximo... De ahí que se haya producido una situación de carencia generalizada de suministros de alimentos para la población que en algunos casos provocó que los civiles rusos hambrientos se dirigiesen a las unidades alemanas pidiendo auxilio o implorando que los matasen.[62]

Son documentos de este tipo los que hay que retener cuando leemos las memorias exculpatorias de los generales de la Wehrmacht, según las cuales la «benevolente administración militar» fue desbaratada por los «llamados “comisarios del Reich” [quienes] en seguida acabaron con toda la simpatía hacia los alemanes y así prepararon el terreno para todos los horrores de la guerra partisana».[63] No solo fueron las unidades del frente cualquier cosa menos «benevolentes», sino que además persistieron en las políticas de explotación sin tener en cuenta los informes de sus propios oficiales sobre las horribles consecuencias de tales acciones. Incluso en los tres primeros meses del año, la 18.^a Panzer requisó no menos de 610 cabezas de ganado de las aldeas, descritas por sus propias unidades como víctimas de una aguda carencia de alimentos.[64] Y aunque la división hizo algunos intentos de reorganizar el sistema agrícolas en la primavera de 1942, acabó contradiciendo sus propias acciones reclutando a todos los civiles de más de dieciséis años para trabajos de carácter militar, llevando a cabo requisas de alimentos extensivas y, al acercarse el segundo invierno, expropiando tales cantidades de caballos, trineos y ropa de invierno que, según las unidades alemanas en la zona, se dejó a la población sin cualquier tipo de equipamiento de invierno.[65] La División Grossdeutschland llevó a cabo la misma política en Ucrania durante la ofensiva del verano de 1942 del Ostheer, basándose para su abastecimiento de alimentos de la población local y, aunque no había escasez, permitió a sus tropas que saquearan a los habitantes.[66] En el otoño, la división organizó requisas a gran escala de caballos, carros, trineos, productos agrícolas y, con frecuencia, echando a los habitantes de sus casas.[67] Con la llegada del invierno se urgió a las tropas para que recurriesen a la «autoayuda», mientras que a los comandantes de unidad se les ordenó «reclutar a la población civil de implacable energía para todas las tareas» del frente.[68] En el curso de este reclutamiento la división tuvo también la

oportunidad de señalar a los judíos y a otros «sospechosos» encontrados en las aldeas al SD para un ulterior «tratamiento».[69] En la primavera de 1943 la división recalcó que «no hay que ahorrar ningún esfuerzo para explotar plenamente los recursos económicos» de los habitantes, sin preocuparse del empobrecimiento que hubiesen padecido en el curso de la ocupación.[70] La creciente falta de efectivos de la 12.^a de Infantería la indujo, asimismo, a explotar a los soviéticos bajo su control como trabajadores forzosos. En enero de 1942 la división ordenó a sus unidades reclutar «violentamente y sin piedad» a civiles para la construcción de fortificaciones y «llevar a la población incluso hasta la misma primera línea, sin tener en cuenta la edad o el sexo».[71] El mes siguiente se ordenó que «para el trabajo en las carreteras, la población civil debe ser reclutada de manera mucho más extensiva que hasta ahora».[72] En junio de 1942 la 12.^a de Infantería empleaba a 6.265 civiles pero sostenía que solo podía alimentar a 3.792; con todo, otros 2.208, incluyendo a 476 mujeres y 219 niños, fueron definidos como «carentes de valor para el cuerpo y la economía». Estos habitantes llamados «inútiles» simplemente fueron sacados de sus casas con destino desconocido.[73] Estas «evacuaciones» organizadas se llevaron a cabo por órdenes de la división a lo largo de 1942. Aquellos a los que se permitió fueron empleados en su mayoría por las diferentes unidades: los hombres como «Hiwis», las mujeres y niños como trabajadores forzosos dedicados a la construcción de carreteras, limpiar la nieve y levantar fortificaciones. En octubre de 1942, por ejemplo, la 12.^a de Infantería empleó a 935 civiles en tales tareas de los que 806 eran mujeres y niños.[74] En 1943, la 18.^a Panzer ordenó, asimismo, a sus unidades «reclutar violentamente... a toda la población», mujeres y niños incluidos, «por todos los medios disponibles» para trabajar en sus líneas de defensa.[75] La 12.^a de Infantería empleó a otras «muchachas sin hijos y mujeres» en varias tareas domésticas en los campamentos, y hay pruebas que sugieren que fueron utilizadas también con fines sexuales, una vez más con la aprobación de los mandos locales.[76] Los civiles empleados por el ejército eran titulares oficialmente de apenas la mitad de las raciones semanales proporcionadas a los soldados, pero frecuentemente recibían aun menos que eso; y no tenían ningún tipo de atención médica.[77] El único remedio ofrecido para los frecuentes brotes de epidemias en el verano de 1942 era la «evacuación violenta» o el «completo aislamiento» de los enfermos.[78] Mientras, un número

cada vez mayor de civiles eran reclutados para trabajar en el Reich. La 12ª de Infantería envió a Alemania a 2.556 hombres, mujeres y niños solo entre julio y noviembre de 1942, y muchos más en 1943,[79] y la 18ª Panzer informaba igualmente un gran número en la primavera y otoño de 1942. El hecho de que a los padres no se les permitía tener a sus hijos menores de quince años junto a ellos dio lugar también a una numerosa población de niños cuyas expectativas de vida eran muy exiguas.[80] Aún así, durante todo este tiempo la explotación de las granjas colectivas continuó de manera constante.[81] No es de extrañar que para el otoño e invierno de 1942 la 12ª de Infantería informaba de que las reservas de alimentos de la población eran una vez más «infinitamente escasas».[82]

Las retiradas que sobre todo en el caso del Grupo de Ejércitos Centro se realizaron a una escala significativa en el invierno 1941-1942, fueron nuevas ocasiones para la mortal combinación de la destrucción oficial y las brutalidades individuales. Tambaleándose bajo el peso de la primera contraofensiva soviética, la 18ª Panzer incendió todas las aldeas que se vio forzada a evacuar, destruyó o consumió todo su ganado, detuvo y envió a la retaguardia a su población masculina adulta y abandonó a mujeres y niños en la nieve.[83] Esto era una práctica común también en otros sectores del frente. Así, por ejemplo, Werner Pott escribía desde la zona de Kalínin el 19 de diciembre de 1941 de «la población civil, cuyas casas hemos incendiado durante nuestra retirada y que será abandonada hasta que muera de inanición».[84] Una vez alcanzada la nueva línea defensiva, la división creó rápidamente una llamada «zona desértica» de diez millas de profundidad, expulsando a la población y devastando sus pueblos. Así, el 1 de enero de 1942 se ordenó evacuar no menos de 48 aldeas que fueron destruidas.[85] Apenas un mes después la división se retiraba a una nueva línea defensiva, y, una vez más, creaba una franja de territorio devastado delante de sus posiciones, quemando casas, envenenando los pozos con ganado muerto, llevándose a los hombres a la retaguardia y ordenando a las mujeres y a los niños «que vagasen por la zona noroeste de la zona desertizada, con temperaturas que alcanzaban los 40° C bajo cero».[86] Tácticas semejantes se emplearon durante la retirada de la división en el invierno y el verano de 1943, junto al «Kommando» especialmente creado con el fin de destruir todos los bienes económicos en la zona abandonada por la formación, y la detención de todos los

hombres y mujeres adultos, las tropas saquearon todo sobre lo que pudieron poner sus manos.[87] Se dio el mismo caso durante la retirada del enclave de Demjánsk en el invierno de 1943. La formación planificó cuidadosamente y ejecutó metódicamente la total devastación de la región, destruyendo las aldeas, colocando bombas trampa, matando al ganado, e incendiando las instalaciones y la maquinaria agrícolas; con el fin de privar al Ejército Rojo de nuevos reclutas potenciales, los hombres fueron detenidos y enviados a la retaguardia.[88] Esta operación de «tierra quemada» fue llevada a cabo con tal disciplina y eficacia que el II Cuerpo elogió públicamente a sus formaciones por sus excelentes logros.[89] El papel de la GD en tales acciones a lo largo de 1943 fue especialmente notable, ofreciendo a sus tropas una amplia variedad de oportunidades para desplegar su brutalidad individual.[90] Durante la retirada al Dniéper en el otoño de 1943, la división estableció un llamado *Räumungskommando*, que en el espacio de tres semanas expulsó de sus aldeas a no menos de 13.627 civiles, requisando 9.268 cabezas de ganado y 1.392 toneladas de productos cultivados, y destruyendo 1.260 máquinas agrícolas y 165 molinos. De todos modos, como anotaba el informe final de esta unidad, estas cifras no incluyen el pillaje «violento» y generalizado impulsado por las medidas oficiales.[91]

De consecuencias discutiblemente aun más mortíferas fue la manera en que la orden de la Wehrmacht referente a los soldados soviéticos y a los elementos política o «racialmente» peligrosos, no solo sancionaba oficialmente una campaña de asesinatos organizados, sino que también abría el camino para oleadas masivas de fusilamientos de soldados que se negaban a diferenciarse entre las distintas categorías de enemigos dictadas desde arriba. Esta era una conspicua demostración de que pervirtiendo la base moral de la disciplina el ejército había minado su propia capacidad de obligar al cumplimiento de tales órdenes que, necesariamente, debían aplicar argumentos morales. Al proporcionar a sus tropas una licencia para matar a soldados inermes e indefensos civiles, el ejército ya no podría castigarlos por persistir en tales acciones cuando daba instrucciones para detenerlas, ni insistir en hacer sutiles distinciones entre las víctimas. Contrariando las pretensiones posbélicas, mientras las órdenes de matar se llevaban a cabo con considerable eficacia, las órdenes para limitar los asesinatos a determinadas categorías de personas y luego

limitarlas ulteriormente debido a las circunstancias cambiantes, fueron ignoradas en gran medida por la tropa. Significativamente, dado que en ambos casos la negativa a cumplir las órdenes rara vez se castigaba, la indisciplina en la primera era tan rara como frecuente en la segunda.

En el curso de la campaña de Rusia más de 5.700.000 soldados del Ejército Rojo fueron capturados por los alemanes, de los cuales no menos de 3.300.000, es decir, el 57 por ciento, murió. Ya a comienzos de 1942 habían muerto dos millones de prisioneros de guerra soviéticos. Esta tasa de mortalidad sin precedentes estuvo relacionada con la ejecución de los comisarios por las tropas alemanas inmediatamente después de la captura, y a la utilización de los *Einsatzgruppen* para el «tratamiento especial» de los llamados prisioneros «políticamente intolerables» (*politisch untragbaren*) —miembros de la *intelligentsia* (*Intelligenzler*) —, «comunistas fanáticos» y judíos. Esta también se debió a las órdenes explícitas a las formaciones en el terreno para que proporcionasen a los prisioneros «solo las provisiones más esenciales» y «se alimentasen con los medios más primitivos», así como a una falta de preparación y previsión respecto al enorme número de prisioneros de guerra que la Wehrmacht esperaba capturar empleando su táctica de envolvimiento contra el Ejército Rojo. Así, mientras que 600.000 prisioneros pudieron haber sido fusilados en el acto, muchos de los que sobrevivieron a la selección inicial estaban destinados a perecer poco tiempo después de hambre, exposición al frío, epidemias y agotamiento. Los comandantes en el frente advertían repetidamente a sus hombres sobre el «comportamiento traicionero, en especial de los prisioneros de guerra de origen asiático», ordenándoles que actuaran «violenta y enérgicamente a la más mínima señal de insubordinación para eliminar toda resistencia activa o pasiva» haciendo «uso inmediato» de las armas; se les recordaba que «tuviesen en cuenta la animosidad e inhumana brutalidad de los rusos». No es sorprendente que tales instrucciones condujesen a un aumento de fusilamientos indiscriminados. Así, un número desconocido pero probablemente muy alto de soldados soviéticos fueron asesinados por las tropas tras su rendición pero antes de darles la oportunidad de contar su número. A estas matanzas de prisioneros de guerra se añadió la «destrucción» de los llamados enemigos políticos y biológicos, la mayoría de ellos descritos simplemente como «bandidos» o «partisanos», sin hacer grandes esfuerzos para distinguir entre las

guerrillas verdaderas, los «sospechosos» políticos y los judíos. La amplitud de la aplicación del eufemismo a lo que en realidad eran operaciones de asesinato a gran escala quedó de manifiesto, por ejemplo, con los informes del comandante de la Wehrmacht en Bielorrusia, que afirmaba haber fusilado a 10.431 prisioneros de 10.940 capturados en «batallas contra los partisanos» solo en octubre de 1941, todo ello al precio de dos alemanes muertos. Con todo, esta era solo una de las llamadas «campañas antipartisanas que acabaron siendo matanzas gratuitas de civiles inermes».[92]

Teniendo en cuenta el argumento oído con frecuencia de que las formaciones de combate no habían participado en la ejecución de las «órdenes criminales», la amplitud de las acciones oficiales y no autorizadas llevadas a cabo por las tropas en el frente es particularmente llamativa. En vísperas de la operación «Barbarroja», la 12.^a División de infantería ordenó a sus unidades que separaran a los oficiales, comisarios y suboficiales de todos los demás prisioneros y entregarlos a la SD para un ulterior «tratamiento».[93] Los registros divisionarios de los interrogatorios muestran que mucho después de que hubiese sido rescindida oficialmente la *Komissarbefehl*, los prisioneros eran tratados todavía según criterios «raciales», facilitando notablemente por ello su «eliminación» por las escuadras de la muerte.[94] Hay que destacar asimismo que ambos generales en la retaguardia, y aun más los oficiales sobre el terreno, tendían a optar por la interpretación más radical de las «órdenes criminales». Por ejemplo, a mediados de septiembre el OKH añadió la provisión en sus órdenes a las divisiones del frente en el Este que todas las tropas soviéticas que habían sido sobrepasadas por la Wehrmacht y que se habían reorganizado detrás del frente debían ser tratadas como partisanos (es decir, fusilados inmediatamente).[95] Esta instrucción era más severa que el decreto de «Barbarroja», pero dejaba todavía algún margen refiriéndose específicamente a los soldados organizados y empleando un eufemismo. De todos modos, el comandante de la 12.^a de Infantería no tenía tiempo para tales sutilezas y resumía sus instrucciones en una conferencia de oficiales de la siguiente manera:

Los prisioneros detrás de la línea del frente... ¡Cada soldado fusila como principio general! Todo soldado fusila a todo ruso hallado detrás del frente que no ha sido hecho prisionero en combate.[96]

Sin embargo, antes de que estas órdenes fuesen emitidas se multiplicaron los informes de fusilamientos indiscriminados por parte de las tropas. Ya el 5 de julio el XVI Ejército advirtieron a sus formaciones que «una vez que los prisioneros de guerra hayan sido reorganizados en batallones de trabajo ya no deberán ser atacados o fusilados»[\[97\]](#), clara indicación de que incluso los prisioneros obligados a presentarse voluntarios para los servicios del ejército no estaban a salvo de los soldados alemanes de gatillo fácil. Dos semanas más tarde, la 12.^a de infantería requirió de sus tropas que comprendiesen que «golpear» a los rusos que ya han sido hechos prisioneros es indigno de los soldados alemanes».[\[98\]](#) Pero ni en esta división ni en muchas otras tales llamamientos convencían a las tropas, en especial al verse acompañados por las órdenes de matar a muchos otros soviéticos pertenecientes a una lista siempre en aumento de categorías políticas, «raciales» y militares. De hecho, ya que la propaganda del ejército representaba a todos los soviéticos como *Untermenschen* que, en todo caso, no merecían vivir, los soldados no veían razón alguna para hacer distinciones entre los unos y los otros destinados a ser fusilados sin más.

Las formaciones acorazadas del Grupo de Ejércitos Centro es un buen ejemplo en este sentido. Aquí, la política oficial de asesinatos selectivos programados por el decreto «Barbarroja» tuvo un efecto inmediato y notable sobre las tropas. El 25 de junio de 1941, es decir, el tercer día de la campaña, el comandante del XLVII Cuerpo Panzer emanó la siguiente orden:

He observado que han tenido lugar fusilamientos sin sentido de prisioneros de guerra y de civiles. Un soldado ruso que haya sido hecho prisionero llevando el uniforme, y después de haber combatido valientemente, tiene derecho a un trato decente.

Por este pasaje podría considerarse que el general Lemelsen consideraba a la campaña de Rusia una guerra como cualquier otra, por lo que se mostró escandalizado por el comportamiento de sus hombres. Con todo, cuando se dispuso a explicar a las tropas las metas reales de la campaña, el comandante del cuerpo reveló que su pensamiento se había moldeado por esa combinación de ideología y brutalidad, el cínico espíritu práctico del nacionalsocialismo: «Nosotros queremos liberar a la población civil del yugo del bolchevismo y necesitamos su fuerza de trabajo». Los soviéticos debían ser liberados del

bolchevismo para poder ser esclavizados por los alemanes para sus propios fines. Al mismo tiempo, la finalidad política de destruir el bolchevismo debía ser llevada a cabo hasta sus últimas consecuencias. De ahí que el general se apresurase a aclarar que sus instrucciones de perdonar la vida a los prisioneros no eran aplicables a sus líderes políticos:

Esta instrucción no cambia nada respecto de la orden del Führer sobre la acción violenta a emprender contra los partisanos y los comisarios bolcheviques.[\[99\]](#)

Esto significó que los oficiales políticos de uniforme, y cualquiera descrito como partisano por el ejército, categoría que incluía «elementos raciales indeseables» tales como los judíos, debían ser suprimidos. Y mientras que a los soldados del Ejército Rojo no pertenecientes a ninguno de estos criterios debía perdonárseles la vida inicialmente, también ellos podían estar destinados a perecer más tarde o, en el mejor de los casos, a convertirse en esclavos del Reich. En tales circunstancias no es de extrañar que apenas cinco días después Lemelsen hiciera un llamamiento a sus tropas —una vez más— al haber ignorado totalmente su primera orden. Aun teniendo en cuenta todo esto, tampoco el general amenazó con castigar a los culpables pese al hecho de que se enfrentaba a lo que era una ruptura colectiva de la disciplina:

Pese a mi instrucción del 25 de junio de 1941... se han observado aun más fusilamientos de prisioneros de guerra y desertores, llevados a cabo de una manera irresponsable, insensata y criminal. ¡Esto es asesinato!

Pero, una vez más, el comandante del cuerpo se sintió obligado a explicar a sus tropas para qué era la guerra, contradiciendo por ello su clara intención de conducir los combates de acuerdo con las reglas tradicionales de la guerra:

Nosotros queremos traer de nuevo la paz, la calma y el orden a esta tierra que ha sufrido terriblemente durante muchos años por la opresión de un grupo judío y criminal.

Para estar seguro de que los hombres iban a comprender bien sus críticas, y

que no tomaran sus aclaraciones ideológicas como una racionalización meramente teórica, el general repitió incluso con mayor detalle las instrucciones homicidas que habían impulsado las brutalidades que él intentaba detener:

¡Las instrucciones del Führer exigen acciones violentas contra el bolchevismo (los comisarios políticos) y todo tipo de partisanos! La gente que haya sido identificada claramente como tal debe ser apartada y muerta solo por orden de un oficial.[\[100\]](#)

Guderian comandante del Panzergruppe 2, uno de cuyos elementos era el XLVII Cuerpo de ejército Panzer, incluso, no había recibido nunca la «orden de los comisarios».[\[101\]](#) Más importante aun es, como este incidente reveló claramente, que los soldados podían desobedecer las órdenes y aunque ocasionalmente eran amonestados por hacerlo, siempre que su desobediencia concerniese a una mayor brutalidad contra el enemigo más que a intentos de eludir el combate, eran castigados duramente; esto resultaba obvio ya que los intentos de controlar a las tropas mientras se les confería licencia para el asesinato no podía tener posibilidades de éxito. Podría entenderse asimismo que Lemelsen era representativo de muchos otros generales del Ostheer que, si bien horrorizados por la brutalidad de sus hombres, se veían obligados simultáneamente a proporcionarles argumentos trasladados directamente del arsenal ideológico de Hitler como un medio para motivarlos en el combate y hacerles creer que los asesinatos a los que estaban obligados a llevar a cabo eran una necesidad existencial y moral inevitable.

Este patrón se repitió una y otra vez durante la guerra en el Este. Considerando que el reconocimiento por parte de los generales de que las matanzas y el maltrato de los prisioneros de guerra simplemente reforzaron la resistencia enemiga, unido a la necesidad del trabajo forzado en el Reich, acabó causando la abolición de la *Kommissarbefehl* y trajo consigo algunas mejoras de las condiciones de los prisioneros en 1942, los comandantes fracasaron totalmente en sus intentos de poner fin a los fusilamientos indiscriminados por parte de sus tropas. Irónicamente, las rupturas de la disciplina en el Ostheer fueron mucho más comunes que en cualquier otro ejército de la Segunda Guerra Mundial; incluso el Ejército Rojo tuvo más éxito en el control de sus hombres una vez que entraron en territorio alemán del que había tenido la Wehrmacht en

la URSS. Bajo la presión del combate y de la ideología, la dura disciplina y la barbarie oficial, los hombres se fueron embruteciéndose progresivamente. En esta etapa no cabía esperar ya que alterasen su comportamiento hacia un enemigo al que se seguía describiendo como demoníacos *Untermenschen*. Los intereses prácticos contradictorios de las formaciones *in situ* también chocaban constantemente, pues mientras los comandantes tenían plena conciencia de los efectos perjudiciales del comportamiento de sus tropas, contradecían sus propios esfuerzos para controlarlos intentando, simultáneamente, fortalecer la resolución de los hombres por medio del adoctrinamiento ideológico. En febrero de 1942 la 18.^a Panzer admitía que «los soldados del Ejército Rojo... temen más caer prisioneros que la posibilidad de morir en el campo de batalla», y sostenía que esto se había manifestado a través del hecho de que «desde noviembre del año pasado... solo unos cuantos desertores han venido a nosotros y que en los combates se da una feroz resistencia y se capturan solo unos pocos prisioneros». La división terminaba diciendo que «se debe instruir a las tropas en el sentido de que no todos los rusos son comunistas».[102] De todos modos, fue precisamente por esta época de crisis militar cuando la misma división, junto al resto del Ostheer, intensificó en gran medida el adoctrinamiento ideológico de los hombres con la esperanza de que, así, se compensaría su enorme desgaste material.[103] El fusilamiento indiscriminado de prisioneros no se limitó a los soldados cuya experiencia los había acostumbrado a operar de acuerdo con los dictados de la «orden de comisarios». La División GD, que llegó al frente cuando la orden ya había sido suspendida, se comportó exactamente de la misma manera, demostrando que se trataba más de una cuestión de preparación ideológica y de falta de voluntad por parte de los comandantes para imponer sus órdenes respecto a las vidas de los soviéticos. En septiembre de 1942, por ejemplo, la GD impartió las siguientes instrucciones a sus tropas:

Todos los comisarios —politruks— que caigan vivos en manos de las tropas deben ser trasladados inmediatamente a la sección de inteligencia divisionaria. Su fusilamiento por las tropas tras ser hechos prisioneros está estrictamente prohibido.[104]

Como vemos ahora, la inteligencia militar colaboraba estrechamente con el SD y había buenas razones para creer que los «sospechosos» acabaran siendo

fusilados. Pero las tropas, sin sentirse amenazadas por ningún castigo, no tenían tiempo para estos procedimientos algo más pesados. Lejos de ser ignorada cuando aun estaba en vigor, la «orden de comisarios» continuó dictando acciones sobre el terreno mucho después de haber sido retirada oficialmente, especialmente porque otras secciones criminales del decreto de «Barbarroja» siguieron en vigor a lo largo de la guerra. Incapaces, y probablemente también no deseando sancionar a sus hombres por matar rusos y judíos, las divisiones de primera línea se mostraban satisfechas simplemente registrando los innumerables casos de fusilamientos indiscriminados durante toda la guerra. En otro ejemplo de este tipo, la GD apuntaba que:

Muchos desertores a los que se traía heridos [del campo de batalla] han afirmado que recibieron las heridas por parte de los alemanes horas después de haber tirado sus armas y de haber indicado visiblemente su intención de desertar manteniendo sus armas en alto.[\[105\]](#)

Y en abril de 1943 la división emanó otro llamamiento —liviano— a sus tropas, enfatizando que:

Estas deben comprender que el resultado último del maltrato o de los fusilamientos de prisioneros de guerra después de que se han rendido tras los combates serían... un reforzamiento de la resistencia enemiga, porque cada soldado del Ejército Rojo teme la cautividad en manos alemanas.
[\[106\]](#)

Todo esto tuvo escasos efectos, pues, como la experiencia les había enseñado, las tropas sabían que las órdenes no respaldadas por la voluntad de emplear duros castigos significaba que no iban a ser obedecidas realmente en primer lugar.

Los llamamientos por parte de los comandantes de las formaciones de tener un comportamiento más considerado hacia los prisioneros de guerra deben ser vistos como cínicos, al menos por algunos de los soldados que recordaban el maltrato oficial a los prisioneros, en especial durante los primeros meses de la campaña. El 16.º Ejército, por ejemplo, ordenaba a sus formaciones el 31 de julio de 1941 no conducir a los prisioneros de guerra a la retaguardia en trenes de aprovisionamientos y de tropas vacíos ya que «podían contaminarlos y

ensuciarlos».[107] Así, los mal alimentados prisioneros fueron obligados a marchar a través de grandes distancias hasta los campos de Polonia, con el resultado de que muchos de ellos murieron en el camino. Del mismo modo, la 18.^a Panzer prohibió el transporte de sus prisioneros en camiones por temor a que pudiesen infestarlos con piojos.[108] A los prisioneros empleados como fuerza de trabajo por las divisiones de primera línea se les asignaba oficialmente poco más de media ración respecto a lo que se daba a los soldados alemanes, pero incluso esta cantidad insuficiente fue reducida drásticamente a fines de octubre.[109] En la práctica, muchas formaciones, como la 18.^a Panzer, insistían en que a los prisioneros se los alimentase «con los medios más primitivos».[110] Especialmente durante el invierno, las divisiones en el frente ordenaron a sus tropas que confiscasen a los prisioneros todas las piezas de ropa considerada útil para su propia protección del frío, condenando a los prisioneros a la muerte por exposición a la intemperie.[111] También se prohibieron oficialmente los cuidados médicos —por parte de los médicos alemanes— a prisioneros heridos, y también el proporcionarles cualquier medicamento del ejército.[112] De todos modos, cuando la carencia de efectivos empeoró, cada vez más prisioneros de guerra fueron «nombrados voluntarios» y empleados en diversas tareas militares, entre otras limpiar los campos de minas sin recibir ninguna preparación previa.[113] Tales acciones oficiales establecieron un ejemplo para las tropas respecto al modo de cómo deberían ser tratados los prisioneros soviéticos y ninguno de los llamamientos posteriores durante la guerra suprimió su impacto en las tropas.

Si los comandantes del Ostheer se encontraron ante algunos conflictos con sus tropas respecto al trato de los prisioneros de guerra, se dieron muchas menos fricciones respecto a los llamados partisanos, aunque también aquí los soldados tuvieron amplias oportunidades para efectuar acciones «violentas» no autorizadas. «Partisanos» o «bandidos» era un término usado para describir a todos los civiles que no merecían vivir según el ejército, fuese por su actividad guerrillera o por su pertenencia política y «racial». En un mundo en el que la vida era más barata que los alimentos o la ropa, y cuyos habitantes se dividían en miembros de la «raza dominante» y «subhumanos», no se podían dar órdenes para masacrar a civiles indefensos sin esperar que los perpetradores llevasen a cabo atrocidades semejantes por su propia iniciativa. Ya sancionados en el decreto «Barbarroja» los castigos colectivos por los ataques de los partisanos se

convirtieron rápidamente en la regla, y desde este momento en adelante nadie en el ejército parecía preocuparse mucho por la identidad de los asesinados. El primer día de la campaña, la 12.^a División de infantería dio instrucciones a sus unidades de que no trataran a las guerrillas (*Freischärler*) como prisioneros de guerra, sino que se fueran «sentenciados por un oficial en el acto»,^[114] un eufemismo más para ejecución sumaria. A fines de julio, el 16.º Ejército ordenó que los miembros de los «batallones de partisanos», al igual que todos los civiles que les prestasen algún tipo de ayuda, fuesen «tratados como guerrillas», es decir, que fuesen fusilados.^[115] La 18.^a Panzer emanó instrucciones muy similares a comienzos de agosto, ordenando a sus tropas que ejecutara todo aquel que presentase resistencia a sus unidades y que no fueran fácilmente identificables como pertenecientes a una unidad organizada del ejército; y lo mismo para los civiles sospechosos de haber prestado apoyo a los resistentes.^[116] Además, la división imponía normas estrictas de toque de queda en las zonas ocupadas y dio instrucciones a las tropas de que hiciesen «un uso despiadado de las armas» contra los infractores,^[117] orden casi igual a la del II Cuerpo, que insistía en que «¡acciones despiadadas deben ser tomadas inmediatamente contra los elementos sospechosos!»,^[118] lo que implicaba fusilar o —lo que estaba convirtiéndose en algo cada vez más popular en el Ostheer— ahorcar, pues los «elementos sospechosos» se referían a cualquiera que perteneciese a alguna categoría política o «racial» «indeseable».^[119] En efecto, ya el 4 de julio la 12.^a de Infantería informaba sobre la ejecución de diez civiles acusados de pertenecer a la organización juvenil comunista o de ser judíos.^[120] Aun cuando se descubrió en seguida que esta política solo aumentaba la resistencia de la guerrilla,^[121] a mediados de agosto el II Cuerpo insistía en que los «partisanos han de ser ahorcados públicamente y dejados colgando durante un tiempo» como advertencia, mientras que los burócratas comunistas, «respecto a los cuales nada puede probarse», deberían ser entregados a los *Einsatzgruppen*, obviamente para una ejecución algo más discreta.^[122]

Al mes siguiente, la 12.^a de Infantería declaraba que todo aquel que sea encontrado «deambulando» durante el toque de queda debe ser fusilado, y los alcaldes de las aldeas perderían sus propiedades y la vida de sus familias por toda actividad partisana cercana a sus aldeas,^[123] amenaza lanzada también por

la 18.^a Panzer en octubre, acompañada de la toma de rehenes para demostrar que sus intenciones eran serias.[\[124\]](#) Por entonces la 12.^a de Infantería decretó que quienquiera que «tolerase» a los partisanos sería ahorcado, y pocos días después se anunció que los civiles sorprendidos sin pases recientes serían fusilados sin más.[\[125\]](#) Mientras tanto se ordenó expresamente a las tropas quemar toda vivienda sospechosa de acoger a partisanos, sin preocuparse por saber quiénes estaban dentro en ese momento.[\[126\]](#) En noviembre las unidades divisionarias fueron destacadas para llevar a cabo acciones de represalia contra aldeas que no habían sido incapaces de informar sobre la presencia de «extraños», y mientras tales «elementos sospechosos» eran ejecutados por las tropas o entregados al SD para un «trato especial»,[\[127\]](#) otras unidades se dedicaron a una campaña de ahorcamientos públicos de civiles acusados de ofensas tales «alimentar al soldado ruso», «vagar», «tratar de huir» y otras semejantes.[\[128\]](#) Entre el 11 de noviembre y el 5 de diciembre el II Cuerpo «aniquiló» a 448 «partisanos» e incendiaron 16 aldeas, llevándose al ganado y a los caballos y destruyendo todas las reservas de alimentos existentes. El Cuerpo admitió la pérdida de solo seis soldados muertos y ocho heridos en un ataque de los partisanos lejos de esta zona. Es obvio que esta frenética política de exterminio tenía muy poco que ver con la verdadera actividad guerrillera.[\[129\]](#) Este patrón se repitió en otra operación como esta de la que informó el 16.^o Ejército y en la que 387 civiles fueron ejecutados al precio de diez soldados muertos y once heridos.[\[130\]](#)

Cuando el frente se estabilizó, se dieron pasos más sistemáticos en contra de la población. En diciembre la 12.^a de Infantería evacuó a unos 2.000 habitantes de su frente a una profundidad de seis millas, tras quemar sus casas o apoderándose de ellas para instalarse a su vez.[\[131\]](#) Incluso el II Cuerpo confesó que los civiles fueron trasladados «con provisiones de alimentos totalmente inadecuadas», todo ello en pleno invierno.[\[132\]](#) Detrás de esta zona se estableció otra «área prohibida» donde, según lo afirmado por la propia 12.^a de Infantería, el aprovisionamiento de la población resultó «casi imposible». [\[133\]](#) De todos modos, los habitantes que desobedecían alguna de las reglas impuestas sobre sus movimientos eran fusilados en el acto o entregados al SD.[\[134\]](#) Esto no hizo sino forzar a más personas a unirse a los partisanos. Pero en vez de cambiar lo que se había convertido claramente en una campaña de asesinatos y destrucciones contraproducente, el Grupo de Ejércitos declaraba en enero que:

El reciente resurgir de la actividad partisana en zonas de la retaguardia... exigen que se tomen acciones... con la mayor violencia. Los partisanos deben ser destruidos en cuanto aparezcan, como deben serlo sus lugares de ocultamiento [es decir, las aldeas], siempre que no las necesiten nuestras tropas para alojarse.[\[135\]](#)

Por esta época la reacción standard de la 12.^a de Infantería hacia los ataques de los partisanos contra sus unidades fue incendiar las aldeas cercanas a la zona de los ataques, fusilar a todos los habitantes varones y dejar que mujeres y niños se mantuvieran por sí mismos, en condiciones invernales, sin disponer de ningún refugio.[\[136\]](#) La 18.^a Panzer practicaba también una política de ejecuciones sumarias de sospechosos tras las «zonas desérticas» a lo largo de 1942.[\[137\]](#) De modo semejante, en vísperas de la ofensiva de verano de la Wehrmacht en Ucrania, la División GD ordenaba a sus tropas «destruir» a todos los partisanos capturados y se dio permiso a los comandantes de batallón para que ejecutasen a los civiles sospechosos de proporcionar cualquier ayuda a las guerrillas.[\[138\]](#) Por consiguiente, hacia septiembre los informes sobre fusilamientos indiscriminados de civiles se multiplicaron hasta tal grado que la división decidió transferir la responsabilidad de las ejecuciones a la GFP, Policía Secreta Militar que colaboraba estrechamente con el SD.[\[139\]](#) Pero mientras que a las tropas se les ordenó explícitamente conducir a todos los sospechosos a la policía, las matanzas continuaron sin pausa. Las divisiones de combate fueron empleadas también a las operaciones «antipartisanas» a gran escala. En mayo de 1943 la 18.^a Panzer participaba en la «*Zigeunerbaron*», una acción de «limpieza» a la zona forestal al sur de Briánsk. A las tropas se les ordenó que detuviesen a todos los civiles varones entre los quince y los sesenta y cinco años, y expulsar al resto de la población, cuyas propiedades debían ser confiscadas y las aldeas incendiadas. Los oficiales y comisarios del Ejército Rojo debían ser trasladados a la sección de inteligencia de la división, lo más probable para su posterior ejecución por el SD, mientras que los soldados, miembros del partido y judíos debían emplearse en limpiar los campos de minas, que era la idea de la Wehrmacht de unas ejecuciones rentables. Así, en el espacio de apenas dos semanas la división y sus unidades de apoyo mataron a 1.584 «guerrilleros», tomaron 1.568 prisioneros y expulsaron de la zona a 15.812 habitantes, incendiando todas sus aldeas. El hecho de que la división encontrase tan solo

unas cuantas armas obsoletas en manos de la población, y que casi no tuvo bajas, indicaron que esta operación fue, una vez más, fiesta de la destrucción contra civiles indefensos.[\[140\]](#)

Las medidas extremas empleadas contra la resistencia de la población civil a la ocupación alemana, y en particular la realización de la política de eliminación racial y política del régimen por parte del ejército con el pretexto de las operaciones «antipartisanas», ordenadas, organizadas y percibidas como aceptablemente legales por los mandos militares, tuvieron un poderoso efecto embrutecedor sobre las tropas. Muy pocas unidades del Frente del Este habrían podido evitar tomar parte en tales acciones. Y ya que lo que constituía actividad guerrillera incluía una amplia serie de acciones —o de falta de acciones— y como el término «partisano» denotaba no solo a los resistentes activos o pasivos, sino también personas pertenecientes a categorías políticas y «raciales» «indeseables», la guerra en el Este ofreció al soldado alemán infinitas oportunidades para cometer actos criminales y de destrucción, robos y saqueos, violaciones y torturas autorizados y no autorizados, por los que muy pocas veces era castigado y con alguna frecuencia alabado por sus superiores. Con todo, cuando el término «partisano» pareció insuficiente para legitimar la brutalidad, en especial cuando tenía que ver obviamente con civiles indefensos, el ejército echó mano a veces al eufemismo de «espía» o «agente», un término útil precisamente porque estaba basado sobre la presunción de que la inocencia era el mejor indicador de la culpabilidad. En julio de 1941 la 12.^a de Infantería utilizó este eufemismo por primera vez, cuando se dio orden a sus tropas que disparasen contra los refugiados que intentaban cruzar las líneas alemanas «por sospecha de espionaje».[\[141\]](#) Las tropas reaccionaron con tal entusiasmo, que las incidencias de los disparos indiscriminados aumentó tanto que el II Cuerpo se vio obligado, finalmente, a ordenar que los «sospechosos» fuesen conducidos ante los oficiales adecuados para ser interrogados en vez de, simplemente, matarlos sobre la marcha.[\[142\]](#) La 18.^a Panzer, que también había tratado a refugiados como un «peligro de espionaje»[\[143\]](#), empezó a admitir hasta junio de 1942 que se habían cometido «graves errores» en el trato de «agentes», e incluso entonces dio apenas unas instrucciones a sus unidades para que trasladasen a los «sospechosos» a la GFP, por lo que se los sentenciaba, en cualquier caso, a una muerte casi segura.[\[144\]](#)

Ahora, mientras los generales mostraban pocos escrúpulos en el caso de dar órdenes de fusilar a los hombres y desarraigar a poblaciones enteras, temían que la ejecución de mujeres y niños pudiese causar problemas disciplinarios entre las tropas, y normalmente preferían que fuesen las SS o el SD el que llevase a cabo tales desagradables tareas.[\[145\]](#) Pero en los numerosos e «inevitables» casos de brutalidad contra las mujeres y los niños, así como en la propaganda del ejército contra la confraternización, el eufemismo «agente» resultó ser realmente muy útil. En octubre de 1941, por ejemplo, la 12.^a de Infantería advirtió a sus tropas que «la información suelen llevarla habitualmente los muchachos entre once y catorce años», y recomendaba «las palizas [como] la medida más aconsejable de interrogatorio». Los rusos, explicaba, «y en especial las mujeres» eran mentirosos, pero unos golpes en la espalda abreviará el proceso del interrogatorio considerablemente.[\[146\]](#) Un ejemplo del insensible sadismo que inspiraba estas ideas fue el interrogatorio de quince «agentes» conducidos en la primavera de 1942 por el II Cuerpo. Los «sospechosos» incluían a doce muchachos de entre quince y diecisiete años, una madre con su hijo y solo un varón adulto. El Cuerpo informó que dos de los muchachos, aunque manifestaban «cierta estupidez», eran «comunistas fanáticos y odiaban a los alemanes», por lo que sus interrogatorios «duraron muchas horas» y «cada declaración verdadera hubo de serles sacada con los más brutales métodos». Posteriormente, todos los sospechosos, incluida la madre con su hijo, fueron ejecutados como «agentes».[\[147\]](#) En octubre de 1942 la División GD explicaba a sus tropas que «hombres de todas las edades, mujeres de buen ver y en especial jovencitas y muchachos e incluso niños» estaban siendo empleados como agentes enemigos; a los niños se los dotaba de «historias» improbables, tales como que estaban cuidando de sus padres, mientras que su objetivo real era espiar para el enemigo.[\[148\]](#) La 12.^a de Infantería trató de disuadir a sus hombres de que confraternizasen con las mujeres soviéticas señalando que eran «la mayoría judías... cuyos orígenes judíos no pueden verse».[\[149\]](#) En este mismo sentido, la 18.^a Panzer advirtió que «la mujer rusa está preparada para hacer un uso sin escrúpulos de sus dotes físicas y de la confianza de nuestros soldados con finalidades de espionaje por intereses de la guerra» y que no solo las «relaciones con mujeres civiles... que no se merecían a los soldados alemanes», sino que «esto traía consigo los peligros de ser explotados o

perjudicados por una espía, de caer en las manos de una partisana y de ser mutilado horriblemente». Así, la división amenazó a las tropas diciendo que mientras las mujeres cogidas en compañía de soldados alemanes serían conducidas ante la policía sobre la base de la «seguridad», sus compañeros masculinos podían ser acusados de colaborar con el servicio de espionaje enemigo.^[150] De modo semejante, la GD recordó a sus hombres que mientras el «contacto» con mujeres hacía probable que se encontrasen con un «agente» enemigo, era muy posible que se acabase con algún tipo de enfermedad venérea, pues la casi totalidad de las mujeres soviéticas eran «conocidas» por estar infectadas.^[151] Esta campaña no evitó necesariamente que las tropas confraternizasen con las mujeres soviéticas, pero pudo muy bien haber establecido las bases para su brutal comportamiento y su indiferencia ante la suerte de mujeres y niños indefensos cuando surgió la ocasión durante las operaciones «antipartisanas».

Así, el Ostheer proporcionó a sus tropas una serie de órdenes, racionalizaciones e incentivos para tratar brutalmente a los soldados enemigos capturados y a la población civil de las regiones ocupadas. La finalidad de los asesinatos, malos tratos y destrucciones de la propiedad autorizados oficialmente superó con mucho las acciones «violentas» perpetradas por iniciativa de las propias tropas. Además, la conducta de estas solo puede comprenderse en el contexto de la legalización de largo alcance de las acciones previamente consideradas criminales, la forma organizada de su ejecución y la amplia aceptación de la ideología que los motivaba, creando todo ello una situación por la que un ejército que normalmente insistía en la obediencia rígida permitió a sus tropas no ser castigadas por la violación masiva de la disciplina en cuanto al trato de los soldados y civiles enemigos. Paradójicamente, estos actos «violentos» de brutalidad ofrecieron la posibilidad a los oficiales de obligar a implementar una disciplina de combate esencial para mantener la cohesión del ejército. Por sus crímenes contra el enemigo las tropas pagaron un alto precio sometiéndose a las medidas draconianas aplicadas por sus comandantes.

La disciplina en el ejército alemán fue siempre dura; pero en la Wehrmacht, y en especial en el Ostheer de 1941-1945, se hizo ciertamente homicida. Esto tuvo que ver, naturalmente, con las condiciones del frente pero lo que es más importante, fue una manifestación de la profundidad a la que la *Weltanschauung*

del régimen había penetrado en las filas del ejército y remodelado sus conceptos de legalidad y criminalidad, moralidad y justicia, disciplina y obediencia. Este era un caso claro de conexión entre los crímenes del ejército contra otras naciones y el despiadado trato de sus propias tropas, pues ambos surgían de las mismas raíces ideológicas y estaban basados en la misma inversión del derecho militar. Siendo simultáneos, estos dos aspectos de la campaña de Rusia tuvo además el efecto de apoyarse y legitimarse mutuamente, es decir, de acelerar el proceso de embrutecimiento en las filas del ejército hacia el enemigo, y creando una necesidad para una justificación ideológica ulterior, que, a su vez, proporcionó argumentos para una brutalidad aun mayor. De ahí la tolerancia del ejército de los crímenes hacia el enemigo, la pasividad hacia los delitos disciplinarios por parte de las tropas hacia ese mismo enemigo y la aplicación de una disciplina brutal respecto del rendimiento de los soldados en combate. Todos estaban relacionados entre sí, derivaban su legitimidad de la aceptación de la cosmovisión del «mundo» nacionalsocialista y deben ser considerados conjuntamente como si formasen el núcleo de la guerra en el Este y, por extensión, como los rasgos más característicos y esenciales de la Wehrmacht.

Con este bagaje en mente debemos examinar el registro sin precedentes de la justicia militar en la Wehrmacht. Mientras en la Gran Guerra la Keiserheer ejecutó solo a 48 de sus soldados, en la Segunda Guerra mundial entre 13.000 y 15.000 hombres fueron ejecutados por su propio ejército. Con el fin de comparar, podemos constatar que mientras que en 1914-1918 los ejércitos británico y francés ejecutaron a muchos más soldados que los alemanes (346 y 650 respectivamente), en 1939-1945 la proporción se invierte drásticamente, con solo 40 británicos y 100 franceses ejecutados. El sorprendente número de ejecutados en la Wehrmacht se debió principalmente a la politización de del derecho militar, por lo que delitos tales como desertión y autolesiones se inscribieron en el apartado de traición y subversión (*Wehrkraftzersetzung*), por lo que eran punibles con la muerte. Así, entre enero de 1940 y marzo de 1942 aproximadamente los cuatro quintos de las sentencias de muerte se basaban en motivaciones ideológico-políticas. Se ha calculado que una media de 100 soldados acusados de desertión, y otros 100 culpables de subversión, fueron ejecutados cada mes durante la guerra constituyendo alrededor de la mitad del número de soldados acusados de estos delitos. Además, en 1944, nada menos

que un 85 por ciento de las sentencias de muerte aprobadas fueron ejecutadas realmente, mientras que en la Gran Guerra solo fueron el 30 por ciento. A medida que la guerra se prolongó, el número de juicios al mes aumentó hasta un factor de 3,5 por ciento, de 12.853 en diciembre de 1939 a 44.955 en octubre de 1944, pero el número de sentencias de muerte aumentó a un factor de no menos de 8, de 519 en 1939-1940 a 4.118 en 1943-1944. Esto significó que, en relación con los juicios, las sentencias de muerte se hicieron dos veces más corrientes. Los soldados que evitaban la pena capital podían todavía sufrir sentencias extremadamente graves. Dejando a un lado a los miles de hombres enviados a batallones de castigo, entre finales de agosto de 1939 y mediados de 1944, 23.124 soldados recibieron penas de prisión muy largas con trabajos forzados, 84.346 fueron condenados a más de un año de prisión y otros 320.042 hombres a períodos de arresto de menos de un año.[\[152\]](#)

Las reticencias de los comandantes en el Frente del Este a procesar a sus tropas por delitos cometidos contra los soldados y los civiles enemigos se veía más que compensado por las rápidas y brutales represalias contra los hombres acusados de romper la disciplina de combate. Esto puede verse mejor a nivel de las propias unidades combatientes. En vísperas de «Barbarroja», el comandante del Panzergruppe 2 dio instrucciones a sus oficiales de que tomasen las más severas medidas contra las violaciones de la disciplina, y, en especial, recalcó que los desertores «debían ser fusilados en el acto».[\[153\]](#) El 1 de agosto de 1941 la 18.^a Panzer, que pertenecía a este Panzergruppe, informaba a sus tropas que tres soldados capturados por los soviéticos habían cometido traición al decir al enemigo «que habían sido obligados a luchar», y por consiguiente, una vez de nuevo en manos alemanas, no podían esperar ninguna piedad «por este comportamiento deshonesto».[\[154\]](#) Dos semanas más tarde la división procesó a tres soldados por cobardía, condenó a uno de ellos a muerte y a los otros dos a diez años de prisión y a la pérdida de todos sus derechos como ciudadanos. «Este incidente», informaba el comandante de la división a sus oficiales:

Debe ser utilizado como un tema de instrucción urgente. Debe señalarse que la cobardía no es solo el más desafortunado sino también uno de los más peligrosos delitos que un soldado puede cometer ya que no solo mina la disciplina, sino que también debilita la agresividad de las tropas. Este peligro debe ser tratado en todos los casos con el castigo más grave —la pena de muerte.[\[155\]](#)

No fue una advertencia ociosa. A mediados de diciembre, por ejemplo, un suboficial que había sacado a su escuadra de su posición en el combate debido a lo que él pensó que eran ruidos provenientes de tanques soviéticos que se acercaban, fue condenado a diez años de prisión.[\[156\]](#) A finales de mes la 18.^a Panzer difundió una orden especial destinada evidentemente a insistir en que las consecuencias de la cobardía debían ser temidas más que sus causas:

El soldado de primera Franz Aigner, de la compañía de estado mayor del II/Regimiento Panzer de la 18.ª, fue condenado a muerte por un consejo de guerra con la acusación de cobardía... Aunque ha visto que su unidad marchaba hacia delante, entró en una casa, se bebió una botella de *schnapps* con un soldado desconocido —aunque ya había bebido una considerable cantidad de alcohol con anterioridad— y huyó hacia la retaguardia sin gorra ni arma, donde fue detenido en unas condiciones andrajosas y borracho. Todo caso de cobardía debía ser severamente expiado con la muerte. Debe instruirse radicalmente a las tropas respecto a esto por parte de los comandantes de compañía personalmente.[\[157\]](#)

A medida que el caos en el frente fue produciendo más casos de violación de la disciplina de combate, otros casos menores fueron castigados también con gran dureza. A finales de noviembre de 1941 la 18.^a Panzer procesó a ocho soldados por incumplimiento del deber mientras estaban de guardia, condenando a tres de ellos a entre tres y cuatro años de prisión y a los cinco restantes a períodos incluso más largos. Otro soldado, al que se encontró dormido en su posición, fue condenado a cinco años de cárcel. Pero incluso esto pareció insuficiente y el mando divisionario recogió el asunto en otro llamamiento a sus tropas:

Ya que las instrucciones y las advertencias dadas, al igual que la publicación de sentencias anteriores del tribunal militar a largas condenas de prisión, no han surtido hasta ahora efectos instructivos y disuasorios, el tribunal militar se ve obligado a amenazar con hacer uso, en el futuro, del castigo más severo —la condena a muerte.[\[158\]](#)

Esto se convirtió en la política standard para aterrorizar a las tropas para que no trataran de evitar la probable muerte en el frente prometiéndoles una ejecución segura si se los cogía in fraganti.

A lo largo de 1942 los soldados tuvieron grandes oportunidades de aprender

que sus comandantes estaban bastante deseosos de llevar a cabo sus amenazas. En marzo, por ejemplo, dos soldados pertenecientes a la 18.^a Panzer fueron condenados a muerte, uno por abandonar a la dotación de una pieza durante el combate y el otro por negarse a obedecer una orden durante un ataque enemigo. [\[159\]](#) Ese mismo mes, el XLVII Cuerpo Panzer constataba:

La disciplina de las tropas se ha deteriorado durante el invierno. Esto lo vemos también en el número cada vez mayor de procesos. El servicio de guardia ha sido desatendido de manera especial, lo que supone un peligro para las tropas.

Pero aunque era obvio que se trataba de manifestaciones de agotamiento debidas a los duros combates y a la falta de efectivos, el Cuerpo insistía:

Debemos repetir las instrucciones a la tropa respecto a que deben esperarse solo los más severos castigos en casos de cobardía o miedo, desertión, ausencias sin permiso y abandono del deber durante las guardias.

Sin lugar a dudas, en ciertos casos era precisamente el temor a tales severos castigos lo que hacía que los soldados que se habían ausentado de sus unidades por un breve espacio de tiempo se convirtiesen en verdaderos desertores. Como constataba el propio Cuerpo:

Ha habido numerosos casos en los que soldados que habían abandonado sus unidades o estaban ausentes de ellas se iban a la retaguardia solo porque tenían miedo de ser fusilados.

Por consiguiente, el Cuerpo prometió a las tropas que: «Un soldado que se presenta de nuevo ante su unidad por su voluntad, recibirá una condena más leve que la uno que sea cogido in fraganti». Pero las condenas leves eran un concepto muy relativo en la época y el número de castigos severos continuaron, de hecho, multiplicándose. Así, inmediatamente después, el Cuerpo ejecutaba a otro desertor, condenaba a muerte (pero al final no era ejecutado) a un soldado acusado de heridas autoinfligidas, sentenciaba a dos hombres a seis y ocho años de prisión, respectivamente, por fumar durante un ataque partisano a la aldea en

la que estaban acuartelados, y condenó a tres años de prisión con trabajos forzados y pérdida de los derechos de ciudadanía a un soldado que había vuelto con retraso de una tarea en la retaguardia.[\[160\]](#) El comandante de la 18.^a Panzer, evidentemente, estaba perdiendo la paciencia con sus tropas como puede verse por las notas que estaba preparando para una reunión con sus oficiales:

Cuatro desertores en la zona del Cuerpo—instrucción a fondo—los desertores no deberán ver más su patria de nuevo—respecto a todos aquellos declarados «desaparecidos» realizar una minuciosa investigación.[\[161\]](#)

La División GD, que sufría dificultades semejantes, reaccionó con no menos dureza condenando a muerte a siete hombres solo en la segunda mitad de 1942 y acusando de deserción a 11 soldados, que muy probablemente también fueron condenados a muerte dado que sus historiales no han sobrevivido.[\[162\]](#) La 12.^a División de infantería, que condenó a muerte al menos a 16 hombres acusados de deserción o de lesiones autoinfligidas entre el comienzo de «Barbarroja» y junio de 1943, hizo lo posible para hacer públicas las ejecuciones, cuyo efecto se vio incrementado póstumamente por la privación de los derechos de ciudadanía alemana a los culpables y, por lo tanto, impidiendo que sus familias pudiesen percibir sus pensiones.[\[163\]](#) Esta política, sin ninguna duda, aterrorizaba a las tropas. Como informaba un desertor de la división a los soviéticos que lo interrogaba en octubre de 1942, la razón por la que —pese a las terribles condiciones de vida, las bajas devastadoras y el predominante sentimiento de pesimismo entre la tropa— la disciplina aun se mantenía sobre todo el miedo. Los hombres temían que si desertaban sus familias fueran castigadas, que si los veían intentando cruzar las líneas les dispararían, y que si los cogían, serían ejecutados. Pero afirmaba que él había tenido éxito en alcanzar las líneas soviéticas solo porque había disparado contra tres centinelas que habían abierto fuego contra él.[\[164\]](#) No estaba exagerando. Unos meses antes el 16.^o Ejército informaba a sus unidades sobre las ejecuciones sumarias de cinco soldados capturados cuando trataban de desertar.[\[165\]](#) Un desertor soviético habló a sus interrogadores sobre siete soldados alemanes que habían intentado atravesar las líneas del Ejército Rojo cuatro cuando ya habían sido sentenciados a una muerte segura por sus propios oficiales antes de que pudiesen llegar al otro lado.[\[166\]](#)

Otra humillación fue que los soldados ejecutados por deserción habían sido enterrados sin honras militares, lejos de cualquier cementerio militar, y sus tumbas fueron marcadas con unos simples signos que indicaban solamente el nombre, la fecha de nacimiento y muerte, pero no el rango ni la unidad a la que habían pertenecido.[\[167\]](#)

En el tercer año de guerra en la URSS se necesitaron medidas incluso más despiadadas para mantener a los hombres en el frente. En febrero, Hitler hizo circular la siguiente orden para todas las formaciones de vanguardia:

He comprobado que durante la retirada y las evacuaciones ordenadas en las últimas semanas se han producido algunas escenas desagradables y desenfrenadas... Esto es intolerable... La razón de esto es que los comandantes no se sirven de todas las medidas [disciplinarias]... A tiempos más difíciles medidas más despiadadas por las que los comandantes impongan su voluntad. Por ello exijo que todo oficial y suboficial con mando, o en situaciones extraordinarias cualquier hombre valiente, imponga la ejecución de las órdenes, si es necesario con la fuerza de las armas, y abrirá fuego inmediatamente en caso de insubordinación. No solo es su derecho, sino también su deber.[\[168\]](#)

A partir de este momento en adelante, la Wehrmacht experimentó una creciente incidencia de casos en los que la disciplina se impuso no solo por medio de consejos de guerra y duros castigos, sino también por la aplicación de la fuerza sin procedimientos legales previos. Por esta razón es imposible estimar con precisión el número real de soldados ejecutados por delitos reales o supuestos durante la guerra. Aquí se da otra manifestación del completo colapso del imperio de la ley, tan característico del Tercer Reich, y de la obstinada realización del mito del darwinismo social nazi de la supervivencia del más apto. El ejército, cuya cohesión dependía de la disciplina y la obediencia, optó cada vez más por ignorar las bases legales de su sistema disciplinario por muy pervertidas que se hubiesen vuelto y así desviar los lentos procedimientos que se requerían emulando su ya larga y estandarizada práctica contra el enemigo, simplemente fusilando a quienquiera que obstaculizase la realización de las tareas. Las instrucciones de Hitler se aplicaron rápidamente en las formaciones del frente. Durante la evacuación del enclave de Demyansk, el II Cuerpo de Ejército creó las llamadas «Patrullas del Ejército» (*Heeresstreifen*), a las que se les ordenó «hacer un uso inmediato de sus armas (subfusiles, pistolas) con el fin de imponer obediencia y disciplina».[\[169\]](#) De la misma manera, en el verano de

1943, el comandante de la 18.^a Panzer ordenó a sus oficiales y soldados imponer la disciplina de combate si era necesario recurriendo al uso de las armas contra sus propios camaradas:

Espero que cada oficial, suboficial y soldado, que conservado su honor militar para hacer todo lo posible con el fin de controlar tales estallidos de pánico [como se describe en la primera parte de la orden]... se espera de los oficiales que hagan el más despiadado uso de cualquier medio a su disposición contra los hombres que provoquen situaciones de pánico o que dejen a sus camaradas en la estacada y, si es necesario, no se repriman en usar sus armas.[\[170\]](#)

Habiendo legalizado el asesinato de civiles era solo cuestión de tiempo y circunstancias que el ejército acabase aceptando el asesinato de sus propias tropas. El alcance que los oficiales y soldados de la Wehrmacht deseaban dar a la realización de estas órdenes y a la colaboración en la muerte de sus propios camaradas sin ningún procedimiento legal no era sino un escalón más en el embrutecimiento, proceso que había comenzado tras la «toma del poder» por Hitler y que había alcanzado su clímax en el Frente del Este.

La dura disciplina jugó asimismo un papel mucho más importante en la preservación de la cohesión de las unidades que el «grupo primario». Fue particularmente eficaz en el contexto de una guerra brutal en la que a los soldados no solo se les ordenaba cometer crímenes contra el enemigo, sino que también permitió dejar a un lado las violaciones de la disciplina contra los prisioneros y civiles. En efecto, la preservación de la cohesión y la prevención de las rebeliones hicieron de estos delitos sin castigo un aspecto «necesario» de la guerra. La «legalización» de los crímenes autorizados, y la tolerancia de los no autorizados fue un componente fundamental de la notable determinación de la Wehrmacht en el campo de batalla, dejando a un lado el sentimiento común en tantos soldados y oficiales respecto a que debían permanecer aglutinados unos a otros precisamente porque compartían una culpa común. Este mecanismo podía funcionar adecuadamente solo debido a la afinidad general de todos los rangos respecto a los más importantes principios de la ideología nazi que convertía a los prisioneros y civiles soviéticos en las dianas ideales. Con todo, aunque esto era un medio eficaz para conservar la cohesión, garantizaba al mismo tiempo la derrota final de la Wehrmacht —tal y como un número cada vez mayor de

oficiales acabó constatando— el régimen soviético solo podría caer con la colaboración de los pueblos soviéticos, condición que la política de ocupación homicida de los alemanes hacía imposible.

Todo esto no significa que el Ostheer fuese totalmente inmune al fracaso. Solo cuatro días después de comienzo de «Barbarroja», el comandante del XLVII Cuerpo Panzer se mostró preocupado respecto a los:

Repetidos «casos de pánico», en particular en la columna de transporte y aprovisionamiento, tras escuchar la noticia (que luego resultó ser falsa) de la aproximación de tanques enemigos. Batallones completos dieron media vuelta y huyeron a la retaguardia. «Este comportamiento no es propio de soldados alemanes». Acuso a los comandantes de las unidades de ser los responsables de evitar que estos casos de pánico se repitan... Es especialmente impropio, de todos modos, que hayan sido los mismos oficiales los que dieron la señal para que ocurriese este tipo de casos. En el futuro, tales oficiales deben ser denunciados o arrestados inmediatamente por el comandante o el oficial superior que esté cerca de la zona del acto de cobardía frente al enemigo... Si se constata que soldados alemanes han difundido el pánico, deben ser conducidos inmediatamente ante un consejo de guerra.

[\[171\]](#)

El comandante de la 18.^a Panzer que como parte de este Cuerpo sufrió varios de estos incidentes, utilizó un tono semejante al dirigirse a sus oficiales:

Todo comandante de formación, unidad o columna que viole las órdenes repetidas respecto a la disciplina debe tener claro en su mente que está poniendo en peligro el curso de la lucha y que por ello, está cargando con una grave responsabilidad.[\[172\]](#)

Pero tras los éxitos iniciales, estos casos de pánico no representaron una amenaza de desintegración y en la segunda parte de la guerra se convirtieron en la causa de gran ansiedad para los comandantes. La 18.^a Panzer, por ejemplo, experimentó una larga serie de derrumbamientos durante los últimos meses de su existencia en el verano y otoño de 1943. El primer día de la ofensiva *Zitadelle* uno de sus regimientos de fusileros se negó a atacar las posiciones del enemigo cuando se topó con una barrera de artillería pesada, y una compañía de reconocimiento que se retiraba en pleno caos tras un ataque fallido provocó un pánico general entre los hombres de otro batallón de fusileros que culminó con una veloz retirada de una línea bien defendida.[\[173\]](#) No mucho después, la

Alarmeinheiten, situada por la división como medida de emergencia, huyó del campo de batalla en el momento en que su oficial cayó. Al día siguiente uno de los regimientos de fusileros «quedó fuera de control» durante un ataque soviético, las tropas huyeron hacia la retaguardia y «en pocos minutos el propio cuartel general divisionario se convirtió en la línea del frente». Unos días más tarde, otro batallón de infantería huyó cuando un ataque de tanques soviéticos pasó sobre sus posiciones.^[174] El comandante de la división estaba notablemente angustiado por esta serie de incidentes, y en sus propias palabras, «las compañías, al oír el grito “tanques enemigos”, saltaron sobre los vehículos y tractores remolque de las armas pesadas y se dirigieron hacia la retaguardia en medio de una desastrosa confusión». Ya hemos visto que a diferencia de cómo estos casos se trataban en 1941, se esperaba que los oficiales, suboficiales e incluso los soldados rasos matasen sin escrúpulo alguno a cualquiera que fuese sospechoso de causar pánico.^[175] Pero el comandante divisionario intentaba también presionar sobre el orgullo profesional y nacional de sus hombres instándolos a:

Conservad vuestro sentimiento de superioridad incondicional sobre la infantería rusa que siempre ha sido inferior a vosotros y sigue siéndolo ahora. ¡Combatid duramente y con resolución contra toda manifestación de pánico! No os dejéis inducir a abandonar vuestro pozo de tirador antitanque y tened presente lo poco que ve el enemigo desde sus tanques. Mantened una disciplina de hierro en vuestras filas, cumplid con vuestro deber incluso cuando vuestro comandante haya caído. Aquel que tiene el corazón en su sitio, puede y debe mandar incluso sin charreteras ni galones.^[176]

En el fondo todo esto no servía para mucho. La 18.^a Panzer se encontró en medio de una crisis particularmente aguda de efectivos y material y su disolución en octubre de 1943 puede muy bien haber tenido que ver con estos frecuentes casos de desintegración. Con todo, el Ostheer en conjunto mantuvo su cohesión casi dos años más, luchando con mucha dedicación y determinación. Solo cuando todo estuvo perdido el soldado finalmente abandonó e incluso entonces sus oficiales continuaron intentando mantenerlos en sus posiciones. La División GD, por lo menos, solo se desintegró en abril de 1945. Siendo atacada por una fuerza soviética superior, el capitán Mackert, un comandante de batallón de la GD, vio a una unidad cercana salir fuera de su posición y marchar a la

retaguardia. Inmediatamente una de sus compañías, la que estaba en primera posición en la línea de ataque soviética, también huyó. «Todos mis intentos de mantener unida a la compañía fracasaron», escribió Mackert, que los amenazaba con su pistola: «Los hombres preferían que se les disparase a permanecer en sus posiciones». En unos momentos, el capitán se quedó con solo con un sargento de la compañía, dos radiotelegrafistas y un enlace. No volvió a ver a sus hombres nunca más.[\[177\]](#)

Por todo esto resulta evidente que en momentos críticos, cuando el terror ante el enemigo se hacía aun mayor que el miedo a sus superiores, se producían estragos en las unidades combatientes y ningún recurso a la brutalidad pudo impedirlo. Pero lo más importante en estos incidentes es que aunque estaban lejos de ser infrecuentes, en ningún momento de la guerra, salvo en las últimas semanas, amenazaron la cohesión del ejército en conjunto. Así como ha quedado demostrado que una disciplina brutal podía ser aceptada por las tropas solo porque se les había enseñado creer en los argumentos ideológicos en los que se basaba, también esta cohesión ideológica asumió un papel importante en evitar la desintegración organizativa del ejército cuando se hundió el sistema disciplinario. Paradójicamente, cuando la meta de la disciplina era infundir en las tropas el temor a sus superiores, el adoctrinamiento aterrizaba cada vez más a los soldados con narraciones de los horrores que debían esperar de los «judeo-bolcheviques» y de la «oleada asiática» que amenazaba a la cuna de la cultura. Esto, precisamente, cuando el temor al enemigo en un punto del frente era superior al temor a los castigos y causó hundimientos locales, el abrumador terror por las últimas consecuencias de una victoria soviética aisló este incidente; en lugar de que el hundimiento se difundiese por todo el frente, la reacción de las unidades de la zona fue la de darse ánimos una vez más y hacer un ulterior esfuerzo para detener a las hordas demoníacas que avanzaban desde el este. Los motines y la desintegración tendían a tener un efecto contagioso sobre los ejércitos y se propagaban con notable rapidez.

La Wehrmacht se salvaguardó a sí misma de tales rupturas por medio de una dura disciplina, pero vacunaron a sus tropas de una epidemia de pánico por medio de contrainyecciones de terror del enemigo. En efecto, puede decirse que el típico *Landser* era un hombre muy angustiado, temeroso de sus comandantes, aterrizado por el enemigo; esta es probablemente la razón por la que parece

que gozó mucho viendo a los demás sufrir. Las fotografías de sonrientes soldados de la Wehrmacht, cada uno con su pequeña máquina que reproduce afanosamente «partisanos» ahorcados o montones de judíos masacrados, este horripilante *Exekutions-Tourismus*^[178] que puede ser comprendido solo como la perversión final de los soldados por medio de un sistema disciplinario terrorista basado en una ideología asesina que alcanzó sus fines consiguiendo la cohesión al precio de destruir la estructura moral del individuo y por ello hacer posible el exterminio de innumerables personas indefensas. La percepción de la realidad de las tropas y la comprensión de sus acciones se vieron distorsionadas por las condiciones y las circunstancias de su existencia. Sin embargo, hay que destacar que fueron los años de adoctrinamiento premilitar y militar lo que moldeó el estado mental de los soldados, los preparó para los horrores de la guerra e instiló en ellos tal determinación y brutalidad. El siguiente capítulo examinará hasta qué punto la ideología nazi dio forma a la Wehrmacht convirtiéndola en el ejército de Hitler.

[1] Castigos corporales para incumplimientos menores de la disciplina que fueron abolidos solo en 1808. Véase Craig, *Politics*, p. 48.

[2] Véase, p.ej., J. F. C. Fuller, *The Decisive Battles of the Western World*, 2ª ed. Londres, 1970, 1: 555-78; M. Howard, *The Franco-Prussian War*, 3ª ed. Londres, 1981, pp. 57-63, 77-85; B. H. Liddell Hart, *History of the First World War*, 3ª ed. Londres, 1979.

[3] Véase entre otros: Craig, *Politics*, pp. 349-364; F. L. Carsten, *The Reichswehr and Politics 1918-33*, 2ª ed. Los Angeles, 1973, pp. 3-48; K.-J. Muller, *General Ludwig Beck*, Boppard am Rhein, 1980, pp. 323-39.

[4] Véase sobre todo Kroener, *Volksarmee*; Messerschmidt, *Werden y Pragung*; R. Absolon, «Das Offizierkorps des deutschen Heeres 1935-1945», en *Das deutsche Offizierkorps 1860-1960*, ed. H. H. Hofmann, Boppard am Rhein, 1980, pp. 247-268; Papke, *Offizierkorps und Anciennität*; J. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power*, 2ª ed. Londres, 1980, pp. 332, 393-394. Sobre semejanzas en el uso lingüístico, véase V. Klemperer, *Die Unbewältigte Sprache*, 3ª ed. Darmstadt; C. Berning, *Vom «Abstammungsnachweis» zum «Zuchtwart». Vokabular des Nationalsozialismus*, Berlin, 1964.

[5] R. J. O'Neill, *The German Army and the Nazi Party, 1933-39*, Londres, 1966; M. Messerschmidt, *Die Wehrmacht im NS-Staat* (Hamburg, 1969); K.-J. Muller, *Das Heer and Hitler*, Stuttgart, 1969.

[6] Messerschmidt, *German Military Law*. Sobre la justicia hacia el este ocupado, véase D. Majer, «*Fremdvölkische*» im Dritten Reich, Boppard am Rhein, 1981. En general sobre la perversión del derecho en el Reich, véase S. König, *Vom Dienst am Recht: Rechtsanwälte als Strafverteidiger im Nationalsozialismus*, Nueva York, 1987; B. Rüthers, *Entartetes Recht: Rechtslehren and Kronjuristen im Dritten Reich* (Múnich, 1988); D. Diner, «Rassistisches Völkerrecht: Elemente einer nationalsozialistischen Weltordnung», *VfZ* 1 (1989): 23-56; D. Giistow, *Tödlicher Alltag. Strafverteidiger im Dritten Reich* (Berlín, 1981); H. Fricke y M. Strocka, *Alltag der Gleichgeschalteten*, Reinbek bei Hamburg, 1985, pp. 204-262.

[7] En general sobre la campaña partisana, véase J. A. Armstrong (ed.), *Soviet Partisans in World War II* (Wisconsin, 1964); M. Cooper, *The Phantom War*, Londres, 1979; H. Kühnrich, *Der Partisanenkrieg in Europa, 1939-45*, Berlín, 1965; V. Redelis, *Partisanenkrieg*, Heidelberg, 1958.

[8] Sobre «Barbarroja» como cruzada, véase Förster y Ueberschär, *Freiwillige*; J. Förster, «Croisade de l'Europe contre le Bolchevisme», *RHDGM* 30 (1980): 1-26; A. J. Mayer, *Why Did the Heaven Not Darken?* (Nueva York, 1988).

[9] BA-MA, RH26-12/252, 25.10.39.

[10] BA-MA, RH26-12/252, 20.11.39.

[11] BA-MA, RH26-12/252, 18.12.39.

[12] BA-MA, RH26-12/279, 29.9.39.

[13] BA-MA, RH26-12/279, 1.10.39.

[14] BA-MA, RH26- I 2/99, 25.10. 40.

[15] BA-MA, RH26-12/236, 8.11.39.

[16] BA-MA, RH26-12/253, 19.9.39.

[17] BA-MA, RH26-12/252, 25.10.39. Sobre la pena de muerte en el ejército por homosexualidad decretada en 1943, véase Cocks, *Professionalization of Psychotherapy*, pp. 319-321. Me informan que Geoffrey Giles está trabajando en un libro sobre la homosexualidad en la Alemania nazi. Véase asimismo Seidler, *Prostitution*, pp. 193-232.

[18] Rohde, *Hitlers erster «Blitzkrieg»*, pp. 136-46. Véase también M. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik 1939-1945*, Stuttgart, 1961; H. Umbreit, *Deutsche Militärverwaltung 1938-1939*, Stuttgart, 1977.

[19] E. Klee *et al.* (coords.), «Schöne Zeiten». *Judenmord aus der Sicht der Täter und Gaffer*, Frankfurt, 1988, pp. 14-15.

[20] C. Streit, *Keine Kameraden* (Stuttgart, 1978), pp. 187-188 nota que la Wehrmacht se preocupó mucho de garantizar un trato adecuado a los prisioneros de guerra en la campaña del oeste, medidas que eran inimaginables en la URSS.

[21] H. Umbreit, *Der Militärbefehlshaber in Frankreich 1940-1944*, Boppard am Rhein, 1968; e idem., *Vormachtstellung*, pp. 319-327. Véase también E. Jäckel, *Frankreich in Hitlers Europa*, Stuttgart, 1966; A. Hillgruber, *Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940-1941*, Frankfurt, 1965. De todos modos, véase C. W. Sydnor, Jr., *Soldiers of Destruction. The SS Death's Head Division, 1933-1945*, Princeton, 1977, pp. 106-109, sobre la matanza de prisioneros británicos en Le Paradis y la falta de medidas por parte del mando de la Wehrmacht contra los culpables. Sobre el impacto de la experiencia en el Este de formaciones trasladadas al oeste en 1944, véase M. Hastings, *Das Reich. Resistance and the March of the 2nd SS Panzer Division Through France June 1944*, Londres, 1981. Para la matanza de Oradour, y especialmente su comentario en la p. 16, y J. J. Weingartner, *Crossroads of Death. The Story of the Malmédy Massacre and Trial*, Los Angeles, 1979. Que hubiese también un elemento de caballería mítica y ocasional especialmente en la Luftwaffe y en la Marina, debido a las dos tradiciones y circunstancias técnicas diferentes, no contradice en absoluto el hecho de ambas armas aceptasen la «necesidad» de matar a civiles, ni que estuviesen profundamente impregnados de adoctrinamiento nazi. Véase. p.ej., Kroener, *Die Personellen Ressourcen*, p. 912.

[22] BA-MA, RH26-12/183, 21.5.40.

[23] BA-MA, RH26-12/274, 27.6.40.

[24] BA-MA, RH26-12/235, 3.10.40.

[25] BA-MA, RH26-12/99, 25.10.40.

[26] BA-MA, RH26-12/235, 2.10.40; BA-MA, RH26-12/108, 9.4.41.

[27] BA-MA, RH26-12/21, 7.5.41.

[28] BA-MA, RH26-12/21, 6.5.41.

[29] BA-MA, RH26-12/21, 8.5.41.

[30] BA-MA, RH26-12/236, 21.6.40.

[31] Streit, *Keine Kameraden*, pp. 28-61. Véase también H. Krausnick y H.-H. Wilhelm, *Die Truppe*

des Weltanschauungskrieger, Stuttgart, 1981, pp. 116-141; H. A. Jacobsen, «Kommissarbefehl und Massenexekutionen sowjetische Kriegs-gefangener», en *Anatomie des SS-Staates*, H. Buchheim et al. Olten, 1965, 2 :170- 82; H. Krausnick, «Kommissarbefehl und `Gerichtsbarkeitserlass Barbarossa' in neuer Sicht», *VfZ* 25 (1977): 682-758.

[32] Para una discusión sobre el argumento de «necesidad» en la guerra, véase see M. Walzer, *Just and Unjust Wars*, 3ª ed. Harmondsworth, 1980, pp. 144-151 sobre el Asunto del Laconia; pp. 255-269 sobre los bombardeos de Alemania y de Japón, pp. 317-319 sobre el bombardeo estadounidense de Saint-Lô.

[33] Véase infra, n. 6; Seidler, *Prostitution*, pp. 233-273, 312-317.

[34] Además de la literatura ya mencionada, véase posteriormente sobre las actividades criminales de la Wehrmacht en el Este y su base ideológica en C. Streit, «The German Army and the Policies of Genocide», en *The Policies of Genocide*, ed. G. Hirschfeld, Londres, 1986, pp. 1-14; e *ibid.*, J. Forster, «The German Army and the Ideological War against the Soviet Union», pp. 15-29; e idem, «New Wine in Old Skins? The Wehrmacht and the War of 'Weltanschauungen', 1941», en *The German Military in the Age of Total War*, ed. W. Deist Leamington Spa/New Hampshire, 1985, pp. 304-22.

[35] J. Forster, «Das Unternehmen "Barbarossa" als Eroberungs-und Vernichtungskrieg», en *Das deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 4:437-38; Streit, *Keine Kameraden*, p. 49; Krausnick, *Die Truppe*, pp. 121-126. Algunos historiadores se vieron atraídos por las falsificaciones de posguerra de algunos generales. Véase, p.ej. A. Dallin, *German Rule in Russia 1941-45*, 2ª ed. Londres, 1981, pp. 30-34. Es destacable que Dallin no fuese capaz de corregir este error ni siquiera en la nueva edición de su trabajo.

[36] Un ejemplo diferente de la función de un caos estructurado comn el fin de ordenar una sociedad es el carnaval medieval. Véase E. Le Roy Ladurie, *Carnival in Romans*, 3ª ed. Harmondsworth, 1981.

[37] Para un ejemplo típico de la falta de comprensión del carácter esencial de la guerra en el Este por un por otra parte muy fino historiador, véase H. Mommsen, «Kriegserfahrungen», en *Über Leben im Krieg*, ed. U. Borsdorf y M. Jamin, Reinbeck bei Hamburg, 1989, p. 13. Incluso más extraño es el hecho del pasaje importante de esta introducción completamente desvirtua el argumento principal de la contribución al mismo volumen sobre el Frente del Este, al igual que la horrenda evidencia fotográfica que la acompaña. Véase *ibid.*, Bartov, *Ex-tremfälle*; y «Bildserien: Verbrannte Erde; Partisanenbekämpfung; eine Erschiessung sowjetischer Soldaten; sowjetische Juden als Zwangsarbeiter der Wehrmacht», pp. 162-168.

[38] Véase asimismo P. Hayes, *Industry and Ideology. IG Farben in the Nazi Era*, 2ª ed. Cambridge, 1989.

[39] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 167.

[40] Esto también volvió a la población contra los ocupantes, naturalmente. Esto junto a determinantes ideológicos nazis, rebajó en gran medida el intento de establecer una organización rusa antibolchevique. Sobre el más importante colaboracionista véase, C. Andreyev, *Vlasov and the Russian Liberation Movement. Soviet reality and émigré theories*, 2ª ed. Cambridge, 1989.

[41] Véase, p.ej., R. O. Paxton, *Vichy France*, 2ª ed. NuevaYork, 197, pp. 292-293.

[42] G. R. Ueberschär and W. Wette (eds.), «*Unternehmen Barbarossa*», Paderborn, 1984, pp. 173-195 (contribución por R.D. Muller); Müller, *Das Scheitern*. Véase también D. Eichholz, «Der Generalplan Ost», *JfG* 26 (1982): 217-274; R. D. Müller, «Industrielle Interessenpolitik im Rahmen des Generalplan Ost» *MGM* 1 (1981): 101-141; H. Heiber, «Der Generalplan Ost», *VfZ* (1958): 281-325; T. P. Mulligan, «Reckoning the Cost of People's War: the German Experience in the Central USSR», *RH* 5 (1982): 27-48; R.-D. Müller, *Das Tor zur Weltmacht*, Boppard am Rhein, 1984; Herbert, *Fremdarbeiter*; E. L. Homze, *Foreign Labour in Nazi Germany*, Princeton, 1967; N. Müller, «Dokumente zur Rolle der Wehrmacht bei der Deportation sowjetischer Bürger zur Zwangsarbeit in Deutschland 1941-1944», *BAZW* 4 (1970): 29-62; H. Pfahlmann, *Fremdarbeiter und Kriegsgefangene in der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945*, Darmstadt, 1968.

[43] BA-MA, RH27-18/4, 19.6.41.

[44]BA-MA, RH27-18/153, 28.7.41, 10.8.41; BA-MA, RH27-18/26, 5.8.41; BA-MA, RH27-18/176, 6.8.41.

[45]BA-MA, RH27-18/27, 17.8.41; BA-MA, RH27-18/181, informes para agosto, septiembre y noviembre de 1941; BA-MA, RH27-18/176, 7.11.41.

[46]BA-MA, RH26-12/129, 26.5.-15.12.41; 11.8.41.

[47]BA-MA, RH26-12/126, 7.11.41.

[48]BA-MA, RH27-18/177, 7.12.41.

[49]BA-MA, RI-127-18/177, 8.11.-15.11.41.

[50]BA-MA, RH27-18/78, 9.12.41.

[51]BA-MA, RH27-18/24, 11.7.41.

[52]BA-MA, RH27-18/24, 18.7.41; BA-MA, RH27-18/175, 27.7.41.

[53]BA-MA, RH27-18/175, 30.7.41; BA-MA, RH27-18/26, 7.8.41.

[54]BA-MA, RH27-18/27, 14.9.41.

[55]BA-MA, RH26-12/128, 2.7.41; BA-MA, RH26-12/211, 17.8.41; BA-MA, RH26-12/294, 8.10.41.

[56]BA-MA, RH27-18/181, 2.11.41.

[57]BA-MA, RH26-12/126, 7.11.41.

[58]BA-MA, RH26-12/291, 24.1.42.

[59]BA-MA, RH26-12/288, 2.4.42.

[60]BA-MA, RH27-18/75, 15.1.42; BA-MA, RH27-18/178, 28.2.42; BA-MA, RH27-18/76, 24.3.42; BA-MA, RH27-18/194, 9.11.42.

[61]BA-MA, RH26-12/298, 29.6.43.

[62]BA-MA, RH26-12/140, 16.12.41-31.8.42.

[63]Guderian, *Panzer Leader*, p. 194.

[64]BA-MA, RH27-18/184, informes de enero, febrero y marzo de 1942.

[65]BA-MA, RH27-18/76, 24.3.42; BA-MA, RH27-18/188, 17.4.42 y numerosos otros documentos en el archivo, así como en BA-MA, RH27-18/194 y BA-MA, RH27-18/196; BA-MA, RH27-18/178, 17.2.43.

[66]Mebes, pp. 10-11.

[67]BA-MA, RH26-1005/62, 1.9.-31.10.41.

[68]BA-MA, RH26-1005/62, 16.9.42, 23.9.42; BA-MA, RH26-1005/37, 21.9.42

[69]BA-MA, RH26-1005/42, 15.10.42.

[70]BA-MA, RH26-1005/71, 19.5.43.

[71]BA-MA, RH26-12/246, 14.1.42; BA-MA, RH26-12/42, 16.1.42.

[72]BA-MA, RH26-12/62, 27.2.42.

[73]BA-MA, RH26-12/292, 25.6.42.

[74]BA-MA, RH26-12/295, 11.10.42, 22.10.42, y 9.11.42 para un ejemplo de otra «evacuación».

[75]BA-MA, RH27-18/142, 24.7.43.

[76]BA-MA, RH26-12/298, 1.7.43.

[77]BA-MA, RH26-12/128, 21.9.41. Véase también Streit, *Keine Kameraden*, p. 140.

[78]BA-MA, RH27-18/133, 26.3.43; BA-MA, RH27-18/199, 7.6.43; BA-MA, RH26-12/134, 5.8.42. Sobre escasez de medicinas y equipo y el debate sobre las posiblemente demasiadas amputaciones en las filas de la propia Wehrmacht, véase M. Kater, *Doctors under Hitler*, Chapel Hill, 1989, pp. 52-53. Uno de mis lectores (cita: *Heeres-Sanitäts-Inspekteur*, 17.10.42, microcopia T-78, bobina 482, bastidor 6467197, Archivos Nacionales) ha llamado mi atención sobre un documento ruso que afirma que los alemanes mataron a sus propios camilleros con el fin de prevenir la difusión del tifus. De todos modos, no he encontrado ninguna confirmación respecto a tal afirmación en los documentos de la Wehrmacht que he visto.

[79]BA-MA, RH26-12/292, 25.5.42; BA-MA, RH26-12/12, 12.6.42; BA-MA, RH26-12/137, informes

entre 8.7.-27.11.42; BA-MA, RH26-12/148, 17.3.43.

[80] BA-MA, RH27-18/188, 14.5.42; BA-MA, RH27-18/189, 8.9.42.

[81] BA-MA, RH26-12/211, 17.8.41; BA-MA, RH26-12/294, 22.4.42.

[82] BA-MA, RH26-12/133, 17. 9.42 ; BA-MA, RH26-12/295, 10.11. 42.

[83] BA-MA, RH27-18/179, 9.12.41.

[84] Bahr, *Kriegsbriefe*, pp. 223-24.

[85] BA-MA, RH27-18/74, 20.12.41, 21.12.41; BA-MA, RH27-18/78, 29.12.41; BA-MA, RH27-18/157, 1.1.42.

[86] BA-MA, RH27-18/82, 28.1.42.

[87] BA-MA, RH27-18/131, 13.2.43; BA-MA, RH27-18/203, 3.8.43.

[88] BA-MA, RH26-12/133, 12.2.43; BA-MA, RH26-12/72, 14.2.43, 15.2.43.

[89] BA-MA, RH26-12/141, 28.2.43; BA-MA, RH26-12/76, 1.3.43.

[90] BA-MA, RH26-1005/68, 15.1.-27.2.43; BA-MA, RH26-1005/71, 2.8.43; BA-MA, RH26-1005/70, 1.4.-30.9.43.

[91] BA-MA, RH26-1005/71, 6.9.-28.9.43; Benes, pp. 22-23, entrada para 17.9.43.

[92] Ueberschär, *Barbarossa* (contribución de C. Streit), pp. 197-218. Véase ulteriormente en Streit, *Keine Kameraden*; A. Streim, *Die Behandlung sowjetischer Kriegsgefangener in «Fall Barbarossa»*, Heidelberg, 1981; M. Messerschmidt, «Kom-mandobefehl and NS-Wilkerrechtsdenken», *RDP* 11 (1972): 110-134. Más en general sobre prisioneros de guerra, véase G. H. Davis, «Prisoners of War in Twentieth-Century War Economies», *JCH* 12 (1977): 623-634; A. Rosas, *The Legal Status of Prisoners of War*, Helsinki, 1976.

[93] BA-MA, RH26-12/244, 22.6.41.

[94] BA-MA, RH26-12/85, 21.5.42.

[95] BA-MA, RH26-12/243, 13.9.41.

[96] BA-MA, RH26-12/56.

[97] BA-MA, RH26-12/27, 5.7.41.

[98] BA-MA, RH26-12/27, 17.7.41.

[99] BA-MA, RH26-12/24, 25.6.41.

[100] BA-MA, RH26-12/175, 30.6.41.

[101] Guderian, *Panzer Leader*, p. 152.

[102] BA-MA, RH27-18/157, 14.2.42.

[103] Bartov, *Eastern Front*, pp. 75-76.

[104] BA-MA, RH26-1005/42, 19.9.42.

[105] BA-MA, RH26-1005/42, 23.9.42.

[106] BA-MA, RH26-1005/47, 26.4.43.

[107] BA-MA, RH26-12/211, 31.7.41.

[108] BA-MA, RH27-18/27, 17.8.41.

[109] BA-MA, RH26-12/288, 6.8.41; BA-MA, RH26-12/290, 21.10.41; Streit, *Keine Kameraden*, pp. 138-140 para tablas calóricas.

[110] BA-MA, RH27-18/175, 17.6.41.

[111] BA-MA, RH26-12/291, 24.1.42; BA-MA, RH26-12/246, 28.1.42; BA-MA, RH27-18/194, 25.9.42.

[112] BA-MA, RH26-12/287, 21.8.41; BA-MA, RH27-18/26, 6.8.41.

[113] BA-MA, RH26-12/295, 14.11.41; BA-MA, RH26-12/51, 6.3.42; BA-MA, RH26-12/220, 8.12.42, 14.12.42; BA-MA, RH26-12/59, 1.2.43; BA-MA, RH26-12/78, 9.3.43, 1.4.43, 1.5.43, 1.6.43; BA-MA, RH27-18/76, 2.11.41, 7.3.42; BA-MA, RH27-18/177, 8.-15.11.41; BA-MA, RH27-18/73, 11.11.41; BA-MA, RH27-18/188, 2.5.42; BA-MA, RH27-18/189, 25.6.42; BA-MA, RH27-18/ 124, 26.7.42,

25.11.42, 6.12.42, 15.12.42; BA-MA, RH27-18/194, 19.8.42; BA-MA, R1-127-18/159, 5.9.42; BA-MA, RH27-18/164, 1.4.-30.6.43; BA-MA, RH27-18/196, 30.4.43; BA-MA, RH27-18/144, 24.8.43.

[114] BA-MA, RH26-12/244, 22.6.41.

[115] BA-MA, RH26-12/211, 31.7.41.

[116] BA-MA, RH27-18/26, 4.8.41.

[117] BA-MA, RH27-18/28, 14.8.41; BA-MA, RH27-18/242, 25.8.41; BA-MA, RH27-18/154, Septiembre de 1941.

[118] BA-MA, RH26-12/32, 5.8.41.

[119] Véase esp. Streit, *Keine Kameraden*, pp. 28-61; y un examen detallado en Krausnick, *Die Truppe*.

[120] BA-MA, RH26-12/126.

[121] Véase, p.ej., BA-MA, RH26-12/128, 12.8.41.

[122] BA-MA, RH26-12/287, 15.8.41.

[123] BA-MA, RH26-12/242, 25.8.41; BA-MA, RH26-12/154, septiembre 1941; BA-MA, RF126-12/123, 18.9.41.

[124] BA-MA, RH27-18/154, 8.10.41.

[125] BA-MA, RH26-12/128, 27.9.41, 11.10.41; BA-MA, RH26-12/243, 4.10.41.

[126] BA-MA, RH26-12/245, 13.10.41.

[127] BA-MA, RH26-12/244, 31.10.41, 14.11.41; BA-MA, RH26-12/206, 1.11.41.

[128] BA-MA, RH26-12/245, 17.11.41, 20.11.41, 2.12.41, 11.12.41.

[129] BA-MA, RH26-12/200, 5.12.41; BA-MA, RH26-12/246, 5.12.41.

[130] BA-MA, RH26-12/246, 29.11.-5.12.41.

[131] BA-MA, RH26-12/245, 3.12.41, 7.12.41.

[132] BA-MA, RH26-12/245, 14.12.41; BA-MA, RH26-12/294, 9.1.42.

[133] BA-MA, RH26-12/246, 19.12.41, 24.12.41.

[134] BA-MA, RH26-12/246, 4.1.42, 8.1.42.

[135] BA-MA, RH26-12/246, 31.1.42.

[136] Véase por ejemplo la destrucción de la aldea de Nov Lodomir: BA-MA, RH26-12/84, 20.1.-30.1.42.

[137] Véase por ejemplo: BA-MA, RH27-18/157, 11.2.42; BA-MA, RH27-18/158, 7.4.42-3.2.43, esp. entradas para 7.4.-1.7.42 sobre evacuaciones; BA-MA, RH27-18/115, 13.4.42.

[138] BA-MA, RH26-1005/6, 15.4.42.

[139] BA-MA, RH26-1005/42, 23.9.42.

[140] BA-MA, RH27-18/162, 4.2.-2.6.43, esp. entradas para 12.5.-16.5.43; BA-MA, RH27-18/132, 10.5.43, 9.6.43; BA-MA, RH27-18/164, 13.5.43, y *Anlage* 426; BA-MA, RH27-18/196, 16.5.43; BA-MA, RH27-18/130, 16.5.43; BA-MA, RH27-18/135, 2.6.43; BA-MA, RH27-18/166, 8.6.43. Véase también Krausnick, *Die Truppe*, pp. 243-49.

[141] BA-MA, RH26-12/244, 11.7.41.

[142] BA-MA, RH26-12/245, 13.10.41.

[143] BA-MA, RH27-18/24, 24.6.41, 8.7.41.

[144] BA-MA, RH27-18/159, 8.6.42.

[145] Véase un buen ejemplo de esta práctica en C. R. Browning, *Fateful Months. Essays on the Emergence of the Final Solution* (Nueva York, 1985), pp. 39-56.

[146] BA-MA, RH26-12/245, 13.10.41.

[147] BA-MA, RH26-12/246, 11.1.42. Véase asimismo, p.ej., BA-MA, RH26-12/83, 16.12.41-28.2.43. Sobre la matanza de niños judíos por la Wehrmacht, véase, por ejemplo: H. Krausnick y H. C. Deutsch (eds.), *Helmut Groscurth: Tagebücher eines Abwehroffiziers* (Stuttgart, 1970), pp. 234-242.

[148] BA-MA, RH26-1005/42, 22.10.42.

[149] BA-MA, RH26-12/245, 13.10.41.

[150] BA-MA, RH27-18/177, 17.11.41; BA-MA, RH27-18/164, 30.4.43.

[151] BA-MA, RH26-1005/42, 22.10.42.

[152] M. Messerschmidt, «Deutsche Militärgerichtsbarkeit im Zweiten Weltkrieg», en *Recht, Verwaltung und Justiz im Nationalsozialismus*, ed. M. Hirsch et al. Colonia, 1984, pp. 553-556; idem., *German Military Law*; y, más recientemente, idem. y F. Wüllner, *Die Wehrmachtjustiz im Dienste des Nationalsozialismus. Zerstörung einer Legende*, Baden-Baden, 1987. Véase asimismo, O. P. Schweling, *Die deutsche Militärjustiz in der Zeit des Nationalsozialismus*, 2ª ed. Marburgo, 1978, pp. 216-284; Seidler, *Prostitution*, pp. 205-206, 271. Para un brillante trabajo sobre la ejecución de un desertor de la Wehrmacht en los Países Bajos, véase la carta de Friedrich Andreas von Koch, fechada el 3 de octubre de 1942, citada en Bähr, *Kriegsbriefe*, pp. 238-240; y para el caso de Ernst Jünger, hijo del autor, que poco antes de que muriese en Italia a los 18 años de edad fue detenido acusado de criticar a Hitler, véanse sus cartas, citadas *ibid.*, pp. 394-397; véase también el diario de guerra de su padre, E. Junger, *Strahlungen II*, en *Tagebücher III*, vol. 3 de *Sämtliche Werke*, Stuttgart, 1979 [1949], pp. 231, 249-252, 322, 337-338, 344, 360-363.

[153] BA-MA, RH27-18/4, 19.6.41.

[154] BA-MA, RH27-18/176, 1.8.41.

[155] BA-MA, RH27-18/28, 18.8.41.

[156] BA-MA, RH27-18/74, 12.12.41.

[157] BA-MA, RH27-18/74, 30.12.41.

[158] BA-MA, RH27-18/73, 29.11.41.

[159] BA-MA, RH27-18/76, 12.3.42.

[160] BA-MA, RH27-18/76, 19.3.42.

[161] BA-MA, RH27-18/123, 27.9.42, 28.9.42.

[162] BA-MA, RH26-1005/61, 7.4.43; BA-MA, RH26-1005/70, KTB lb Nr. 3, 1.4.-30.9.43, p. 102, entrada para 4.-8.8.43.

[163] BA-MA, RH26-12/131, 25.12.41; BA-MA, RH26-12/45, 5.10.41; BA-MA, RH26-12/139, 4.5.43; BA-MA, RH26-12/151, 24.9.43.

[164] BA-MA, RH26-12/85, 24.10.42.

[165] BA-MA, RH26-12/267, 7.5.42.

[166] BA-MA, RH26-12/85, 27.5.42.

[167] BA-MA, RH26-12/134, 30.7.42.

[168] BA-MA, RH27-18/131, 25.2.43.

[169] BA-MA, RH26-12/72, 15.2.43.

[170] BA-MA, RH27-18/142, 17.7.43.

[171] BA-MA, RH27-18/24, 26.6.41.

[172] BA-MA, RH27-18/24, 4.7.41.

[173] BA-MA, RH27-18/147, 12.7.43.

[174] Paul, 18.Pz.Div., p. 262.

[175] BA-MA, RH27-18/142, 17.7.43.

[176] BA-MA, RH27-18/142, 19.7.43.

[177] Spaeter/Schramm, GD, 3: 665-81.

[178] Klee, *Schöne Zeiten*, pp. 122-29; Borsdorf, *Über Leben*, p. 165.

4. LA DISTORSIÓN DE LA REALIDAD

A mediados de julio de 1941 un suboficial de la Wehrmacht escribía a su casa desde el Frente del Este:

El pueblo alemán debe mucho a su Führer, pues si estas bestias, que son nuestros enemigos aquí, llegasen hasta Alemania, los asesinatos que habrían tenido lugar no se habrían visto en el mundo antes... Lo que hemos visto no podría describirlo ningún periódico. Esto roza lo increíble, incluso la Edad Media no puede compararse con lo que ha ocurrido aquí. Y cuando alguien lee el *Stürmer* y mira las fotos, esto es solo una pálida ilustración de lo que vemos y los crímenes cometidos aquí por los judíos. Créeme, incluso los reportajes del periódico más sensacionalista son solo una fracción de lo que está sucediendo aquí.^[1]

La llamativa inversión de la realidad, que atribuía la inaudita brutalidad de la Wehrmacht y de las SS a sus propias víctimas, fue el aspecto más característico del soldado alemán al «adaptarse y aceptar» sus acciones en la Unión Soviética. Efectivamente, podemos decir que con probabilidad era el medio más eficaz de superar los escrúpulos morales que muchos de los soldados y oficiales de la Wehrmacht pudiesen conservar a pesar de los largos años de adiestramiento ideológico. Con todo, es precisamente esta percepción distorsionada de la realidad la que nos da la medida del éxito de la propaganda y adoctrinamiento nazi.^[2] No se esperaba del soldado alemán que se convirtiera en ideológicamente comprometido con alguna forma de teoría o dogma nacionalsocialista; si bien el régimen quería que los soldados aceptasen su *Weltanschauung*, esta nunca pretendió ser un conjunto de ideas sólido y coherente sino más bien una serie de eslogans derivados de sus acciones y guía de estas. Los temas centrales de la ideología nazi —el racismo, el antisemitismo y el anticapitalismo pero más aun el antibolchevismo, el expansionismo y la creación de un *Lebensraum* en el este, así como la construcción de un armonioso y «racialmente puro» *Volkgemeinschaft* en la patria, gobernado en consonancia con el *Führerprinzip*— tenían gran afinidad con los modos de pensar, los principios organizativos, las tareas autoimpuestas y los ideales propios del ejército.^[3] El nazismo y los militares tendían a idealizar la batalla como la

prueba suprema del individuo y a considerar la camaradería de armas de los soldados, la llamada *Kampfsgemeinschaft*, como el modelo perfecto de la organización social. No era una coincidencia ya que muchas de las ideas nazis se habían originado en el ámbito militar, por lo que, a un número cada vez mayor de oficiales, le pareció natural sin más reintroducirlas en el ejército en su forma más radical: nazificada. La tendencia de los nacionalsocialistas a acentuar la acción más que la teoría, correspondía muy bien también a la mentalidad militar. El acto precedía al pensamiento, al que confirma y moldea constantemente.[\[4\]](#) Con todo, no se trataba de un punto de vista pragmático, pues subyaciendo a la acción había unas cuantas creencias y dogmas esenciales e inamovibles que ninguna prueba empírica podía refutar, en particular si no se basaban en un análisis racional o en una construcción lógica, sino en la fe. Así pues, para no ser obstaculizados por manifestaciones de la realidad perturbadoras o por códigos morales y tradiciones previamente adquiridas, debemos observar constantemente al mundo y en especial las causas y consecuencias de las acciones particulares sobre él a través de los filtros ideológicos nazis. Este tendió a convertirse en una profecía autocumplida, por la que actuando de una manera percibida como necesaria para la situación se esperaba crear realmente esta, confirmando las propias expectativas y justificando las propias acciones. La confusión entre causa y efecto fue de hecho inherente a la guerra en el Este y constituyó un componente vital de su energía destructiva. Esto arraigó profundamente en la memoria colectiva alemana de la guerra. Las características distorsionadas de los torturados y masacrados sirvieron de pruebas de sí mismos en vez de pruebas de la inhumanidad de sus asesinos; el sentimiento de atrocidad moral y repugnancia física que despertaron produjeron un poderoso deseo de venganza que, por un proceso de inversión, se dirigió contra las víctimas en vez de contra los perpetradores, es decir, el «otro» en vez de uno mismo, pues es su presencia la que ha hecho necesarias tales atrocidades, su evidente inhumanidad que había puesto de manifiesto su propia barbarie. De aquí que solo aniquilando físicamente a las víctimas y borrando su memoria se puede salvar la propia humanidad.[\[5\]](#)

Una distorsión tan profunda de las propias facultades racionales y de la percepción de la realidad y un mecanismo de inversión tan eficaz exigía un notable esfuerzo de adoctrinamiento. Sin lugar a dudas, con frecuencia los

soldados hacían frente a la destrucción de vidas y propiedades enemigas trasladando la responsabilidad de sus acciones sobre sus oponentes. La deshumanización del enemigo es un elemento inherente a la guerra; cuando los soldados atribuyen una identidad particular al individuo al que se enfrentan en el campo de batalla, apretar el gatillo puede convertirse en algo casi insoportable. Solo en raros casos los soldados matan por odio personal contra un individuo específico; más bien, puede sentir odio o desea vengarse de una entidad generalizada, sin rostro, que constituye el «enemigo». Lo más frecuente es que los soldados encuentren fácil matarse unos a otros precisamente porque no perciben al enemigo como a un ser humano igual. De hecho, los soldados que se enfrentan con la realidad de que han matado realmente a individuos no muy diferentes de ellos mismos pueden verse afectados por un sentimiento de culpabilidad personal acompañado por el agravio hacia aquellos que les habían dado órdenes de matar. No obstante, el caso de la Wehrmacht —y en especial del Ostheer, era esencialmente diferente pues no se trataba de una guerra normal entre dos ejércitos opuestos, sino una campaña de asesinatos y destrucciones eximida de toda norma de conducta aceptada previa e intencionadamente— movilizó un inevitable sentimiento de culpa por la matanza de civiles inocentes y soldados desarmados como una maquinaria que iba aumentando su barbarie, castigando a sus víctimas por haber convertido a sus perseguidores en monstruos. Con todo, cuando las condiciones del frente y la naturaleza de la ocupación aceleraron este proceso, sus raíces subyacían en una mucho más prolongada preparación que se remontaba a las experiencias prebélicas y premilitares.

La mayoría de los hombres que sirvieron como tropas de combate en la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial eran niños o adolescentes cuando Hitler llegó al poder en 1933. Un soldado que tuviese dieciocho años en 1943 tenía solo ocho cuando los nazis «habían tomado el poder». Así, la punta de lanza militar del Tercer Reich se componía de hombres que habían pasado sus años de formación de su juventud bajo el nacionalsocialismo. Esto tenía una importancia especial porque la primera y principal preocupación del régimen era el adoctrinamiento de la joven generación alemana en el sistema educativo oficial y en especial en las filas de la *Hitlerjugend* (HJ, Juventudes Hitlerianas) y del *Arbeitsdienst* (Oficina de trabajo). Expuestos a la influencia de estas nuevas

y atractivas instituciones a una edad muy impresionante, hay pocas dudas de que los jóvenes que se iban a convertir en las tropas de la Wehrmacht, fueron moldeadas en gran medida por el espíritu del nazismo, y preparados para el tipo de guerra que el régimen estaba decidido a hacer. Las HJ obtuvieron mucho de su encanto al oponerse abiertamente a los centros de autoridad tradicionales, la familia y la escuela, y presentándose a sí misma como un movimiento juvenil rebelde decidido a destruir un presente formal y anacrónico con el fin de crear un brillante futuro lleno de aventuras y promesas, pero también como un cuerpo altamente devoto y disciplinado de seguidores unidos por una única causa y dirigidos por un líder casi divino. Esta combinación de rebelión contra las formas e instituciones antiguas, una estimulante y fanática devoción, este compromiso de destruir el presente y construir el futuro, este deseo de desobedecer las viejas reglas y dirigentes pero, aun así, seguir «ciegamente» a los nuevos, a actuar más que a pensar, esta celebración de vitalidad juvenil acompañada por una fascinación por la muerte, estaban en el meollo de la apropiación por los nazis de los jóvenes y futuros soldados de Alemania.[6]

La manera de cómo el adoctrinamiento nacionalsocialista dio forma a la mente y a la personalidad de los jóvenes alemanes se describe gráficamente en sus memorias: en el caso de Alfons Heck que tenía seis años en 1933, su pertenencia a las Juventudes Hitlerianas fue tan importante que constituye el tema principal de su autobiografía. Criado por padres católicos que carecían de inclinaciones nazis, Heck se unió en seguida a las HJ y se convirtió en un partidario fanático del Führer. Es significativo que, aunque los acontecimientos descritos en el libro se sitúan en la misma región rural de Renania como en la película *Heimat* y los protagonistas de esta han quedado supuestamente poco impresionados por el nazismo, el de Heck es una *Bildungsroman* (novela de formación) centrada en la conversión de un muchacho inocente en un celoso líder de las Juventudes Hitlerianas cuyo mayor deseo es sacrificarse por el Führer.[7] Naturalmente, incluso en 1944, el joven de diecisiete años que es Heck conoce poco la teoría nacionalsocialista; pero como combatiente por la causa personifica al *idealtyp* (tipo ideal) del régimen. Si bien el suicidio de Hitler barre sus lealtades anteriores, mientras que el Führer sigue vivo, la devoción del muchacho constituye la fuerza motivadora más importante de su joven espíritu. Solo podemos sorprendernos ante las huellas que esta larga adicción juvenil de

doce años han dejado en el carácter del adulto posbélico.[\[8\]](#) El algo más joven Dieter Borkowski, criado por su madre en la gran metrópoli de Berlín, describe también que su identidad ha sido moldeada principalmente por las HJ, los films antisemitas y los populares *Wochenschaun*.[\[9\]](#),[\[10\]](#) En mayo de 1945, cuando este mozalbete de dieciséis años está luchando todavía en Berlín con toda la determinación de un defensor juramentado del régimen, oye que el Führer se ha quitado la vida. El tremendo choque que experimenta al recibir la noticia nos da la medida de la devoción de Borkowski por Hitler y de todo lo que este personifica para el joven, por muy limitada que fuese su capacidad de comprensión de las implicaciones ideológicas y prácticas del nacionalsocialismo:

Estas palabras hacen que me sienta enfermo, tanto que podría vomitar. Siento que mi vida ya no tiene sentido. ¿Para qué es esta batalla, para qué ha servido la muerte de tantas personas? La vida se ha vuelto realmente sin sentido, pues Hitler se ha disparado a sí mismo, los rusos acabarán ganando finalmente... Así pues, el Führer ¿acaso no ha traicionado a su Volk, después de todo?[\[11\]](#)

Hubo muchos más casos como este. El régimen se hizo con la lealtad de los niños y jóvenes alemanes confiándoles unos tremendos poderes destructivos. Algunos se hicieron en seguida lo suficientemente mayores como para ejercerlos contra los enemigos exteriores reales o supuestos del Reich; la generación más joven quedó confinada al círculo familiar y a la escuela, donde funcionó como un cuerpo de agentes e informadores del régimen. Jochen Ziem y Karl Hildebrand, de 12 y dieciséis años respectivamente, pasaron una niñez idílica en una aldea de Siegerland y estuvieron a punto de denunciar a sus padres a las autoridades nazis cuando chocaron con ellos a causa de asuntos familiares y creyeron que estaban traicionando al Reich.[\[12\]](#)

Fueron precisamente los soldados más jóvenes de la Wehrmacht los que más probablemente pudieron caer bajo la influencia del adoctrinamiento nazi antes de ser reclutados. Los jóvenes que tenían entre seis y once años en 1933 pasaron largos años en las HJ y todavía tuvieron una buena oportunidad de hallarse en el frente durante la guerra. Es interesante constatar que el origen social de estos jóvenes parece haber jugado una importancia menor en la decisión de tomar postura con respecto del régimen y de lo que podríamos esperar de las pautas de

apoyo al partido nazi antes de la «toma del poder». Eugen Oker creció en una aldea católica bávara y tenía catorce años cuando Hitler ascendió al poder, y ese mismo año se convirtió en un ardiente seguidor de las HJ.^[13] Gustav Köppke, originario de la región industrial del Ruhr —tanto su padre como su padrastro habían sido mineros y comunistas antes de 1933— se convirtió igualmente en un devoto miembro de las HJ. Tenía solo nueve años cuando presencié el pogromo de la *Kristallnacht*: «fue tremendamente impresionante cuando las SA marchaban... Yo estaba por el lado de los tipos fuertes, los judíos eran los otros». Para los muchachos de su edad, relató Köppke, ser de origen obrero importaba muy poco:

Nuestro suburbio obrero y las HJ no eran en absoluto contradictorios. ... esta idea de las HJ contra el pueblo no debería verla como si los muchachos jóvenes tuviésemos que decidir a favor de algo o contra algo; no había nada más... y quienquiera que quisiese convertirse en algo pertenecía a ellas... El uniforme de las HJ fue algo positivo en nuestra niñez.

Fuertemente influido por la propaganda de tiempo de guerra, Köppke consideraba a los partisanos unos *Untermenschen*, y las críticas en su propio país contra el régimen una traición, estando a punto de denunciar a sus padres por hablar con *Zwangsarbeiter* [trabajadores forzados] polacos. En 1944, cuando tenía apenas dieciséis años, Köppke se presentó voluntario a la División SS-HJ, y quedó tan trastornado como muchos de sus contemporáneos por el colapso del «Reich de los Mil Años» poco después:

Yo crecí, pues, en la época nacionalsocialista y había visto el mundo tal como ellos nos lo habían mostrado... Y de repente ya nada volvió a tener sentido.^[14]

Otro hijo de una familia de la clase trabajadora, Gisberg Pohl, ya era un miembro antiguo de las HJ cuando se presentó voluntario a las Waffen-SS a los dieciocho años de edad, en 1943. Realizó la instrucción básica en el campo de concentración de Buchenwald. Cuatro años más tarde recordaba el efecto de lo que había visto allí:

Para mí, se vino abajo todo un mundo... entonces yo era... bastante serio y si bien ellos, naturalmente, trataron de explicarnos... que estos eran *Untermenschen*, prisioneros de guerra rusos, judíos, yo no sé a quienes tenían reunidos allí.

Desde la perspectiva de una persona madura, Pohl sostenía que «yo, naturalmente, es algo a lo que di mucha importancia en ese momento y también después». Este vástago de la clase obrera tomó parte también en la represión de la insurrección de Varsovia y recordaba, preguntándose a sí mismo en la época: «¿Y esto lo sabe el Führer?». Pero en seguida se apresuró a añadir en la entrevista que:

Al ser joven uno le daba demasiada importancia a esto. Después de todo habíamos ido a Rusia, queríamos [destruir] allí a la subhumanidad —yo estaba muy convencido de mi tarea, de que tenía razón. Y una vez que esto ha ido un poco lejos no piensas mucho sobre ello; entonces solo queda una cosa que conocemos muy bien, o él o yo.[\[15\]](#)

Hubo excepciones. Cuando leemos la autobiografía de Heinrich Böll, ciertas familias conservaron la lealtad de sus hijos y consiguieron evitar que se dejaran cautivar por las HJ.[\[16\]](#) Con todo, incluso en el caso de Böll, deberíamos recordar que sirvió durante seis años en la Wehrmacht, la mayor parte del tiempo en el Frente del Este, y aunque fue herido en muchas ocasiones, insistió en volver a combatir. Además, como revelan algunas de sus historias posbélicas, no estuvo totalmente libre de las opiniones estereotipadas sobre el enemigo introducidas en cada joven y en cada soldado alemán combinando, por ejemplo, la imagen propagandística de insidioso-partisano-puta, con su propia marca de inocente-angelical-virgen que caracterizó más tarde, de manera tan notable, sus escritos de madurez.[\[17\]](#) Bernt Engelmann, aunque reclutado por la Wehrmacht, colaboró con la resistencia y acabó en un campo de concentración. Aun así, en su libro sobre ese período escribe:

No era infrecuente, para los jóvenes de Alemania, rechazar las convicciones de su familia y seguir a los nazis, y muchos padres y madres, opuestos decididamente al régimen de Hitler, eran denunciados por sus propios hijos como enemigos del estado e incluso entregados a la Gestapo.[\[18\]](#)

En efecto, mientras viajaba por Alemania cuarenta años después de los hechos tratando de reconstruir la memoria de la gente sobre la dictadura nazi, comprobó que muchos de sus contemporáneos pensaban todavía en esos años con mucha nostalgia. Uno de sus antiguos compañeros de colegio, por ejemplo, tenía esto que decir sobre la primera oleada de terror de marzo de 1933:

Me acuerdo de lo excitante que era. La gente estaba electrizada y todos ellos hablaban de la «unidad del pueblo alemán» y del «alzamiento nacional». Me gustaba el constante marchar y cantar, con banderas y cazando por todas partes... Después de todo, teníamos una juventud maravillosa, despreocupada, ¿no es así?[19]

Su amiga también consiguió casarse con un oficial de la Wehrmacht nada menos que el 9 de noviembre de 1938, pero cuando se le preguntó si había quedado trastornada por los acontecimientos de la «*Kristallnacht*» ese mismo día, dijo: «Cuando dejamos el banquete esa noche, las calles estaban llenas de cristales rotos.[20] Y, naturalmente, yo llevaba unas delicadas zapatillas de tarde, y una falda hasta los pies. Mi padre dijo que era una desgracia que los equipos todavía no hubiesen limpiado las calles». Pero mientras esta mujer continuaba simplemente su vida normal, casi sin darse cuenta de los cambios que tenían lugar a su alrededor mientras no la afectasen personalmente, otros estaban lejos de quedarse indiferentes, en especial los jóvenes que acabaron vistiendo los uniformes gris militar. En 1981 Engelmann oyó por casualidad a un hombre sexagenario que recordaba los tiempos de juventud de una manera que era familiar para todo aquel que hubiese frecuentado los *Kneipen* [tabernas] alemanes: «Por entonces no teníamos la menor duda respecto a la justeza de nuestra causa o a la certeza de la victoria final. Habíamos crecido con ello —en casa, en la escuela y en las Juventudes Hitlerianas—». Posteriormente resultó que había sido conductor de carros de la división Leibstandarte Adol Hitler de las SS.[21]

Hannsferdinand Döbler, que tenía veintiséis años en 1945 y era del mismo grupo de edad que Böll, era con mucho más característico de su generación que el celebrado autor. Se describía a sí mismo en sus memorias como un «oficial con el 150 por ciento de idealismo» y continuó combatiendo incluso después de que la capitulación fuese anunciada oficialmente. Es significativo que aun

cuando había interiorizado totalmente el sistema de valores del régimen y se había adaptado a un nuevo tipo ideal de oficial de la Wehrmacht, Döbler no se consideraba a sí mismo miembro del partido; en realidad, como el joven Heck, que era más joven, se veía a sí mismo con más capacidades que los formales y corruptos «*Alte Kämpfer*». Su enérgica y sacrificada devoción por el régimen se expresaba en una voluntad de adecuarse a sus modelos de heroísmo y acción. Criado por su madre en una familia pequeñoburguesa, Döbler quería más que cualquier otra cosa «pertenecer» y «estar ahí». A diferencia de Böll su pastor le parecía patético, y su amistad con una muchacha medio judía no tuvo impacto alguno sobre sus ideas antisemitas. La identidad de Döbler se fue formando en un entorno constantemente militar, en el que la acción sustituía al pensamiento. Fue un excelente ejemplo del tipo manufacturado por esa poderosa combinación de la ideología del régimen nazi, del sistema de valores de la Wehrmacht y la realidad de la guerra. Todo esto se vio incrementado por la juventud de los soldados, la debilidad manifiesta de la familia y la escuela frente al dominio totalitario y el terrible impacto de un atractivo movimiento juvenil que deliberadamente movilizó a los espíritus rebeldes de la juventud contra sus padres y enseñantes, proporcionándoles en cambio adornos militares, poder sobre sus mayores y una oportunidad de sacrificarse por una «buena causa».[22] A su vez, estos oficiales jóvenes e idealistas tenían una gran influencia sobre los soldados mientras que al mismo tiempo generaba un sentimiento de orgullo por los logros de la Wehrmacht en la población en la retaguardia. Un buen ejemplo de esto es la carta escrita en agosto de 1941 por *Frau* Else Gaupp de Bad Cannstatt al comandante de la 18.^a División Panzer, por entonces inmersa en plena campaña rusa. Al dar las gracias al general por sus amables palabras al notificarle la muerte de su hijo en acción, ella añadía: «Usted, Herr General, conocía en efecto solo al competente oficial Julius Kirn, pero era mucho más que eso: tenía carácter, era un hombre bello y armonioso, un hijo del todo caballeroso». Para demostrar la devoción de su hijo por la causa, la madre continuó citando una de sus últimas cartas en la que hablaba de lo que sentía:

Al ser capaz de ir hacia delante en la batalla como un líder, volver de una lucha dura pero victoriosa, ver y experimentar cómo los ojos de los soldados están dirigidos hacia mí mientras los proyectiles de artillería explotan alrededor y saber que uno depende de sí mismo porque, pese a la angustia, uno

es capaz de hacer y alcanzar lo justo. Esta conciencia y experiencia me enorgullece y estoy infinitamente agradecido por mi suerte, que me ha permitido experimentar tales horas. Algunos examinan a fondo su ansiedad, yo también tengo miedo [pero] es hermoso superarlo. Quizá, precisamente, nosotros los alemanes poseemos la capacidad de ser felices en la batalla, pues especialmente es la lucha la que nos proporciona a nosotros, los soldados, la mejor vara de medir y así, cada uno de nosotros puede conocerse a sí mismo si es sincero consigo mismo. Si caigo, esta muerte será también una experiencia para mí, será la última realización de mi profesión y de mi vida.[\[23\]](#)

En 1987, la Sra. Helene Fuchs Richardson recopiló unas cartas escritas por su marido, un sargento de Panzer, comandante de sección y candidato a oficial, muerto cerca de Moscú en noviembre de 1941, con las siguientes observaciones:

Pienso que fue su naturaleza artística y su entusiasmo por la nueva Alemania nacionalsocialista lo que en primer lugar lo llevó a las Juventudes Hitlerianas y luego al Partido Nazi... Karl estaba muy a favor del Servicio Nacional de Trabajo cuando fue llamado para el servicio militar. Fue voluntario al cuerpo de tanques porque esta unidad parecía ser la más importante para él. Sus cartas del frente hablan de su profundo amor por la Patria y su gran fe en el Führer.

Había nacido en 1917, y de joven creció con las enseñanzas del nacionalsocialismo. Era un joven muy impresionable y, como muchos de sus contemporáneos, se vio colmado por las prédicas del partido... Dado que era tan idealista y un firme creyente en el Tercer Reich, habría sido una gran frustración para él experimentar el colapso total de la Alemania nazi en 1945.[\[24\]](#)

Y su hijo, al que nunca vio, añade: «Las cartas de mi padre desde 1937 a 1941 proporcionan una perspectiva única de este importante período desde el punto de vista de un joven alemán típico. Sentía verdadera devoción por la causa de la Gran Alemania y sentía que era su deber sagrado entrar en batalla por esta causa»[\[25\]](#). Así pues, la lealtad de Karl Fuchs por la causa nazi se manifestó tempranamente mucho antes de que se hallase en el campo de batalla. El 23 de noviembre de 1938, cuando todavía era estudiante escribía a sus padres:

Por Dios, deberíais haber estado en Würzburg durante esta fiesta judía (la *Kristallnacht*). No sé si las cosas fueron tan ajetreadas en Núremberg, pero aquí hemos hecho una buena limpieza. Puedo deciros que las autoridades no han perdonado a uno solo de estos cerdos judíos.[\[26\]](#)

Había muchos de estos jóvenes entusiastas entre los soldados y jóvenes

oficiales de la Wehrmacht, poderosamente imbuidos de sentimientos racistas y de la noción de que la guerra representaba el clímax de la existencia humana. Karl Fuchs escribía a su mujer en mayo de 1941: «La vida, por definición, significa lucha y aquel que quiere evitar la lucha o la teme es un despreciable cobarde y no merece vivir».[27] Unos días más tarde añadía: «la lucha por la existencia... crea gente orgullosa, libre, honrada y recta. Todos los demás seguirán siendo seres desgraciados y repulsivos, individuos inferiores que rehúyen el peligro y que cuando la suerte está echada, sucumben a ese peligro».[28] Heinz Kűchler, un estudiante de derecho de veintiséis años, escribía desde el Frente del Este el 11 de julio de 1941:

A veces las conversaciones en pequeños grupos se centran en asuntos [contemporáneos] y el futuro; ninguna opinión parece prometedora; solo el fresco valor individual por la vida sabrá decirnos cómo dominar los tiempos futuros, en los que los ideales embusteros, los falsos dioses y el conocimiento no verdadero serán y deberán ser aplastados. La calma y la paz y la tranquila alegría ya no serán asignadas a esta generación; ¡la guerra continuará por muchos años, si no siglos! Bien, no podremos echarnos a dormir, no podremos oxidarnos, ni aburrirnos, ni estaremos satisfechos con frases y mentiras halagadoras; quizá, precisamente, este tiempo nos llevará hacia la verdad y el conocimiento.[29]

Y el 6 de septiembre añadía:

Comprendo el esfuerzo de los hombres que quieren dar un sentido a su muerte, en que suplican para sí mismos un retrato del alma, de una batalla por una causa grande, justa, santa... Mi propia batalla es diferente... La lucha por los valores verdaderamente humanos y personales, por la eterna causa del espíritu, el espíritu que crea el lazo entre el hombre y Dios en constante esfuerzo por el conocimiento y la verdad. Y esta batalla debe combatirse hoy también materialmente, con sacrificios de sangre y vida.[30]

Eberhard Wendebourg, de veinticuatro años, estudiante de un seminario de profesores, escribía desde el este el 5 de octubre de 1941: «Para nosotros esto significa no solo continuar con nuestro deber intachablemente, independientemente de todo reconocimiento o tributo. Es una escuela dura, pero válida, la que tenemos que llevar a cabo. Su trabajo. ¡Pero cómo fortifica el alma, cómo endurece la voluntad!». Wendebourg miró hacia delante cuando

volvió de la guerra y enseñó lo que había aprendido allí a sus estudiantes: «Será magnífico trabajar entonces... Y la *Volksgemeinschaft*, una verdadera bondad y amor entre todos los alemanes por lo que debemos luchar de nuevo, incluso mejor que en los años anteriores a la guerra». Su mayor esperanza era «mostrar a los jóvenes alemanes los valores alemanes y la grandeza alemana y educarlos como verdaderos alemanes, en cuyo espíritu y mentalidad, voluntad y alma serán igualmente bien aleccionados».[31] Günter von Scheven, estudiante de la Academia de las Artes de Berlín de treinta y tres años de edad, escribía el 18 de agosto de 1941 desde la URSS: «Lo que me da fuerzas es el constatar que cada sacrificio es necesario, porque está ligado a la necesidad del conjunto».[32] Y añadía en diciembre: «Esta [guerra] está a punto de derrotar la travesía caótica y preservar la dignidad humana, que se purifica a través del dolor y de la renunciación... Estamos luchando no por asuntos políticos discutibles, sino en la creencia de que lo noble y lo mejor se comprobará a sí mismo de nuevo en la batalla con las manifestaciones fantasmales del materialismo. Veo a toda la nación en proceso de recomposición, en una tempestad de sufrimiento y sangre que nos permitirá alcanzar nuevas cumbres».[33] El voluntario alsaciano Guy Sajer describe en sus memorias cómo el comandante de su compañía, con su «obvia y apasionada sinceridad afectó incluso al más dubitativo». Este código moral del oficial creó una gran devoción entre sus hombres a expensas de cualquier otro: «Yo quemaría y destruiría aldeas enteras si haciéndolo pudiera evitar que incluso uno solo de nosotros muriese de hambre»; sus ideales eran tan grandes que solo podían realizarse por una especie de cirugía plástica universal: «Estamos intentando cambiar el mundo, esperamos resucitar las antiguas virtudes ocultas bajo capas de basura que hemos heredado de nuestros antepasados»; esta operación debe ser brutal y si fracasa, «los que todavía quedemos vivos... seremos juzgados sin piedad... acusados de una infinidad de asesinatos... nada se salvará»; consecuentemente, los soldados deberían recordar que «la vida es guerra y la guerra es vida. La libertad no existe». Mientras escuchaban este discurso nihilista/idealista de su comandante de compañía, Sajer nos dice «le queríamos y sentíamos que era un verdadero líder, y también un amigo con el que podíamos contar».[34] En realidad, estas palabras podían haber sido pronunciadas perfectamente por Hitler. El Führer y los oficiales subalternos hablaban el mismo lenguaje, compartiendo una devoción paternalista hacia el

Volk o hacia «sus hombres», lo que era un compromiso para utilizar los medios más brutales contra cualquiera que fuese considerado un obstáculo a la realización de sus vagas y distantes metas, para ellos altamente idealistas, derivando el mismo sentimiento de agudo gozo por los actos de destrucción reales de matar a otros y prospectar la propia muerte.

La preparación premilitar de la juventud alemana combinaba principios organizativos tales como lealtad grupal y obediencia absoluta hacia los superiores, cualificación individual que colocaba el vigor físico por encima de la capacidad intelectual y ciertos principios ideológicos, los más importantes de los cuales eran el racismo, el antibolchevismo, el expansionismo y una fe cuasi religiosa en el Führer que constituía tanto la autoridad suprema, la personificación del *Volk* y el árbitro del destino de Alemania. Como el movimiento juvenil había adoptado formas militares de organización, disciplina y adiestramiento, el reclutamiento no se experimentaba como el paso a un medio fundamentalmente diferente. Sin embargo, hasta donde llegaba la tradición militar alemana, la Wehrmacht optó por un camino radicalmente diferente debido a su decisión de dedicar un considerable esfuerzo a la educación política, es decir nacionalsocialista, de las tropas y su particular insistencia en instilar en ellas una fe mística en Hitler. En efecto, esto indica que solo en el ejército y en las HJ cada individuo hacía un juramento personal de lealtad al Führer^[35] y, a excepción de las SS, estas dos organizaciones destacaban por ser más devotas a Hitler que cualquier otro grupo del Reich. El adoctrinamiento de los soldados era de crucial importancia en dos sentidos relacionados: primero, enseñaba a las tropas a confiar totalmente en la sabiduría política y militar de Hitler y a no poner en duda nunca la moralidad de sus órdenes o el resultado de sus profecías. Así, el apego al Führer que se creaba era tan potente que solo su muerte podía ponerle fin. Segundo, todo esto proporcionaba a los soldados una imagen del enemigo que distorsionaba profundamente su percepción que, una vez enfrentada a la realidad, debían experimentar invariablemente como confirmación de lo que habían llegado a esperar. Así, el adoctrinamiento servía a una finalidad doble, la de motivar poderosamente a las tropas y la de embrutecerlos en alto grado, pues esto legitimaba los propios sacrificios y las atrocidades cometidas contra el enemigo. La fe en el Führer permitía creer en el valor moral esencial de los crímenes más infames y confiar en sus promesas de

la inevitable *Endsieg* (victoria final); una percepción falsa de la realidad hizo que al enemigo se lo viera como una hueste de demonios políticos y biológicos e ignorar todas las señales que indicaban una futura catástrofe militar.[\[36\]](#)

«Creer» en Hitler, en un sentido del término cada vez más religioso y metafísico del término, fue un elemento central de la ideología nazi. Este éxito se vio facilitado no solo por la tendencia del propio Hitler de referirse a sí mismo como representante de la providencia en el mundo,[\[37\]](#) sino también por una susceptibilidad general hacia tales llamamientos por amplios sectores de la sociedad alemana. Como ha escrito un historiador:

Especialmente en la Alemania protestante, la pretensión de Hitler de ser un salvador providencial tuvo una poderosa resonancia. Sus invocaciones religiosas encajaron en una sociedad que durante generaciones ha presenciado la imbricación de lo divino y de lo secular. Cuando la fe religiosa fue menguando, lo secular (la nación o el *Volk*) fue santificado. Sobre todo se enseñó a las personas a sacrificarse por el estado, lo mismo que en el pasado se había sacrificado por Dios, y a suspirar por la comunidad del *Volk* al igual que con anterioridad se obtenía fuerza de una congregación de los fieles.[\[38\]](#)

Es chocante constatar que ya en octubre de 1932, incluso antes de su fatal decisión de colaborar con el NSDAP, el por otro lado no especialmente perspicaz von Papen, se dio cuenta de la esencia seudorreligiosa, dogmática y totalitaria del nazismo. Para él lo que daba:

La doctrina abrazada por el NSDAP... la naturaleza de una religión política [*Konfession*] es su axioma de la «exclusividad» del «todo o nada» político [y] su fe mesiánica mística en un Führer de «palabra poderosa» [*wortgewaltigen*] como el único llamado a controlar el destino. Y realmente es aquí donde veo la irreconciliable diferencia entre la política conservadora basada en la fe y la fe nacionalsocialista basada en la política.[\[39\]](#)

Hay numerosos ejemplos del poder de esta fe en Hitler, que en muchos casos durará hasta después de la caída de su régimen. Bernt Engelmann cita a una mujer de su generación que describía a su madre como una de:

Aquellos que creían en el Führer como un salvador y que estaban hipnotizados por él... Estaba convencida de que cualquier cosa que hicieran los nazis era justa y esencial, y desestimaba todos los

rumores sobre las atrocidades considerándolos cotilleos estúpidos y malvados... En mayo de 1945 todo su mundo se vino abajo... Mi madre fue una de esas personas a las que los americanos obligaron a recorrer Dachau... Mi madre sufrió una crisis nerviosa... [Pero] nada resquebrajó su fe en Hitler. «Estoy segura que el Führer no habría querido eso», dijo más tarde... «¡El verdadero nacionalsocialismo era puro y decente!». Y se mantuvo ahí hasta su muerte, hace solo tres años.[\[40\]](#)

Y otro de sus conocidas, *Frau Gussi Hohlbaum*, afirmaba igualmente en los primeros años 1980, que había seguido siendo fiel a la bandera «hasta el final» e insistía en que aunque:

Se hubiesen cometido errores... hoy estoy completamente segura de que el propio Führer no quiso nunca estas cosas y probablemente no llegó a conocerlas... Y aun así, ¡él realizó lo imposible! Millones de personas fueron nuevamente felices.[\[41\]](#)

De todos modos, la finalidad de la sacralización de la ideología nazi no era meramente llegar a una creencia abstracta, sino más bien aprovechar la fe como un mecanismo motivador para la acción concreta. Sobre esto insistían una y otra vez los ideólogos del régimen, que con frecuencia asociaban el término *politischer Glaube* [ideas o pensamiento político] con una «ciega» subordinación al Führer, y con el «acto». En 1938, por ejemplo, el periódico de las SS, *Das schwarze Korps* [El Cuerpo negro], afirmaba en un artículo titulado *Kult und Glaube*:

Una fe verdadera y vigorosa no existe en abstracto, alcanza su compleción solo con el acto. El acto es el único y verdadero testigo de la fe... fe-movimiento-acción... estos son los tres términos que determinan para nosotros el sendero natural de la piedad humana.[\[42\]](#)

A comienzos de 1927 el propio Hitler señalaba que no tenía interés alguno en comprender, sino solo en creer, pues es a través de esto cómo uno puede llegar al compromiso total:

Tenedlo por seguro, nosotros también ponemos al *Glauben* (fe) en primer lugar y no al saber. Debemos ser capaces de creer en una causa. Solo *Glauben* crea un estado. ¿Qué motiva al pueblo para ir a la batalla y luchar y morir por ideas religiosas? No es el conocimiento, sino la fe ciega.[\[43\]](#)

La Wehrmacht era plenamente consciente de la necesidad de creer entre los soldados que vivían en condiciones constante peligro y proveyó a que esto fuera así con una infinita lluvia de panfletos, opúsculos, discursos, charlas radiofónicas, artículos de prensa y cualquier otra forma de propaganda dirigida a las tropas a lo largo de la guerra. Tiene cierto interés citar algunos ejemplos de este material, pues solo leyendo estos textos podemos captar hasta qué punto se basaban en la emulación de fórmulas religiosas por un lado, y servir de modelo a las tropas para articular sus propios sentimientos en la correspondencia privada por el otro. La propaganda de la Wehrmacht realizó un esfuerzo consciente y concertado para asociar a Hitler con Dios, para presentar «su misión» como emanada de la voluntad divina y ligar su suerte personal con el del *Volk* alemán, y así con el destino de la «civilización occidental» en conjunto. La fe política motivaba a la gente para la acción concreta y al mismo tiempo, era ensalzada por esta. Véanse, por ejemplo, unos extractos del discurso de Hitler de abril de 1940 que el ejército distribuyó a las unidades en carteles para colgar en los barracones. El inconfundible tono escatológico del discurso, que combinaba argumentos pseudoteológicos con el darwinismo social[44] y unía a las tradiciones militares a la ideología nazi, estaba pensado para crear la impresión de la intervención divina. Así pues, como veremos más tarde, esta mezcla tuvo un poderoso efecto sobre las tropas. Hitler afirmaba que el soldado alemán:

Es el primer representante de la vida en esta lucha [por la existencia], pues ha sido siempre la mejor selección de esos pueblos que por su misión de vida y —cuando fue necesario— por la pérdida de ella, han garantizado la vida de los demás en este y en el otro mundo... Nadie que no se incorpore a la tradición por medio de su propia vida y acción puede hablar de tradición... La existencia y el futuro del conjunto es superior a la vida y el destino del individuo, pues nos ha sido revelado a todos nosotros que tantos deberán luchar por ello en un futuro cercano: ¡*Volk* alemán! El mundo desea nuestra disolución. Pero nuestra respuesta solo puede ser un juramento renovado a favor de la más grande sociedad de todos los tiempos. Su meta es la desunión de Alemania. Nuestro credo (*Glaubensbekenntnis*), la unidad de Alemania. Su esperanza es el éxito de los intereses capitalistas, y nuestra voluntad es ¡EL VOLKSGEMEINSCHAFT NACIONAL SOCIALISTA![45]

Términos similares se usaron también en el programa de radio «La Voz de los Soldados», emitido regularmente por un oficial de la Wehrmacht. La decimosegunda emisión, radiada el 25 de abril de 1940 y publicada

simultáneamente en forma impresa, se titulaba «Armas, camaradería y compromiso total (*Einsatz*)». Lleno de entusiasmo por los éxitos de las fuerzas armadas alemanas en la expedición de Escandinavia, el locutor afirmó que:

Un nuevo espíritu diferencia la guerra actual. Cada soldado, cada mando militar, en realidad cada persona en Alemania tiene la misma meta en mente y está esforzándose para hacer todo lo que está en su poder para alcanzarla. Estamos experimentando lo que se llama «liderazgo en la guerra total»... Esto se basa, en primer lugar y sobre todo, en el hecho de que cada cosa sea guiada y realizada al unísono por la voluntad de *una personalidad*. Esta voluntad, la presencia de la fuerte personalidad del Führer, es de decisiva importancia. La Providencia (*die Vorsehung*) ha enviado a Alemania al Führer en el momento adecuado. En este instante vemos su labor de los años anteriores desde una nueva perspectiva: ha creado un espíritu homogéneo que se ha hecho muy visible en las semanas anteriores durante la colaboración entre el Herr, la Kriegsmarine y la Luftwaffe. Nosotros, los soldados, sabemos que sin la labor del Partido esto no habría sido posible. El Partido es el portador de la preparación espiritual y mental para las actuales e ingentes tareas de nuestro pueblo.

¿Qué significa el liderazgo en la guerra total? Consiste en más que la concentración de la fuerza militar bajo un mando supremo unificado. ...Y no puede ser explicado del todo por el hecho de que la Wehrmacht y la economía edifican en guerra una unidad. Esto exige la misma orientación espiritual, mental y ética de 80 millones. Exige la misma voluntad decidida en pos de la victoria en todos los ámbitos de la vida pública y privada. Posee la ilimitada confianza en nuestra causa y la firme fe en Alemania, en el pueblo alemán y en su cita y precondition histórica. Todos en la patria... en el *Westwall*, en los barcos... en las escuadrillas que vuelan sobre Inglaterra y Francia, sienten que en el pueblo alemán en su totalidad palpita un solo corazón, un espíritu de guerra y de deseo de victoria; la fuerza de Alemania no está en el número de hombres, artillería, aviones o barcos de guerra... Nadie tendría todo esto sin lo que el nacionalsocialismo ha creado en veinte años.[\[46\]](#)

Así, los logros tecnológicos, organizativos y tácticos de la Blitzkrieg fueron redefinidos como un fenómeno espiritual, creado por el partido nazi y dirigido por un Führer enviado de Dios. Incluso en 1940, cuando la relativa fuerza militar de Alemania estaba en su momento culminante, el alma del nacionalsocialismo y la colaboración entre Hitler y la providencia eran presentados como mucho más importantes que la habilidad profesional y las innovaciones tecnológicas. Esta celebración de lo irracional, este culto del Führer, alcanzó su culminación tras la victoria sobre Francia.[\[47\]](#) Un artículo publicado en las *Mitteilungen für die Truppe* (Comunicaciones para la tropa), una hoja de noticias publicada por el OKW y distribuido a todas las unidades de la Wehrmacht, reflejaba claramente

el fervor cuasi religioso que se apoderó de los propagandistas del ejército y, como veremos, también de muchos de los soldados en el frente:

Los informes del OKW en mayo de 1940 son un gran y único poema del heroísmo alemán y de un inspirado liderazgo... Todo intento de describir las batallas de estas tres semanas de la Gran Guerra de Liberación Alemana con una palabra que igualase su grandeza bordea, hay que admitirlo, lo imposible... Esta batalla de aniquilamiento fue tan grande que solo podemos aceptar con un silencio atónico y un corazón agradecido este acto del destino.

Detrás de la batalla de aniquilación de mayo de 1940 está en solitaria grandeza el nombre del Führer.

¡Todo ello se ha llevado a cabo desde que él ha tomado las riendas de nuestro pueblo en sus fuertes manos!

... Ha devuelto al pueblo su unidad, aplastó a los partidos y destruyó la hidra de las organizaciones... él descontaminó el cuerpo de nuestro pueblo de la subversión judía, creó un *Volk* orgulloso de nuestro linaje con conciencia racial que ha derrotado a la muerte racial del descenso de nacimientos, y ha proporcionado una renovada prosperidad a los niños [*Kinderreichtum*] como portadores del gran futuro de la nueva Patria...

Derrotó a la enorme plaga del desempleo y garantizó a millones de personas que ya no esperaban nada del *Volk* una nueva fe en el *Volksgemeinschaft* y la alegría de una nueva Patria...

Su genio, en el que se personifica toda la fuerza de la germanidad con antiguos poderes (*mit Urgewalt verkörpert*), ha reconfortado las almas de 80.000.000 de alemanes, los ha llenado de fuerza y voluntad con la tempestad y el empuje (*Sturm und Drang*) de una juventud renovada; y, siendo él mismo el primer soldado de Alemania, ha introducido el nombre del soldado alemán en el libro de la inmortalidad.

Todo esto es lo que se nos permite experimentar. Nuestro gran deber en este año de decisiones es que no aceptamos ser meros observadores sino que, entusiasmados (*hingerissen*) y con toda la pasión de la que somos capaces, sacrificarnos (*hingeben*) por este Führer y tratar de ser merecedores de la época histórica moldeada por una voluntad de tempestad celestial.[\[48\]](#)

A medida que la victoria final se le escapaba a la Wehrmacht en los infinitos territorios de la URSS, las bajas se acumularon en proporciones asombrosas y el tremendo desgaste erosionó rápidamente el poderío material de los alemanes, el tono de la propaganda del ejército cambió el éxtasis por la desesperación que muchas veces rozaba la histeria; la tecnología y la capacidad debieron ser sustituidas cada vez más por la devoción y el fanatismo, el pensamiento racional por la fe ciega. A los mandos se les encargó que infundiesen en los hombres un nuevo fervor ideológico con el que combatir a un enemigo superior en número y máquinas, al igual que la evidente motivación ideológica del Ejército Rojo. En

un llamamiento de abril de 1942 de la nueva hoja de noticias para el cuerpo de oficiales, *Mitteilungen für das Offizierkorps* (Comunicaciones para el Cuerpo de Oficiales), a los mandos se los presionaba para que constatasen que:

En la lucha contra el capitalismo y el imperialismo de los ingleses y de los americanos y contra las tesis revolucionarias mundiales de los bolcheviques, las armas de la Wehrmacht por sí solas no pueden alcanzar la victoria... [que se conseguirá] solo... cuando el pueblo compare las tesis políticas e ideológicas del enemigo con mejores conceptos políticos... Una actitud así se basa en el indestructible sentido de lealtad hacia el Führer del pueblo alemán; *Volk* y Patria, el tipo de lealtad que permanece absolutamente firme ante todas las crisis y que no conoce escepticismo... No solo están amenazadas críticamente nuestras bases vitales económicas y de poder político, sino toda la vida espiritual de la nación, las bases éticas de nuestra concepción cultural y religiosa del mundo, realmente todo lo que es grande y santo para los hombres alemanes en la vida y en la muerte todo está amenazado en su núcleo si fracasamos en dominar al enemigo... ¿Han encendido los oficiales esto profundamente en el corazón de sus hombres, que cada uno de ellos sabe y ve plena y claramente contra qué juego diabólico en el mundo ha sido llamado a la acción?...Sabemos que el Demonio está suelto en contra de nuestra tierra... tenemos plena responsabilidad ante Dios de defender la tierra que se nos ha dado, de salvar su propiedad y multiplicarla, y por eso movilizamos no solo con nuestras armas... sino también con las armas del alma... El liderazgo militar-espiritual (*wehrgeistige*, o ideológico) del soldado ha sido añadido a los deberes del oficial, pues la determinación política y los hechos militares son una sola unidad y están indisolublemente ligados entre sí. Cuantos más soldados alemanes sean conscientes de la verdadera extensión del mortal peligro que los amenaza, más grande será la convicción y la dureza con la que se enfrentarán a la dinámica de la revolución bolchevique con toda la fuerza del alma y de la voluntad de la Alemania nacionalsocialista... En la guerra, como ha dicho el Führer... las naciones son juzgadas en la corte divina del Todopoderoso. Quien sobreviva a esta prueba será considerado merecedor de moldear una nueva vida en la tierra... ¡Qué tarea! Los oficiales del Führer y los soldados alemanes a los que mandan, una comunidad juramentada de los mejores hombres de sangre alemana, transportados por el amor, el trabajo y la fe en el pueblo alemán, marchan con determinación. Más allá, el infierno arde. ¡Que vengan! ¡Todavía podemos ganar![\[49\]](#)

Así, la propaganda de la Wehrmacht nutría a sus tropas con una dieta cada vez más pesada de imágenes religiosas que mostraban a Hitler y al credo nazi como instrumentos de Dios encargados de la protección de la cultura y de la sangre alemana, y el comunismo como sirviente de Satán lanzado desde el infierno para destruir la civilización. Solo una incuestionable fe en el Führer y en la victoria final podría salvar al mundo del sometimiento por parte de las hordas del diablo. El soldado alemán podía imaginar muy bien que estas hordas

demoníacas podían vengarse a costa de su tierra, pues su propio ejército con sus acciones en la URSS le habían dotado de ejemplos apropiados. Efectivamente, fue el temor a la venganza por los actos de barbarie de la Wehrmacht lo que hizo tan eficaz esta propaganda. Pero la memoria de las anteriores victorias permitía aun alguna esperanza de que cambiase el rumbo de la guerra, y reforzase la fe en que Hitler, una vez más, haría lo imposible como había hecho tantas veces en el pasado. Este se convirtió también en un tema constante en la propaganda de la Wehrmacht, como podemos ver en el siguiente extracto, tomado del folleto «Instrucción Política Nacional» entregado a los comandantes de compañía como guía para aleccionar ideológicamente a las tropas:

Solo el Führer puede llevar a cabo lo que no se ha hecho en mil años... [Él ha] reunido a todo el linaje alemán para la lucha por la libertad y el espacio vital... [y] ha dirigido todos sus pensamientos y esfuerzos hacia una educación nacionalsocialista del *Volk*, la cohesión interna del estado, la capacidad armamentística y ofensiva de la Wehrmacht... Cuando los ejércitos alemanes del este combatieron una batalla sin parangón durante el invierno de 1941-1942 en la nieve y el hielo del invierno ruso, dijo: «Ningún débil puede hacerse con la victoria. Solo los fuertes pueden mantenerse firmes en la batallas del destino. Pero el cielo da el último y más alto premio solo a aquellos que son capaces de resistir las batallas del destino. En el difícil invierno de 1942-1943 se ha demostrado de nuevo la fuerza del Führer cuando... invocó al *Volk* alemán en el frente y en la patria para que se mantuviese firme e hiciese el esfuerzo supremo. El Führer... ve claramente cuál es la meta que tenemos ante nosotros: un Reich alemán fuerte como potencia de orden en Europa y un firme fundamento del *Lebensraum* (espacio vital) alemán. Esta meta puede alcanzarse si todo el *Volk* continúa siéndole leal incluso en tiempos difíciles y mientras nosotros, los soldados, hagamos nuestro deber.[\[50\]](#)

Así, el Führer era presentado como el creador de la nueva nación alemana y el guardián de sus antiguas tradiciones, de sus fuentes de poder y de la prosperidad, de la fertilidad y de la pureza. Mientras Hitler siguiera con vida y el pueblo siguiese siéndole fiel, ningún mal podría sucederle al Reich. Pero para que este «culto del Führer» continuase siendo eficaz ante las cada vez más numerosas derrotas dependió en gran medida de la convicción de que quien se enfrentaba al Reich, en especial en el Este, era un enemigo que combinaba perversidad racial y una ideología demoníaca. Incluso más importante que proporcionar a las tropas una imagen ideal de su propio liderazgo, *Weltanschauung* —y cualidades raciales— fue el intento concertado de

aterrorizarlos con visiones de destrucción a manos de los «judeo-bolcheviques» para convencerlos de que todas las atrocidades que habían cometido se volverían contra ellos en caso de no pudiesen vencer. Así, las bárbaras políticas de la Wehrmacht fueron utilizadas también con fines propagandísticos, proporcionando un vivo y espantoso modelo de lo que la propia Alemania podía esperar de la derrota, especialmente intenso porque para algunos al menos, estaba teñido de un sentimiento de culpa, con la sensación de que esta venganza era bien merecida. Como dijo un soldado que había sido testigo de una matanza de judíos en Lituania en julio de 1941: «Ojalá nos evite Dios perder la guerra, pues si toman venganza [por esto], las cosas se pondrán mal para nosotros».[51] Para las tropas del frente la personificación de las cualidades ideológicas y raciales del enemigo, de su fanatismo y deseo de venganza era, sin lugar a dudas, el comisario soviético. Las *Mitteilungen für die Truppe* hacía una pintura particularmente de pesadilla de este monstruoso ángel de la muerte aceptada por muchos de los soldados como un cuidadoso reflejo de la realidad:

Cualquiera que haya mirado a la cara a un comisario rojo sabe cómo son los bolcheviques. Aquí no hay necesidad de expresiones teóricas. Insultaremos a los animales si describiésemos a estos hombres mayoritariamente judíos como bestias. Son la personificación del odio satánico y demente contra el conjunto de la humanidad noble. El aspecto de estos comisarios nos revela la rebelión de los *Untermenschen* contra la sangre noble. Las masas, a quienes estos han enviado a la muerte haciendo uso de todos los medios a su disposición tales como un terror helado y un estímulo demente podrían, poner fin a toda vida significativa si esta erupción no es contenida en el último momento.[52]

Al igual que la imagen de la venganza del enemigo estaba arraigada en la memoria de los crímenes propios también las cualidades destructivas atribuidas al comisario reflejaban el propio y poderoso impulso nihilista del nacionalsocialismo. De modo semejante, la sólida negativa a discutir el contenido teórico del comunismo derivaba del énfasis nazi de la acción y la creencia y la característica reticencia a entrar en una discusión racional; fe, coerción física o destrucción sin más se preferían siempre a la persuasión. Era un lenguaje muy adecuado para soldados. Así, también el enemigo fue pintado como «creyente» en un sentido religioso más que como un defensor profesional o patriótico de su país. Y, dado que el Ejército Rojo luchaba con tanta

determinación se hizo necesario «fanatizar» incluso más a las tropas propias. Esto se correspondía, una vez más y en gran medida, con las tendencias inherentes del nazismo, pues desarrollando como siempre se había hecho la acción se alcanzarían cotas más altas de intoxicación devastando territorios enemigos que construyendo *Autobahnen* en el propio país; por consiguiente, cuanto más destructiva era la guerra en el Este, más energías podía derivar el nazismo de ello. El soldado, cuya vocación aun sublimada es, a fin de cuentas, destruir, solo podía dar la bienvenida a una visión del mundo dotada de un significado universal, metafísico.

La imagen propagandística del enemigo pareció verse confirmada tras el encuentro real. Se ha dicho que en el interior de Alemania la «desaparición» real de los judíos de las ciudades y pueblos facilitó que la población aceptase el retrato antisemita abstracto del «judío».[53] Sin embargo, en el Frente del Este las tropas no hallaron contradicción entre las «hordas asiáticas judeo-bolcheviques» que surgieron de la imaginación de los propagandistas y los soldados enemigos que combatían realmente. Tampoco, respecto a esto, los encuentros con judíos en el Este les hizo dudar de la existencia de ese judío mítico que jugó un papel tan prominente en el material de adoctrinamiento. Al contrario: la realidad no refutó el mito, sino que más bien la modificó para que coincidiese con él. Así, una medida de hasta qué punto las imágenes nazi penetraron en los soldados fue la manera de estos de resolver la contradicción entre la imagen abstracta y la apariencia real por medio de la destrucción de esta última como manifestación de la primera. La distorsión de la realidad percibida condujo, por consiguiente, a la distorsión de la realidad objetiva: se veía lo que se esperaba ver, y se la destruía para no tener que verla más. Este proceso se veía notablemente acelerado debido al hecho de que estos retratos propagandísticos del enemigo no solo los difundían los órganos del partido y el alto mando del ejército en la retaguardia, sino también por parte de los mandos en el frente, muchos de los cuales, además, no consideraban a la ideología cínicamente como otro medio más para motivar a las tropas, sino que parecen haber creído con esa especie de fervor exigido por los discípulos del Führer. De hecho, ya desde el hundimiento de la Kaiserheer el cuerpo de oficiales alemán había tratado de encontrar un nuevo conjunto de ideas que deberían formar el nexo básico entre la acción efectiva y el compromiso espiritual, pero dotando a las acciones con un

significado más elevado y haciendo derivar su esencia de la experiencia de combate; ahora que habían sido dotados con una ideología así, ya no era posible tomarla a la ligera.[\[54\]](#) Es significativo que incluso los oficiales con pocas razones para ser cautivados por Hitler y su régimen compartieron con frecuencia muchos de los prejuicios del Führer, o lo que ellos prefirieron llamar, *Feindbild* (imagen del enemigo), pese al hecho obvio de que muchos de sus «enemigos» percibidos difícilmente podían constituir una amenaza objetiva para el Reich. Así por ejemplo, menos de un año después de su destitución como comandante en jefe del ejército por medio de unas falsedades infames y apenas unas semanas después del pogromo de la *Kristallnacht*, el coronel-general von Fritsch escribía en una carta privada:

Es muy raro que tantas personas vean el futuro con creciente aprensión pese a los indiscutibles éxitos del Führer en el pasado... Inmediatamente después [de la Primera Guerra Mundial] llegué a la conclusión de que deberíamos resultar victoriosos en tres batallas si Alemania desea de nuevo ser poderosa:

1. La batalla contra la clase trabajadora, en la que Hitler ha salido vencedor;
2. contra la Iglesia católica... y
3. contra los judíos.

Estamos en medio de estas batallas y la batalla contra los judíos es la más difícil. Espero que cada uno se dé cuenta de las complejidades de esta campaña.[\[55\]](#)

Fritsch perdió su fe en la capacidad del régimen nazi para «salvar» a Alemania antes que la mayoría de los demás generales debido a su desgracia personal. Con todo, su fe en Hitler simplemente se transformó en fatalismo y mientras pensaba que el Führer acabaría llevando al Reich al abismo, lo consideraba el destino de Alemania y no podía contemplar ni siquiera una mera oposición al régimen.[\[56\]](#) Sus más adaptables colegas manifestaban mayor optimismo y la convicción de que los argumentos ideológicos de Hitler crecerían tras los triunfos en Polonia y en el Oeste. Dos meses antes de la invasión de la URSS, el general-coronel von Küchler, comandante del 18.º Ejército, dijo a sus comandantes de división: «Un profundo abismo ideológico y racial nos separa de Rusia», que era, después de todo, «un estado asiático». Por ello, insistió, «la meta consiste en destruir la Rusia europea». Expresando su completo acuerdo con las «órdenes criminales», von Küchler dio las siguientes instrucciones a sus

comandantes de formación: «Los comisarios políticos y la gente del GPU* son criminales... Deben ser conducidos sumariamente ante un consejo de guerra de campaña».[57] El coronel-general Hoepner, comandante del Panzergruppe 4, percibía la inminente guerra en el este exactamente en los mismos términos que la propaganda del régimen y de la Wehrmacht. El 2 de mayo de 1941 escribía:

La guerra contra la Unión Soviética es un componente esencial de la lucha del pueblo alemán por su existencia. Es la vieja disputa de los germanos contra los eslavos, la defensa de la cultura europea contra las oleadas asiático-moscovitas, la defensa contra el bolchevismo judío. Esta lucha ha de tener como objetivo la demolición de la actual Rusia y por lo tanto debe ser llevada a cabo con una severidad sin precedentes. Tanto la planificación como la ejecución de cada batalla deberán ser dictadas con una voluntad de hierro para llevar a cumplimiento una total aniquilación, sin piedad, del enemigo. En especial no debemos mostrar piedad hacia los sustentadores del actual sistema ruso-bolchevique.[58]

En vísperas de «Barbarroja» el comandante del XLVII Cuerpo Panzer incitaba a sus tropas a tener presente el contexto histórico en el que se estaban disponiendo a actuar contra la URSS:

Es ahora nuestra tarea destruir al Ejército Rojo y así erradicar el bolchevismo, el enemigo mortal del nacionalsocialismo. No debemos olvidar nunca que fue el bolchevismo el que había apuñalado a nuestro ejército por la espalda durante la [Primera] Guerra Mundial y el que lleva la culpa de todas las desgracias que nuestro pueblo ha sufrido después de la guerra. ¡Debemos recordarlo siempre! [59]

Cuando comenzó la lucha, en vez de tratar de moderar la brutalidad de sus tropas, muchos comandantes parecían pensar que los soldados mostraban todavía demasiada compasión hacia el enemigo y trataron de infundir en ellos una mayor aceptación y una firme voluntad de participar en las brutalidades consideradas esenciales para un resultado victorioso en esta «guerra de ideologías». El comandante del 6.º Ejército, von Reichenau, hacía un llamamiento a sus tropas el 10 de octubre de 1941:

Respecto a la conducta de las tropas hacia el sistema bolchevique todavía quedan algunas ideas poco claras

La meta fundamental de la campaña contra el sistema judeo-bolchevique es la destrucción completa de sus instrumentos de su poder y la erradicación de las influencias asiáticas sobre la esfera cultural europea.

Por eso las tropas tienen *tareas*, que van más allá de la tradición militar unilateral convencional (*Soldatentum*). En el este el soldado no es solo un combatiente de acuerdo con las reglas de la guerra, sino también un portador de una inexorable concepción racial (*völkischen Idee*) y vengador de todas las bestialidades que han sido cometidas contra los alemanes y razas relacionadas.

Por ello, el soldado debe comprender *completamente* la necesidad de la dura pero justa expiación de la subhumanidad judía. Este tiene una meta ulterior, que es cortar de raíz las rebeliones en la retaguardia de la Wehrmacht que, como muestra la experiencia, se trata siempre de conspiraciones judías.[\[60\]](#)

Esta orden sirvió de modelo a muchos otros generales de la Wehrmacht, y, en efecto, fue muy alabada por el propio Hitler, que se preocupó de distribuirla entre todas las formaciones del Frente del Este. Tomando algunas de las frases de Reichenau, el 20 de noviembre de 1941 el general von Manstein, comandante del 11. Ejército, publicó su propia versión, más radical, si esto era posible:

Desde el 22 de junio el *Volk* alemán se halla en centro de una batalla vida o muerte contra el sistema bolchevique. Esta batalla se combate contra el ejército soviético no solo de una manera convencional según las reglas de la guerra en Europa...

El judaísmo constituye el mediador entre el enemigo de la retaguardia y los restos del Ejército Rojo y de los gobernantes rojos que aún combaten. Posee un control más fuerte que en Europa en todas las posiciones clave del liderazgo político y de la administración, ocupa el comercio y la industria y, además, forma células para crear perturbaciones y posibles rebeliones.

El sistema judeo-bolchevique debe ser erradicado de una vez por todas. Nunca más deberá interferir en nuestro espacio vital europeo.

Por ello, el soldado alemán no solo está encargado de la tarea de destruir los instrumentos de poder de este sistema. Marcha hacia delante no solo como portador de una concepción racial y como vengador de todas las atrocidades que se han cometido contra el y contra el pueblo alemán.

El soldado debe mostrar comprensión ante la despiadada expiación del judaísmo, el portador espiritual del terror bolchevique.[\[61\]](#)

Cinco días más tarde, el comandante del 17.º Ejército, coronel-general Hoth, entregó a sus propias tropas un «análisis» aun más elaborado del contexto histórico e ideológico de la guerra llegando, no obstante, a la misma conclusión: solo aniquilando a un enemigo racialmente inferior y moralmente depravado podrían salvar a la «cultura» europea y en especial a la alemana de la barbarie

asiática:

Cada vez nos resulta más claro este verano que aquí, en el Este, concepciones espiritualmente incompatibles luchan entre sí: el sentido del honor y de la raza de los alemanes, y una tradición militar de muchos siglos, contra un modo de pensar asiático y de instintos primitivos, instado por un pequeño número de intelectuales en su mayoría judíos: miedo al knut, desprecio de los valores morales, igualdad por lo bajo, despilfarro de vidas inútiles.

Más que nunca nos sentimos plenos del pensamiento de una nueva era en la que la fuerza de la superioridad racial del pueblo alemán y los logros alcanzados nos hace merecedores del liderazgo de Europa. Reconocemos claramente nuestra misión de salvar la cultura europea de la barbarie asiática que avanza. Ahora nosotros sabemos que hemos de luchar contra un rabioso y duro oponente. Esta batalla solo se terminará con la destrucción de uno de los dos; el compromiso está fuera de toda duda.

Hoth siguió diciendo que la «compasión y la debilidad» respecto de la población estaba fuera de lugar y urgía a los soldados a comprender la «necesidad de medidas duras» contra los elementos racialmente extranjeros (*volks-und artfremde*). Debemos darnos cuenta de que:

Rusia no es un estado europeo, sino asiático. Cada paso que damos en esta tierra infeliz, esclavizada nos muestra esta diferencia. Europa, y especialmente Alemania, ha de ser liberada para siempre de esta presión y de las fuerzas destructivas del bolchevismo.[\[62\]](#)

De este modo los comandantes del Ostheer se unieron en un esfuerzo propagandístico general para ejecutar una pintura invertida de la realidad del Frente del Este. Estas declaraciones fueron las más acreditadas porque emanaban de hombres profesionalmente preparados para evaluar la naturaleza de la guerra. El fondo del argumento era, en todos los casos, que el ataque a la URSS había sido meramente una medida preventiva para frustrar la inminente invasión de la «barbarie asiática» liderada por el «judeo-bolchevismo» que tenía la finalidad de devastar Europa y destruir su «cultura». Precisamente porque la amenaza era tan conspicua todo estaba permitido y realmente había que hacer de todo para erradicar las «bases del poder» del enemigo soviético; es decir, los comunistas y los judíos. Ninguna prueba contraria podía minar esta lógica, que, convenientemente, adosaba la responsabilidad de la política asesina de los nazis

en el este sobre sus víctimas. No hay que extrañarse de que a lo largo de la guerra la Wehrmacht se basase testarudamente en el mismo argumento. A finales de diciembre de 1941, el comandante del II Cuerpo de Ejército recordaba a sus tropas que la suya era meramente una guerra defensiva contra un enemigo bárbaro:

Las batallas de los meses anteriores os han mostrado que el soldado soviético está preparado para cometer toda villanía, sea esta asesinatos o traiciones... ¿Qué podría haber ocurrido si estas hordas mongolas asiáticas hubieran tenido éxito en desparramarse sobre Europa y particularmente sobre Alemania dejando devastado al país, saqueando, asesinando y violando?[63]

Ni los oficiales ni los soldados rasos parecen haberse sentido particularmente perturbados por las contradicciones inherentes de su propaganda. Después de todo, a comienzos de 1943, el comandante del 16.º Ejército era solo uno más entre otros muchos oficiales que insistían en que la Wehrmacht debía manifestar precisamente este tipo de determinación fanática poco antes tan condenada respecto al Ejército Rojo. Con ocasión del «décimo aniversario de la victoria del movimiento nacionalsocialista», a las tropas se les presionó de manera especial para que recordasen que este también se había combatido en duras batallas, con una fe fanática y una confianza inamovible en el Führer, [y] se habían creado las precondiciones para la victoria de las armas en la lucha del pueblo alemán por un nuevo y justo orden para la existencia... Unida y fuerte en su creencia en la justicia de su causa y con una voluntad de hierro en pos de la victoria, la Gran Alemania nacionalsocialista está ahora en su cuarto año de su lucha por el *Lebensraum*. Muchos hombres han sellado su amor por el Führer y el Reich con la muerte.[64]

Tampoco hay que pensar que tales pronunciamientos ideológicos se limitaban a la esfera pública. Precisamente cuando von Fritsch había revelado sus prejuicios en una carta personal en 1939, el coronel general von Richthofen, comandante de la 4.ª Flota aérea, hizo las siguientes observaciones en su diario en una fecha tan tardía como enero de 1943:

Estoy leyendo de nuevo el capítulo de [*Mein*] *Kampf* sobre la política hacia Rusia y el este. Sigue siendo muy interesante y proporciona respuestas para casi todas las cuestiones de la actual situación.

Debemos procurar enfatizar mucho más estos argumentos para las tropas en toda la zona.[\[65\]](#)

Los comandantes de división se mostraron también muy preocupados por las convicciones ideológicas de sus hombres. Una forma de asegurar que las tropas recibiesen las instrucciones apropiadas era celebrar sesiones políticas semanales a nivel de compañía, para lo cual a los oficiales se les daba un amplio material de adoctrinamiento. Esta práctica la inició la 12.^a División de infantería en julio de 1940[\[66\]](#), y para junio de 1943 el adoctrinamiento se vio intensificado con la introducción de «oficiales educadores», encargados en especial de la instrucción política de las tropas. Como explicó el comandante de la división:

En vísperas del quinto año de guerra el significado de una instrucción unificada de las tropas aumenta... [Por ello, aunque] los comandantes tienen la mayor responsabilidad en esta labor de instrucción y educación [ideológica]... [de ahora en adelante] nombrarán oficiales educadores para que aconsejen y apoyen.[\[67\]](#)

Esta instrucción ideológica fue recibida en general con entusiasmo por las tropas. Uno de los batallones de la división informaba:

Los comandantes de sección y de compañía, al igual que los demás oficiales, discuten de asuntos políticos de actualidad. En muchos búnkers se han instalado radioconexiones, de modo que puede oírse música, noticias radiadas y discursos políticos... El soldado agradece todo cambio... [y] manifiesta interés en la instrucción en asuntos políticos y de otra índole, lo que viene a demostrar que estos le preocupan más de lo que se piensa habitualmente.[\[68\]](#)

La 18.^a Panzer expresó también un vivo interés por la instrucción ideológica de sus soldados. Esta formación introdujo «oficiales educadores» ya en el otoño de 1942, y el comandante divisionario informó que aquí también fueron recibidos calurosamente por oficiales y soldados:

La iniciativa fue considerada bastante positivamente por todos los oficiales y recibida entusiásticamente por algunos. La idea de que debido a la duración de la guerra la energía mental de los hombres ha de ser preservada e impulsada de manera particular, y que esto no se logrará a un nivel suficiente por medios convencionales de entretenimiento, ha sido aceptada en general... Los

soldados escuchaban la lectura con atención. En muchos casos hay una respuesta interior y una necesidad de que se los hable de esa manera... Sin duda, esta institución depende en especial de la personalidad de los oficiales nombrados para realizar este trabajo; estos deben tener la confianza de los mandos y de los comandantes de la unidad. Cuando este es el caso la labor es muy válida. En la división esta institución —hasta ahora— se ha demostrado útil y promete buenos resultados una vez que sea ampliada ulteriormente.[69]

La división GD compartía la opinión de que la instrucción ideológica era muy importante para la moral y la motivación de las tropas. En el momento de su establecimiento, en la primavera de 1942, el mando divisionario señaló a sus comandantes de compañía que no eran responsables solo «del mero liderazgo y adiestramiento» sino que debían encargarse también de hacer un uso extensivo de las sesiones de instrucción de la compañía y del material de propaganda apropiado con el fin de proveer a sus hombres de adiestramiento ideológico.[70] En septiembre, la división insistió una vez más en que la Wehrmacht solo resultaría vencedora «por su fe inamovible en que somos y permaneceremos absolutamente superiores al enemigo incluso en las situaciones más críticas».[71] Y en abril de 1943, el comandante de la división insistía una vez más en que:

La duración de la guerra exige no solo extraordinarios esfuerzos en cuanto al rendimiento militar de la Wehrmacht, sino que también demanda poder de resistencia por parte de cada soldado individual. Este poder mental de resistencia ha de ser repetidamente reforzado, en especial en los períodos de descanso. Esto se conseguirá por medio de:

1. Una orientación uniforme del comandante y tropas en asuntos ideológicos.
2. Reforzamiento de las cualidades marciales: bravura, dureza, voluntad de lucha y obediencia.
3. Reconocimiento del significado histórico de la guerra.
4. Creación de una visión segura de la situación militar y política incluso ante la presencia de reveses y la duración de la guerra. Educación para la firmeza en la crisis.[72]

El mes siguiente la división estableció los «oficiales educadores» y les encargó de realizar toda la propaganda y la instrucción «político-educativa» entre las tropas.[73]

Hacia finales de la guerra, cuando la situación objetiva se tornó evidentemente desesperanzadora, las formaciones de combate intensificaron sus esfuerzos de adoctrinamiento una vez más en un intento de recuperarse de su

debilidad material. En enero de 1945 la 4.^a División Panzer distribuyó entre sus tropas un llamado «Credo del Frente» (*Frontbekenntnis*), que sintetizaba la esencia de la *Weltanschauung* nacionalsocialista en una pseudorreligiosa declaración de fe:

YO MANIFIESTO —dado mi juramento a la bandera— mi camaradería en el frente respecto a mi división.

ESTOY DECIDIDO a dar toda mi fuerza, mi sangre y mi vida en la actual batalla decisiva por la vida de mi pueblo.

NUNCA abandonaré mis armas...

CREO en Alemania. Emplearé todas mis fuerzas en preservar y reforzar el poder espiritual de resistencia del pueblo alemán en el frente y en el país con mi palabra y mis actos.

CREO en el pueblo alemán unido por el nacionalsocialismo y en la victoria de su justa causa.

CREO, como soldado nacionalsocialista, en mi Führer Adolf Hitler.[\[74\]](#)

En el último año de la guerra la Wehrmacht comenzó a utilizar a los llamados Oficiales de Liderazgo Nacionalsocialista (NSFO), que incluso se parecían mucho más a los odiados comisarios del Ejército Rojo que a los «oficiales educadores».[\[75\]](#) Estos misioneros de la causa nazi fueron especialmente activos en la difusión de esloganes de batalla concisos y nada ambiguos entre las tropas. Típicos de las numerosas declaraciones de fe común en la Wehrmacht durante los últimos meses de la guerra los siguientes folletos de propaganda fueron distribuidos por uno de los NSFO divisionarios:

1. Asia nunca ha derrotado a Europa. Quebraremos la marea asiática también esta vez.
2. Un gobierno de subhumanos asiáticos sobre Occidente no es algo natural y contradice el sentido de la historia.
3. Detrás del aluvión de chusmas rojas ríe sarcásticamente el rostro del judío. Su deseo de poder debe ser quebrado como un día fue quebrado en Alemania.[\[76\]](#)

Pese al tremendo esfuerzo propagandístico realizado por los comandantes de la Wehrmacht, muchos historiadores son reacios a aceptar que los oficiales de menor grado y los soldados rasos de las unidades de combate puedan haberse sentido motivadas por argumentos ideológicos para el combate o en cuanto al tratamiento de los prisioneros y civiles enemigos. Esto, en parte, se debe a la

dificultad de asociar el batiburrillo de insensateces con que el nacionalsocialismo llamaba *Weltanschauung* nazi con la notable profesionalización del soldado alemán; en parte, esto tiene que ver con la evolución estructural de la disciplina. Así, mientras los historiadores que tratan de la sociedad civil prestan poca atención al ejército, los historiadores militares se preocupan de los asuntos militares referentes al contacto entre soldados y civiles solo a niveles elevados de estas jerarquías, en asuntos relativos a la estrategia, la política y la economía. Por lo tanto, los rangos inferiores del ejército son tratados como una masa gris sin rostro, carente de un pasado civil y de una identidad individual, voluntad y conciencia. Esto hace posible atribuir a esta masa de reclutas del ejército cualquier característica queelijamos pero sin proporcionar demasiadas pruebas para sostener su opinión.

Los soldados de la Wehrmacht pueden ser presentados como nazis fanáticos o completamente indiferentes a las ideologías dependiendo de una visión más general de la sociedad civil del Tercer Reich, y sin referencia alguna a las especiales condiciones bajo las que vivía el soldado ni a cuál era su origen particular como reclutas. Como se supone que los reclutas abandonan todos sus atributos civiles una vez visten el uniforme, sus experiencias como soldados también parecen borrarse completamente una vez que vuelven a la sociedad civil. No hace falta decir que tras años de educación en el Tercer Reich, el origen civil de un joven era tan importante como su conducta como soldado, al igual que la experiencia de seis años de guerra fue crucial para moldear su identidad de civil una vez terminado el servicio militar. Sin duda la tendencia de los historiadores a subestimar la relación del ejército con la sociedad tiene que ver con el aborrecimiento de las cosas militares tras la carnicería de la guerra como si su escepticismo hacia las motivaciones ideológicas fuese una consecuencia directa de la pérdida de ilusiones respecto a los ideales de la primera mitad del siglo xx, cuyas grandes promesas se vieron ahogadas en ríos de sangre. A estas causas más generales hay que añadir el hecho de que en el oeste la Wehrmacht respetó en general las reglas de la guerra en la medida en que se vieron involucrados los prisioneros de guerra y la población civil, excluyendo, naturalmente, a los enemigos políticos y «biológicos»; la ideología jugó un papel menor en la conquista y ocupación de la Europa occidental.[\[77\]](#)

La guerra en el Este fue realmente muy diferente. Fueron las tropas y la

población soviéticas las que llevaron el mayor peso de la guerra y de la barbarie nazi, aun cuando fueron los que al final quebraron el poder militar del Reich. Pero la experiencia y la memoria del Oeste fueron diferentes y esto queda reflejado de modo desigual en los escritos de los historiadores occidentales. Lo que tiene relación con el hecho de que la tradición liberal, al separar rígidamente entre la política y lo militar, obstaculiza una comprensión más clara de la tradición radicalmente diferente de Alemania en este sentido, o, asimismo, en Rusia (en la URSS). Irónicamente, mientras la Guerra Fría y el temor al comunismo vio en el Ejército Rojo una institución altamente politizada, creaba asimismo las bases para la resurrección de las instituciones militares alemanas que a su vez las hizo necesarias políticamente hablando para reprimir la noción de la penetración nazi como en el ejército del Tercer Reich.^[78] Al mismo tiempo esos componentes de la propaganda de la Wehrmacht que mostraba a esta como el baluarte de la civilización contra el bolchevismo se presentaba ahora admirablemente útil para las necesidades de la Alianza occidental. Salvo por el hecho de que esto ha ocurrido solo después de la destrucción del régimen nazi, Goebbels habría tenido sin duda muchas razones para estar satisfecho. Y como en el último decenio las relaciones este-oeste han mejorado, la creciente distancia en el tiempo entre el Tercer Reich y los problemas presentes parece justificar un punto de vista según el cual los soldados de la Wehrmacht serían considerados también, así, víctimas en vez del instrumento del régimen de Hitler. De este modo, una distorsión más de la realidad de la guerra de la Wehrmacht en el Frente del Este se va legitimando gradualmente.^[79]

En efecto, el adoctrinamiento nazi tuvo un impacto importante e insuficientemente reconocido sobre la percepción de la realidad en todos los rangos del ejército alemán durante la guerra y sus efectos pueden verse dilatados durante muchos años tras la «capitulación». El grado hasta el que penetró la «visión del mundo» del régimen en las mentes de sus soldados no hay que ir a buscarlo entre líneas, pues hay una gran cantidad de pruebas disponibles al alcance de la mano. Asimismo, ejemplos de la manera en la que los argumentos nazis todavía se siguen utilizando para justificar las actuaciones de la Wehrmacht mucho después de haber terminado la guerra no son difíciles de conseguir. Véase por ejemplo las memorias ya publicadas del general panzer Heinz Guderian. Mientras considera la implicación del ejército en la

perpetración de políticas criminales y asume una familiar línea exculpatoria y — directamente— falsea las evidencias, Guderian expresa su total acuerdo con la opinión del Führer de que la invasión de la URSS no fue más que un intento de salvar al Reich de «ser devastado por la marea bolchevique asiática... procedente del este». Así, «Barbarroja» fue para él un noble combate cuya meta era defender «la civilización europea». Hitler mantiene que el general:

Estaba claramente al corriente de la amenaza que la Unión Soviética y el comunismo representaba para la hegemonía mundial ofrecida a Europa y a la civilización occidental. Él sabía que en este asunto estaba de acuerdo con la mayoría de sus compatriotas y, en realidad, con muchos buenos europeos en otros países.[\[80\]](#)

Esto se escribió en 1952, cuando muchos «buenos» europeos y americanos eran ciertamente anticomunistas si bien muy pocos podían haberse sentido a gusto con la relación de esta posición de Guderian con el nazismo. Es interesante ver que esta idea de una Wehrmacht que habría jugado el papel de salvadora de Europa del comunismo arroja una luz diferente sobre el argumento elaborado por los generales alemanes tanto durante como después de la guerra, según el cual toda oposición al régimen habría sido, en todo caso, imposible debido al apoyo de que gozaba Hitler entre los mandos jóvenes del ejército. Guderian escribe que «lo mismo que un año sigue al siguiente» tras la «toma del poder» por los nazis:

La oposición en el ejército se debilitaba continuamente a partir del momento en que los nuevos grupos de edad que ahora eran llamados a filas ya habían servido en las Juventudes Hitlerianas, en el Servicio Nacional de Trabajo o en el Partido, por lo que ya habían jurado lealtad a Hitler. El cuerpo de oficiales, asimismo, año tras año se nutría cada vez más de jóvenes nacionalsocialistas.[\[81\]](#)

Obviamente, esto era cierto. Pero lo que Guderian no dice es que él mismo tuvo un papel prominente entre los partidarios entusiastas de Hitler, no solo porque el Führer había hecho posible la realización de sus sueños tecnológicos ascendiéndolo rápidamente a una posición de influencia, sino también porque acabó convencido por los dogmas fundamentales del nacionalsocialismo,

principalmente por el de la expansión del poder alemán y la consiguiente necesidad de destruir totalmente al «judeo-bolchevismo» o, en su versión de posguerra, la «barbarie asiática» y el comunismo. Así, las diferencias entre los grados subalternos y los generales jóvenes de la Wehrmacht no era tan pronunciada como algunas memorias tratan de hacernos creer; ambas tienen en común una opinión favorable de la *Weltanschauung* nazi tal como la entendían, y la voluntad de llevar a cabo esos aspectos de ella que fuesen congruentes con su función de soldados. Así, Guderian se está refiriendo realmente también a sí mismo y a sus iguales cuando escribe:

Cuando el nacionalsocialismo, con sus eslogans nuevos, nacionalistas, apareció en escena, los elementos jóvenes del cuerpo de oficiales se sintieron inflamados en seguida por las teorías patrióticas propuestas por Hitler y sus seguidores.[\[82\]](#)

Si comprendemos que lo que muchos de estos oficiales creían que eran las «teorías patrióticas» eran en realidad nociones nacionalsocialistas de expansionismo geográfico y destrucción «racial», podemos ver el pasaje anterior como una cándida declaración de la amplitud del éxito del régimen en implantar esta visión del mundo en las mentes de los soldados.

Tales declaraciones por parte de un exgeneral de la Wehrmacht apenas ocho años después del fin de la guerra pueden no ser especialmente sorprendentes, pero sí lo es la tendencia de los estudiosos y soldados occidentales seguir considerando tales personas como meros profesionales. El influyente historiador militar británico Liddell Hart se sitúa entre aquellos que dieron la pauta para este punto de vista, cuando escribía inmediatamente después de que los combates hubieran terminado cuánto le había gustado la supuesta «caballerosidad» en la guerra de los generales alemanes con los que había hablado.[\[83\]](#) Un oficial de la RAF que había escrito una introducción de un libro publicado en origen en 1952 por el piloto alemán Hans-Ulrich Rudel afirmaba que «aunque solo he estado con él un par de días es, para cualquier criterio, un tipo valiente y le deseo buena suerte».[\[84\]](#) Brader no parecía pensar que la valentía de Rudel estaba cualificada en parte por su obvia e intensa lealtad a Hitler y a todo lo que este había significado no solo hasta el último momento de la guerra, sino incluso cuando estaba escribiendo su autobiografía. Efectivamente, el estallido de emoción de

este duro piloto de Stukas al conocer el suicidio de Hitler va acompañado por un sentimiento de continuidad en su misión sin trabas por la suerte de su Führer. Así, mientras el suicidio se dice que tuvo «un impactante efecto sobre las tropas», Rudel cree que mientras:

Las hordas rojas están devastando nuestro país... debemos seguir luchando. Solo depondremos nuestras armas cuando nuestro líder nos dé la orden. Este es, sin más, nuestro simple deber de acuerdo con nuestro juramento militar, es nuestro simple deber ante la terrible suerte que nos amenaza si nos rendimos incondicionalmente como insisten nuestros enemigos. Es nuestro simple deber también hacia el destino que nos ha situado geográficamente en el corazón de Europa y al que hemos obedecido durante siglos: ser el baluarte de Europa contra el este. Nos comprenda o no Europa, le guste o no el papel que el destino ha cargado sobre nosotros o si su actitud es de fatal indiferencia o incluso de hostilidad, no altera ni una coma nuestro deber europeo. Estamos decididos a mantener la cabeza bien alta cuando la historia de nuestro continente y en particular la de los duros tiempos que vendrán, está escrita.[\[85\]](#)

La visión de la guerra de Rudel había sido distorsionada hasta tal punto por el adoctrinamiento nazi que siguió apegado a ella mucho después de que acabaran los combates y no temió publicarlos tanto en Alemania como en su traducción inglesa. Y no tenía ninguna razón para estar preocupado como demuestra la cálida introducción del oficial de la RAF. Rudel describe la suerte y el papel del régimen de Hitler en Europa utilizando precisamente los mismos términos propagandísticos que existían durante la guerra. El Tercer Reich no es el terrible destructor de seres humanos y de valores morales, sino el defensor de estos; el soldado alemán no es el instrumento genocida de Hitler, sino una especie de san Jorge alemán atravesando con su lanza al dragón comunista. El conocimiento posbélico de la esencia real de la dictadura nazi parece haber tenido un impacto menor sobre estos hombres, que, en todo caso, debían saber mucho sobre la naturaleza homicida del régimen mucho antes de su destrucción final.

Las afirmaciones de Rudel, que representan muy bien la literatura de memorias de los dos primeros decenios que siguieron al fin de la guerra, son un buen indicador de la manera en que hombres cuyas mentes fueron imbuidas de ideas nazis conservaron estos puntos de vista pese a las consecuencias obvias de la política de Hitler. Pero la *Weltanschauung* nazi tuvo una influencia

considerable también sobre algunos opositores internos del régimen, reflejando aunque de forma más radical, algunas de las aspiraciones y esperanzas del nacionalismo alemán tal como había ido formándose al menos desde Bismarck. Esto, a su vez, significa que algunos de los argumentos y términos clave empleados por el régimen durante la guerra, han resurgido recientemente en la República Federal alemana bajo disfraz de un intento de hacer retroceder a la historia alemana y permitirles recuperar su identidad nacional reconociendo los aspectos positivos de, incluso, los períodos más sombríos de su pasado. Más fastidioso es el hecho de que las justificaciones ideológicas, geopolíticas y nacionalistas por el papel jugado por el Tercer Reich, y especialmente por la Wehrmacht, en «la contención de la oleada bolchevique», hayan aparecido en trabajos de varios eminentes y respetables estudiosos, legitimando así una interpretación histórica que conscientemente o no, atribuía al nazismo el mismo tipo de logros que este reclamaba para sí en las últimas fases de la guerra.^[86] El ejemplo más pertinente de esta distorsión académica del pasado en nombre del futuro respecto a la Wehrmacht fue el pequeño libro publicado en 1986 por Andreas Hillgruber.^[87] Para él, cuando observa la «catástrofe invernal de 1944-1945», es decir, la penetración del Ejército Rojo en Prusia Oriental, el historiador (naturalmente alemán) debe:

Identificarse con la suerte concreta de la población alemana del Este y con los desesperados y costosos (*opferreichen*) esfuerzos del Ostheer y de la Marina alemana del mar Báltico, que trató de defender a las poblaciones del este de Alemania de la orgía de venganza del Ejército Rojo, desde las violaciones masivas, los asesinatos arbitrarios y las innumerables deportaciones, y además mantener abiertas las rutas de escape hacia el oeste por tierra o por mar para los alemanes del este en la última fase [de la guerra].^[88]

Los soviéticos —mantiene Hillgruber— cometieron precisamente el tipo de brutalidades que la propaganda nazi había predicho siempre que ocurrirían. Así pues, el historiador no debería sentirse a disgusto por tener que elegir a las víctimas alemanas de la «orgía de venganzas» bolchevique como su objeto de empatía «rankeana». El autor sabe perfectamente que el deseo de venganza de los rusos era resultado directo de los horrores que los alemanes les infligieron durante la ocupación. Igualmente admite que mientras la Wehrmacht siguiese

combatiendo en el este, el exterminio de los judíos continuaría sin obstáculos; sin embargo piensa que su opción es bastante natural y no problemática, y rechaza la idea de empatizar con las víctimas del régimen o con los opositores internos o extranjeros. De este modo, Hillgruber perpetúa una especie de continuidad más bien diferente de la que proponen realmente los historiadores «revisionistas». En 1941 la propaganda de la Wehrmacht advertía que si Alemania no hubiese invadido la URSS, se habría visto sometida a una invasión bárbara desde el este; por ello, el soldado alemán recibió la orden de hacer lo que en caso contrario se supone le habrían hecho a él. En 1944 se afirmaba que estas predicciones se estaban haciendo realidad, de ahí que a los Aliados occidentales se les pidiese que unieran sus manos con el régimen nazi contra la «oleada asiática». Tal argumento fue adoptado asimismo en la literatura de memorias exculpatorias de los años cincuenta y sesenta. Finalmente, en 1986 un respetable estudioso alemán podía afirmar que las batallas del Ostheer de 1944-1945 habían representado un heroico intento de poner coto a esa misma «oleada» y por tanto, debían ser vistas como un glorioso capítulo de la historia alemana, incluso si este capítulo hubiese sido escrito durante el período más frenético del régimen nazi.

Hillgruber no se detiene en el hecho de que el Ejército Rojo fue realmente mucho más clemente hacia la Alemania ocupada de lo que la Wehrmacht había sido hacia los soviéticos y que aunque la Unión Soviética instauró duras dictaduras en los países del Este, no tuvo las mismas intenciones genocidas que en parte llevó a cabo el Tercer Reich. Después de todo, si este no hubiese sido el caso, la reunificación alemana habría quedado como un asunto meramente teórico. Por el contrario, este autor habla de la «visión soviética de la guerra que claramente, en general, había tomado estos tintes bárbaros durante la época de Stalin».[89] No solo confunde este autor la cronología al no mencionar que el Ejército Rojo llegó a Berlín solo como reacción al intento casi exitoso de la Wehrmacht de conquistar Moscú, sino que trata de demostrar que no había diferencias fundamentales entre la barbarie de los nazis, la de los soviéticos y la de los occidentales. Al repetir, una vez más, las reclamaciones propagandísticas del período, Hillgruber sostiene que los aliados occidentales se negaron a rescatar al Reich de los soviéticos simplemente porque si se llevaba a cabo la completa destrucción de Alemania, la posición de aquellos no habría tenido enemigos. En efecto, cree que sus siniestros planes eran el legado de una manera

de pensar general europea, más que específicamente nazi:

La idea generalizada en Alemania durante la I Guerra mundial de una purga racial *field and floor* llevada a cabo por ambos bandos fue introducida ahora —sin que sea posible encontrar un nexo directo con la expulsión de partes de la población del este— por el bando británico como un elemento de sus propios planes de guerra, al parecer probable la promesa de una seguridad a largo plazo respecto a su propio papel de liderazgo en Europa..[\[90\]](#)

Los alemanes podían haber pensado primero en el genocidio y podían haberlo puesto en práctica junto con los rusos, pero los británicos no estaban evidentemente demasiado atrasados en la teoría sino en la práctica.

Por el contrario, Hillgruber constata que no solo las circunstancias de la guerra en el este o los planes genocidas de los enemigos de Alemania, sino ciertos aspectos fundamentales de la propia política del régimen nazi hace posible identificar con el Tercer Reich y lamentar su total defunción. Como señala:

El concepto político de oposición liberal-conservadora del este merece una apreciación justa; era la única alternativa activa en Alemania a la utopía radical de Hitler. Común a ambas concepciones, la de Hitler y la de la oposición liberal-conservadora existía solamente [¡!] la convicción de que Europa debía ser organizada y dirigida o, de acuerdo con la visión de Hitler, gobernada desde el centro por el Reich alemán..[\[91\]](#)

Hillgruber está totalmente de acuerdo con esta aspiración de Hitler y de sus oponentes (¿liberal?)-conservadores..[\[92\]](#) En realidad, en su visión era una tragedia no solo alemana sino también europea que una *Mitteleuropa* «organizada y dirigida» por Alemania estuvo a punto de convertirse en realidad debido a las maquinaciones de las superpotencias que la flanqueaban con lo que se aseguraban la impotencia política de Europa. Esto lo lleva a la conclusión de que el ejército alemán se vio metido en una lucha por dos nobles metas, concretamente, aquellas precisamente atribuidas a la propaganda nazi. Primero, escribe Hillgruber:

El Ostheer defendía, en un sentido totalmente elemental, a la población de estas provincias

orientales pruso-alemanas, que estaban amenazadas por la horrible suerte de ver su tierra invadida por el Ejército Rojo... La muy repetida reclamación de la propaganda nacionalsocialista de que no había alternativa entre Hitler o Stalin, ahora se convertía en una realidad para los alemanes del este.

[93]

En seguida Hillgruber adopta esta percepción de la realidad pues, junto a otros muchos apologistas posbélicos, aceptó la opinión principal del régimen nazi que, por muy malo que pudo haber sido Hitler, fue, con mucho, mejor que Stalin. Así pues, se justificaba la defensa del régimen nazi del primero del «bolchevismo» del segundo, en especial cuando no había, de forma manifiesta, ninguna otra alternativa. La propaganda nazi había tenido razón en general, como la habían tenido los soldados de la Wehrmacht. Además, como sabemos por la segunda conclusión de Hillgruber, no se trataba solo de una batalla por la supervivencia sino también para conservar la grandeza de Alemania. En estos últimos meses de la guerra, escribía:

El Ostheer alemán luchaba —solo en parte informada de las metas de guerra de los Aliados por las medias verdades de la propaganda nacionalsocialista— desesperadas batallas defensivas para la preservación de la independencia del Reich alemán y de su posición como gran potencia que, de acuerdo con el deseo de los Aliados, debía ser aplastada.[94]

La derrota final de la Wehrmacht significaba la derrota de Europa, cuyo corazón estaba desgarrado y cuyo cuerpo se había dejado a la merced de las superpotencias de la periferia. Dicho de otra manera, en el «sentido elemental» de luchar por la supervivencia de uno mismo y de la población civil frente a una invasión bárbara, y en el político-estratégico de defender a Europa de la dominación de las potencias no europeas, las tropas del Ostheer estaban luchando por una causa justa. Hillgruber nos proporciona un ejemplo perturbador de la manera en que más de cuarenta años después de la guerra, se le da un aura académica a una interpretación distorsionada de la guerra del Tercer Reich basada en gran medida en la propia propaganda del régimen.[95] El único aspecto compensador de esta presentación, e importante en este contexto, es que nos proporciona una formidable prueba de los efectos persistentes que la visión nazi ha tenido no solo en los veteranos, sino también en los estudiosos. En otro

sentido, Hillgruber ha malogrado su propia finalidad ya que ha dado por sentado lo que la mayoría de los historiadores han sido reticentes en admitir, es decir, que lejos de ser una víctima del régimen, el soldado alemán de la Segunda Guerra mundial fue un combatiente por convicción pues lo que se le ha enseñado a creer eran metas existenciales y morales. Hillgruber no proporciona mucha documentación para confirmar sus asertos pero, como veremos luego, las tropas de la Wehrmacht acabaron aceptando la visión nazi de la realidad. En efecto, fue esta fe en la propaganda del régimen la que los hizo seguir combatiendo incluso cuando sus unidades se desintegraban y se quebraba la disciplina militar. Esto no significa que cada soldado alemán individual fuese un convencido nacionalsocialista; más bien, hay que decir que la gran mayoría de las tropas interiorizaron la distorsionada presentación de la realidad de los nazis y, por consiguiente, sintieron que no tenían otra alternativa que luchar hasta la muerte. [\[96\]](#)

Entre los altos mandos militares y los niveles políticos del Tercer Reich hubo pocas dudas respecto a que los soldados rasos y los oficiales subalternos estaban muy comprometidos con el régimen. Estos puntos de vista eran compartidos tanto por el ministro de propaganda como por los conspiradores, por los oficiales que buscaban una excusa para quedar fuera de los problemas y continuar colaborando con el régimen y por aquellos que esperaban superar la crisis militar reforzando la voluntad y determinación de los soldados. Los estudios sobre la moral militar en el Tercer Reich han recalcado que hasta los últimos tiempos de la guerra las tropas combatientes mantuvieron un espíritu más alto que la población de la retaguardia, a pesar de su conocimiento de primera mano de los reveses militares. Un historiador ha afirmado que «los períodos de optimismo estaban impulsados sobre todo por la confianza y la actitud de los soldados del frente», que fueron los «más sólidos partidarios de Hitler y del régimen». Las autoridades eran muy conscientes de esto y en 1943 «la movilización de oficiales y soldados para mejorar el humor de la gente... ya hace tiempo que se ha aprobado». [\[97\]](#) Los informes del SD de junio de 1943 llevan a otro historiador a la conclusión de que: «El «mito del Führer» siguió siendo relativamente fuerte... [entre] los soldados corrientes». [\[98\]](#) Tras el intento de asesinato de Hitler de julio de 1944, otro «informe sobre la moral» mantenía que:

Hoy [la gente] piensa que durante un tiempo los traidores han saboteado los objetivos y las órdenes del Führer. Esta opinión se debe, en primer lugar, a un aumento de los informes escritos y orales por parte de los soldados del Frente del Este que declaran que ahora están descubriendo las razones de la falta de refuerzos y de frecuentes cambios sin sentido de las unidades y la exposición del frente.
[\[99\]](#)

Las encuestas de los estadounidenses entre los prisioneros de guerra alemanes revelaron que más de los dos tercios de los soldados expresaban «fe» en el Führer entre agosto y finales de noviembre de 1944.[\[100\]](#) Un informe del ejército de mediados de diciembre de 1944 señalaba que había pocos comentarios derrotistas entre las tropas y que «hay una firme convicción de que los tremendos esfuerzos militares de nuestro pueblo nos llevarán a la victoria».[\[101\]](#) En julio de 1941 Goebbels escribía en su diario que «nuestros soldados en el frente [oriental] están completamente convencidos ya de la necesidad de esta guerra».[\[102\]](#) y añadía unos días más tarde: «La moral de nuestro hombres en el frente [es] muy buena. Los soldados se dan cuenta ya de que esta campaña era necesaria».[\[103\]](#) Si esto podía haberse esperado quizá en los tiempos de las grandes victorias, ya en marzo de 1945 Goebbels insistía en que, según fuentes aliadas, «nuestros hombres han estado combatiendo como fanáticos salvajes»[\[104\]](#) y que las tropas estaban «resistiendo a toda costa en la medida en que la situación y el equipo lo permiten».[\[105\]](#) Muy impresionado tras una visita a una de las unidades combatientes, Goebbels escribió que «aquí no se da el mínimo signo de derrotismo»[\[106\]](#) y observaba orgullosamente «que la fe en la victoria y en el Führer predomina entre estos hombres».[\[107\]](#) Incluso los prisioneros, continuó diciendo, siguen manteniendo la idea de que Alemania acabará definitivamente por ser vencedora en la guerra» ya que existía «una fe casi mística en Hitler. Esta es la razón por la que todavía estamos en pie y luchando».[\[108\]](#)

Los mismos generales que hicieron intentos para motivar a sus tropas con grandes dosis de propaganda nacionalsocialista afirmaron que, precisamente, el éxito del adoctrinamiento ha obstaculizado cualquier acción contra Hitler. Así, Manstein sostenía en sus memorias:

Las precondiciones para un golpe de estado deberían haber sido... que lo siguiera toda la Wehrmacht y que estuviese de acuerdo la mayoría de la población. Ambas cosas no se dieron en los

años de paz en el Tercer Reich, como no se dieron durante la guerra (exceptuando los meses finales).[\[109\]](#)

Que es, obviamente, otra forma de decir que la mayoría apoyaba a Hitler. Aunque tales afirmaciones apologéticas —que encontramos en numerosas otras memorias—[\[110\]](#) no deben ser tomadas al pie de la letra, es mejor considerar que incluso aquellos que tuvieron el valor de conspirar contra Hitler se sintieron muy desanimados, evidentemente, al descubrir que no hubo virtualmente ninguna unidad militar que pudiera ser desplegada a sabiendas en un intento de *putsch*. Como escribió Johnnie von Herwarth, «los soldados estaban, evidentemente, bajo la influencia de la propaganda nazi».[\[111\]](#) Por consiguiente:

Habría sido difícil en cualquier circunstancia identificar entre decenas de miles de soldados a aquellos con los que se podía contar. La tarea de localizarlos se hizo más tediosa cuando nos dimos cuenta que pocos, si había alguno, podía entrar en esa categoría... Nunca tuvimos tropas de las que pudiésemos fiarnos al menos en un 1 por ciento».[\[112\]](#)

En efecto, como explica von Herwarth, precisamente la decisión de asesinar a Hitler en vez de detenerlo y juzgarlo como se había sugerido en un primer momento, se basó en:

La convicción general respecto a que las tropas alemanas nunca habrían querido aceptar un mando diferente mientras Hitler viviera, pero la noticia de su muerte habría traído consigo inmediatamente el colapso del mito que rodeaba su nombre. De ahí que no hubiese ninguna forma de obtener el apoyo de un gran número de soldados alemanes sin eliminar a Hitler.[\[113\]](#)

Los informes posbélicos que hablan de puro profesionalismo e indiferencia ideológica de los soldados, bien escritos por los propios generales que se disculpan a sí mismos por su inacción en contra el régimen diciendo precisamente el contrario, o bien escritos por historiadores más desinteresados que, de todos modos, muchas veces se basan en afirmaciones hechas por los primeros más que en pruebas menos sesgadas, pueden, así, ser considerados que no reflejan la realidad objetiva del frente. Debemos leer el siguiente pasaje del historiador alemán Hans Mommsen para comprender hasta qué punto incluso los

más distinguidos estudiosos del Tercer Reich tienden a rechazar la noción de que el ejército nacional alemán, formado por reclutas, fue nazificado a pesar de toda la documentación disponible:

El panorama trazado por la propaganda del régimen de tropas que luchan fanáticamente por la causa nacionalsocialista, era falsa, incluso en el caso de las *Waffen-SS*... La mentalidad del *Landser* medio se caracterizaba por la sobriedad, el rechazo de las peroratas propagandísticas fuera de la realidad y una firme voluntad personal de sobrevivir. Sin duda, al amparo [*unter dem Vorzeichen*] de la orden de comisarios se producían graves abusos por parte del ejército contra población civil indefensa que le era entregada y contra prisioneros de guerra; la guerra partisana condujo a un embrutecimiento sin precedentes en la conducta de la guerra por ambas partes [¡!]. Pero el soldado medio tuvo poca influencia en esto y le fue difícil encontrar una manera de evitar la escalada de violencia.^[114]

Sin duda, los soldados estaban preocupados por su propia supervivencia y por los distintos aspectos profesionales de los combates, pero lejos de disminuir su necesidad de refuerzos propagandísticos, el empeoramiento de las condiciones de combate, por lo general, la aumentaba. Evidentemente habría sido falso describir «la fe mística en el Führer» de las tropas como un firme compromiso con una ideología articulada y coherente. Para empezar, el nazismo nunca lo exigió, más bien al contrario, al tiempo que se mostraba despectivo hacia el «intelectualismo» de las ideologías rivales, se mostraba muy coherente al presentarse a sí mismo como un estado emocional intenso derivado de «instintos naturales» y «creencias inamovibles». El elemento más importante en este estado mental era la «fe ciega» en el Führer. El crear y conservar en las tropas esta lealtad sin discusión a Hitler jugó un papel importante al distorsionar la percepción de la realidad, manteniendo en pie su esperanza en una *Endsieg* y al descargar su responsabilidad de sus propios crímenes sobre sus víctimas. El profundo impacto del adoctrinamiento y de la propaganda sobre la psiquis de los soldados puede constatarse claramente en su correspondencia privada.

El aspecto más sorprendente de las cartas de los soldados es la notable semejanza en su terminología, modos de expresión y argumentos con los que caracterizan a la propaganda de la Wehrmacht. Completamente en contra de la aserción de Mommsen citada antes, el hecho de que estos hombres, que realmente estaban más cerca de las realidades de la guerra que cualquiera de los propagandistas, la veían y describían a través de la lente distorsionante de la

ideología del régimen, es la medida exacta de la amplitud de la transformación de los soldados de Hitler en el más profundo sentido del término; es decir, que percibían la realidad del frente igual que este la veía a salvo en su búnker, compartiendo sus fantasías de conquista y grandeza de genocidio racial y dominio germánico del mundo. De hecho, incluso esos soldados que expresaban alguna crítica del régimen estaban infectados por el vocabulario nazi. Y no deberíamos ver esto con demasiada sorpresa pues, como algún estudioso ha mostrado rotundamente, la perversión del lenguaje alemán del nacionalsocialismo fue tan profunda que infectó incluso las víctimas del régimen.^[115] Este fenómeno tiene también un efecto persistente sobre la sociedad alemana, ya que los intentos de «purgar» el lenguaje después de la guerra no han tenido éxito —en general— porque los nazis ya lo habían «purgado» antes de influencias «extranjeras» (y algunos diccionarios alemanes tienen todavía volúmenes especiales con *Fremdworte* [términos extranjeros]), dado que la vasta literatura sobre el nazismo ha tenido el efecto paradójico de mantener los términos nazis en constante circulación. Visto desde esta perspectiva fue inevitable que tras años de adoctrinamiento premilitar y en el ejército las tropas de la Wehrmacht eran capaces de evaluar y describir la realidad únicamente con referencias constantes a la *Weltanschauung* nazi que, en su caso, constituía literalmente su visión del mundo. Considerando sus consecuencias, la creación de este consenso entre las tropas fue probablemente el logro más significativo del esfuerzo educativo del régimen nazi.

Como el adoctrinamiento se intensificó en gran medida durante la campaña de Rusia, y como los prejuicios contra los eslavos y mongoles, gitanos y judíos y, naturalmente, contra los bolcheviques, fueron mucho más grandes que contra los habitantes y los sistemas políticos de la Europa occidental, las referencias ideológicas y sentimientos racistas fueron mucho más frecuentes en las cartas desde el Frente del Este. Pero mucho antes de «Barbarroja» la correspondencia de los soldados reflejaba ya la amplitud de la influencia de la *Weltanschauung* del régimen sobre ellos. Ya el 3 de septiembre de 1939 Heinz Küchler, de veinticuatro años de edad, estaba convencido de que estaba luchando «una batalla para un futuro mejor» y que:

Esta vez ha de tomarse a una decisión o las caóticas circunstancias acabarán dando por resultado la

autodisolución de nuestra cultura, o bien un nuevo orden mundial racional... No debemos tener miedo en esta batalla... No debemos tampoco valorar demasiado nuestras vidas... Nuestra grandeza debe descansar en la capacidad, no de dominar al destino, sino de preservar nuestro destino a pesar de nuestra personalidad, nuestros deseos, nuestro amor, y en sacrificarnos sin reservas por un orden mundial que no poseemos. Incluso el peor apuro, precisamente, nos llevará más cerca del conocimiento y de la verdad.[\[116\]](#)

Del mismo modo, el 9 de febrero de 1940 Karl Fuchs, que servía en la 7.^a División Panzer, escribía a su padre:

Todos esperamos que nos trasladen pronto al frente. ¡Este es nuestro mayor deseo!... A fin de cuentas este es la más elevada y más noble meta: un hombre se prueba a sí mismo en la batalla. Esta batalla no es solo una lucha individual sino también una lucha por nuestra familia y también por nuestro pueblo.[\[117\]](#)

Las grandes victorias en el Oeste llevó a una creciente adulación de Hitler y, por consiguiente, a un acuerdo cada vez mayor con sus «ideas». Esto puede verse por ejemplo por los informes del espionaje del 16º Ejército durante la ocupación de Francia y Países Bajos en la segunda mitad de 1940 y comienzos de 1941, que incluían una evaluación de la moral de las tropas basada en un análisis de sus cartas. En noviembre de 1940 se informó de que las cartas de los soldados «expresan con mucha frecuencia una confianza y una fe generales en la justeza de la política de Hitler».[\[118\]](#) Así, uno de los soldados escribía:

Nosotros, alemanes de los Sudetes miembros de la SA queremos estar justo en el frente con el fin de dar una fracción de nuestro agradecimiento por la liberación de nuestro bello país por nuestro magnífico Führer Adolf Hitler. En la presente lucha también nos dirigirá victoriosamente.

Otro soldado expresaba el mismo tipo de determinación para combatir:

Sí, somos meros soldados del frente que queremos seguir en esta situación y no descansar nunca hasta que Alemania consiga la victoria total. Sí, la patria debería llenarse de un nuevo orgullo por sus hijos que golpearemos hasta hacerlo caer incluso al último enemigo [Inglaterra]. Ningún sacrificio será demasiado grande para nosotros. Sé fuerte, y soporta con paciencia todo lo que el destino te exija.

Una carta particularmente interesante repetía casi palabra por palabra lo que podía leerse en la mayoría de los folletos de propaganda del período, afirmando que las tropas se habían tropezado precisamente contra ese tipo de «realidad» a la que les habían enseñado a esperar, y considerando que esto era una prueba más de la superioridad del sistema político del Reich y de la obvia superioridad de los alemanes:

Estamos todos ansiosos de que se nos permita presentar a aquellos que son culpables de esta gran guerra [Inglaterra y los «plutócratas» judíos] con el último recuento. Y el recuento debe ser realizado con precisión, esto hemos jurado a nuestros camaradas muertos... Ahora estamos estacionados en Francia y hemos tenido más que suficiente de moral, de decadencia ética, que se nos presenta aquí una y otra vez. Reconocemos repetidamente que este pueblo no puede esperar ser salvado del lodazal en el que se ha hundido. Allí podemos ver por primera vez lo bella que es Alemania y lo orgullosos que deberíamos estar de ser alemanes, y agradecidos a nuestro Führer que nos ha liberado de la miseria que ahora vemos a diario.[\[119\]](#)

Esta visión la compartían muchos soldados. Heinz Kuchler escribía ya el 3 de junio: «Todavía no tengo claro qué es lo que ha hecho que fuese posible la rápida victoria alemana», y luego añadía en inglés: «¡Sin duda hay algo malo en el estado de Francia!».[\[120\]](#) El 15 de julio Karl Fuchs escribe a su nueva novia:

Luego mis amigos soldados y yo fuimos a una «librería» en Versalles. ¡No te imaginas las porquerías y pornografía que vimos!... Puedes ver realmente que en los campos de la limpieza y moralidad, el pueblo francés ha caído aun más bajo. Un incidente así es simplemente impensable e imposible en nuestra patria alemana. Cuando una sociedad es capaz de reducir la belleza femenina a tales niveles, entonces esta sociedad ha perdido el derecho a ser llamada una «gran nación». Sí, esta sociedad ha perdido no solo su vitalidad sino también su moralidad.[\[121\]](#)

En enero de 1941, el informe del servicio de espionaje del 16.º Ejército expresaba una vez más su satisfacción por la confianza de las tropas en el Führer y en la rápida consecución de la victoria final. El informe constataba que:

Muchas cartas pueden servir para reforzar el frente interior debido a su contenido. Estas fortifican el sentimiento de apego entre la patria y el frente y sirven de garantía de que entre las tropas predomina siempre un buen comportamiento marcial y una decente convicción alemana.[\[122\]](#)

Lo que la sección de inteligencia quería decir con esta «decente convicción alemana» era, naturalmente, una total confianza en Hitler y en los comandantes de la Wehrmacht. Y, en efecto, las cartas de los soldados mostraban que recibían y leían el material de propaganda que se les distribuía ampliamente, pues sus interpretaciones de la situación bélica era innegablemente semejante a la línea oficial del régimen. Así, un soldado escribía que «John Bull no sobrevivirá sin duda a este segundo verano, el Führer y su orgullosa Wehrmacht se ocuparán de ello. Estoy orgulloso de haber contribuido activamente en el frente, en el ejército».[\[123\]](#) Otro hombre afirmaba: «Estamos trabajando para darle a Inglaterra el último golpe y luego habrá calma. Luego la gran paz llegará que todos los pueblos están esperando. Y luchar por ello, ningún sacrificio es demasiado grande». Este soldado, obviamente, creía que él también estaba luchando en una guerra para acabar con todas las guerras y que una Europa gobernada por Hitler volvería a la paz y prosperidad como el régimen afirmaba repetidamente. Algunos tenían una mentalidad menos pacifista. Una carta veía en la batalla futura una oportunidad para la venganza y una muerte heroica, y expresaba el tipo de confianza total en Hitler y un fatalismo cuasi religioso que el nazismo tanto había promovido entre sus seguidores:

Esta vez es realmente imposible para mí celebrar la Navidad en casa. Pero no es nada malo; porque la Patria y el Führer nos han llamado y hemos acudido a su llamada con el corazón alegre. Nuestro camarada Fritz Lehmann ha hecho un sacrificio mucho mayor, ha dado su vida. Ha cumplido el más bello deber de un soldado y se ha convertido en ejemplo para todos nosotros que debemos seguir. Nosotros debemos conquistar aun lo que a él ya no se le permite experimentar, es decir, la victoria sobre nuestro más astuto enemigo [Inglaterra]. Y alcanzaremos esta meta. Nuestras vidas pertenecen a Dios y a la Patria y ellos pueden decidir sobre nuestro destino.[\[124\]](#)

Tales puntos de vista eran compartidos por muchos otros soldados. En este sentido, Karl Fuchs escribió a su padre el 3 de agosto de 1940 que:

Los días están contados para esos inútiles en Inglaterra. Ya no serán capaces de atacar las ciudades y pacíficas granjas alemanas. Todos nosotros sentimos que una vez que estemos allí, nadie mostrará ninguna piedad, quienquiera que se vea involucrado.[\[125\]](#)

Y el 1 de septiembre prometía a su mujer que «será una época sin piedad y terrible para Inglaterra»,[\[126\]](#) y la empujaba a «pensar en nuestra Patria y en nuestro Führer, a quien le damos todo por ser sus hijos».[\[127\]](#) Fuchs, como muchos de su generación, veía el amor por su mujer y su amor por Hitler como una entidad única que simbolizaba el espíritu que unía a todo el *Volk* alemán. Y escribía el 9 de noviembre de 1940:

Las últimas palabras del mensaje radiofónico del Führer han terminado y una nueva fuerza corre por nuestras venas. Es como si hablase a cada individuo, a cada uno de nosotros, como si quisiese darle a cada uno nuevas fuerzas. Con lealtad y sentido del deber debemos luchar por nuestros principios y persistir hasta el final. Nuestro Führer representa a nuestra Patria alemana unida... Lo que hacemos por él, lo hacemos por todos vosotros, lo que sacrificamos en tierras extranjeras, lo sacrificamos por nuestros amados allegados. Cuando el Führer habla en estas ocasiones festivas, siento profundamente en alma que tú en el hogar también sientes que estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio... La victoria de Alemania es tan cierta como el amor que sentimos el uno por el otro. Al igual que creemos en nuestro amor, también creemos en nuestra victoria final y en el futuro de nuestro pueblo y de nuestra Patria.[\[128\]](#)

Y al día siguiente añadía en una carta a su padre que habiendo escuchado el «magnífico y rotundo discurso» de Hitler, había acabado sintiendo «la grandeza e intensidad de nuestra época» y comprendiendo que «solo una cosa importa y que esta es nuestra Patria alemana».[\[129\]](#)

La correspondencia del Frente del Este nos proporciona una oportunidad especialmente buena para observar la manera en cómo las tropas alemanas interiorizaron algunas de las nociones básicas del nacionalsocialismo y las emplearon para racionalizar sus problemas en el frente, legitimar sus acciones criminales y fortalecer sus espíritus. Naturalmente, mucho de lo que escribían los soldados mostraba una gran influencia de la propaganda de la Wehrmacht. Pero es muy revelador el hecho de que incorporasen tales elementos a su correspondencia privada teniendo en cuenta el hecho de que la censura se ocupaba de casos de críticas, no de la ausencia de la fraseología nazi. Las cartas de los soldados reflejaban la distorsión de la realidad entre las tropas en dos esferas significativas: primero, la deshumanización y demonización del enemigo sobre bases políticas y raciales, con particular referencia a los judíos como la más baja expresión de la depravación humana; y, segundo, la deificación del

Führer como única esperanza para la salvación de Alemania. Entremezclados con estos temas básicos había nociones como la batalla como prueba suprema del carácter y de la hombría y también la de la superioridad racial y cultural, y la de una visión de la guerra como una santa cruzada en pos de un futuro mejor y en contra de la hueste infernal de enemigos sancionada por Dios que, entre los más píos y de mentalidad filosófica, sustituía al menos parcialmente a Hitler como árbitro del destino alemán y universal. El primer día de campaña Hermann Stracke, estudiante de filosofía de veintidós años, escribía: «Anoche el teniente nos leyó un llamamiento del Führer y ahora nosotros podemos, al fin, participar de él». Esta sería «la guerra de la Joven Europa contra la mayor parte de Asia» y, aunque «la voluntad de destino sigue siendo oscura», insistía en que «voy a la batalla lleno de confianza, alegre e impávido, y hago mía esta prueba vital». [130] Un sargento escribió que él siempre había sabido «que a la larga, no se podían mantener relaciones amigables con los bolcheviques», especialmente al «haber demasiados judíos». [131] Dos días después otro suboficial explicaba que «el pueblo judío nos ha declarado la guerra en toda la línea», y añadía: «Los marxistas luchan hombro con hombro con la alta finanza desde antes de 1933 en Alemania». Pero se sentía consolado al saber que en «Alemania el nacionalsocialismo ha vencido». [132]

A medida que progresaba la campaña la resistencia del Ejército Rojo y cada vez más también de la población civil parecía confirmar lo que se les había dicho, mientras que las atrocidades perpetradas por la Wehrmacht y las SS se atribuían al carácter malvado del enemigo en vez de a la política asesina del régimen nazi. Así, la inversión de la realidad en seguida se convirtió en un sólido componente de la correspondencia desde el frente. El 28 de junio Karl Fuchs escribía a su mujer y su hijo pequeño que los soviéticos «luchan como mercenarios —no como soldados— y no importa que sean hombres, mujeres o niños en el frente. No son mejor que un puñado de canallas». Pero sin embargo, se apresuró a darles seguridades de que «Europa está bajo el liderazgo de nuestro amado Führer Adolph [sic] Hitler, y él cambiará esto para un futuro mejor». [133] Otro soldado prometía, a comienzos de julio: «Esta vez sin duda pondremos fin a este poder de estos que odian a Dios», y expresaba su sorpresa al observar «pruebas de las atrocidades judías, bolcheviques, cosas que yo nunca habría creído posibles... Puede usted muy bien imaginarlas», continuó diciendo,

«que esto clama venganza, que nosotros nos tomaremos indudablemente».[\[134\]](#)
Un comandante de la Wehrmacht que pasaba por Varsovia en su camino al frente llegó nada menos que a atribuir los horrores del ghetto no a la barbarie nazi, sino más bien a la inhumanidad de los judíos:

Las condiciones en el ghetto difícilmente pueden ser descritas... El judío hace negocios aquí con los demás también en la calle. Por la mañana, mientras conduzco mi coche, veo numerosos cadáveres, entre ellos algunos de niños cubiertos de cualquier modo con harapos sujetos con piedras. Los demás judíos pasan junto a ellos con indiferencia, los primitivos «carros de muertos» vienen y se llevan estos «restos» con los que no pueden hacerse negocios. El ghetto está bloqueado por muros, alambre de espino y más... Suciedad, hedor y ruido son los principales signos del ghetto.[\[135\]](#)

Con todo, este oficial nunca pensó que a estos judíos los hacían morir de inanición sus propios compatriotas alemanes. Del mismo modo, otro hombre informa desde Minsk en octubre que:

Debido a los ataques [partisanos], cierto número de personas, especialmente judíos, son capturados y ejecutados en el acto sumariamente y sus casas incendiadas. Recientemente, prisioneros de guerra fueron fusilados sin más en un montón por los guardias. Los muchachos se pelearon por el pan y las ropas viejas que se les había tirado. Yacían muertos y se los enterró inmediatamente en el lugar por los propios judíos, como a perros rabiosos.[\[136\]](#)

Este hombre reaccionó de la misma manera a lo que veía en la retaguardia como otros reaccionaban ante las fotografías y películas de propaganda; reducidos a un estado de terrible miseria y hambre, los considerados por el Reich enemigos biológicos y políticos acabaron pareciéndose al estereotipo del *Untermensch* proclamado por el régimen. Matarlos así no era peor que matar a un perro rabioso. Pero cuando resultó que los subhumanos soviéticos resistieron a la Wehrmacht con gran fiereza, los soldados alemanes siguieron las afirmaciones de la propaganda que atribuía este inesperado giro de los acontecimientos a las incitaciones ideológicas del Ejército Rojo por parte de los bolcheviques judíos y también a la naturaleza, en general salvaje, de la raza rusa. El hecho de que la Wehrmacht reaccionase ante la resistencia soviética con llamamientos a una ulterior «fanatización» de sus propias tropas a través de la

intensificación del adoctrinamiento, e incluso exigieron una mayor «brutalidad» que antes simplemente justificaba la pretensión de que esta era efectivamente una «guerra de ideologías» en la que todo estaba permitido para obtener la victoria final. A comienzos de agosto un soldado escribía que «el ruso es un guerrero muy duro» y explicaba que «la brutalidad que constantemente caracteriza al ruso puede explicarse solo por la incitación». Asimismo, creía que los rusos eran «un pueblo que necesita una larga y buena instrucción con el fin de convertirse en humanos».[137] Karl Fuchs escribía el 5 de julio que «¡Rusia no es más que miseria, pobreza, y depravación!».[138] Dos semanas más tarde prometía: «Cuando vuelva te contaré infinitas historias de horror sobre Rusia. Ayer, por ejemplo, vimos a nuestras primeras mujeres soldado... Y esas cerdas disparaban contra nuestros decentes soldados alemanes desde posiciones emboscadas».[139] A comienzos de agosto informaba que «las penosas hordas del otro lado no son más que criminales empujados por el alcohol y la amenaza de una pistola apuntada a sus cabezas... No hay moral en la tropa y, en el mejor de los casos, son carne de cañón... ¡No son más que un puñado de gilipollas!» Y terminaba así: «Todos, incluso el más escéptico, sabe hoy que la batalla contra estos subhumanos que han sido llevados al frenesí por los judíos, no solo es necesaria, sino que llega en el momento preciso. Nuestro Führer ha salvado Europa de un caos seguro».[140] Finalmente, en septiembre informaba a su madre que «Rusia es como una pocilga» y que las tropas soviéticas estaban «desesperados y ahora mismo son arrastrados al frente con amenazas de sus comisarios políticos. ¡Ha llegado su última hora!».[141] Otro soldado estaba convencido de que la determinación del Ejército Rojo se debía al hecho de que sus soldados eran todos «comunistas confirmados».[142] Indicativo de esta inversión era una carta de un capitán que debió saber del maltrato a gran escala de los prisioneros de guerra soviéticos y aun así mantenía que «los rusos han sido totalmente estupidizados y convencidos de que los alemanes matarían a todos los prisioneros»,[143] lo que implica que les han mentido y que nada de esto está teniendo lugar realmente ahora.

La negativa de los soviéticos a capitular pese a su supuesta inferioridad fue utilizada por los propagandistas como justificación de la invasión de la Unión Soviética pues se daba por supuesto que se podía demostrar que el Ejército Rojo había preparado secretamente un ataque al Reich y que si este plan no se hubiera

frustrado en el último momento, habría devastado completamente Alemania. Esta línea de pensamiento puede hallarse todavía en algunos escritos históricos hoy, prueba de otra herencia de la propaganda nazi, en vez de cualquier otra prueba documental: «“Barbarroja” se justificaba como guerra preventiva, si no, sin más, un ataque prioritario, y la política criminal alemana quedaba habilitada a causa de las intenciones soviéticas hacia Alemania y de la práctica real hacia sus supuestos enemigos interiores».[144] La idea de que los gulags fueron el «origen» de Auschwitz no es más que una invención reciente;[145] no solo era esta un tema común de la propaganda, sino que también fue ampliamente aceptado por las tropas. A mediados de julio de 1941 el soldado Fred Fallnbigl escribía desde el frente:

Ahora sé lo que significa realmente. Pero también sé que nos hemos visto forzados a entrar en guerra contra la Unión Soviética. Como Dios tiene misericordia de nosotros, si hubiésemos esperado, estas bestias hubiesen venido contra nosotros. Para ellos, incluso la más horrible muerte es demasiado buena. Estoy contento de poder estar aquí para poner fin a este sistema genocida.[146]

El soldado de primera J.F. escribía el 3 de agosto que «a aquellos en la patria nosotros los soldados solo podemos decir que él [Hitler] ha salvado Alemania y con ello a toda Europa del peligro del Ejército Rojo por su decisión. La batalla es dura», admitía, «pero sabemos por lo que estamos combatiendo y con confianza en el Führer alcanzaremos la victoria».[147] Otro soldado escribía desde la URSS a fines de agosto de 1941:

Precisamente ahora reconocemos perfectamente lo que podría haber ocurrido con nuestras mujeres y niños en caso de que estas hordas rusas hubiesen podido penetrar en nuestra Patria. Yo he tenido la oportunidad aquí de observar a estos hombres incultos y multirraciales. Gracias a Dios se les ha frustrado el saqueo y pillaje de nuestro país.[148]

El soldado Kurt Christmann exclamaba unos días después: «¿Qué podría haberle ocurrido a la cultura europea en caso de que estos hijos de la estepa, envenenados y emborrachados con un veneno destructivo, estos subhumanos instigados, hubiesen invadido nuestra bella Alemania? Agradeceremos infinitamente a nuestro Führer, con amor y lealtad, el salvador y figura

histórica».[149] El 1 de septiembre el soldado de primera Rentzsch expresaba sentimientos semejantes:

Es bueno saber que este enfrentamiento ya ha llegado. Si por el contrario estas hordas hubiesen invadido nuestra tierra, habría habido un gran derramamiento de sangre. No, ahora queremos cargar nosotros mismos con el esfuerzo para erradicar esta plaga universal.[150]

El soldado Albert Stahl estaba de acuerdo en que «Alemania solo puede estar contenta por tener un Führer que está poniendo fin a todo este espectro. Incluso si ya hay miles de bravos soldados alemanes que descansan en la tierra este sacrificio no es en vano, pues una invasión de nuestra patria habría significado el fin de todo. Terminaba diciendo: «En esta sólida creencia el soldado lucha con más valentía —aunque nunca antes— y a pesar de todos los peligros».[151] El cabo Alois Hein considera también «imposible contemplar lo que podría haber sucedido si estas bestias hubiesen llegado a Alemania». Por consiguiente: «Todos debemos aguantar voluntariamente y hacer sacrificios hasta el extremo, pues comparado con lo que podría pasar, esto no es nada».[152] Y aun otro suboficial sentía escalofríos por el terrible destino del que fue salvada Alemania en el último momento: «Si este montón de soldados canibalizados hubiesen caído sobre Alemania, cada cosa que fuese alemana estaría acabada».[153] Y en noviembre Karl Fuchs escribía a su madre: «Vosotros en casa debéis tener en mente lo que habría ocurrido si estas hordas hubiesen invadido nuestra Patria. El horror de esto sería impensable».[154]

Aparte de su profundamente arraigado racismo y angustia, las cartas de los soldados ponen de manifiesto una necesidad de justificar las acciones criminales del ejército en el este, presenciadas por todos y perpetradas por muchos miembros de las tropas. No hay muchas dudas de que esto se llevó a cabo deshumanizando a los rusos y atribuyéndoles atrocidades que habían cometido los alemanes. Las condiciones atrasadas en que vivía la población de las aldeas, que los efectos de los combates empeoraron, animó ulteriormente a los soldados a pensar que los rusos eran subhumanos mientras se confirmaban de nuevo la creencia de las tropas alemanas en la superioridad de su propia cultura, raza, y liderazgo. Un suboficial escribió: «Ciertamente, nuestra propaganda no ha exagerado, incluso ha subestimado» lo que llamaba «las condiciones

preinundación» que reinaban en la Unión Soviética.^[155] Karl Fuchs anotaba: «No importa donde se mire, no hay más que suciedad, bloques de casas mugrientas. No se ve una huella de cultura en ningún sitio. Ahora nos damos cuenta lo que nuestra Patria alemana ha dado a nuestros hijos. No existe más que una Alemania en el mundo entero».^[156] Todo esto llevaba a las tropas a pensar que estaban liberando realmente al pueblo ruso del «bolchevismo, el enemigo mundial que ha convertido a los rusos en sus mercenarios». Por tanto, el sufrimiento de los rusos no se atribuía a la Wehrmacht sino a los «bolcheviques» que «no se ocupan de que el pueblo ruso sangre hasta morir» y «que no tengan sentido de la responsabilidad».^[157] El teniente Otto Deissenrath escribía el 30 de julio de 1941: «Por todas partes el fantasma del bolchevismo nos mira con los atormentados ojos de los campesinos, con los estultos ojos de los prisioneros, desde los centenares de personas asesinadas, desde las granjas, las empobrecidas aldeas y las casas en ruinas, con frecuencia me parece que esta ha sido labor del diablo». Todo lo cual lo conduce a terminar diciendo que él está combatiendo «una batalla contra la esclavitud, contra la locura bolchevique».^[158] El soldado Walter Sperath expresaba su indignación al descubrir que incluso «los animales eran tratados mejor de vuelta a casa que de la manera que era tratada la gente en las casas donde vivía y se alimentaba» y juraba asimismo que él y sus camaradas «no terminarían esta batalla antes de que esta chusma sea con erradicada con raíces y ramas con la bendición de la cultura y humanidad europeas».^[159] De manera parecida, Karl Fuchs escribía a su madre el 15 de octubre: «Nuestro deber ha sido luchar y liberar al mundo de esta enfermedad del comunismo. Un día dentro de muchos años, el mundo agradecerá a los alemanes y a su amado Führer la victoria aquí en Rusia. Aquellos de nosotros que tomamos parte en esta batalla de liberación pueden volver la mirada a aquellos días con orgullo e infinito gozo».^[160] Y pocos días después escribía a su mujer: «Ahora que llevamos aquí un tiempo y hemos tenido la suerte de llegar a conocer esta tierra comprendemos en seguida por qué fue fácil para los agitadores comunistas envenenar sistemáticamente a este pueblo». Así, le pidió a su madre que conservase sus cartas para que: «Yo pueda recordar con ellas el verdadero carácter de este país y de su pueblo que han sido tan pervertidos por estas estúpidas ideas comunistas».^[161]

Al mismo tiempo, los prejuicios racistas de los soldados los hicieron

totalmente indiferentes a la suerte de sus víctimas. A mediados de septiembre un soldado parecía quedarse impasible por el hecho de que los prisioneros que su unidad había capturado estaban formados sobre todo por «hombres mayores de más de cuarenta años... [y] mujeres jóvenes, de quince años», especialmente si eran «mongoles, chinas, asiáticas, una mezcolanza en el sentido real de la palabra». Esta obvia inferioridad racial del enemigo debía ser la razón de su satisfacción al observar los numerosos ahorcamientos de «aquellos que habían robado propiedades militares o soldados que habían estado deambulando por los bosques vestidos de civiles y que habían cometido actos de terror. Quedaban colgados dos o tres días como advertencia».[162] El soldado de primera G.S. constató que entre «esta mezcla de razas el demonio debía sentirse como en su casa. Es, creo, el [pueblo] más depravado y repugnante que vive en tierras de Dios».[163] Otro sargento comentó con el mismo tono prosaico que «como respuesta» a la muerte de un oficial alemán por un civil ruso «toda la aldea fue incendiada, observando luego que «esta campaña del este es muy diferente de la campaña del oeste».[164] A mediados de octubre un suboficial describía a los prisioneros soviéticos como «estúpidos, como animales y harapientos e incluso, a veces, traicioneros»,[165] y otro mantenía que los rusos «ya no eran seres humanos, sino hordas salvajes y bestias que han sido alimentados por el bolchevismo durante los últimos veinte años». Por ello explicaba: «No debemos dejarnos llevar por ningún tipo de compasión por este pueblo, pues son muy cobardes y perversos».[166] Así, todavía el 25 de julio, el cabo Aloys Nackas sostenía que el «enemigo no está formado por verdaderos soldados, son guerrilleros y asesinos». Pero estaba seguro que «nosotros, en el frente, acabaremos con todas estas hordas bolcheviques por lo que toda Europa nos dará las gracias».[167] Karl Fuchs describía el 3 de agosto la obvia inferioridad de los prisioneros de guerra soviéticos: «Difícilmente se ve el rostro de una persona que parezca racional e inteligente. Todos parecen demacrados y la mirada salvaje, medio de loco de sus ojos los hace parecer imbéciles». Simplemente no podía comprender cómo «estos canallas, dirigidos por judíos y criminales, querían dejar su huella en Europa».[168] Pero no tenía duda ninguna de que la «guerra contra estos seres subhumanos» estaba a punto de terminarse, y le pareció «casi insultante si se considera que esos criminales rusos borrachos han sido soltados contra nosotros. ¡Son canallas, la hez de la humanidad!

Naturalmente», señaló contento, «no son enemigos para nosotros los soldados alemanes».[169] El 22 de septiembre Fusch preguntaba a su mujer: «¿Puedes imaginar que seres humanos crezcan como animales? Este parece ser el caso aquí... Supongo que es imposible pedirle a un ruso que piense en algo bello y noble», terminaba diciendo.[170] En otra carta describía a los rusos con «los rostros retorcidos, haciendo muecas y arrastrados por una locura política», y la rabia que hacían surgir en él. «En mi opinión, ¡estos bolcheviques son asesinos de toda cultura!».[171] Fuchs estaba muy seguro de estar cara a cara con la realidad: «Hemos visto la verdadera cara del bolchevismo», compuesta a su entender de «canallas comunistas, judíos y criminales», y aseguraba a su madre que él y sus camaradas «sabremos cómo tratar este asunto en el futuro».[172] Con todo, si los rusos eran tan inferiores y el bolchevismo tan despreciable, algunos soldados alemanes se preguntaban por qué había «tantos mártires de la causa bolchevique» entre ellos. La respuesta que les dio la propaganda de la Wehrmacht, citada en muchas cartas, era simplemente que «había algo diabólico en ellos».[173] Pero luego el tamaño del país y los sacrificios hechos por los soviéticos para defenderlo, provocó incluso una mayor determinación para barrerlos completamente. Como escribía Günter von Scheven en septiembre de 1941: «Especialmente no hay meta, el paisaje se extiende aun más lejos... el enemigo es innumerable, si bien ha habido hecatombes. Evidentemente, todo debe ser aniquilado para que la guerra termine».[174]

Los sentimientos antisemitas de las tropas aumentaron a medida que las condiciones del frente fueron empeorando y que los soldados no solo estuvieron expuestos a la propaganda racista sino que también presenciaron, y a veces participaron, en matanzas en masa de judíos. Mientras que al referirse a los soldados soviéticos ocasionalmente expresó piedad, la suerte de los judíos solo incrementó el sentimiento de que era una «raza» que sin duda merecía la aniquilación total, en particular si podían vengarse de los alemanes por su destrucción. Pero ya desde las primeras semanas de «Barbarroja» muchas cartas de soldados revelaban el impacto de años de adoctrinamiento antisemita y prejuicios profundamente arraigados. El cabo interino Paul Lenz sostenía al comienzo de la campaña: «Solo un judío puede ser bolchevique, pues para este chupasangre no puede haber nada mejor que ser bolchevique... En cualquier sitio que escupas, allí aparece un judío... Por lo que yo sé... ni un solo judío ha

trabajado en el paraíso del trabajador, todos ellos, incluso el más pequeño de los chupasangres, tiene un puesto en el que, naturalmente, goza de grandes privilegios».[175] A comienzos de agosto de 1941 el cabo interino Herbert Nebenstreit escribía sobre sus impresiones de Rusia: «Solo en Polonia yo he visto tanta inmundicia, fango, y chusma, especialmente judíos. Pienso que incluso allí no había ni la mitad de malo que aquí», [176] el soldado Reinhold Mahnke proporciona una detallada descripción de las atrocidades bolchevique-judías contra los lituanos. No solo los echaron de sus casas y luego las quemaron, sino que también «les cortaron los pies y manos, les arrancaron la lengua... e incluso clavaron en las paredes a hombres y niños. Mahnke continuaba diciendo: «Si estos criminales hubiesen llegado a nuestro país nos habrían hecho pedazos y destrozado, está claro. Pero los lituanos se han vengado», concluía, refiriéndose a los pogromos antijudíos llevados a cabo por la población local con el aliento de los *Einsatzgruppen* y bajo la mirada vigilante de la Wehrmacht.[177] El cabo interino Heinrich Sachs constataba asimismo «como se ha resuelto la cuestión judía con impresionante exactitud con el aplauso entusiasta de la población local». Continúa citando el discurso de Hitler ante el Reichstag en el que amenaza a los judíos con destruirlos si causasen una guerra contra Alemania, y añadía que «el judío debería saber que el Führer hablaba en serio y que ahora deben cargar con las apropiadas consecuencias».

[178] El capitán Hans Kondruss, que escribía desde Lvov (Lemberg) a mediados de julio, descubrió numerosas pruebas que mostraban que «claramente, aquí todo un pueblo ha sido hecho retroceder, sistemáticamente, hacia la subhumanidad. Este es evidentemente el más satánico plan educativo de todos los tiempos que solo el sadismo judío puede haber pergeñado y llevado a cabo». El hecho de que la biblioteca municipal tuviera el Talmud, y que entre los civiles masacrados presuntamente no hubiese judíos, era para él, «indicativo de sus creadores originarios». También le satisfizo notar que «la rabia del pueblo se ha vuelto, de todos modos, contra este pueblo de criminales». Y en efecto afirmaba: «Será necesario quemar este furúnculo infeccioso radicalmente, pues estos “animales” constituirán siempre un peligro». Los judíos han desviado a la población «de todo lo que nosotros los seres humanos hemos considerado eternamente santo», pues su meta era «embrutecer [*Vertierung*] a todo un pueblo, con el fin de disponer de un instrumento en la guerra por la dominación mundial de Judas».

[179] El cabo interino Paul Rubelt estaba de acuerdo en que «los judíos eran, en su mayor parte, malhechores» en las masacres de Lvov, y que ahora los «culpables estaban muertos».[180] El cabo K. Suffner, que mantenía que los «bolcheviques y los judíos han matado a 12.000 alemanes y ucranianos de una manera bestial», informó que «los ucranianos supervivientes detuvieron a 2.000 judíos y se vengaron fructíferamente en ellos». Terminaba diciendo que «juramos que esta plaga debe ser erradicada de raíz».[181] El cabo interino Hans Fleischauer expresaba sentimientos parecidos: «El judío es un verdadero artista en asesinar, incendiar y masacrar... Estos bandidos merecen el peor y más despiadado castigo concebible». Las consecuencias que extrajo de su experiencia con las atrocidades judías eran de las más típicas: «Todos nosotros no podemos estar suficientemente agradecidos a nuestra Führer, que nos ha protegido de tales brutalidades y solo por ello lo seguiremos contra viento y marea, al sitio que sea».[182] El soldado von Kaull creía que «el judaísmo internacional», que ya controlaba el mundo capitalista, ha tomado «como un contrapeso también esta locura proletaria: ahora, estos dos poderes destructivos han sido abatidos al suelo, ahora son incitados contra Europa, contra el corazón de Occidente, con el fin de destruir Alemania». Estaba impresionado por la escala y significación del conflicto: «Una batalla tan gigantesca como esta nunca ha tenido lugar antes en la tierra. Es la mayor batalla del espíritu nunca experimentada antes por la humanidad, se combate por la existencia y el derrumbe del hombre occidental y por los más elevados valores que un pueblo lleva conscientemente sobre su escudo». Por consiguiente: «Debemos dar todo lo que podamos para aguantar en esta batalla».[183] El soldado Gregor Lisch pidió a su familia en la retaguardia que «estuviese contenta porque los bolcheviques y los judíos no habían llegado hasta nosotros», pues «los judíos han destruido a este pobre pueblo».[184] Y el soldado Fallnbigl, que insistía en que «deberíamos estar contentos de no haber tenido este azote de la humanidad en nuestro propio país», estaba convencido de que «el mundo alemán no estaba preparado para estos repugnantes hechos ni siquiera tras años de preparación».[185]

A medida que la guerra se prolongaba, los soldados iban envenenándose por la excesiva duración de la guerra, aceptaron la corriente propagandística de que había que culpar a los judíos. Como exclamó un soldado de primera en abril de 1942: «Estos aspirantes a criaturas humanas. Ellos nos han traído claramente

este ultraje de la guerra».[186] La siguiente carta, enviada en julio de 1942, reflejaba el proceso de inversión común a las tropas y al sentimiento de que el trato asesino de los judíos solo confirmaba su inhumanidad:

Respecto a los hechos del este relativos a los judíos uno podría escribir un libro. Pero sería un gasto de papel. Tengamos por seguro que ellos [los judíos] van al sitio justo, donde ya no puedan oprimir a ningún pueblo.[187]

La frustración causada por las actividades partisanas también contribuyó al sentimiento antisemita de las tropas. Era la política de la Wehrmacht de ejecutar a grandes números de civiles como represalia por cada ataque contra el personal militar, y los judíos eran claramente el blanco más conveniente, especialmente cuando la propia población local solía ser fuertemente antisemita.[188] El soldado sacó rápidamente la conclusión de que no solo los judíos constituían el apoyo principal del «bolchevismo» en la URSS y habían estado a punto de dominar también Alemania, pero que eran directamente responsables, también, del creciente número de ataques «terroristas» de los guerrilleros. Un suboficial escribía a su casa en julio de 1942 que:

La gran tarea que se nos ha asignado en la lucha contra el bolchevismo reposa en la destrucción del eterno judaísmo. Una vez que uno ve lo que han hecho los judíos en Rusia, uno comprende muy bien por qué el Führer comenzó la lucha contra los judíos. ¿Qué tristeza habría caído sobre nuestro país si estas bestias humanas hubiesen predominado?... Recientemente un camarada nuestro fue asesinado durante la noche. Fue acuchillado en la espalda. Esto no puede haberlo hecho más que un judío, que están detrás de estos crímenes. La venganza por este acto nos proporcionó, en verdad, un bonito éxito. La propia población odia a los judíos como nunca antes. Esto significa, ahora, que es culpable de todo.[189]

Es interesante constatar que el encuentro con judíos reales pareció confirmar incluso la propaganda antisemita más obscena y malvada producida en el Tercer Reich. Así, mientras es cierto que en un primer momento fue más fácil crear odio y temor por un enemigo abstracto, una vez interiorizada esta imagen los soldados la aplicaron a los seres humanos vivientes de verdad, evidentemente creyendo que se parecían a las caricaturas de «el judío» en los periódicos nazis.

Como escribió un cabo:

Si bien a lo largo de esta guerra ha podido hacerse un poco más de luz sobre la cuestión judía incluso para el filisteo más cabezota [*Spieser*], no obstante esto sigue teniendo una enorme importancia para que esta cuestión deba ser colocada bajo la luz necesaria, y aquí el «*Stürmer*» ha permanecido, gracias a Dios, fiel a su antigua postura. Exactamente como el judío oriental nos muestra cómo es en toda su brutalidad, así todos poseen este bagaje vicioso, sean del oeste o del este.[\[190\]](#)

La hoja sensacionalista de Streicher parece haber gozado de mucha popularidad en el frente. Un suboficial informaba en agosto de 1942 que:

He recibido el «*Stürmer*» por tercera vez. Me pone alegre con todo mi corazón. ...No me puedo poner más contento. ...Reconocía el veneno judío en nuestro pueblo desde hace tiempo; lo lejos que esto ha ido, lo vemos solo ahora en esta campaña. Lo que el régimen judío ha hecho en Rusia lo vemos cada día, e incluso los últimos que aun dudan se curan aquí a la vista de los hechos. Debemos y queremos liberar al mundo de esta plaga, es por lo que el soldado alemán protege el Frente del Este y no debemos volver hasta haber desarraigado todo mal y destruido el centro de los bienhechores mundiales judeo-bolcheviques.[\[191\]](#)

Esta reacción ante la realidad como confirmación de la propaganda fue evidente con relación a otros aspectos de la Unión Soviética. Así, al comienzo de la campaña el soldado W. Lämmert escribió que «si en el pasado yo pensé que nuestra propaganda tenía a este respecto [de las condiciones en Rusia] opiniones exageradas, hoy puedo decir que más bien embelleció la situación, pues la realidad aquí es aun mucho peor».[\[192\]](#) El teniente Lorenz Wächter constató también que lo que había visto era «mucho, mucho peor de lo que escribían los periódicos alemanes».[\[193\]](#) Y el sargento Hans Schimanowski, temeroso de que en Alemania a la gente no se le hubiese dado, quizá, una imagen cuidadosa de la realidad en el este, recomendaba que viniesen a comprobarlo. «Yo nunca habría creído que algo así existe en el mundo pero los alemanes luchamos por una causa justa, por ello la victoria será nuestra».[\[194\]](#)

Retrospectivamente, a una distancia de treinta años, y en especial cuando le preguntaban agentes de policía, los soldados describían en ocasiones hechos de forma diferente respecto a sus cartas desde el frente. Los miembros

supervivientes de una compañía que pertenecía a una unidad de élite, la 1.^a División de Montaña, fueron interrogados en 1971 respecto de la masacre de 317 civiles de todas las edades y de ambos sexos en la aldea griega de Komeno el 16 de agosto de 1943. Aparentemente como represalia por un ataque de los partisanos, el oficial al mando parece ser que ordenó a sus tropas «matar a todo el mundo y no dejar nada en pie», Los soldados cumplieron la orden pero, como dijo uno de los hombres durante su interrogatorio, «hubo mucha discusión sobre esta acción» en la compañía. «Pocos la consideraron justa», continuó diciendo. «Yo mismo me puse tan enfermo por las atrocidades (*Grausamkeiten*) que tardé semanas en volver a tener mi mente en paz (*seelisches Gleichgewicht*)». Otro soldado señaló que: «La mayoría de los camaradas estaba muy deprimido. Casi nadie estuvo de acuerdo con la acción». En efecto, afirmó: «Con alguna excepción, todos tuvieron crisis de conciencia (*Gewissenkonflikte*)». Un suboficial, al parecer, advirtió al oficial al mando que sería «la última vez en que yo tomaría parte en algo como esto. Era una vergüenza (*Schweinerei*) que no tenía nada que ver con luchar en una guerra». Se dice que hubo hombres que pidieron a sus camaradas dotados de armas automáticas que disparasen en su lugar, porque ellos no podían apuntar bien con sus fusiles a los habitantes. Con todo, otro de los interrogados informó que:

La mayoría de los soldados no estaba de acuerdo con esta acción... Muchos dijeron claramente que esto no era más que una vergüenza (*Schweinerei*) disparar contra civiles desarmados. Otros, más bien los menos, se agarraron a la opinión de que todos ellos eran potenciales enemigos mientras apoyasen a los partisanos contra nosotros, los soldados. La discusión se hizo tan acalorada que podría hablar casi de un motín (*Meuterei*).[\[195\]](#)

Tales testimonios parecen indicar que había mucho más espíritu crítico entre los soldados respecto a las atrocidades cometidas por la Wehrmacht de lo que dicen los documentos oficiales y, en este asunto, revela la correspondencia privada. En lo que concierne a las cartas de los soldados no es sorprendente que los comentarios negativos sobre el régimen y la realización de su política podían llevar, y así sucedía, a ser acusado y sufrir severos castigos. El hecho de que los documentos oficiales también mencionen raramente estas críticas abiertas puede significar que los oficiales preferían no señalar las actitudes negativas entre las

tropas en los informes a sus superiores. Pero dado que las actas de los consejos de guerra de las divisiones en el frente también se refieren pocas veces a los soldados acusados de criticar represalias de este tipo, podemos asumir que esto estaba lejos de ser un fenómeno común. Puede significar también que mientras se cumplan las órdenes, aun de mala gana, no había razón alguna para temer acciones disciplinarias por expresar desagrado personal. En realidad, el aspecto más importante de este incidente es que los hombres actuaron precisamente cuando se les ordenó y masacraron a más de la mitad de la población de la aldea pese al hecho de que muchos de ellos conocían al parecer la naturaleza criminal de la operación. Además, esta acción de represalia la llevó a cabo en 1943 una unidad que había operado previamente en el Frente del Este, donde tales matanzas eran bastante corrientes, y es muy improbable que no fuese la primera experiencia de las tropas respecto a las atrocidades de la Wehrmacht. Esto nos hace preguntarnos por qué fueron tan críticos en esta ocasión. Quizá porque en esta ocasión se trató de una aldea griega y no rusa lo que hizo que se sintieran especialmente incómodos. Hemos visto que la propaganda nazi se mostraba más extrema respecto al enemigo ruso-judío-bolchevique; y puede que no se pusiese tanto el acento sobre los griegos. Así, se tenía una imagen mucho menos distorsionada y deshumanizada de los habitantes griegos. Y lo que quizá sea más importante es que aquí dependamos de testimonios dados durante una investigación policial treinta años después del hecho. Y es más que probable que estas circunstancias tengan un efecto más distorsionante en la memoria de los hombres, por temor a ser acusados y porque la creciente conciencia respecto a los años en los que realmente participaron en la matanza puede haber hecho que se exageren sus objeciones en aquel momento. Como dijo un hombre que había sido oficial subalterno en Polonia y la URSS en circunstancias menos delicadas cuarenta años después del hecho:

Bueno, naturalmente, lo que ellos [los nazis, en vez de «nosotros», la Wehrmacht] hicieron con los judíos es repugnante. Pero se nos decía una y otra vez que era un mal necesario... No, debo admitirlo, en aquel tiempo yo no tenía ni idea de que habíamos caído en manos de criminales. No me di cuenta de esto hasta mucho después, cuando todo había acabado.[\[196\]](#)

Podemos terminar diciendo que mientras este y otros incidentes semejantes

fueron acompañados por una cierta resistencia verbal, la crítica fue probablemente mucho más limitada de lo que los primeros participantes prefieren recordar; que mientras se cumplan las órdenes, no se es castigado por expresar alguna reserva; y que la crítica era mucho más corriente cuando se trataba de no rusos. Las represalias se produjeron en toda Europa pero en la Unión Soviética lo fueron a una escala incomparablemente mucho mayor; y como los ciudadanos soviéticos eran presentados por la propaganda de la Wehrmacht y vistos por muchos soldados como *Untermenschen*, no solo tales acciones se ejecutaron sin resistencia alguna por parte de las tropas, sino que dieron lugar a muy pocas críticas. De hecho, como demuestran las cartas de los soldados, esas acciones fueron consideradas con una actitud muy aprobatoria. Así, el caso de Komeno debe ser descrito como la excepción griega que demostraría la regla rusa. La fe en el Führer fue desde los mismos comienzos un componente importante en la distorsión de la percepción de las tropas en el Frente del Este. A mediados de octubre de 1941 un suboficial explicaba sus sentimientos sucintamente cuando escribía que «para nosotros la palabra del Führer es el evangelio».[197] El soldado von Kaull exclamaba en una carta a su hermano:

El Führer se ha convertido en la mayor figura del siglo, en sus manos está el destino del mundo y de la humanidad sensible ante la cultura. Ojalá esta pura espada pueda abatir al satánico monstruo. Sí, los golpes son todavía duros, pero el horror será obligado a permanecer en la sombra por medio de la inexorable necesidad, a través del mandato derivado de nuestra idea nacionalsocialista. ¡Esta [batalla] es por una nueva ideología, una nueva fe, una nueva vida! Soy feliz por poder participar, incluso como un mínimo eslabón, en esta guerra e la luz contra la oscuridad.[198]

Como la suerte del Ostheer se deterioró rápidamente, la «fe» en Hitler no solo no vaciló, sino que incluso aumentó en proporción directa a una situación desesperada. Mientras que en tiempos de las grandes victorias la alabanza del Führer iba acompañada por la confianza en la invencibilidad de la Wehrmacht, el creciente sentimiento de la incapacidad del ejército para superar la crisis militar creaba la necesidad de apelar a una fe irracional en el único hombre que se percibía como el destino de Alemania, para bien o para mal. Como todos los dioses, la capacidad de Hitler de moldear el curso de la historia derivaba de la fe

de sus seguidores. De este modo, la fe se convirtió en una necesidad psicológica personal para las tropas y en un arma que habría reforzado al Führer capacitándolo para arrancar de la historia la cada vez más mítica *Endsieg*. La batalla de Stalingrado fue un buen indicador de este proceso. La Oficina de Inspección del Correo de Campaña (FPP) del 4. Ejército Panzer examinó más de 11.237 cartas enviadas a y desde Stalingrado entre el 20 de diciembre de 1942 y el 16 de enero de 1943, y señalaba que casi hasta el último momento los soldados continuaron expresando su lealtad y fe en Hitler. A comienzos de enero de 1943 un cabo escribía: «Todos nosotros tenemos la inquebrantable esperanza de que el Führer no nos abandonará y seguramente encontrará una salida, como siempre ha hecho con anterioridad». Otro soldado mantenía que «confiamos totalmente en el Führer, inamovible hasta la victoria final». Ya tarde, el 16 de enero, uno de los soldados atestiguaba que los hombres sabían con seguridad que el cerco sería roto pronto. «Por esto es por lo que nosotros aguantamos tan fuertes como el hierro», explicaba, pues la salvación era «tan segura como $2 \times 2 = 4$ ». Otro soldado describía netamente la profunda crisis de confianza en la que se hallaba él mismo cuando la realidad le proporcionó numerosas pruebas de que todo estaba perdido y de que Hitler había abandonado a los hombres de Stalingrado:

El Führer ha prometido sacarnos de aquí. Esto es lo que nos han leído y nosotros firmemente lo hemos creído. Sigo creyéndolo hoy, simplemente porque tengo que creer en algo. Si esto no es así, ¿qué me queda en que pueda creer?... Dejádme seguir creyendo, querida Greta; toda mi vida —o bien ocho años de ella, por lo menos— he creído en el Führer y le he tomado la palabra... Si lo que nos han prometido no es cierto, entonces Alemania estará perdida, pues tras esto ya no se podrán mantener más promesas.[\[199\]](#)

Naturalmente, ya en esta etapa el hambre intensa, el frío y la situación militar que se deterioraba rápidamente estaban teniendo sus repercusiones. Los soldados, escribía ahora: «Nos hacemos apáticos respecto a cualquier cosa y solo pensamos en comer.» Sin embargo, incluso entre aquellos que se daban cuenta de que estaban condenados, algunos creían que su sacrificio no sería en vano y que tenía un alto significado que transcendía el destino individual. En vez de admitir que habían sido abandonados por Hitler, estos hombres seguían

aceptando incluso ahora lo que decía la propaganda respecto a que el desastre militar, del que ahora eran víctimas, era un paso necesario hacia la *Endsiege*. Así, un suboficial escribía a su casa que:

El mundo debería saber también lo que los soldados alemanes han cargado sobre sí mismos y han sido capaces de traer hasta aquí. Este heroísmo y esta perseverancia no tienen precedentes y será recompensada con una gran victoria.

La negativa a aceptar la inutilidad de la batalla llevó a muchos soldados a arañar cualquier interpretación ideológica que presentase la debacle de Stalingrado como una victoria de significado «histórico mundial». Un comandante escribía a su mujer:

La despiadada batalla sigue, ¡el Señor ayude a los valientes! Cualquier providencia que se haya decidido, pedimos solo... ¡tener la fuerza para resistir! Alguien dirá de nosotros algún día que el ejército alemán luchó en Stalingrado como ningún soldado de todo el mundo luchó jamás antes. Es la tarea de las madres transmitir este espíritu a nuestros hijos.[\[200\]](#)

Mientras los hombres dentro de Stalingrado se veían atenazados por el temor y la duda a medida que se aproximaba su fin, muchos de los bastante afortunados como para no ser absorbidos por el *kessel* parecen haber sido ganados por la reinterpretación propagandística del desastre como poderoso punto de reunión para aun mayores sacrificios. Así, en vez de verlo como era, el comienzo del fin y un claro indicio de la estrategia sin sentido de Hitler, un teniente escribía desde el frente a comienzos de febrero de 1943 que:

Esta lucha por la vida, esta mirada mortal derecha al rostro, ¡es inhumanamente heroica! Allí en Stalingrado surge un mar de la mejor sangre alemana... Creo que nunca antes la Alemania nacionalsocialista ha sido tan sincera como ahora... Aquí ya no se trata de un asunto individual, aquí se depende del conjunto. ¡Solo mientras seamos conscientes de ello, seremos capaces de alcanzar la victoria![\[201\]](#)

Los soldados no aceptaron meramente los llamamientos de la propaganda de que los grandes sacrificios justificaban incluso un mayor derramamiento de

sangresino que, cada vez más, estaban convencidos del argumento propio del darwinismo social según el cual vencedores y perdedores se merecen su suerte. La única manera para Alemania de demostrar que había venido luchando por una causa justa era vencer, sin preocuparse por los medios ni a qué precio. Como escribió otro oficial, la guerra:

Nos empuja al *mayor* esfuerzo de *todos* nuestros poderes con el fin de superar los momentos en los que se piensa que esto está *más allá* de nuestras fuerzas... Si solo la continuación de esta guerra *no* nos trajese más miseria y tensión, que si tuviéramos que entregar las armas. ¡No querría pensar lo que podría pasar entonces! ...Ahora es la prueba: si resistimos ahora entonces tendremos un futuro. Si *no* seguimos resistiendo —entonces no nos merecemos ningún futuro, entonces no mereceremos ninguna piedad.[\[202\]](#)

Así pues, los soldados iban retirándose progresivamente a un mundo irreal, místico y nihilista cuyas características tenían poco que ver con sus experiencias reales en el frente, pero eran influidos por los folletos de propaganda escritos por hombres que, en su mayoría, nunca habían estado en el frente o bien hacía mucho tiempo que habían olvidado sus realidades y preferían glorificar su memoria. Era una notable paradoja el que cuanto más cerca del frente se estaba, se tendía a aceptar la heroica verborrea de la retaguardia. No pocos historiadores, quizá porque en su mayoría tampoco han experimentado combates de cerca, creen que los soldados de la primera línea del frente son los primeros en ver las cosas a través de la glorificación de la guerra que suele asociarse a los «soldados de la pluma»; hay buenas razones para dudar si este es el caso en cualquier ejército, en especial con respecto a las fuerzas nacionales de reemplazo.[\[203\]](#) Pero el caso de la Wehrmacht era sin duda diferente, ya que las tropas del frente eran las más firmes seguidoras de Hitler, y las menos cínicas en cuanto a su ideología.

Cada vez más en los dos últimos años de guerra, las tropas del frente acabaron viéndose a sí mismas como los misioneros de toda la nación alemana, incluso de toda la civilización occidental en conjunto. La evaluación racional y la percepción clara de los acontecimientos fueron sustituidas por un intenso terror y una rabia hacia el enemigo sin rostro, monstruoso, que a su vez no hizo sino aumentar la desesperada inclinación de los hombres por la fe en la

capacidad de Hitler de evitar el apocalipsis y conducir al Reich a la *Endsieg* sobre las fuerzas del mal. Fue en este período, en un momento en que Alemania precisamente estaba acelerando ulteriormente la puesta en práctica de su política genocida, cuando la visión de la Wehrmacht como protectora de la humanidad adquirió mayor fuerza. Paradójicamente, el conocimiento por parte de los soldados de las acciones criminales del régimen (al menos en el frente) hizo que lucharan incluso con mayor determinación por su supervivencia intensificando su miedo a las consecuencias de la derrota. Nótese la siguiente carta de un capitán de la Wehrmacht, escrita a mediados de febrero de 1943:

Pueda Dios permitir al pueblo alemán hallar ya la tranquilidad mental y la fuerza que lo convierta en el instrumento que necesita el Führer para proteger a Occidente de la ruina, pues lo que las hordas asiáticas no destruyan será aniquilado por el odio y la venganza de los judíos. La fe en el frente es indestructible, y todos nosotros esperamos que, como ha dicho Göring, cuando salga el sol la suerte de la guerra volverá a estar de nuestra parte.[\[204\]](#)

Este era, en efecto, el núcleo de las motivaciones ideológicas de las tropas alemanas, una combinación de prejuicios y fobias que los hizo convertirse en muy gran medida en los soldados de Hitler. Dios estaba con el Führer y el pueblo alemán era el instrumento de Dios, cuya meta era salvar a Occidente de la barbarie asiática y de la venganza judía. El peligro era grande; pero mientras que la fe en Hitler permaneciese indestructible, la victoria llegaría sin duda. Irónicamente, incluso los hombres que afirmaban que «el tiempo del fanatismo y de la intolerancia respecto a las ideas de los demás ha terminado», y que «si queremos ganar la guerra debemos hacernos más racionales», terminaban diciendo que todo esto era necesario «para no entregarnos a la venganza de los judíos».[\[205\]](#) A estas alturas de la guerra quedaban muy pocos soldados inmunes a la terminología y manera de pensar nazi, incluso cuando se veían a sí mismos como opositores del régimen. Resultaba que los más escépticos se sacrificaban por lo que en última instancia era el régimen de Hitler y se negaban a considerar la posibilidad de abandonarlo o de rebelarse contra las órdenes dementes de sus superiores. Friedrich Böhringer, un estudiante de filosofía de veinte años de edad admitía el 22 de marzo de 1944 que «después de todo es difícil permanecer de pie frente al negro abismo y que nos digan: ¡salta y entiérrate a ti mismo en él!

¡Este es tu destino, nada más!». Y preguntaba: «Ha existido alguna vez una generación joven con tanta incertidumbre y oscuridad, como nuestro triste futuro?» e insistía, «es necesario una vez más superar el horror del hombre natural y dejar que el otro lado de nosotros mismos se exprese, que conoce las leyes eternas». Böhringer no se «consolaba ya con los eslogans diarios de los políticos... ¡Este falso mundo no se merece que se muera y que se luche por él!». Pero: «¿Por Alemania? Naturalmente, ¡por la Alemania oculta y eterna! ¿Es necesario todavía hacer grandes discursos sobre esto?».[206] Y Franz Reiner, de 21 años, escribía desde Italia el 26 de agosto de 1944:

El Señor debe vernos y ayudarnos una vez más en este apuro. ¿Somos realmente los malvados que han sido condenados a la destrucción?... ¿Tendrán éxito los demás al triunfar sobre nosotros, nosotros que hemos aventurado demasiado lejos y que ya nos creíamos que éramos como Dios?

[207]

El fallido intento de *putsch* contra Hitler fue como una especialmente poderosa indicación de las reservas de la «fe» en el Führer que siguió existiendo entre las tropas de la Wehrmacht hasta pocos meses antes de que el Tercer Reich se hundiera. Realmente, la «salvación» de Hitler aumentó incluso más su aura divina y parecía demostrar de manera concluyente la aprobación divina del Führer y sus acciones, como él mismo afirmaba con frecuencia. Por el contrario, el complot de los generales también proporcionó a los soldados en el frente la explicación de las derrotas sin fin que habían sufrido pese a sus tremendos esfuerzos y el supuesto liderazgo enviado por Dios. Ahora, todos los fracasos y errores podían ser atribuidos a los asesinos que compinchados con los judíos, el bolchevismo y la plutocracia habían formado una quinta legión en la retaguardia y casi había apuñalado por la espalda a Alemania una vez más. Los conspiradores sabían bastante bien que esa habría sido la reacción de las tropas si fracasaban,[208] aunque hay que resaltar todavía hasta qué punto el *putsch* de julio de 1944 apiñó a los soldados alrededor de Hitler, motivándolos para seguir combatiendo e ignorando totalmente la realidad militar objetiva. Un cabo se enfurecía contra «esta vil trampa-bomba contra el Führer» en una carta escrita al día siguiente. «Gracias a Dios», continuaba diciendo, «otra vez ha sobrevivido». Dando seguridad a la retaguardia, concluía: «Entre nosotros hay un sentimiento

general de indignación por este crimen».[209] Para el hombre que estaba en el frente todo intento de liberarse de Hitler era un crimen; los crímenes del régimen eran acciones morales derivadas de una necesidad histórica y existencial. Un teniente escribió que «era moralmente deprimente» y «criminal»... apartar a un líder del pueblo tan merecedor».[210] La salvación de Hitler, de todos modos, era claramente un acto de Dios. Como dijo un cabo: «La Providencia ha protegido a nuestro Führer de todo». Y este hombre podía imaginar muy bien «cómo el pueblo se alegrará y con qué felicidad oirá las noticias de que el amado Führer sigue vivo... porque él es uno que nos dirige hacia la *Endsieg*».[211] Otro teniente escribía dos días antes del *putsch* que su coronel tenía «lágrimas en los ojos» al recibir la noticia, y se puso a despotricar violentamente contra «el cerdo que había enviado al Führer al diablo», oponiéndose estos a su propio «frente y a sus generales que creían sin fisuras en el Führer». Aquí se daba el mismo síntoma de la gran confianza en Hitler a medida que uno se acercaba al frente al igual que el fenómeno paralelo de una mayor religiosidad entre los soldados situados inmediatamente en primera línea.[212] La necesidad del soldado bajo constante peligro de muerte de algún tipo de apoyo espiritual, que se basaba en la Wehrmacht en primer lugar y sobre todo en una fe cuasirreligiosa en Hitler, quedó demostrada poderosamente en este período de profunda crisis militar y psicológica. Así, la carta citada arriba terminaba con la reveladora afirmación de que el «repugnante grupo» de conspiradores había fracasado en «arrebatar nuestra fe en la victoria», y que la supervivencia de Hitler era «la gran providencia, que solo puede reforzar nuestra fe más aun».[213] Se decía que después de todos los grandes sacrificios los «putschistas» habían estado casi a punto de arrebatar la victoria a Alemania en el último minuto, como en efecto había sucedido en la Gran Guerra. Un teniente exclamaba: «Estos bandidos trataban de destruir aquello por lo que millones de personas ya habían dado su vida». Aun así, su fracaso le había dado «una buena sensación», pues ahora sabía «que no se repetiría el noviembre de 1918».[214] Otro soldado escribía:

Yo y todos los miembros de la compañía nos quedamos sin habla ante el anuncio de esta repugnante infamia. Gracias a Dios que la providencia ha preservado a nuestro Führer para la salvación de Europa y es ahora nuestro deber más sagrado es apretarnos junto a él aun con más fuerza, para recomponer lo que unos cuantos criminales, probablemente pagados por el enemigo, han cometido sin consideración alguna por el pueblo en conjunto... Todos ellos son dignos del patíbulo.[215]

Cuarenta años después, un hombre que sirvió en la guerra como soldado en el frente y cuyo padre había sido general de división de la Wehrmacht, ilustraba bien la grotesca locura del período en la siguiente narración personal:

Esto me llegó como un terrible shock. Todo mi mundo se hundió. Yo era un joven teniente primero en la época y servía en el Frente del Este. Cuando mi comandante me informó de que mi padre había sido ejecutado por conspirar contra Hitler creí que no estaba en sus cabales. Mi padre, un nacionalsocialista consagrado y un oficial modelo: era increíble. ¿Por qué se había pasado a la oposición? ¿Se lo debíamos todo a Hitler! [\[216\]](#)

Hubo solo algunos arrebatos aislados. En agosto de 1944, un informe del FPP del 3. Ejército Panzer basado en la inspección de 44.948 cartas recalcaba:

El gran número de expresiones de alegría porque el Führer se había salvado, presentado como un caso real de buena suerte para el pueblo alemán, demuestra no solo el amor y lealtad de los soldados hacia el Führer, sino que revela también la sólida determinación de los soldados para luchar y vencer en este sentido.

Y esto, pese al hecho que la cuarta parte de las cartas contenían quejas sobre la situación general, los superiores directos de los soldados y los mandos más altos, y asimismo sobre asuntos menores como las provisiones, las fricciones entre unidades, y la tardanza del correo. Así, aunque se observó un aumento significativo de las críticas, tales comentarios excluían totalmente a Hitler y a todo lo que él representaba. Y las observaciones consideradas por el censor como constitutivas de graves ruptura de la disciplina, sabotaje o subversión se encontraron solo en 50 cartas, es decir, en apenas un 0,1 por ciento del número total examinado; un éxito especialmente impresionante teniendo en cuenta el terrible vapuleo que el 3. Ejército Panzer acababa de sufrir en la ofensiva soviética de verano, en junio de 1944. [\[217\]](#)

En los últimos meses de la guerra, y en ciertos casos pocas semanas antes del colapso del Reich, muchos soldados se negaban a hacer frente a la realidad y continuaron expresando una impávida confianza en Hitler sin preocuparles sus obviamente falsas promesas de victoria como había quedado demostrado. En agosto de 1944 un cabo insistía:

Cuando el Führer dice que tenemos los medios y las armas para rechazar al enemigo una vez más de nuestras fronteras, y que al final le arrebataremos la victoria, entonces sé muy bien que una sólida confianza y una fe fuerte y sin compromisos en el Führer son esenciales para superar este período momentáneamente difícil. La fe da la fuerza para soportar todo el duro y serio dolor... Mi fe en el Führer y en la victoria es inquebrantable.[\[218\]](#)

Escapar de la realidad fue una característica constante en las reacciones de las tropas hacia la guerra. Incluso en agosto de 1941 Siegbert Stehmann, un teólogo de veintinueve años, expresaba en una carta que ese batiburrillo de filosofía romántica, religión e ideología fascista tan típico de su generación, tras un combate en el que 80 soldados y todos los oficiales de su compañía resultaron muertos: «Para nosotros, que estamos solos, una cosa se ha revelado sin esperanza: esa realidad no es nada, el milagro [*das Wunder*] lo es todo. Esto nos mantiene en pie. Ningún hombre puede ayudarnos, solo Dios, únicamente».[\[219\]](#) Este romanticismo nihilista aumentó considerablemente hacia el fin de la guerra incluso entre los más desilusionados de los soldados de Hitler y los dispuso a sacrificarse por lo que aun pensaban que iba a ser un futuro mejor. Así, en septiembre de 1944 Stehmann escribía:

¡Cómo el horror de estos tiempos nos ha debido influir que aceptamos con indiferencia todo el presente terror que nunca habríamos capaces de imaginar! El pueblo alemán casi ha superado la legendaria capacidad de sufrir de Rusia. Quizá sea esta la grandeza de esta hora...

Alemania, el eterno Job de la historia del mundo, reposa en todas partes sobre las ruinas de este tranquilo y amado mundo esperando apasionadamente la palabra liberadora de Dios, que puede sanar los destrozados... Las preocupaciones materiales pesan poco, cuando contemplamos a nuestro *Volk*, en cuya patria ya han penetrado los enemigos... Un Reich de mil años está yéndose a la tumba... Dios nos ayudará... Nadie en el mundo ha sido más bendecido que nuestro *Volk*, que incluso hoy hunde profundamente sus raíces en la tierra.[\[220\]](#)

Reinhard Becker-Glauch, historiador del arte de veintiocho años, escribía el 28 de septiembre de 1944 poco antes de su muerte:

Los grandes y arrolladores eslogans de esta guerra se han quedado mudos y sobre todo ahora es cuestión de mera supervivencia. Con todo, incluso con estas metas limitadas, la guerra tiene su grandeza y su alegría edificante, más que cualquier otra cosa, porque nos arrastra a todos conscientemente hasta el límite de las cosas; los falsos valores se hunden y lo que realmente ocupa

los corazones, tú y la patria, son los únicos que siguen siendo fuertes. Son más que tópicos. Hora tras hora, experimentamos el ardiente amor por ti y por la Patria como las realidades que nos dirigen.[\[221\]](#)

Klaus-Degenhardt Schmidt, comandante de veintiséis años de edad de una lancha torpedera, afirmaba de modo parecido en diciembre de 1944 que «mi meta en esta guerra es la formación del *Volk*, el fin de toda la historia anterior... Para mí el *Volk* es una ley temporal por la que yo di un paso adelante en la afirmación de las órdenes divinas. Creo en este destino y en estas santas metas, en su realidad como un decreto de la providencia. Este combate por su existencia contra el mundo». En realidad, Schmidt no percibe un fin de la lucha: «Después de que se han dejado las armas [el *Volk*] deberemos emprender una batalla espiritual hasta el final. Necesitamos sacrificios y asistencia. Este es el nacimiento de la Alemania oculta y visible». Así, la muerte era nacimiento, la derrota era victoria, el sufrimiento era purificación: «Cada año de miseria y guerra era una escuela cuyo sentido ya es evidente pese a todos los sacrificios». Lo que significaba este sentido Schmidt no lo revelaba. Pero en su última carta reflejaba «sobre todo lo bello, eterno, luz, renovable en nosotros y a nuestro alrededor», y estimaba que «esta vez nos permite hacer más con gozo y bondad de corazón como los mejores años del pasado». Así, continuó luchando por Hitler e imaginándose a sí mismo estar muriendo por un mundo mejor.[\[222\]](#)

A la espera de las prometidas *Wunderwaffen* (armas milagrosas), cada vez más combinado esto con el terror por las consecuencias de la derrota, vivamente descrito por la propaganda de la Wehrmacht y que motivaban a las tropas eficazmente a proseguir los combates sin miedo del enemigo precisamente cuando el número de fieles de Hitler comenzaba finalmente a disminuir. En septiembre de 1944 un teniente mantenía:

Nada existe que pueda hacernos débiles. Cada derrota alemana significaría una total destrucción de todos los alemanes... Somos el último bastión, con nosotros resiste y cae todo lo que ha sido creado por la sangre alemana durante siglos.[\[223\]](#)

Aun así había soldados que se negaban a aceptar que el fin estaba cerca. Rolf Hoffmann de veinte años escribía el 4 de febrero de 1945:

Hemos resistido seis largos años contra un mundo de enemigos... ¿Merecemos que al final nos derrumbemos y seamos destruidos? Queremos tener confianza en Dios, pues él no abandonará al pueblo alemán y le restituirá al final de su extraordinaria lucha su derecho a vivir sobre esta tierra. Por ello debemos persistir hasta que nos sea asignado un futuro mejor.[\[224\]](#)

Wilhelm Heidtmann, aspirante a teólogo de treinta años, escribió en agosto de 1944:

«¡Dios me ha concedido siempre lo que necesité para la protección de la patria y para tener certeza con todo mi corazón!». En septiembre afirmaba que «el reino de Dios no puede conquistarse con armas humanas», de lo que concluía que «incluso las potencias occidentales no son capaces de impedir la realización de lo que Cristo había dicho de su resurrección», es decir, del renacimiento del Reich alemán. Y todavía en marzo de 1945 informaba que «algunos de los enemigos [británicos] nos hacían señales con la mano: “¡Camaradas!” —pero los paracaidistas alemanes no cruzan al otro lado».[225]

El doctor Clemens August Hoberg de treinta y tres años escribía el 24 de febrero de 1945:

Mantenemos nuestra posición en Pomerania hasta el último momento... La situación general, sin duda, va empeorando progresivamente y no es difícil prever que los acontecimientos de este año traerán consigo el clímax y el final. Pues no ha quedado nada salvo defendernos hasta el final. Toda capitulación solo significaría con seguridad nuestro fin... Mientras la batalla siga tendremos siempre innumerables e incalculables posibilidades.[226]

El temor y la desconfianza hacia el enemigo significaban asimismo que las tropas rechazaban la propaganda que se les dirigía por parte de sus oponentes, tal y como constataron con satisfacción las más altas autoridades militares y civiles del Reich, y que los aliados se vieron forzados a admitir.[227] Un capitán de panzer creía que solo «un odio ilimitado y el último sacrificio» eran la respuesta adecuada a la propaganda enemiga.[228] Muchos soldados afirmaron una vez más que el enemigo era aun peor que el retrato que de él hacía la propaganda. Mientras que un cabo simplemente estaba lleno de horror al pensar que «las razas negra y amarilla destruirían y devorarían a Europa», [229] un teniente señalaba que «lo que los periódicos decían era solo una versión aguada de lo que realmente los bolcheviques hacen allí donde llegan».[230] En las últimas semanas de guerra fue el terror más que cualquier otra cosa lo que sostenía a las tropas en el frente.[231] A mediados de marzo de 1945 un soldado escribía que

«esperamos que nuestra cultura sea salvada de la oleada mongol».[232] Pero todavía había quienes esperaban continuar la lucha justa en esta guerra o, si finalmente se perdía de verdad, lo que eran reticentes a admitir, en la siguiente. [233] Esta fue sin duda la opinión de un soldado que escribía desde un hospital militar a finales de marzo:

Aunque la guerra está yendo de forma desfavorable para nosotros, lo que, ya lo he dicho, está lejos de verse con claridad, yo no soy de esos que esconden la cabeza en la arena... Como la alianza entre las potencias occidentales y Stalin es meramente instrumental, me parece que habrá todavía, al final, otro enfrentamiento entre estos dos bandos básicamente opuestos. Por esto, también por nuestra propia batalla contra el bolchevismo, el pueblo alemán deberá, pase lo que pase, hacer más sacrificios. En todo caso, todavía no hemos perdido la guerra.[234]

No estaba del todo equivocado este soldado. Repitiendo lo que el régimen nazi sostenía en la época y, como muchos otros, anticipando la Guerra Fría, su carta contenía también la esencia del argumento aireado mucho más recientemente por los historiadores revisionistas (y desde un ángulo diferente, también por los de izquierda), es decir, que «la guerra de Hitler» se llevó a cabo en primer lugar y sobre todo contra el comunismo y, por consiguiente, como algunos dicen, el Tercer Reich sirvió como principal baluarte contra el «bolchevismo» y ha de dársele lo que se le debe por haber «salvado» la civilización occidental de la barbarie asiática.[235] Según esta visión fue el fracaso de los Aliados occidentales para captar la «verdadera» naturaleza de la guerra lo que los hizo insistir en la destrucción del Reich, una política errónea que condujo a la ocupación de Europa oriental por el Ejército Rojo, en vez de unirse a la Wehrmacht para rechazar a los rusos. En efecto, la demorada realización de este aspecto crucial de la guerra formó la base para la resurrección de la Bundeswehr como sucesora de la Wehrmacht en su papel fundamental de mantener al comunismo fuera de Occidente. Estos son argumentos que deben tenerse muy presentes cuando se sopesa el significado de la reunificación alemana, pues la creación de una superpotencia alemana en Europa central llenaría el vacío creado por la retirada de la Unión Soviética y hacer posible la formación de una *Mitteleuropa* dominada por Alemania, concepto que se remonta nada menos que a la originaria unificación de Alemania, si no a las

aspiraciones de los nacionalistas alemanes desde mediados del siglo XIX. Una visión menos distorsionada del pasado no hace comprender mejor lo que el futuro guarda para Europa si esta se traslada a lo que a algunos les gustaría llamar la era posbélica, y otros piensan que podría ser el reverso de la historia de la inestabilidad del entreguerras. Es en este contexto cuando deberíamos recordar el *post-scriptum* de Hitler en su testamento, dictado el 2 de abril de 1945. La derrota de Alemania, decía, sería una tragedia para Europa y también para el pueblo alemán:

Con la derrota del Reich... quedarán en el mundo solo dos grandes potencias capaces de enfrentarse entre sí —los Estados Unidos y la Rusia Soviética—. Las leyes de la historia y de la geografía empujarán a estas dos potencias a una prueba de fuerza militar o en el campo de la economía y de la ideología. Estas mismas leyes hacen inevitable que ambas potencias se conviertan en enemigas de Europa. Y es igualmente cierto que ambas potencias, antes o después, consideren deseable buscar el apoyo de la única gran nación superviviente en Europa, el pueblo alemán.[\[236\]](#)

Allan Bullock consideraba estas palabras proféticas cuando las citaba en su libro en los años 60, por muy proféticas y amenazadoras que puedan parecerles a algunos lectores hoy.

Para terminar, hemos visto que a lo largo de la guerra, pero en especial entre el otoño de 1941 y casi hasta la «capitulación» —período caracterizado por un creciente sentimiento de crisis acompañado por una también creciente esperanza mística en la salvación— la visión de las tropas de la realidad se componía de dos elementos interrelacionados: una progresiva deshumanización del enemigo y una paralela deificación del Führer. En el caso de Hitler, como comprobaron sus oponentes, solo la muerte podía deshacer su imagen divinizada y liberar a sus seguidores de su control; en el caso del enemigo, en las circunstancias de la ocupación posbélica y de impotencia política y militar, su imagen demoníaca tenía que ser suprimida y reprimida. Además, tras la división de Alemania, el carácter dual del enemigo originario quedó dividido entre las dos repúblicas alemanas; el capitalismo seguía siendo el enemigo de la República Democrática Alemana, el comunismo el de la República Federal de Alemania. Esta parcelación de los enemigos fue útil ante las realidades de la posguerra, no solo porque fue impulsado por las potencias ocupantes respectivas y se convirtió en

una parte esencial de los sistemas legales de las dos Alemanias, sino también porque no exigió una ruptura total con las creencias anteriores. Solo el odio y el temor al «judío» fue suprimido en ambos estados y desde entonces ha habido que buscar una salida en el filosemitismo, la indiferencia y la negación, o aparecer con formas más o menos escondidas entre la derecha y la izquierda más extremas.^[237] Queda por esperar que los prejuicios imperantes con respecto al «otro» que aun existe bajo la superficie de ambas repúblicas no vuelvan a jugar un papel importante en la nuevamente unificada y más independiente Alemania que surgió en el corazón de Europa.

[1] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 74, carta 104.

[2] En general, sobre el adoctrinamiento y propaganda en el Tercer Reich, véase J. W. Baird, *The Mythical World of Nazi War Propaganda, 1939-1945*, Minnesota, 1974; M. Balfour, *Propaganda in War, 1939-1945*, Londres, 1979; E. K. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-45*, Londres, 1965; R. Cecil, *The Myth of the Master Race* (Londres, 1972); Messerschmidt, *Die Wehrmacht*; O'Neill, *The German Army*; J. Sywottek, *Mobilmachung für den Krieg*, Opladen, 1976; D. Welch (ed.), *Nazi Propaganda*, Londres, 1983; Z. A. B. Zeman, *Nazi Propaganda*, Londres, 1964.

[3] Sobre la ideología de Hitler y su aplicación, véase E. Jacket, *Hitlers Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft*, 3ª ed. Stuttgart, 1986; e idem., *Hitlers Herrschaft: Vollzug einer Weltanschauung*, Stuttgart, 1986.

[4] Para enfatizar la «organización del poder» como componente central de la colaboración del ejército con Hitler, véase M. Geyer, «Etudes in Political History: Reichswehr, NSDAP, y la toma del poder», en *The Nazi Machtergreifung*, ed. P. D. Stachura, Londres, 1983, pp. 101-123; véase idem., «Professionals and Junkers: German Rearmament and Politics in the Weimar Republic» en *Social Change and Political Development in Weimar Germany*, ed. R. Bessel y E. J. Feuchtwanger, Londres, 1981, pp. 77-133; e idem., *Aufrüstung oder Sicherheit. Die Reichswehr in der Krise der Machtpolitik 1924-1936*, Wiesbaden, 1980. Sobre aspectos institucionales y personales, véase Müller, *The Army*. Sobre aspectos ideológicos véase B. Hüppauf, «Langemarck, Verdun and the Myth of a New Man in Germany after the First World War», *W&S* 6 (1988): 70-103.

[5] Importantes ejemplos de este proceso pueden verse en la obra de Klee, *Schöne Zeiten*.

[6] Sobre educación, véase H. Scholtz, *Erziehung und Unterricht unterm Hakenkreuz* Gottinga, 1985; G. Planter (ed.), *Schule im Dritten Reich-Erziehung zum Tod?*, 2ª ed. Múnich, 1984; K.I. Flessau et al. (eds.), *Erziehung im Nationalsozialismus*, Colonia, 1987; G. W. Blackburn, *Education in the Third Reich*, Nueva York, 1959; E. Nyssen, *Schule im Nationalsozialismus*, Heidelberg, 1979. Sobre las universidades, véase R. G. S. Weber, *The German Student Corps in the Third Reich*, Londres, 1986; G. J. Giles, *Students and National Socialism in Germany*, Princeton, 1985; J. R. Pauwels, *Women, Nazis, and Universities*, Westport, 1984; M. Burleigh, *Germany turns Eastwards. A Study of Ostforschung in the Third Reich*, 2ª ed. Cambridge, 1989. Sobre las Juventudes Hitlerianas, véase A. Klönne, *Jugend im Dritten Reich*, 2ª ed. Colonia, 1984; H. W. Koch, *The Hitler Youth*, Londres, 1975; P. D. Stachura, *Nazi Youth in the Weimar Republic*, Santa Barbara: Calif., 1975; F. J. Stephens, *Hitler Youth*, Londres, 1973. Un excelente trabajo contemporáneo en E. Mann, *School for Barbarians*, Londres, 1939. Para algunos panoramas generales reveladores, véase F. Ringer, «Bildung, Wirtschaft und Gesellschaft in Deutschland 1800-1960», *GuG* 6 (1980): 5-35; H. Kupffer, *Der Faschismus und das Menschenbild der deutschen Pädagogik*, Frankfurt, 1984; J. M. Mushaben, «Youth Protest and the Democratic State: Reflections on the Rise of Anti-Political Culture in Prewar Germany and the German Federal Republic», *RPS* 2 (1986): 171-197. Sobre el impacto

de la propaganda nazi en los años 20, véase I. Kershaw, «Ideology, Propaganda, and the Rise of the Nazi Party», en *The Nazi Machtergreifung*, ed. P. D. Stachura, Londres, 1983, pp. 162-181.

[7] En este contexto véase también A. Kaes, *From Hitler to Heimat: the Return of History as Film*, Cambridge, 1989.

[8] A. Heck, *A Child of Hitler*, 3ª ed. Toronto/Nueva York/Londres, 1986.

[9] Sobre el cine en el Tercer Reich, véase D. S. Hull, *Film in the Third Reich* (Berkeley: Calif., 1969); D. Welch, «Nazi Wartime Newsreel Propaganda», en *Film & Radio Propaganda in World War II*, ed. K. R. M. Short, Knoxville, 1983, pp. 201-19.

[10] En singular Wochenschau: noticiario semanal oficial en la Alemania nazi, de carácter propagandístico, semejante al No-Do español del régimen de Franco. (*N. del t.*)

[11] Citado en R. Schörken, «Jugendalltag im Dritten Reich», en *Geschichte im Alltag-Alltag in der Geschichte*, ed. K. Bergmann y R. Schörken, Düsseldorf, 1982, pp. 238-239. Este excelente artículo analiza cierto número de autobiografías cuyos autores eran niños o jóvenes en el Tercer Reich; he utilizado estos puntos de vista para este y otros ejemplos más adelante.

[12] *Ibid.*, pp. 239-240. Véase más adelante sobre el adoctrinamiento de la juventud en el Tercer Reich, en N. A. Huebsch, «The Wolf Cubs of the New Order: The In-doctrination and Training of the Hitler Youth», en *Nazism and the Common Man*, ed. O. C. Mitchell, Washington, 1981, pp. 93-114; D. J. K. Peukert, *Inside Nazi Germany*, Londres, 1987, pp. 145-174; P. Loewenberg, «The Psychological Origins of the Nazi Youth Combat», *AHR* 76 (1971): 1457-1502.

[13] Schörken, *Jugendalltag*, pp. 240-41.

[14] Citado en L. Niethammer, «Heimat und Front. Versuch, zehn Kriegserinnerungen aus der Arbeiterklasse des Ruhrgebietes zu verstehen», en *Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll. Faschismus im Ruhrgebiet*, ed. L. Niethammer, Berlín, 1983, pp. 209-213. Este es un cuidadoso y muy importante análisis de los testimonios orales de trabajadores que han servido en la Wehrmacht. En el asunto de los trabajadores como soldados, véase asimismo O. Bartov, «The Missing Years: German Workers, German Soldiers», *GH* 8 (1990): 46-65. Sobre los trabajadores y la *Volksgemeinschaft*, véase N. Frei, *Der Führerstaat. Nationalsozialistische Herrschaft 1933 bis 1945*, Múnich, 1987, pp. 93-100.

[15] Niethammer, *Heimat und Front*, pp. 213-218. Más sobre las relaciones entre los trabajadores y el régimen en M. Ruck, *Bollwerk gegen Hitler? Arbeiterschaft, Arbeiterbewegung und die Anfänge des Nationalsozialismus*, Colonia, 1988; D. J. K. Peukert y F. Bajohr, *Spuren des Widerstands: Die Bergarbeiterbewegung im Dritten Reich und im Exil*, Múnich, 1987; A. Merson, *Communist Resistance in Nazi Germany* Londres, 1987.

[16] H. Böll, *Was soll aus dem Jungen bloss werden?*, Bornheim, 1981.

[17] H. Böll, *Der Zug war pünktlich*, 12ª ed. Múnich, 1980.

[18] B. Engelmann, *In Hitler's Germany. Daily Life in the Third Reich*, Nueva York, 1986, p. XII.

[19] *Ibid.*, pp. 27, 34.

[20] *Ibid.*, p. 117.

[21] *Ibid.*, pp. 8-9.

[22] Schörken, *Jugendalltag*, pp. 242-44.

[23] BA-MA, RH27-18/27, 3.8.41.

[24] Richardson, *Sieg Heil!*, p. 1. .

[25] *Ibid.*, p. 3

[26] *Ibid.*, pp. 36-37. Tampoco los padres eran siempre observadores pasivos. *Frau* Anna Neuber recuerda que cuando su hijo Georg le contó sobre las atrocidades que había presenciado en Polonia le indujo a que «obedeciese siempre a sus superiores, sin preguntarse por qué, rogase a Dios que nunca tuviese que verse forzado a hacer algo malo». Engelmann, *Hitler's Germany*, p. 174.

[27] Richardson, *Sieg Heil!*, pp. 104-5.

[28] *Ibid.*, 108-9.

[29] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 160.

[30] *Ibid.*, p. 161.

[31] *Ibid.*, pp. 106-7.

[32] *Ibid.*, p. 111.

[33] *Ibid.*, p. 113.

[34] G. Sajer, *The Forgotten Soldier*, 2ª ed. Londres, 1977, pp. 263-267.

[35] Texto en Wheeler-Bennett, *Nemesis of Power*, p. 339.

[36] Además de la literatura citada posteriormente, véase también Bartov, *Eastern Front*, pp. 68-105, donde se afirma que el material de adoctrinamiento emanado de la Wehrmacht llegó incluso a las más remotas unidades en el frente y que esto fue en general bien recibido por los oficiales más jóvenes y por los soldados. Un libro reciente tiene diferentes puntos de vista, aun cuando no acaba de ser radicalmente contradictorio en sus conclusiones: Schulte; *The German Army*.

[37] Véase, p.ej., J. Fest, *Hitler*, 3ª ed. Harmondsworth, 1982, pp. 521-522.

[38] F. Stern, *Dreams and Delusions: The Drama of German History*, Londres, 1988, p. 153. Se ha afirmado del mismo modo que durante la Primera Guerra Mundial «la figura de Hindenburg, con hábiles manipulaciones de propaganda, y por el hecho de que personificaba las esperanzas y aspiraciones de muchos alemanes había alcanzado proporciones míticas», y que «por parte de algunos curiosos trabajos de psicología social parece que Hindenburg y Ludendorff resultan más infalibles e invencibles a medida que se hace evidente que la situación militar de Alemania era extremadamente precaria». M. Kitchen, *The Silent Dictatorship. The Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff, 1916-1918*, Nueva York, 1976, pp. 273, 277.

[39] U. Tal, «Political Faith» of Nazism Prior to the Holocaust, Tel-Aviv, 1978, p. 7.

[40] Engelmann, *Hitler's Germany*, pp. 38-39.

[41] *Ibid.*, p. 189.

[42] Tal, «Political Faith», p. 9.

[43] *Ibid.*, p. 30.

[44] Sobre el asunto relacionado con la higiene racial, las raíces prenazis de la idea de crear una comunidad «sana» y apartar a los elementos inferiores, como sobre la aplicación de esta ideología en la campaña de eutanasia nazi, véase p.ej., H. W. Schmuhl, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie*, Göttinga, 1987; C. Ganssmüller, *Die Erbgesundheitspolitik des Dritten Reiches*, Colonia y Viena, 1987.

[45] BA-MA, RH26-12/227, «Der Fihrer sprach am Heldengedenktage 1940», 6.4.1940.

[46] BA-MA, RH26-12/227, «Rundfunkvortrag Nr. 12: Die Stimme der Soldaten» 25.4.40.

[47] I. Kershaw, *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987, pp. 151-168.

[48] BA-MA, RH26-12/227, «Mitteilungen für die Truppe, Nr. 10, Juni 1940».

[49] BA-MA, RH26-12/294, «Mitteilungen für das Offizierkorps, Nr. 4 April 1942».

[50] BA-MA, RH26-12/298, «Nationalpolitischer Unterricht im Heere, für den Kompanie-Führer, Nr 26/Februar 1943».

[51] Klee, *Schöne Zeiten*, p. 49.

[52] «Mitteilungen für die Truppe, Nr. 116», citado en Messerschmidt, *Die Wehrmacht*, pp. 326-327.

[53] Véase Kershaw, *Popular Opinion*, p. 360; S. Gordon, *Hitler, Germans, and the «Jewish Question»*, Princeton, 1984, pp. 185-186.

[54] Este tema es examinado más clara y sucintamente en Muller, *The Army*, pp. 16-53.

[55] Carta fechada el 11 de diciembre de 1938, citada en Wheeler-Bennett, *Nemesis of Power*, p. 380.

[56] *Ibid.*, cita el diario de von Hassel, entrada del 18 de diciembre de 1938. Véase también la carta de Ludwig Beck de noviembre de 1918, citada en Müller, *Beck*, pp. 323-328.

[57] Forster, *Hitlers Entscheidung*, p. 24.

[58] Forster, *Unternehmen «Barbarossa»*, p. 446.

[59] BA-MA, RH27-18/4, 21.6.41.

[60] Citado en Streit, *Keine Kameraden*, p. 115.

[61] *Ibid.*, p. 116. Sobre los planes de los alemanes en la Primera Guerra Mundial según los cuales los judíos debían ser alejados [*verpflanzt*] de una ancha franja fronteriza entre Polonia y el Reich, véase Kitchen, *Silent Dictatorship*, pp. 142, 193-194.

[62] Streit, *Keine Kameraden*, pp. 116-117.

[63] BA-MA, RH26-12/262, 28.12.41.

[64] BA-MA, RH26-12/297, 27.1.43.

[65] Forster, *Hitlers Entscheidung*, p. 25.

[66] BA-MA, RH26-12/16, 8.7.40.

[67] BA-MA, RH26-12/298, 6.6.43.

[68] BA-MA, RH26-12/89, 18.6.43.

[69] BA-MA, RH27-18/159, 27.10.42.

[70] BA-MA, RH26-1005/7, 3.4.-3.7.42.

[71] BA-MA, RH26-1005/39, 22.9.42.

[72] BA-MA, RH26-1005/47, 10.4.43.

[73] BA-MA, RH26-1005/47, 11.5.43.

[74] «Mitteilungen für die Truppe, Nr. 389, Januar 1945». Citado en Messerschmidt, *Die Wehrmacht*, pp. 331-332.

[75] V. R. Berghahn, «NSDAP und “Geistige Führung” der Wehrmacht», *VfZ* 17 (1969): 17-71; G. L. Weinberg, «Dokumentation: Adolf Hitler und der NS-Führungsoffizier (NSFO)», *VfZ* 12 (1964): 443-456; Messerschmidt, *Die Wehrmacht*, pp. 441-80; R. L. Quinnett, «The National Socialist Leadership Officers» (tesis Univ. de Oklahoma, 1973).

[76] Cita en Messerschmidt, *Die Wehrmacht*, p. 466.

[77] Véase antes el capítulo 3 para las instrucciones de la Wehrmacht en el oeste para ejecutar a los emigrantes alemanes, es decir, a los ciudadanos que habían huido por razones políticas o «raciales» del Reich. Pero véase también R. Hilberg, *The Destruction of European Jews*, edic. rev. Nueva York 1986, 2:627, que escribe que los judíos no alemanes prisioneros de guerra «gozaron de una relativa impunidad». Y también D. A. Foy, *For You the War is Over. American Prisoners of War in Nazi Germany*, Nueva York, 1984, p. 128, según el cual «hay muchos más ejemplos de trato humanos hacia los prisioneros de guerra negros o judíos americanos que de maltrato».

[78] Sobre el llamado «Traditionsdebatte» sobre la Bundeswehr, véase D. Abenheim, *Reforging the Iron Cross. The Search for Tradition in the West German Armed Forces*, Princeton, 1988.

[79] Véase el ex presidente estadounidense Ronald Reagan y su discurso durante su visita al cementerio militar y de las SS alemán de Bitburg: «Creo que no hay nada malo en visitar ese cementerio donde esos jóvenes son también víctimas del nazismo, aunque combatiesen con el uniforme alemán, y que fueron inducidos a servir para realizar los odiosos deseos de los nazis». Citado en *Time Magazine*, 29 de abril de 1985, No. 17, p. 44.

[80] Guderian, *Panzer Leader*, p. 440.

[81] *Ibid.*, p. 436.

[82] *Ibid.*, p. 462.

[83] B. H. Liddell Hart, *The Other Side of the Hill* (Londres, 1948), p. 29.

[84] D. Brader, «Foreword» to H.U. Rudel, *Stuka Pilot*, 2ª ed. Maidstone, 1973.

[85] *Ibid.*, p. 189.

[86] Para algunos agudos análisis de la llamada *Historikerstreit*, véase C. S. Maier, *The Unmasterable Past*, Cambridge: Mass., 1988; H.U. Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit?* (Múnich, 1988); I.

Kershaw, *The Nazi Dictatorship*, 2ª ed. Londres, 1989, pp. 168-191; e idem., «Neue deutsche Unruhe? Das Ausland und der Streit um die deutsche National- und Zeitgeschichte», en *Streitfall Deutsche Geschichte*, ed. Landeszentrale für Politische Bildung, Nordrhein-Westfalen (s.f.), pp. 111-130; R. J. Evans, *In Hitler's Shadow* (Londres, 1989); S. Friedlander, «Some Reflections on the Historisation of National Socialism», *TAJB* 16 (1987): 310-324; P. Baldwin (ed.), *Reworking the Past*, Boston, 1990.

[87] Las otras contribuciones importantes a la corriente «revisionista» están reunidas en: M. Stürmer, «Geschichte in geschichtslosem Land», *FAZ*, 25.4.86; E. Nolte, «Vergangenheit, die nicht vergehen will», *FAZ*, 6.6.86; pero véase asimismo idem., «Between Myth and Revisionism?», en *Aspects of the Third Reich*, ed. W. Koch, Londres, 1985, pp. 17-38. Para una postura «revisionista» más compleja, véase Broszat, *Plädoyer*. El primero y más devastador ataque, aunque no problemático a este punto de vista es J. Habermas, «Eine Art Schadensabwicklung», *Die Zeit*, 11-7-1986. Los artículos del periódico arriba citados y otras muchas contribuciones importantes a este debate, se han reimpresso en «Historikerstreit».

[88] Hillgruber, *Zweierlei Untergang*, pp. 24-25.

[89] *Ibid.*, pp. 34-35.

[90] *Ibid.*, p. 53.

[91] *Ibid.*, p. 47.

[92] En general sobre la oposición civil y militar véase, inter al., H. C. Deutsch, *The Conspiracy against Hitler in the Twilight War*, Minneapolis, 1968, e idem., *Hitler and his Generals*, Minneapolis, 1974; P. Hoffmann, *German Resistance to Hitler* Cambridge, 1988; G. Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstands-Bewegung* Stuttgart, 1954. Y con mención también de la oposición de izquierda: H. Bull (ed.), *The Challenge of the Third Reich*, Oxford, 1986; H. Graml et al., *The German Resistance to Hitler*, Londres, 1970.

[93] Hillgruber, *Zweierlei Untergang*, p. 64.

[94] *Ibid.*

[95] Para un tratamiento general del libro de Hillgruber, véase Bartov, *Historians on the Eastern Front*.

[96] Más sobre los problemas y peligros de escribir la *Alltagsgeschichte* de la guerra, véase O. Bartov, «Von unten betrachtet: Überleben, Zusammenhalt und Brutalität an der Ostfront», en *Zwei Wege nach Moskau. Vom Hitler-Stalin-Pakt zum «Unternehmen Barbarossa» 1939-1941*, ed. B. Wegner, Múnich/Zúrich, 1991, pp. 326-344.

[97] M. G. Steinert, *Hitler's War and the Germans*, Ohio, 1977, p. 196. Véase asimismo V. R. Berghahn, «Meinungsforschung im Dritten Reich», *MGM* 1 (1967): 83-119.

[98] Kershaw, *Hitler Myth*, p. 209.

[99] Steinert, *Hitler's War*, p. 272.

[100] *Ibid.*, pp. 282-83.

[101] *Ibid.*, p. 289.

[102] *The Goebbels Diaries 1939-1941*, trad. y ed. F. Taylor, 2ª ed., Harmondsworth, 1984, p. 446.

[103] *Ibid.*, pp. 342-43.

[104] *The Goebbels Diaries: The Last Days*, ed. H. Trevor-Roper, 2ª ed. Londres y Sydney, 1979, p. 21.

[105] *Ibid.*, p. 75.

[106] *Ibid.*, p. 80.

[107] *Ibid.*, p. 82.

[108] *Ibid.*, pp. 89, 95.

[109] E. von Manstein, *Aus einem Soldatenleben*, Bonn, 1958, pp. 353-354.

[110] Además de este argumento, los generales de la Wehrmacht afirmaban también que no podrían rebelarse porque, como dijo Manstein, toda su tradición se basaba en la «devoción desinteresada en servicio del estado, del Reich y del Volk». *Ibid.* Argumentos semejantes en el siguiente: idem, *Verlorene Siege*, 2ª ed. Frankfurt, 1964, pp. 7-8; K. Doenitz, *Memoirs*, 2ª ed. Londres, 1959, pp. 299-314; Guderian, *Panzer*

Leader, pp. 458-64; Kesselring, *The Memoirs*, Londres, 1953, pp. 314-315; S. Westphal, *The German Army in the West*, Londres, 1951, pp. 3-18; y muchos otros.

[111] J. von Herwarth, *Against Two Evils*, Londres, 1981, pp. 203 sigs. Este autor recuerda que sus soldados consideraban difícil creer que el enemigo estaba compuesto de seres humanos en vez que de *Untermenschen*. Otros muchos oficiales constataron la misma reacción. Véase por ejemplo: H. Meier-Welcker, *Aufzeichnungen eines General-stabsoffiziers 1939-1942*, Friburgo, 1982, pp. 128-29, 148, 150, etc.

[112] Herwarth, *Two Evils*, p. 235.

[113] *Ibid.*, p. 254.

[114] Mommsen, *Kriegserfahrungen*, p. 13.

[115] See esp. Klemperer, *Unbewältigte Sprache*.

[116] Bahr, *Kriegsbriefe*, pp. 156-157.

[117] Richardson, *Sieg* p. 50.

[118] BA-MA, RH26-12/238, 26.11.40, p. 7.

[119] *Ibid.*

[120] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 158.

[121] Richardson, *Sieg Heil!*, p. 69. En este contexto, véase también R. Cobb, *French and Germans, Germans and French. A Personal Account of France under Two Occupations 1914-1918/1940-1944*, 2ª ed. Hanover, 1984).

[122] BA-MA, RH26-12/195, 6.1.41, pp. 5-6.

[123] *Ibid.*, p. 6.

[124] *Ibid.*

[125] Richardson, *Sieg Heil!*, pp. 72-73.

[126] *Ibid.*; p. 76.

[127] *Ibid.*, p. 78.

[128] *Ibid.*, p. 80.

[129] *Ibid.*, p. 81.

[130] Bahr, *Kriegsbriefe*, pp. 51-52.

[131] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 71, carta 96.

[132] *Ibid.*, pp. 71-72, carta 98.

[133] Richardson, *Sieg Heil!*, p. 115.

[134] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, pp. 72-73, letter 101.

[135] *Ibid.*, p. 170, carta 345. En este contexto ha atraído mi atención el ensayo de G. Cocks, «Partners and Pariahs: Jews and Medicine in Modern German Society», *LBIY* 36 (1991), referido a la asociación de los judíos con enfermedades también entre civiles como resultado del imperialismo y la esclavización de Occidente.

[136] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 170, carta 346.

[137] *Ibid.*, p. 76, carta 108.

[138] Richardson, *Sieg Heil!*, p. 116.

[139] *Ibid.*, p. 119.

[140] *Ibid.*, p. 124.

[141] *Ibid.*, p. 132.

[142] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 77, letter 111.

[143] *Ibid.*, p. 78, carta 115.

[144] Véase, p.ej., E. Topitsch, *Stalin's War*, Nueva York, 1987. Este es también el argumento principal de Hoffmann, *Die Sowjetunion*; e idem., *Die Kriegführung*.

[145] No en el sentido de Nolte, *Myth and Revisionism*, sino más bien como legitimación de la barbarie.

Nolte, de todos modos, ha continuado ulteriormente con estas ideas. Véase E. Nolte, *Das Vergehen der Vergangenheit*, Berlín/Francfort, 1987).

[146] *Deutsche Soldaten sehen die Sowjetunion*, Berlín, 1941, p. 49. Aunque este volumen fue publicado durante el Tercer Reich con la obvia censura de Goebbels no veo razón alguna para dudar de la autenticidad de las cartas que contiene, especialmente al parecerse a la correspondencia de los soldados recopilada después de la guerra. Sin duda, la selección de las cartas se llevó a cabo con un ojo puesto en su valor propagandístico (que, casualmente revela asimismo que los soldados alemanes conocían los asesinatos de judíos y «bolcheviques» y su propia participación en tales acciones). De modo parecido, *Kriegsbriefe* de Bahr, con cartas recopiladas obviamente para ilustrar la piedad de los estudiantes y el patriotismo romántico tradicional (utilizando como modelo el volumen de cartas de guerra debidas a estudiantes en la Gran Guerra a la que se refieren con frecuencia en la propia correspondencia); y en *Das andere Gesicht* de Buchbender se presentan las cartas con un contenido político-ideológico. Con todo, pienso que al poner juntas todas estas recopilaciones, junto a las pruebas documentales tales como los informes de la censura y las recopilaciones personales como la de Karl Fuchs, se obtiene una idea notable en particular sobre la percepción de la realidad y de la construcción ideológica de los soldados más jóvenes en el combate, lo mismo que en el vocabulario y la imagería con los que se expresaba y articulaba su pensamiento.

[147] *Ibid.*, p. 54.

[148] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 78, letter 116.

[149] *Deutsche Soldaten*, p. 60.

[150] *Ibid.*, p. 15.

[151] *Ibid.*, p. 19.

[152] *Ibid.*, p. 24.

[153] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, pp. 86-87, carta 143.

[154] Richardson, *Sieg Heil!*, p. 157.

[155] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 79, letter 118.

[156] Richardson, *Sieg Heil!*, pp. 125-126.

[157] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, carta 127.

[158] *Deutsche Soldaten*, pp. 12-14.

[159] *Ibid.*, p. 49.

[160] Richardson, *Sieg Heil!*, pp. 144-145.

[161] *Ibid.*, p. 145.

[162] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 80, carta 123.

[163] *Deutsche Soldaten*, pp. 52-53.

[164] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, pp. 84-85, carta 137.

[165] *Ibid.*, p. 84, carta 135.

[166] *Ibid.*, p. 85, carta 139.

[167] *Deutsche Soldaten*, pp. 17-18.

[168] Richardson, *Sieg Heil!*, p. 122.

[169] *Ibid.*, p. 123.

[170] *Ibid.*, p. 138.

[171] *Ibid.*, p. 135.

[172] *Ibid.*, p. 147.

[173] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 87, carta 144.

[174] Bahr, *Kriegsbriefe*, p. 112.

[175] *Deutsche Soldaten*, p. 35.

[176] *Ibid.*, p. 16.

[177] *Ibid.*, pp. 37-38. Véase también Klee, *Schöne Zeiten*, pp. 31-51 para informes testimoniales y

fotografías de los pogromos en Lituania, y Krausnick/Wilhelm, *Die Truppe*, para Army-Einsatzgruppe collaboration in the Kovno pogromos.

[178] *Deutsche Soldaten*, p. 38.

[179] *Ibid.*, pp. 41-43.

[180] *Ibid.*, p. 44.

[181] *Ibid.*, pp. 44-45.

[182] *Ibid.*, p. 45.

[183] *Ibid.*, pp. 59-60.

[184] *Ibid.*, p. 43.

[185] *Ibid.*, pp. 43-44.

[186] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 171, carta 349.

[187] *Ibid.*, letter 350.

[188] Así fue también la política en Serbia, cuya consecuencia fue la destrucción por parte de la Wehrmacht de toda la población masculina judía en el país. Véase Browning, *Fateful Months*, pp. 39-56.

[189] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, letter 351.

[190] *Ibid.*, p. 172, carta 352.

[191] *Ibid.*, pp. 172-73, carta 353.

[192] *Deutsche Soldaten*, p. 19.

[193] *Ibid.*, p. 40.

[194] *Ibid.*, p. 55.

[195] Todas estas citas están tomadas de M. Mazower, «Military Violence and National Socialist Values», *P&P* 134 (1992): 129-158. Deseo dar las gracias al Dr. Mazower por permitirme consultar este trabajo antes de su publicación.

[196] Engelmann, *Hitler's Germany*, p. 115.

[197] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 84, carta 134.

[198] *Deutsche Soldaten*, pp. 59-60.

[199] *Last Letters from Stalingrad*, Londres, 1956, pp. 27-28.

[200] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, pp. 16-20.

[201] *Ibid.*, p. 105, carta 181.

[202] *Ibid.*, p. 112, carta 199.

[203] Por citar un ejemplo debido a experiencia personal, durante la Guerra del Yom Kippur de 1973 se dieron muchos casos de soldados israelíes no religiosos que rezaban antes de entrar en acción.

[204] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 146, carta 290.

[205] *Ibid.*, pp. 117-118, carta 216.

[206] Bahr, *Kriegsbriefe*, pp. 327-328.

[207] *Ibid.*, p. 378.

[208] E. Wolf, «Political and Moral Motives Behind the Resistance», en *The German Resistance to Hitler*, ed. H. Graml et al. Londres, 1970, p. 232.

[209] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 142, carta 278.

[210] *Ibid.*, pp. 142-143, carta 280.

[211] *Ibid.*, p. 143, carta 281.

[212] Los capellanes católicos y luteranos de la Wehrmacht observaron con frecuencia que en el frente los soldados manifestaban mucho mayor interés en asuntos religiosos, incluso a unos cuantos kilómetros de la retaguardia. Véase, por ejemplo: BA-MA, RH27-18/174, 1.5.41-31.3.42; BA-MA, RH27-18/207, 1.10.43; BA-MA, RH27-18/178, 1.7.-30.9.42, 7.10.42, 1.1.43.

[213] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 144, carta 286.

[214] *Ibid.*, p. 146, carta 290.

[215] *Ibid.*, p. 147, carta 294. Nótese la curiosa similitud entre los comentarios de la tropa sobre el intento de asesinato y el breve mensaje de radio de Hitler la noche del 20-21 de julio. Citado en A. Bullock, *Hitler, A Study in Tyranny*, 2ª ed. rev. Nueva York, 1964, pp. 749-750.

[216] Engelmann, *Hitler's Germany*, p. 115.

[217] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, pp. 20-24.

[218] *Ibid.*, p. 154, carta 313.

[219] Bäher, *Kriegsbrieife*, pp. 414-415.

[220] *Ibid.*, pp. 421-424.

[221] *Ibid.*, p. 403.

[222] *Ibid.*, p. 410.

[223] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, pp. 158-159, carta 323.

[224] Bahr, *Kriegsbrieife*, p. 444.

[225] *Ibid.*, pp. 446-449.

[226] *Ibid.*, pp. 449-450.

[227] Shils/Janowitz, *Cohesion and Disintegration*, 311-314.

[228] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 160, letter 327.

[229] *Ibid.*, p. 161, carta 328.

[230] *Ibid.*, pp. 166-67, carta 342.

[231] A estas alturas incluso Goebbels tuvo que admitir que las cartas de los soldados manifestaban un deterioro serio de la moral y que finalmente la propaganda aliada estaba empezando a tener efecto. Para una de las muchas observaciones, véase *The Goebbels Diaries: The Last Days*, pp. 213-214.

[232] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, p. 167, carta 343.

[233] Una vez más los comentarios de los soldados eran sorprendentemente semejantes a las propias observaciones de Hitler durante la fase final de su régimen. Véase Fest, *Hitler*, pp. 724-750; también dispersos en H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, 7ª ed. rev. Londres, 1972; y Hitler: *Table Talk 1941-1944*, intr. H. R. Trevor-Roper, 2ª ed. Londres, 1973.

[234] Buchbender/Stertz, *Das andere Gesicht*, pp. 167-168, carta 344.

[235] Esto es cómo Hillgruber, *Zweierlei Untergang*, lo verá. Según Mayer, *Why Did the Heaven Not Darken?*, la guerra había sido una cruzada contra el comunismo (y se volvió contra los judíos solo debido a la frustración por no ser capaces de derrotar a la URSS), pero una cruzada él no aprueba y ciertamente no ve como un baluarte contra la barbarie.

[236] Bullock, *Hitler*, pp. 772-773.

[237] F. Stern, *The Whitewashing of the Yellow Badge*, Oxford-Nueva York, 1992.

5. CONCLUSIÓN

El pueblo alemán no fue a la guerra en 1939 con el mismo «*Hurra-Patriotismus*» de agosto de 1914. Es indicativo que el humor de la nación durante la crisis de los Sudetes en el otoño de 1938 no fue especialmente diferente al de Gran Bretaña o Francia.^[1] Informes contemporáneos constatan que «no había entusiasmo en absoluto de verse envueltos en una guerra», que «la moral [estaba] muy baja», y que había «por todas partes una psicosis de guerra generalizada». Cuando la crisis alcanzó su punto culminante se informó que «en todas partes predominaba una gran tensión y ansiedad, y en todas partes se escuchaba el siguiente deseo: cualquier cosa menos la guerra... expresado con particular vigor por los soldados veteranos de la Gran Guerra que habían estado en el frente». Con todo, una vez firmados los acuerdos de Múnich, el humor público cambió rápidamente y se convirtió en una admiración por la «habilidad política» del Führer. La gente había tomado muy en serio la «campana de paz» de Hitler de mediados de los años 30 y había llegado a creer que este quería evitar la guerra lo mismo que ellos también querían evitarla. En 1939 el público estaba tan seguro de que la habilidad del Führer sacaría a Alemania de la crisis política sin necesidad de ir a la guerra que había mucha menos «psicosis de guerra» que el año anterior.^[2]

Cuando la guerra acabó estallando, todos los observadores constataron un estado de depresión generalizado en el público alemán. Bernt Engelmann recuerda: «La gente no se reunía. No vimos ninguna manifestación de alegría, sin duda nada que se pareciese al violento entusiasmo que los alemanes habían mostrado en 1914».^[3] Un corresponsal estadounidense encontró a la población apática. Un Gauleiter^[4] que viajaba a través del país en esas fechas comprobó que «no había felicidad, ni alegría». En cambio, escribía, «por todas partes noté un silencio opresivo, por no decir estado de depresión que era predominante. Todo el pueblo alemán parecía estar afectado de un horror paralizante, por lo que no era capaz de expresar aprobación o disgusto». Otro observador hablaba de «la estulta obediencia de una masa educada para seguir ciegamente y sin pensar [a sus dirigentes], pero también estupefacta y confusa por la propaganda militante».

Se ha afirmado que la mayoría de la población alemana manifestó al comienzo de la guerra una actitud de «lealtad de mala gana».[5] Podía decirse que los alemanes aceptaron el estallido de la guerra con el mismo fatalismo que caracterizó su comportamiento durante los últimos y desesperados días que llevaron a la «capitulación».

Los grandes triunfos militares de los primeros dos años de guerra disiparon gran parte del pesimismo. Si en 1939 los alemanes creían todavía que Hitler podría siempre alejar la guerra aun en el último momento, tras la victoria sobre Francia estuvieron seguros de que podrían vencer a cualquier enemigo.[6] Había otras razones para estar contentos. Durante los años 30 el régimen había acabado con el desempleo y era percibido por amplios sectores de la población como aquel que había sacado a Alemania de lo que había sido una crisis económica insoluble hasta la *Machtergreifung*. [7] La prosperidad y el orden social bajo el gobierno de Hitler pudo ser visto como una «vuelta a la normalidad» tras la anarquía de los últimos años de la República de Weimar.[8] No quiere esto decir que los nazis hubiesen creado una idílica *Volksgemeinschaft* (comunidad del Volk); así, hasta el comienzo de la guerra se presentaron renovados signos de malestar entre los obreros que querían aprovechar la creciente carestía de mano de obra para exigir aumento de salarios.[9] Con todo, mientras que un individuo no perteneciese a una categoría política o «racial» perseguida por el régimen, no estuviese sujeta a la campaña de «eutanasia», y no llevase a cabo actividades antinazis, no se estaba mal del todo en Alemania a fines de los años 1930.[10] Además, cuando en menos de un año Alemania acabó ocupando la mayor parte de Europa occidental y central, las perspectivas económicas de dominar todo el continente dejaron poco espacio al malestar social. El orgullo nacional por los éxitos militares alcanzados combinado con la esperanza de una prosperidad sin precedentes que beneficiaría a todos —al menos a cada «ario»—. [11] Los hacedores de imperios exitosos siempre se habían beneficiado de este tipo de «socialimperialismo».

La invasión de la URSS cogió por sorpresa no solo a Stalin y también a muchos alemanes y una vez más desencadenó una oleada de aprensión y ansiedad. Ya el segundo día de «Barbarroja» el SD constató que «según los informes de todas las partes del Reich, el anuncio del comienzo de la guerra con Rusia había causado una gran sorpresa en la población».[12] Para julio se

señalaba que el «humor general (*Stimmung*) en amplios sectores de la población ha sufrido un creciente deterioro». Naturalmente, recalcó el SD, «sigue habiendo una confianza general en la victoria y en los dirigentes», pero «el pueblo está deprimido, amargado y encolerizado por la dureza de la lucha en el este, la criminal conducta de la guerra por parte del Ejército Rojo, las notables bajas... y sobre todo, por las consiguientes dificultades de aprovisionamiento».[13] Este era un expresivo análisis del humor público, al reunir los aspectos más importantes de la guerra en el Este —que, desde este momento, se convierte en la guerra— tal como la percibía la población alemana. Había en esto una mezcla de terror irracional, pero rotundo hacia los rusos, y una preocupación concreta sobre las consecuencias materiales de la lucha en una guerra a tal escala. Temor al «bolchevismo asiático», anclado a prejuicios arraigados desde mucho tiempo atrás y avivado por la propaganda nazi que creaba las bases de una visión de la realidad grotescamente distorsionada. Aunque se sabía que había sido Alemania la que había atacado se consideraba que el agresor era la Unión Soviética; y aunque a la gente se le prometió que iban a resultar beneficiados de la despiadada explotación y esclavización de los rusos se pensaba que el Ejército Rojo era el verdadero criminal. Del mismo modo, el temor a la escasez se acompañaba de un celo general por la expansión económica que sugería la idea de un *Raubkrieg* [guerra predatoria] en el este particularmente popular en la comunidad de los industriales y de los negocios.[14] Las perspectivas de poder y riqueza eran mayores de lo que nunca había sido antes, pero también lo eran los riesgos. Los triunfos anteriores de Hitler habían convencido a los soldados y a los civiles de que también esta guerra sería victoriosa, pero la decidida resistencia del enemigo y el terror por la deshumanizada imagen de este, provocó en los alemanes una gran ansiedad. La causa del temor tenía que ser suprimida por todos los medios posibles. Esto era necesario porque el enemigo era malvado; estaban obligados a tener éxito pues este era el deseo del Führer y además, este debía ser recompensado abundantemente. En este sentido los alemanes estaban luchando realmente la «guerra de las ideologías» de Hitler.

La guerra en la Unión Soviética exigía una creciente movilización total de los recursos humanos. Incluso los trabajadores alemanes, que a lo largo de los años 30 habían resistido al mito de la *Volksgemeinschaft* y se habían esforzado en defender no sus propios intereses económicos, sino los políticos, se veían

ahora arrastrados a la guerra y obligados a una no menos mítica *Kampfgemeinschaft* (comunidad en lucha). En la Wehrmacht la clase trabajadora desapareció para resurgir solo en 1945 tras muchos años en el frente como soldados de Hitler, y los representantes de la *Herrenrasse* (raza de señores) en los vastos territorios ocupados por Alemania. Mientras estaban en el país, algunos de ellos pudieron haber permanecido inmunes a la propaganda del régimen[15], pero una vez de uniforme, eran tragados por el «melting pot» (crisol) del ejército, convertidos en instrumentos de Hitler, y acabando como ejecutores de su política, los conquistadores de su imperio. No se dieron rebeliones de clase en la Wehrmacht y evidentemente no hubo motines en absoluto. En la región industrial del Ruhr los trabajadores podían haber refunfuñado contra el régimen, pero ya en filas se contaron entre aquellos mismos soldados considerados por todos los observadores como los más leales partidarios de Hitler. Esta transformación de los trabajadores alemanes en soldados de Hitler dio la medida del éxito del régimen en la movilización de toda la nación para luchar en su guerra de conquista y destrucción. Naturalmente, los soldados luchaban por muchas razones: luchaban para sobrevivir, por sus camaradas, por sus familias en la retaguardia y por la victoria y prosperidad de Alemania. Pero, trabajadores o no, también luchaban contra la «plutocracia», la «barbarie asiática», el «judeo-bolchevismo» y en defensa de la «cultura alemana» y de la «civilización occidental». En este sentido, luchaban por el nazismo y por todo lo que representaba.[16]

Percibida como una lucha del todo o nada, la guerra en el Este exigía un total compromiso espiritual, obediencia absoluta y una incesante destrucción del enemigo. Pues esta guerra en el este constituía no solo el punto culminante del régimen nazi, sino también el más importante elemento de su memoria posbélica en Alemania. Sobrevivir a su realidad y vivir con su recuerdo necesitaba un profundo proceso de inversión. Cuando los soldados volvían a casa llevaban consigo las imágenes de los horrores de la guerra, la moralidad pervertida que había formado su base, y la percepción distorsionada que había hecho soportable la vida en ella. Todo esto se combinaba en la memoria colectiva alemana de la guerra, pues solo así podía la sociedad de posguerra «llegar a un acuerdo» con su pasado. «Auschwitz» podía ser atribuida a una minoría, por muy numerosa que haya podido ser. Pero no así la guerra. Cada familia había enviado al menos a un

soldado al frente. Y lo que era aun peor, los jóvenes que volvían del frente se convertían en trabajadores y burócratas, profesores y tecnócratas, banqueros y políticos, jueces y abogados, escritores y poetas.^[17] Era inconcebible que todos ellos hubiesen tomado parte en una gigantesca empresa criminal. Así, el mismo mecanismo psicológico que había facilitado combatir una guerra de barbarie fue empleado en facilitar la convivencia con su memoria. Las experiencias de los soldados en el frente fueron presentadas como únicas y las características criminales únicas de la guerra fueron «normalizadas» como un simple subproducto de la lucha. La causa y el efecto fueron invertidos: la barbarie fue percibida como el resultado de la dura resistencia del enemigo a la ocupación, no como su principal desencadenante. El sufrimiento de las tropas fue recordado gráficamente, el de sus víctimas fue apartado. Y esta visión de la guerra no se limitó a los soldados. Los civiles percibían también las incursiones aéreas de bombardeo estratégico y la ocupación de territorio por parte de los ejércitos enemigos como manifestaciones únicas de la destructividad de la guerra; el asesinato industrial de millones de seres humanos fue considerado como un aspecto más de la naturaleza maligna de la guerra, no como algo único propio de la guerra específica de la Alemania nazi. Y ya que los bombardeos y la ocupación fueron experimentados por muchos más alemanes que los campos de concentración de la muerte, estos quedaron enraizados más profundamente en la memoria colectiva.^[18] De este modo, el genocidio de judíos y gitanos dejó de ser relacionado directamente con los alemanes y se convirtió en algo ejecutado no por ellos, sino en su nombre. Los culpables no habrían tenido nada que ver con la resurrección del pueblo alemán en la posguerra. La guerra quedó como una memoria profunda y penosa, pero era una memoria de su propio sufrimiento y no dejó espacio para el de sus víctimas. Si para Hitler la guerra había sido un vehículo para hacerse con esos alemanes que en un principio había mantenido distancia con el régimen, sirvió para que la sociedad alemana posbélica reprimiese la memoria de sus crímenes lamentándose de su propia suerte.^[19] La guerra había convertido a la Wehrmacht en el ejército de Hitler y a los alemanes en el pueblo de Hitler. La derrota los convirtió a todos ellos en víctimas. Si Austria fue la primera víctima de Hitler, Alemania fue la última. Y las víctimas no pudieron pedir cuentas.

En 1981, el funcionario Werner Paulsen, de sesenta y seis años de edad, dijo

al ser entrevistado: «El 30 de junio [de 1941] fue el peor día de mi vida». Fue uno de los muchos alemanes cuya memoria estaba dominada todavía tras cuarenta años no por los asuntos de familia, por las carreras o acontecimientos políticos, sino por la guerra; y, en esa guerra, por unas incidencias muy específicas que los habían marcado por el resto de sus vidas. Esta memoria predominante de la guerra y el extremadamente selectivo surtido de detalles que contiene, es una parte muy íntima de cada identidad individual y un componente importante de esta conciencia colectiva de toda esta generación de alemanes. Para el anterior suboficial y comandante de una sección se trató de una emboscada rusa: «De improviso nos disparaban de todas direcciones. Frente a nosotros. Detrás de nosotros. Balas por todas partes». De la sección de Paulsen, que contaba con 50 hombres, solo cuatro sobrevivieron. En una hora un total de 92 soldados alemanes murieron junto a él: «Uno cayó hacia la izquierda, uno cayó hacia la derecha. Simplemente ocurrió: pam, pam, pam. Y todos ellos yacían en el suelo. Esto ocurrió tan rápidamente que nadie pudo hacer nada». Al día siguiente, uno de sus camaradas fue a enterrar a los caídos: «Y lo que vio allí fue espantoso». Los cuerpos estaba horriblemente mutilados. «Ojos sacados. Genitales cortados». Esos habían estado luchando cerca de una unidad de las SS, pero Paulsen, en un primer momento, dijo que no recordaba «si eran los SS los que habían hecho esto antes». Luego, en la entrevista, reconoció que «en nuestro lado las cosas no eran en realidad muy diferentes, entonces». Sus conclusiones eran comunes a las de muchos veteranos: «Por desgracia fue realmente así: lo que me haces a mí, yo te lo hago a ti».[20] Paulsen recordaba este incidente con gran nitidez; había sido, después de todo, el peor día de su vida, su encuentro más cercano con la muerte. Pero lo que recordaba era una sangrienta batalla en la que muchos de sus camaradas cayeron o fueron mutilados por los rusos. El concedió que quizá los alemanes pudiesen haber cometido también atrocidades, pero aquí le fallaba la memoria. Y podía haber añadido muy bien su cualificación debido a su exposición a los reportajes de los medios de comunicación sobre el comportamiento criminal de Alemania en la guerra. Suponía que esos hechos habían tenido lugar, pero no recordaba haber participado en ellos, ni siquiera si los había observado. La guerra era el acontecimiento más importante de su vida y el más importante elemento de esa guerra era la matanza de soldados alemanes por parte de los rusos. Esta fue su

guerra y la de muchos otros supervivientes; esta fue también la memoria colectiva de la guerra. En cuanto al resto, podía haber sucedido, sería mejor no negarlo, pero en cualquier caso no forma parte de su propia experiencia y memoria. En este sentido, no había sucedido «realmente» después de todo.

Así, la memoria colectiva popular es la de un acontecimiento en el que mucha gente sufrió y murió víctima de un apocalipsis fuera de su control. El impresionante esfuerzo de estudiosos alemanes para documentar la implicación de numerosas instituciones e individuos en los aspectos prosaicos y prácticos de la política criminal del régimen parecen haber tenido escaso efecto sobre esta imagen de la guerra. Esta es la razón por la cual cada nuevo estudio en la participación en los asesinatos de soldados, médicos, juristas o de cualquier otra profesión o sector de la sociedad es acogido invariablemente con turbación y sorpresa. Los hechos están ahí para que cada uno los considere, pero se los mantiene bien apartados de la propia experiencia y memoria. Paulsen puede admitir que los alemanes pueden haber cometido también atrocidades; pero él no ha tenido ninguna intervención en ellas, ni la ha tenido ninguno de sus camaradas. Esta amnesia colectiva es tan poderosa que infecta incluso a esos estudiosos que han tenido mucho cuidado en ponerle remedio. Así por ejemplo, un historiador que había escrito el más importante estudio sobre el adoctrinamiento nazi de la Wehrmacht concluye dudando de su efecto sobre las tropas y advierte, además, que el personalmente no puede recordar haber sido expuesto a una educación política durante su servicio militar en la Wehrmacht. [21] Otro historiador que había hecho mucho para mostrar la implicación de los rangos inferiores en la ejecución de la «solución final» dice sin ambigüedades que «la mentalidad del Landser medio se caracterizaba por la sobriedad, [y un] rechazo de las peroratas de la propaganda fuera de la realidad», y que las tropas «tuvieron escasa influencia» y «apenas tenían posibilidades de evitar la escalada de la violencia», lo que era, en todo caso, parte de la «conducta de la guerra por ambas partes». [22] Finalmente, un estudioso más que ha hecho importantes aportaciones a nuestro conocimiento de los planes y preparativos de Hitler para la *Vernichtungskrieg* (guerra de exterminio) en el este, pregunta a sus colegas (alemanes) que se identifiquen con el soldado alemán, cuyas hazañas describe luego con una gran carga de patetismo solo para proseguir con una narración muy despegada de la «solución final», dejando la cuestión de la empatía con las

víctimas a otros historiadores, probablemente judíos.[\[23\]](#)

El pueblo alemán no quería la guerra. En 1939 la mayoría de los alemanes prefería que las cosas permanecieran como habían estado en los seis años anteriores de gobierno de Hitler. Sin embargo, cuando la guerra estalla, piensan que pueden sacar mucho de ella y la popularidad del Führer aumentó exponencialmente. Los alemanes comenzaron a preocuparse cuando la Wehrmacht invadió la Unión Soviética. Tampoco querían esta guerra pero al principio esperaban que Hitler les diese el dominio y las riquezas del mundo, y comenzaron a verlo como su única esperanza de salvación. En cambio, este les trajo la catástrofe. Con lo cual se vieron librados no solo de su control, sino también de sus crímenes. Se convirtieron en sus víctimas y en las víctimas de sus víctimas. Solo ahora, mientras estoy escribiendo estas páginas, los alemanes se están liberando a sí mismos de las consecuencias de la catástrofe a la que ellos contribuyeron tanto a que les cayera encima. Irónicamente, su vuelta a la grandeza vuelve a estar ligada estrechamente a la retirada de Rusia hacia el este. Ahora que la generación de la guerra está muriendo, está naciendo otra generación en una Alemania reunificada. Esperemos que dentro de cincuenta años la nueva superpotencia que surge en *Mitteleuropa* tenga mejores posibilidades de recordar su pasado de las que tuvieron las dos repúblicas alemanas que han desaparecido para recordar el suyo.

[1] El temor a la guerra también se ha representado notablemente en las narraciones de ficción del período. Véase por ejemplo: G. Orwell, *Coming Up for Air*, 2ª ed, Harmondsworth, 1962; J.P. Sartre, *The Reprieve*, 6ª ed., Nueva York, 1968.

[2] W. Wette, «Ideologien, Propaganda und Innenpolitik als Voraussetzungen der Kriegspolitik des Dritten Reiches», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 1: 138-142. Véase asimismo H. Auerbach, «Volksstimmung und veröffentlichte Meinung in Deutschland zwischen März und November 1938», en *Machtbewusstsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, ed. F. Knipping y K.-J. Müller, Paderborn, 1984, pp. 274-93.

[3] Engelmann, *Hitler's Germany*, p. 169.

[4] Dirigente provincial y delegado supremo del Partido Nazi en cada provincia (*Gau*), cargo dotado de prestigio y poder. (*N. del t.*).

[5] Wette, *Ideologien*, p. 25.

[6] Kershaw, «Hitler Myth», pp. 151-168.

[7] *Machtergreifung*, o también *Machtübernahme*. Su traducción es «toma del poder» —por los nazis en 1933—. (*N. del t.*).

[8] L. Niethammer, «Normalisierung“ im Westen. Erinnerungsspuren in die 50er Jahre», en *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, ed. D. Diner, Francfort, 1987, pp. 153-184, espec. 156-158.

[9] T. Mason, «The Workers' Opposition in Nazi Germany», *HWJ* 11, 1981: 120-137; S. Salter, «Class Harmony or Class Conflict?» en *Government Party and People in Nazi Germany*, ed. J. Noakes, Exeter, 1980, pp. 76-97.

[10] Peukert, *Alltag und Barbarei*, esp. pp. 53-57.

[11] Umbreit, *Vormachtstellung*, pp. 322-27.

[12] H. Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, Múnich, 1968, p. 155.

[13] M. G. Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, Düsseldorf/Viena, 1971, p. 209.

[14] Muller, *Das Scheitern*, pp. 939-1044.

[15] Pero una trabajadora de Berlín, según se dice, se quejó en octubre de 1941 de que era prácticamente imposible organizar la resistencia en las fábricas: «La mitad de los trabajadores simplemente carecen del valor suficiente como para abrir la boca. La otra mitad parece intoxicada por todas las victorias y repite cualquier mentira que los de la propaganda nos hacen tragar». Engelmann, *Hitler's Germany*, p. 249.

[16] Un tratamiento más detallado de este asunto en Barmy, *Missing Years*.

[17] Engelmann, *Hitler's Germany*, pp. 238-239, anota que Ernst Jünger, receptor del Premio Goethe de 1982, se vio involucrado en la ejecución de los desertores de la Wehrmacht en el París ocupado. Se dice que Jünger explicó que aunque trató de hacer que las ejecuciones fuesen lo más humanas posible, «le interesó también observar cómo reacciona una persona ante la muerte en tales circunstancias» y explicó esto como «una forma más elevada de curiosidad».

[18] Véase espec. U. Herbert, «Die guten und die schlechten Zeiten. Überlegungen zur diachronen Analyse lebensgeschichtlicher Interviews», en «*Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll*». *Faschismuserfahrungen im Ruhrgebiet*, ed. L. Niethammer, Berlín/Bonn, 1983, pp. 67-96; Niethammer, *Heimat und Front*; A. Tröger, «German Women's Memories of World War II», en *Behind the Lines: Gender and the Two World Wars*, ed. M. R. Higonnet et al. New Haven, 1987, pp. 285-299. Véase también *Hitler's Germany*, pp. 116-119, para una reveladora conversación con un viejo amigo particularmente partidario de suprimir las memorias desagradables; e *ibid.*, pp. 331-333, para esta observación de que «apenas el primer shock [de la derrota] pasó, los alemanes permitieron que su pasado reciente se hundiera en el olvido. Al principio, olvidar fue una cuestión de autopreservación... Y eventualmente uno está acostumbrado a actuar como si ciertas cosas... no hubiesen ocurrido en absoluto».

[19] Véase, p. ej., W. Benz, «Die Abwehr der Vergangenheit. Ein Problem nur für Historiker und Moralisten?», en *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?*, ed. D. Diner (Frankfurt/M., 1987), pp. 17-33; e *ibid.*, H. Mommsen, «Aufarbeitung und Verdrängung. Das Dritte Reich im westdeutsche Geschichtsbewusstsein», pp. 74-88.

[20] Niethammer, *Heimat und Front*, pp. 191-192.

[21] Messerschmidt, *Die Wehrmacht*, pp. 334, 483, y n. 1132.

[22] Mommsen, *Kriegserfahrungen*, p. 13.

[23] Hillgruber, *Zweierlei Untergang*.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

- AHR American Historical Review*
AFS Armed Forces and Society
BA-MA Bundesarchiv-Militärarchiv in Freiburg, Alemania
BAZW Bulletin der Arbeitskreises Zweiter Weltkrieg
EHQ European History Quarterly
EHR Economic History Review
FAZ Frankfurter Allgemeine Zeitung
FHS French Historical Studies
FPP Feldpostprüfstellen (Oficinas de Inspección Postal de Campaña)
GD Grossdeutschland Division
GFP Geheime Feldpolizei (Policía Secreta Militar)
GH German History
GuG Geschichte und Gesellschaft
H&M History and Memory
Hiwis Hilfswillige (voluntarios rusos en la Wehrmacht)
HJ Hitlerjugend (Juventudes Hitlerianas)
HWJ History Workshop Journal
JCH Journal of Contemporary History
JfG Jahrbuch für Geschichte
JMH Journal of Modern History
JSS Journal of Strategic Studies
LBIY Leo Baek Institute Yearbook
MGM Militärgeschichtliche Mitteilungen
NSDAP Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido
Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores)
NSFO Nationalsozialistischer Führungsoffizier (Oficial Jefe Nacional
Socialista)
OKH Oberkommando des Heeres (Alto Mando de las Fuerzas de Tierra)
OKW Oberkommando der Wehrmacht (Alto Mando de las Fuerzas
Armadas)

P&P Past and Present

POQ Public Opinion Quarterly

RDP Revue de Droit Pénal Militaire et Droit de la Guerre

RH Russian History

RHDGM Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale

RPS Research in Political Sociology

SD Sicherheitsdienst (Policía Secreta de las SS)

SS Schutzstaffel («Grupos de defensa» del Partido Nazi)

TAJB Tel Aviver Jahrbuch für Deutsche Geschichte

VfZ Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte

W&S War and Society

BIBLIOGRAFÍA

- ABENHEIM, D., *Reforging the Iron Cross. The Search for Tradition in the West German Armed Forces*. Princeton: N.J., 1988.
- ABSOLON, R., «Das Offizierkorps des deutschen Heeres 1935-1945». En *Das deutsche Offizierkorps 1860-1960*. Ed. H. H. Hofmann. Boppard am Rhein, 1980.
- ADAM, U. D., *Judenpolitik im Dritten Reich*. Düsseldorf, 1972.
- ANDREYEV, C., *Vlasov and the Russian Liberation Movement. Soviet reality and émigré theories*. 2ª ed. Cambridge, 1989.
- ARMSTRONG, J. A., coord., *Soviet Partisans in World War II*. Wisconsin, 1964.
- AUERBACH, H., «Volksstimmung und veröffentlichte Meinung in Deutschland zwischen März und November 1938». En *Machtbewusstsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*. Ed. F. Knipping y K.J. Müller. Paderborn, 1984.
- BÄHR, W. y BAHR, H. W., coords., *Kriegsbriefe gefallener Studenten 1939-1945*. Tübingen/Stuttgart, 1952.
- BAIRD, J. W., *The Mythical World of Nazi War Propaganda, 1939-45*. Minneapolis: Minn., 1974.
- BALD, D., *Der deutsche Offizier*. München, 1984.
- BALDWIN, P., ed., *Reworking the Past. Hitler, the Holocaust, and the Historians' Debate*. Boston, 1990.
- BALFOUR, M., *Propaganda in War, 1939-45*. London, 1979.
- BANKWITZ, P. C. F., «Maxime Weygand and the Army-Nation Concept in the Modern French Army». *FHS* 2 (1961): 157-88.
- BARTOV, O., «Von unten betrachtet: Überleben, Zusammenhalt und Brutalität an der Ostfront». En *Zwei Wege nach Moskau. Vom Hitler-Stalin-Pakt zum «Unternehmen Barbarossa» 1939-1941*. Ed. B. Wegner. München/Zürich, 1991.
- , «The Conduct of War: Soldiers and the Barbarization of Warfare». *JMH Special Issue: Resistance Against the National Socialist Regime*; «The Missing Years: German Workers, German Soldiers». *GH* 8 (1990): 46-65.

- , «Daily Life and Motivation in War: The Wehrmacht in the Soviet Union». *JSS* 12 (1989): 200-14.
- , «Extremfälle der Normalität und die Normalität des Aussergewöhnlichen: Deutsche Soldaten an der Ostfront». En *Über Leben im Krieg*. Coords. U. Borsdorf y M. Jamin. Reinbeck bei Hamburg, 1989.
- , «Man and the Mass: Reality and the Heroic Image in War». *H&M* 1 (1989): 99-122.
- , «Historians on the Eastern Front: Andreas Hillgruber and Germany's Tragedy». *TAJB* 16 (1987): 325-45.
- , *The Eastern Front 1941-45, German Troops and the Barbarisation of Warfare*. Londres y Nueva York, 1985/86.
- BENOIST-MECHIN, J., *Sixty Days that Shook the West*. Nueva York, 1963.
- BENZ, W., «Die Abwehr der Vergangenheit. Ein Problem nur für Historiker und Moralisten?». En *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?* Coord. D. Diner. Franc-fort/M., 1987.
- BERGHAHN, V. R., «Meinungsforschung im Dritten Reich». *MGM* 1 (1967): 83-119.
- , «NSDAP und "Geistige Führung" der Wehrmacht». *VfZ* 17 (1969): 17-71.
- BERNING, C., *Vom «Abstammungsnachweis» zum «Zuchtwart»*. *Vokabular des Nationalsozialismus*. Berlín, 1964.
- BERTAUD, J.-P., «Napoleon's Officers». *P&P* 112 (1986): 91-111.
- BIEN, D. D., «The Army in the French Enlightenment: Reform, Reaction and Revolution». *P&P* 85 (1979): 68-98.
- , «Bildserien: Verbrannte Erde; "Partisanenbekämpfung"; eine Erschiessung sowjet-ischer Soldaten; sowjetische Juden als Zwangsarbeiter der Wehrmacht». En *Über Leben im Krieg*. Coords. U. Borsdorf y M. Jamin. Reinbeck bei Hamburg, 1989.
- BLACKBURN, G. W. *Education in the Third Reich*. Nueva York, 1959.
- BLOCH, M., *Strange Defeat. A Statement of Evidence Written in 1940*. Nueva York/ Londres, 1968.
- BOBERACH, I., coord. *Meldungen aus dem Reich*. Múnich, 1968.
- BÖLL, H. *Was soll aus dem Jungen bloss werden?* Bornheim, 1981.
- , *Der Zug war pünktlich*. 12ª ed. Múnich, 1980.
- BRADER, D., «Foreword». To H.-U. Rudel. *Stuka Pilot*. 2ª ed. Maidstone, 1973.

- BRAMSTED, E. K., *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-45*. Londres, 1965.
- BRIDENTHAL, R., *Mothers in the Fatherland*. Nueva York, 1987.
- *et al.*, *When Biology Became Destiny*. Nueva York, 1984.
- BROSZAT, M., *Nationaisozialistische Polenpolitik 1939-45*. Stuttgart, 1961.
- , «Plädoyer für eine Historisierung des Nationalsozialismus». *Merkur* 435 (1985): 373-85.
- y FRÖHLICH, E. *Alltag und Widerstand*. München, 1987.
- BROWNING, C. R., *Fateful Months. Essays on the Emergence of the Final Solution*. Nueva York, 1985.
- BUCHBENDER, O. y STEITZ, R., coords., *Das andere Gesicht des Krieges*. München, 1982.
- BULL, H., coord., *The Challenge of the Third Reich*. Oxford, 1986.
- BULLOCK, A., *Hitler, A Study in Tyranny*. 2ª ed. rev. Nueva York, 1964.
- BURLEIGH, M., *Germany Turns Eastwards. A Study of Ostforschung in the Third Reich*. 2ª ed. Cambridge, 1989.
- BUSS, P. H., «The Non-Germans in the German Armed Forces 1939-45». Universidad de Canterbury, tesis universitaria, 1974.
- CARROLL, B. A., *Design for Total War*. La Haya, 1968.
- CARSTEN, F. L., *The Reichswehr and Politics 1918-33*. 2ª ed. Berkeley/Los Angeles, 1973.
- , «Germany. From Scharnhorst to Schleicher: The Prussian Officer Corps in Politics, 1806-1933». En *Soldiers and Governments*. M. Howard. Londres, 1957.
- CECIL, R., *The Myth of the Master Race*. Londres, 1972.
- CHALLENGER, R. D., *The French Theory of the Nation in Arms, 1866-1939*. Nueva York, 1955.
- CHAPMAN, G., *Why France Collapsed*. Londres, 1968.
- CHODOFF, E. P., «Ideology and Primary Groups». *AFS* 9 (1983): 569-93.
- COBB, R., *French and Germans, Germans and French. A Personal Account of France under Two Occupations 1914-1918 -1940-1944*. 2ª ed. Hanover: N.H., 1984.
- COCKS, G., «Partners and Pariahs: Jews and Medicine in Modern German Society». *LBIY* 36, 1991.

- , «The Professionalization of Psychotherapy in Germany, 1928-1949». En *German Professions, 1800-1950*. Ed. G. Cocks y K. Jarausch. Nueva York, 1990.
- COOPER, M., *The Phantom War*. Londres, 1979.
- CRAIG, G. A., *The Politics of the Prussian Army, 1640-1945*. 3ª ed. Londres, 1978.
- DAHMS, H. G., *Die Geschichte des Zweiten Weltkrieges*. Múnich/Berlín, 1983.
- DAHRENDORF, R., *Society and Democracy in Germany*. Londres, 1968.
- DALLIN, A., *German Rule in Russia 1941-45*. 2ª ed. Londres, 1981.
- DAMMER, S., «Kinder, Küche, Kriegsarbeit: Die Schulung der Frauen durch die NS-Frauenschaft». En *Mutterkreuz und Arbeitsbuch*. Ed. Frauengruppe Faschismusforschung. Francfort/M., 1981.
- DAVIS, G. H., «Prisoners of War in Twentieth-Century War Economies». *JCH* 12 (1977): 623-34.
- DAWIDOWICZ, L., *The War against the Jews 1933-45*. 3ª ed. Harmondsworth, 1979.
- , «Debate: Germany, “Domestic Crisis” and War in 1939». *Commentarios de D. Kaiser y T. W. Mason, respuesta de R. J. Overy*. *P&P* 122 (1989): 200-40.
- DEIST, W., *The Wehrmacht and German Rearmament*. Londres/Basingstoke, 1981.
- , «Die Aufrüstung der Wehrmacht». En *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*. Stuttgart, 1979. Vol. 1 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*.
- DEMETER, K., *The German Officer Corps in Society and State, 1650-1945*. Londres, 1965.
- DEUTSCH, H. C., *Hitler and his Generals*. Minneapolis: Minn., 1974.
- , *The Conspiracy against Hitler in the Twilight War*. Minneapolis: Minn., 1968.
- , *Deutsche Soldaten sehen die Sowjetunion*. Berlín, 1941.
- DINER, D., «Rassistisches Volkerrecht: Elemente einer nationalsozialistischen Welt-ordnung». *VfZ* 1 (1989): 23-56.
- DOENITZ, K., *Memoirs*. 2ª ed. Londres, 1959.
- EICHHOLZ, D., «Der Genera‘plan Ost». *JfG* 26 (1982): 217-74.

- ELLIS, J., *The Social History of the Machine Gun*. 2ª ed. Londres, 1987.
- ELLIS, L. F., *The War in France and Flanders, 1939-40*. Londres, 1953.
- ENGELMANN, B., *In Hitler's Germany. Daily Life in the Third Reich*. Nueva York, 1986.
- ERICKSON, J., *The Road to Stalingrad*. 2ª ed. Londres, 1985. Vol. 1 de *Stalin's War with Germany*.
- EVANS, R. J., *In Hitler's Shadow*. Londres, 1989.
- FEST, J., *Hitler*. 3ª ed. Harmondsworth, 1982.
- FLESSAU, K.-I. et al., coords., *Erziehung im Nationalsozialismus*. Colonia, 1987.
- FLOTTMANN, J. y MÖLLER-WITTEN, H., *Opfergang der Generale. Die Verluste der Generale und Admirale und der im gleichen Dienstrang stehenden sonstigen Offiziere und Beamten im Zweiten Weltkrieg*. Berlín, 1952.
- FOCKE, H. y Strocka, M., *Alltag der Gleichgeschalteten*. Reinbek bei Hamburg, 1985.
- FORSTER, J., «The German Army and the Ideological War against the Soviet Union». En *The Policies of Genocide*. Ed. G. Hirschfeld. Londres, 1986.
- , «New Wine in Old Skins? The Wehrmacht and the War of 'Weltanschauungen,' 1941». En *The German Military in the Age of Total War*. Ed. W. Deist. Leamington Spa/New Hampshire, 1985.
- , «Hitlers Entscheidung für den Krieg gegen die Sowjetunion»; «Das Unternehmen "Barbarossa" als Eroberungs- und Vernichtungskrieg»; (con G. R. Ueberschar), «Freiwillige für den Kreuzzug Europas gegen den Bolschewismus». Todo en *Der Angriff auf die Sowjetunion*. Stuttgart, 1983. Vol. 4 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*.
- , «Croisade de l'Europe contre le Bolchevisme», *RHDGM* 30 (1980): 1-26.
- FOY, D. A., *For You the War Is Over. American Prisoners of War in Nazi Germany*. Nueva York. 1984.
- FREI, N., *Der Führerstaat. Nationalsozialistische Herrschaft 1933 bis 1945*. München, 1987.
- FRIEDLANDER, S., «Some Reflections on the Historisation of National Socialism». *TAJB* 16 (1987): 310-24.
- FULLER, J. F. C., *The Decisive Battles of the Western World*. 2ª ed. Londres, 1970. Vol. 1.
- GANSSMÜLLER, C., *Die Erbgesundheitspolitik des Dritten Reiches*. Colonia/Viena,

1987.

- GELBER, Y., «Military Education and Ideology». *Ma'arakhot* 267 (1979): 8-12 (hebreo).
- GEUTER, U., *Die Professionalisierung der deutschen Psychologie ins Nationalsozialismus*. 2ª ed. Frankfurt/M., 1988.
- GEYER, M., *Aufrüstung oder Sicherheit. Die Reichswehr in der Krise der Machtpolitik 1924-36*. Wiesbaden, 1980.
- , «Etudes in Political History: Reichswehr, NSDAP, and the Seizure of Power». En *The Nazi Machtergreifung*. Ed. P. D. Stachura. Londres, 1983.
- , «The Militarization of Europe, 1914-1945». En *The Militarization of the Western World*. Ed. J. R. Gillis. New Brunswick/Londres, 1989.
- , «Professionals and Junkers: German Rearmament and Politics in the Weimar Republic». En: *Social Change and Political Development in Weimar Germany*. Ed. R. Bessel y E. J. Feuchtwanger. Londres, 1981.
- GILES, G. J., *Students and National Socialism in Germany*. Princeton: N.J., 1985.
- , *The Goebbels Diaries 1939-1941*. Trad. y ed. F. Taylor. 2ª ed. Harmondsworth, 1984.
- , *The Goebbels Diaries: The Last Days*. Ed. H. Trevor-Roper, 2ª ed. Londres/Sydney, 1979.
- GORDON, S., *Hitler, Germans, and the «Jewish Question»*. Princeton: N.J., 1984.
- GOUTARD, A., *The Battle of France, 1940*. Londres, 1958.
- GRAML, H. et al., *The German Resistance to Hitler*. Londres, 1970.
- GRUCHMANN, L., «Blutschutzgesetz“ und Justiz. Zur Entstehung und Auswirkung des Nürnberger Gesetzes vom 15. September 1935». *VfZ* 31 (1983): 418-42.
- GUDERIAN, H., *Panzer Leader*. 3ª ed. Londres, 1977.
- GURFEIN M. I. y Janowitz, M., «Trends in Wehrmacht Morale». En *Propaganda in War and Crisis*. Ed. D. Lerner. Nueva York, 1951.
- GÜSTOW, D., *Tödlicher Alltag. Strafverteidiger im Dritten Reich*. Berlín, 1981.
- HABE, H. A., *Thousand shall Fall*. Londres, 1942.
- HABERMAS, J., «Eine Art Schadensabwicklung». *Die Zeit*, 11.7.86.
- HAIDER, F., *Kriegstagebuch 1939-42*. Ed. H.-A. Jacobsen. 3 vols. Stuttgart, 1962-1964.
- HASTINGS, M., *Das Reich. Resistance and the March of the 2nd SS Panzer Division Through France, June 1944*. Londres, 1981.

- HAYES, P., *Industry and Ideology. IG Farben in the Nazi Era*. 2ª ed. Cambridge, 1989.
- HECK, A., *A Child of Hitler*. 3ª ed. Toronto/Nueva York/Londres, 1986.
- HEIBER, H., «Der Generalplan Ost». *VfZ* (1958): 281-325.
- HERBERT, U., *Fremdarbeiter: Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*. Berlín/Bonn, 1985.
- , «Die guten und die schlechten Zeiten. Überlegungen zur diachronen Analyse lebensgeschichtlicher Interviews». En «*Die Jahre weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll*». *Faschismuserfahrungen im Ruhrgebiet*. Ed. L. Niethammer. Berlin/Bonn, 1983.
- HERF, J., *Reactionary Modernism*, Cambridge, 1986.
- HERWARTH, J. von, *Against Two Evils*. Londres, 1981.
- HILBERG, R., *The Destruction of European Jews*. Ed. rev. Nueva York, 1986.
- HILLGRUBER, A., *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums*. Berlín, 1986.
- , *Hitler's Strategie. Politik und Kriegführung 1940-1941*. Frankfurt, 1965.
- HIRSCH M. et al., eds., *Recht, Verwaltung und Justiz im Nationalsozialismus*. Colonia, 1984.
- HIRSCHFELD, G., coord., *The Policies of Genocide. Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany*. Londres/Boston/Sydney, 1986.
- , «*Historikerstreit*». *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*. Ed. Serie Piper. 3ª ed. Múnich, 1987.
- , *Hitler's Table Talk 1941-44*. Intr. H. R. Trevor-Roper. 2ª ed. Londres, 1973.
- HOFFMANN, J., «Die Sowjetunion bis zum Vorabend des deutschen Angriffs»; «Die Kriegführung aus der Sicht der Sowjetunion». Ambos en *Der Angriff auf die Sowjetunion*. Stuttgart, 1983. Vol. 4 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*.
- , *Deutsche and Kalmyken 1942 bis 1945*. Friburgo, 1977.
- , *Die Ostlegionen 1941-43*. Friburgo, 1977.
- HOFFMANN, P., *German Resistance to Hitler*. Cambridge, 1988.
- HOLMES, R., *Firing Line*. 2ª ed. Harmondsworth, 1987.
- HOMZE, E. L., *Foreign Labour in Nazi Germany*. Princeton, 1967.
- HORNE, A., *To Lose a Battle*. Harmondsworth, 1979.

- HOWARD, M., *The Franco-Prussian War*. 3^a ed. Londres, 1981.
- HUEBSCH, N. A., «The "Wolf Cubs" of the New Order: The Indoctrination and Training of the Hitler Youth». En *Nazism and the Common Man*. Ed. O. C. Mitchell. Washington D. C., 1981.
- HULL, D. S., *Film in the Third Reich*. Berkeley, California, 1969.
- HÜPPAUF, B., «Langemarck, Verdun and the Myth of a New Man in Germany after the First World War». *W&S* 6 (1988): 70-103.
- IRVING, D., *The Rise and Fall of the Luftwaffe*. Londres, 1976.
- JACKEL, E., *Hitlers Herrschaft: Vollzug einer Weltanschauung*. Stuttgart, 1986.
- , *Hitlers Weltanschauung: Entwurf einer Herrschaft*. 3^a ed. Stuttgart, 1986.
- , *Frankreich in Hitlers Europa*. Stuttgart, 1966.
- JACOBSEN, H.-A., «Kommissarbefehl und Massenexekutionen sowjetische Kriegs-gefangener». En *Anatomie des SS-Staates*. Ed. H. Buchheim et al. Olten, 1965.
- JUNGER, E., *Strahlungen II*. En *Tagebücher III*. Vol. 3 de *Sämtliche Werke*. Stuttgart, 1979 [1949].
- KAES, A., *From Hider to Heimat: The Return of History as Film*. Cambridge: Mass., 1989.
- KAISER, D., *Economic Diplomacy and the Origins of the Second World War*. Princeton, 1980.
- KATER, M., *Doctors under Hitler*. Chapel Hill, 1989.
- KEEGAN, J., *The Face of Battle*. 2^a ed. Londres, 1976.
- KELLET, A., *Combat Motivation*. Boston, 1982.
- KERSHAW, I., *The Nazi Dictatorship*. Londres, 1989.
- , «Neue deutsche Unruhe? Das Ausland und der Streit um die deutsche National- und Zeitgeschichte». En *Streitfall Deutsche Geschichte*. Ed. Landeszentrale für politische Bildung Nordrhein-Westfalen. 1989.
- , *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*. Oxford, 1987.
- , *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich*. Oxford, 1983.
- , «How Effective was Nazi Propaganda?». En: *Nazi Propaganda*. Ed. D. Welch. Londres, 1983.
- , «Ideology, Propaganda, and the Rise of the Nazi Party». En *The Nazi Machtergreifung*. Ed. P. D. Stachura. Londres, 1983.
- Kesselring, A., *The Memoirs*. Londres, 1953.

- KITCHEN, M., *The German Officer Corps, 1890-1914*. Londres, 1968.
- , *The Silent Dictatorship. The Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff, 1916-1918*. Nueva York, 1976.
- KLEE, E., *Was sie taten-was sie waren. Ärzte, Juristen and andere Beteiligte am Kranken-oder Judenmord*. Francfort/M., 1986.
- , *Dokumente zur «Euthanasie»*, Frankfurt, 1985.
- , «Euthanasie» im NS Staat. Die «Vernichtung lebensunwerten Lebens». Francfort, 1983.
- et al., coords., «Schöne Zeiten». Judenmord aus der Sicht der Täter and Gaffer. Francfort, 1988.
- KLEMPERER, V., *Die Unbewältigte Sprache*. 3^a ed. Darmstadt.
- KLINK, E., *Das Gesetz des Handelns*. Stuttgart, 1966.
- , «Die militärische Konzeption des Krieges gegen die Sowjetunion: Die Landkriegführung»; «Die Operationsführung: Heer und Kriegsmarine». Ambos en *Der Angriff auf die Sowjetunion*. Stuttgart, 1983. Vol. 4 de *Das Deutsche Reich and der Zweite Weltkrieg*.
- KLÖNNE, A., *Jugend im Dritten Reich*. 2^a ed. Colonia, 1984.
- KOCH, H. W., *The Hitler Youth*. Londres, 1975.
- KÖNIG, S., *Vom Dienst am Recht: Rechtsanwälte als Strafverteidiger im Nationalsozialismus*. Nueva York, 1987.
- KRAUSNICK, H., «Kommissarbefehl und ‚Gerichtsbarkeitserlass Barbarossa‘ in neuer Sicht». VfZ 25 (1977): 682-758.
- y Wilhelm, H.-H., *Die Truppe des Weltanschauungskrieges*. Stuttgart, 1981.
- y Deutsch, H. C., coords., *Helmut Groscurth: Tagebücher eines Abwehr-offiziers*. Stuttgart, 1970.
- , *Kriegstagebuch des Oberkommando der Wehrmacht 1940-45*. Ed. P. E. Schramm. 4 vols. Frankfurt, 1961-1965.
- KROENER, B. R., «Auf dem Weg zu einer ‚nationalsozialistischen Volksarmee.‘ Die soziale Öffnung des Heeresoffizierkorps im Zweiten Weltkrieg». En *Von Stalingrad zur Währungsreform. Zur Sozialgeschichte des Umbruchs in Deutschland*. Ed. M. Broszat et al. München, 1988.
- , «Die Personellen Ressourcen des Dritten Reiches im Spannungsfeld zwischen Wehrmacht, Bürokratie und Kriegswirtschaft 1939-1942». En *Organisation und Mobilisierung des deutschen Machtbereichs*. Stuttgart,

1988. Vol. 5/1 de *Das deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*.
- , «Squaring the Circle. Blitzkrieg Strategy and the Manpower Shortage, 1939-42». En *The German Military in the Age of Total War*. Ed. W. Deist. Leamington Spa/New Hampshire, 1985.
- KÜHNRIICH, H., *Der Partisanenkrieg in Europa, 1939-45*. Berlin, 1965.
- KULKA, O. D., «Die Nurnberger Rassengesetze und die deutsche Bevölkerung im Lichte geheimer NS-Lage- und Stimmungsberichte». *VfZ* 32 (1984): 582-624.
- KUPFFER, H., *Der Faschismus und das Menschenbild der deutschen Pädagogik*. Frankfurt, 1984.
- KURZE, H., «Das Bild des Offiziers in der deutschen Literatur». En *Das deutsche Offizierkorps, 1860-1960*. Ed. H. H. Hofmann. Boppard am Rhein, 1980.
- , *Last Letters from Stalingrad*. Londres, 1956.
- LE ROY LADURIE, E., *Carnival in Romans*. 3^a ed. Harmondsworth, 1981.
- LEED, E. J., *No Man's Land*. Cambridge, 1979.
- LIDDELL HART, B. H., *History of the First World War*. 3^a ed. Londres, 1979.
- , *The Other Side of the Hill*. Londres, 1948.
- LOEWENBERG, P., «The Psychological Origins of the Nazi Youth Combat». *AHR* 76 (1971): 1457-1502.
- MAGENHEIMER, H., *Abwehrschlachten an der Weichsel 1945*. Friburgo, 1976.
- MAIER, C. S., *The Unmasterable Past*. Cambridge, 1988.
- MAIER, D., «*Fremdvölkische*» im Dritten Reich. Boppard am Rhein, 1981.
- MANN, E., *School for Barbarians*. Londres, 1939.
- MANSTEIN, E. von., *Verlorene Siege*. 2^a ed. Francfort, 1964.
- , *Aus einem Soldatenleben*. Bonn, 1958.
- MARSHALL, S. L. A., *Men Against Fire*, Nueva York, 1947.
- MASON, T. W., ed., «The Workers Opposition in Nazi Germany». *HWJ* 11 (1981): 120-37.
- , *Sozialpolitik im Dritten Reich*. Opladen, 1977.
- , «Women in Germany, 1925-40: Family, Welfare and Work». Partes 1-2, *HWJ* 1 (1976): 74-113; 2 (1976): 5-32.
- , *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*. Opladen, 1975.
- , «Innere Krise und Angriffskrieg». En *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*. Ed. F. Forstmeier y H.-E. Volkmann. Düsseldorf,

1975.

MAYER, A. J., *Why Did the Heaven Not Darken?* Nueva York, 1988.

MAZOWER, M., «Military Violence and National Socialist Values: The Wehrmacht in Greece 1941-1944». P&P 134 (1992): 129-158.

MCINTYRE, S. J., «Women and the Professions in Germany 1930-40». En *German Democracy and the Triumph of Hitler*. Ed. A. Nicholls y E. Matthias. Londres, 1971.

MEIER-WELCKER, H., *Aufzeichnungen eines Generalstabsoffiziers 1939-42*. Friburgo, 1982.

MERSON, A., *Communist Resistance in Nazi Germany*. Londres, 1987.

MESSERSCHMIDT, M., «German Military Law in the Second World War». En *The German Military in the Age of Total War*. Ed. W. Deist. Leamington Spa/ New Hampshire, 1985.

—, «Deutsche Militärgerichtsbarkeit im Zweiten Weltkrieg». En *Recht, Verwaltung und Justiz im Nationalsozialismus*. Ed. M. Hirsch. Colonia, 1984.

—, «The Wehrmacht and the Volksgemeinschaft». *JCH* 18 (1983): 719-740.

—, «Kommandobefehl und NS-Völkerrechtsdenken». *RDP* 11 (1972): 110-134.

—, *Die Wehrmacht im NS-Staat. Zeit der Indoktrination*. Hamburgo, 1969.

—, «Werden und Prägung des preussischen Offizierkorps-Ein Überblick». En *Offiziere im Bild vom Dokumente aus drei Jahrhunderten*. Stuttgart, 1964.

— y Wüllner, F. *Die Wehrmachtjustiz im Dienste des Nationalsozialismus. Zerstörung einer Legende*. Baden-Baden, 1987.

MILWARD, A. S., *The German Economy at War*. Londres, 1965.

MOMMSEN, H., «Kriegserfahrungen». En *Über Leben im Krieg*. Ed. U. Borsdorf y M. Jamin. Reinbeck bei Hamburg, 1989.

—, «Aufarbeitung und Verdrängung. Das Dritte Reich im westdeutsche Geschichtsbewusstsein». En *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?* Ed. D. Diner. Francfort/M., 1987.

MORAN, Charles Wilson, Lord, *The Anatomy of Courage*. 2ª ed. Londres, 1966.

MOSSE, G. L., *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*. Nueva York, 1990.

MUELLER-HILLEBRAND, B., *Das Heer*. 3 vols. Darmstadt, 1954; Frankfurt, 1956-1969.

- MÜLLER, K.-J., *The Army, Politics and Society in Germany, 1933-45*. Nueva York, 1987.
- , *General Ludwig Beck*. Boppard am Rhein, 1980.
- , *Das Heer und Hitler*. Stuttgart, 1969.
- MÜLLER, N., «Dokumente zur Rolle der Wehrmacht bei der Deportation sowjetischer Bürger zur Zwangsarbeit in Deutschland 1941-44». *BAZW* 4 (1970): 29-62.
- MÜLLER, R. D., *Das Tor zur Weltmacht*. Boppard am Rhein, 1984.
- , «Von der Wirtschaftsallianz zum kolonialen Ausbeutungskrieg»; «Das Scheitern der wirtschaftlichen Blitzkriegstrategie». Ambos en *Der Angriff auf die Sowjetunion*. Stuttgart, 1983. Vol. 4 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*.
- , «Industrielle Interessenpolitik im Rahmen des Generalplan Ost». *MGM* 1 (1981): 101-41.
- MULLIGAN, T. P., «Reckoning the Cost of People's War: the German Experience in the Central USSR». *RH* 5 (1982): 27-48.
- MUSHABEN, J. M., «Youth Protest and the Democratic State: Reflections on the Rise of Anti-Political Culture in Prewar Germany and the German Federal Republic». *RPS* 2 (1986): 171-197.
- NIETHAMMER, L., «Normalisierung“ im Westen. Erinnerungsspuren in die 50er Jahre». En *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?* Ed. D. Diner. Frankfurt, 1987.
- , «Heimat und Front. Versuch, zehn Kriegserinnerungen aus der Arbeiterklasse des Ruhrgebietes zu verstehen». En «*Die Jahre Weiss man nicht, wo man die heute hinsetzen soll*». *Faschismus im Ruhrgebiet*. Ed. L. Nicthammer. Berlin, 1983.
- , «Anmerkungen zur Alltagsgeschichte». En *Geschichte im Alltag-Alltag in der Geschichte*. Ed. K. Bergmann y R. Schorken. Düsseldorf, 1982.
- NOLTE, E., *Das Vergehen der Vergangenheit*. Berlin/Francfort/M., 1987.
- , «Vergangenheit, die nicht vergehen will». *FAZ*, 6.6.86.
- , «Between Myth and Revisionism?». En *Aspects of the Third Reich*. Ed. W. Koch. Londres, 1985.
- NYSSSEN, E., *Schule im Nationalsozialismus*. Heidelberg, 1979.
- O'NEILL, R. J., *The German Army and the Nazi Party, 1933-1939*. Londres,

1966.

ORWELL, G., *Coming Up for Air*. 2ª ed. Harmondsworth, 1962.

OVERY, R. J., «Germany, “Domestic Crisis” and War in 1939». *P&P* 116 (1987): 138-68.

—, *Goering: The «Iron Man»*. Londres, 1984.

—, «Hitler’s War and the German Economy: A Reinterpretation». *EHR* 35 (1982): 272-91.

PAPKE, G., «Offizierkorps und Anciennität». En *Untersuchungen zur Geschichte des Offizierkorps*. Ed. H. Meier-Welcker. Stuttgart, 1962.

PAUL, W., *Geschichte der 18. Panzer Division 1940-43*. Friburgo.

PAUWELS, J. R., *Women, Nazis, and Universities*. Westport, 1984.

PAXTON, R. O., *Vichy France*. 2ª ed. NuevaYork, 1975.

PETZINA, D., «Die Mobilisierung Deutscher Arbeitskräfte vor und während des Zweiten Weltkrieges». *VfZ* 4 (1970): 443-455.

PEUKERT, D. J. K., «Alltag und Barbarei». En *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?* Ed. D. Diner. Francfort, 1987.

—, *Inside Nazi Germany*. London, 1987.

— y BAJOH, F. *Spuren des Widerstands: Die Bergarbeiterbewegung im Dritten Reich und im Exil*. München, 1987.

PEAHLMANN, H., *Fremdarbeiter und Kriegsgefangene in der deutschen Kriegswirtschaft 1939-45*. Darmstadt, 1968.

PLANTER, G., coord., *Schule im Dritten Reich-Erziehung zum Tod?* 2ª ed. Múnich, 1984.

PLOETZ, *Geschichte des Zweiten Weltkrieges*. 2ª ed. Würzburg, 1960.

QUINN, R. L., «The National Socialist Leadership Officers». Univ. of Oklahoma, tesis, 1973.

REDELIS, V., *Partisanenkrieg*. Heidelberg, 1958.

REINHARDT, K., *Die Wende vor Moskau*. Stuttgart, 1972.

RICHARDSON, F. M., *Fighting Spirit*. Londres, 1978.

RICHARDSON, H. F., coord., *Sieg Heil! War Letters of Tank Gunner Karl Fuchs 1937-1941*. Hamden: Conn., 1987.

RINGER, F., «Bildung, Wirtschaft und Gesellschaft in Deutschland 1800-1960». *GuG* 6 (1980): 5-35.

RITTER, G., *Carl Goerdeler and die deutsche Widerstands-Bewegung*. Stuttgart,

1954.

ROHDE, H., «Hitlers erster “Blitzkrieg” und seine Auswirkungen auf Nordosteuropa». En *Die Errichtung der Hegemonie auf dem Europäischen Kontinent*. Stuttgart, 1979. Vol. 2 de *Das Deutsche Reich and der Zweite Weltkrieg*.

—, *Das Deutsche Wehrmachttransportwesen im Zweiten Weltkrieg*. Stuttgart, 1971.

ROSAS, A., *The Legal Status of Prisoners of War*. Helsinki, 1976.

RUCK, M., *Bollwerk gegen Hitler? Arbeiterschaft, Arbeiterbewegung and die Anfänge des Nationalsozialismus*. Colonia, 1988.

RUDEL, H. U., *Stuka Pilot*, Maidstone, 1973.

RÜTHERS, B., *Entartetes Recht: Rechtslehren und Kronjuristen im Dritten Reich*. Múnich, 1988.

SAJER, G., *The Forgotten Soldier*, Londres, 1977.

SALTER, S., «Class Harmony or Class Conflict?». En *Government Party and People in Nazi Germany*. Ed. J. Noakes. Exeter, 1980.

SARTRE, J. P., *Les carnets de la drôle de guerre*. París, 1983.

—, *The Reprieve*, Nueva York, 1968.

SCHLEUNES, K. A., *The Twisted Road to Auschwitz. Nazi Policy toward German Jews, 1933-1939*. Urbana/Chicago/Londres, 1970.

SCHMUHL, H. W., *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie*. Göttingen, 1987.

SCHOENBAUM, D., *Hitler's Social Revolution*. Nueva York/Londres, 1966.

SCHOLTZ, H., *Erziehung und Unterricht unterm Hakenkreuz*. Göttingen, 1985.

SCHÖRKEN, R., «Jugendalltag im Dritten Reich». En *Geschichte im Alltag-Alltag in der Geschichte*. Ed. K. Bergmann y R. Schorken. Düsseldorf, 1982.

SCHULTE, T., *The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia*. Oxford/Nueva York/Múnich, 1989.

SCHUSTERREIT, H., *Vabanque: Hitlers Angriff auf die Sowjetunion 1941 als Versuch, durch den Sieg im Osten den Westen zu bezwingen*. Herford: F.R.G., 1988.

SCHWELING, O. P., *Die deutsche Militärjustiz in der Zeit des Nationalsozialismus*. 2ª ed. Marburgo, 1978.

SEATON, A., *The Russo-German War 1941-45*. Londres, 1971.

- SEIDLER, F., *Prostitution, Homosexualität, Selbstverstümmelung. Probleme der deutsche Sanitätsführung 1939-45*. Neckargemund, 1977.
- SHILS, E. A. y Janowitz, M., «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II». *POQ* 12 (1948): 280-315.
- SPAETER, H. y Schramm, W. Ritter von, *Die Geschichte des Panzerkorps Grossdeutschland*. 3 vols. Bielefeld, 1958.
- SPEER, A., *Inside the Third Reich*. 5^a ed. Londres, 1979.
- STACHURA, P. D., *Nazi Youth in the Weimar Republic*. Santa Barbara: Calif., 1975.
- STEINERT, M. G., *Hitler's War and the Germans*, Ohio, 1977.
- STEPHENS, F. J., *Hitler Youth*. Londres, 1973.
- STEPHENSON, J., «Emancipation and its Problems: War and Society in Wurttemberg 1939-45». *EHQ* 17 (1987): 345-365.
- , *Women in Nazi Society*. Londres, 1975.
- STERN, F., «*Philosemitism: The Whitewashing of the Yellow Badge in West Germany, 1945-1952*». Unpublished paper.
- STERN, F., *The Whitewashing of the Yellow Badge*: Oxford/Nueva York, 1992.
- STEVENSON, J., *British Society 1914-45*. Harmondsworth, 1984.
- STREIM, A., *Die Behandlung sowjetischer Kriegsgefangener in «Fall Barbarossa»*. Heidelberg, 1981.
- STREIT, C., «The German Army and the Policies of Genocide». En *The Policies of Genocide*. Ed. G. Hirschfeld. Londres, 1986.
- , *Keine Kameraden*. Stuttgart, 1978.
- STUMPF, R., *Die Wehrmacht-Elite. Rang- und Herkunftsstruktur der deutschen Generale und Admirale 1933-45*. Boppard am Rhein, 1982.
- STÜRMER, M., «Geschichte in geschichtslosem Land». *FAZ*, 25.4.86.
- SYDNOR, C. W., Jr., *Soldiers of Destruction. The SS Death's Head Division, 1933-1945*. Princeton, 1977.
- SYWOTTEK, J., *Mobilmachung für den Krieg*. Opladen, 1976.
- TAL, U., «*Political Faith*» of Nazism Prior to the Holocaust, Tel-Aviv, 1978.
- TAMIR, A., «Quality Versus Quantity». *Ma'arakhot* 250 (1976): 8-12, 38.
- TENFELDE, K., «Schwierigkeiten mit dem Alltag». *GuG* 10 (1984): 376-94.
- TESSIN, G., *Formationsgeschichte der Wehrmacht, 1933-39*. Boppard am Rhein, 1959.

- THOMPSON, P., *The Voice of the Past: Oral History*. Oxford, 1978.
- TOPITSCH, E., *Stalin's War*. Nueva York, 1987.
- TOURNIER, M., *The Ogre*. Nueva York, 1972.
- TREVOR-ROPER, H. R., *The Last Days of Hitler*, Londres, 1972.
- TRÖGER, A., «German Women's Memories of World War II». En *Behind the Lines: Gender and the Two World Wars*. Ed. M. R. Higonnet et al. New Haven, 1987.
- TURNER, H. A., Jr., «Fascism and Modernization». En *Reappraisals of Fascism*. Ed. H. A. Turner, Jr. Nueva York, 1975.
- UEBERSCHÄR, G. R. y Wette, W., coords., «*Unternehmen Barbarossa*». Paderborn, 1984.
- UMBREIT, H., «Der Kampf um die Vormachtstellung in Westeuropa». En *Die Errichtung der Hegemonie auf dem Europäischen Kontinent*. Stuttgart, 1979. Vol. 2 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*.
- , *Deutsche Militärverwaltung 1938/39*. Stuttgart, 1977.
- , *Der Militärbefehlshaber in Frankreich 1940-44*. Boppard am Rhein, 1968.
- VAN CREVELD, M., *Fighting Power*. Westport: Conn., 1982.
- , *Supplying War. Logistics from Wallenstein to Patton*. 3ª ed. Nueva York, 1980.
- VOLKMANN, H. E., «Die NS-Wirtschaft in Vorbereitung des Krieges». en *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*. Stuttgart, 1979. Vol. 1 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*.
- WALZER, M., *Just and Unjust Wars*. 3ª ed. Harmondsworth, 1980.
- WEBER, R. G. S., *The German Student Corps in the Third Reich*. Londres, 1986.
- WEGNER, B., «Auf dem Wege zur Pangermanischen Armee». *MGM 2* (1980): 101-36.
- , «Das Führerkorps der Waffen-SS im Kriege». En *Das deutsche Offizierkorps, 1860-1960*. Ed. H. H. Hofmann. Boppard am Rhein, 1980.
- WEHLER, H. U., *Entsorgung der deutschen Vergangenheit?* Múnich, 1988.
- WEINBERG, G. L., «Dokumentation: Adolf Hitler und der NS-Führungsoffizier (NSFO)». *VfZ* 12 (1964): 443-56.
- WEINGARTNER, J. J., *Crossroads of Death. The Story of the Malmédy Massacre and Trial*. Berkley/Los Angeles, 1979.
- WELCH, D., coord., *Nazi Propaganda*. Londres, 1983.

- , «Nazi Wartime Newsreel Propaganda». En *Film & Radio Propaganda in World War II*. Ed. K. R. M. Short. Knoxville, 1983.
- WESTPHAL, S., *The German Army in the West*. London, 1951.
- WETTE, W., «Ideologien, Propaganda und Innenpolitik als Voraussetzungen der Kriegspolitik des Dritten Reiches». En *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*. Stuttgart, 1979. Vol. 1 de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*.
- WHEELER-BENNETT, J., *The Nemesis of Power*. 2ª ed. Londres, 1980.
- WINKLER, D., *Frauenarbeit im «Dritten Reich»*. Hamburgo, 1977.
- WINTER, J. M., *The Great War and the British People*. Cambridge, 1986.
- WIPPERMANN, W., «Fascism and the History of Everyday Life». Trabajo inédito.
- WOLF, E., «Political and Moral Motives Behind the Resistance». En: *The German Resistance to Hitler*. Ed. H. Graml et al. Londres, 1970.
- WOLOCH, I., «Napoleonic Conscription: State Power and Civil Society». *P&P* 111 (1986): 101-129.
- ZEMAN, Z. A. B., *Nazi Propaganda*. Londres, 1964.
- ZIEGER, W., *Das deutsche Heeresveterinärwesen im Zweiten Weltkrieg*. Friburgo, 1973.
- ZITELMANN, R., *Hitler: Selbstverständnis eines Revolutionärs*. Stuttgart, 1987.